

EL SUSURRO DE LOS AMENEIROS

Pedro Sande García

Pedro Sande García

**EL SUSURRO
DE LOS AMENEIROS**

A Celia

«Los lugares mágicos existen.
Nosotros tenemos la obligación de conservarlos».

«Macondo, más que un lugar en el mundo
es un estado de ánimo».
Gabriel García Márquez

Primera edición: julio 2019

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en su totalidad ni en parte, ni registrada en o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, electro-óptico, por fotocopia, por grabación audio, o cualquier otro método sin el permiso previo y por escrito de los titulares del copyright.

elsusurrodelosameneiros@gmail.com

Copyright: Pedro Sande García

Maquetación: Signo Comunicación Consultores ·

www.signocomunicacion.es

Fotografía de portada: Pedro Sande García

Prólogo del autor

Por los caminos que llevan a San Andrés de Teixido, muy cerca de dónde los caballos salvajes ascienden por los acantilados más altos de la Europa continental, está el lugar dónde, y con permiso de Wenceslao Fernández Flores, el alma en pena de Fiz de Cotovelos se detiene a contemplar, con su invisible presencia, un lugar que el océano ha ido construyendo a lo largo de los siglos: la playa de la Frouxeira. Fue allí dónde, una mañana en la que imitando al ánimo, nació El susurro de los ameneiros.

Primero surgió la idea de escribir una novela en la que las reflexiones de sus personajes y la amistad fueran los cimientos sobre los que construir una historia. La dificultad de encontrar un hilo conductor desapareció cuando aquella mañana, con el mismo silencio que miles de mañanas, miles de tardes y anocheceres, descubrí que en realidad lo que quería escribir era una novela cuyo personaje principal fuera mi querida playa de la Frouxeira. A partir de ahí, con la misma inercia que el mar ruge y embiste a los acantilados de Valdoviño y cuando muestra su cara más apacible mientras el suave oleaje se esconde bajo las arenas de la playa, mi imaginación comenzó a descubrir los personajes, las intrigas y los lugares sobre los que he construido El susurro de los ameneiros. Alguien me dijo, después de leer alguna escena de esta historia, que la novela era un homenaje a un lugar para él desconocido.

Una vez escrita y revisada, escribiendo estas palabras y a punto de ser publicada, quiero que esta historia sea un homenaje a todos aquellos que, como yo, sin estar en su presencia, son capaces de sentir la Frouxeira. Y a quienes aún no la han descubierto, decirles que todos tenemos un lugar mágico que guardamos como un tesoro, y que para que esos lugares existan y perduren a lo largo de los siglos, sólo tenemos que respetarlos.

Quiero que las últimas líneas sean de agradecimiento, a mis padres por haberme llevado a Valdoviño y a la Frouxeira a los pocos meses de mi nacimiento, y a mi mujer por su paciencia, como principal crítica de esta obra, en algunos casos asumiendo sus observaciones y en otros estando en desacuerdo, pero siempre teniendo claro que lo que realmente nos enriquece es la discrepancia.

Pedro Sande García
elsusurrodelosameneiros@gmail.com

CAPÍTULO I

Septiembre

Mateo Velasco, de rodillas y con precisión milimétrica, medía la distancia entre los plantones de su pequeño huerto. Dibujaba figuras geométricas aprovechando las diferentes tonalidades de las lechugas, escarolas, pepinos, calabacines y tomates. Al mismo tiempo pensaba en el comienzo del nuevo año. No estaba de acuerdo en la decisión de los astros, para Mateo, el calendario anual debería iniciarse en septiembre. El mes dónde el mundo se volvía a ordenar, se escuchaba el ocaso de los días, el aire empezaba a mostrarse menos amable, los turistas volvían a su hibernación y, en aquella tierra, el cielo comenzaría un nuevo ciclo que la cubriría de un manto verde.

A su alrededor sintió la presencia de Buck, el pastor alemán con el que vivía en Valdoviño desde que había dejado Madrid hacía tres años. Ambos estaban inquietos, los acontecimientos de aquella mañana habían desbaratado su rutina. El perro no dejaba de moverse y de comer hierba, algo que hacía de forma ocasional, pero aquel día de manera insistente. En el último año Mateo había empezado a asimilar la nueva etapa de su vida, le gustaba ocupar su tiempo con actividades físicas que le ayudaban a ocultar su desasosiego.

Eran las seis de la tarde y se sentía agotado. El día había sido intenso y decidió abandonar sus tareas en el jardín. Llamó a su amigo David y se disculpó, estaba muy cansado por lo que había acontecido a lo largo del día y no le apetecía salir a cenar. David, preocupado, le preguntó si estaba bien ya que había oído lo ocurrido. Mateo le tranquilizó, le dijo que todo estaba en manos de la policía y que al día siguiente les contaría lo poco que él sabía. Al cabo de un rato Caroline, la mujer de David, le envió besos por whatsapp.

Antes de entrar en casa, dio una vuelta por el jardín. No había muchas flores, no le gustaba que solo fueran agradecidas una parte del año. Clavelinas que prefería llamar Dondiego de noche, media docena de rosales y el poblado cierre de hortensias que llegaban a sobrepasar los dos metros de altura. Le gustaba la fortaleza que mostraban los árboles: laureles, carballos¹, castaños, guindos, nogales, acebos, magnolios, camelios y hasta limoneros y olivos que no eran propios de aquella tierra. Mateo pasaba revista comprobando que todo estuviera en perfectas condiciones.

¹ En gallego, roble.

En el centro del jardín se levantaba la casa de planta baja acondicionada para poder soportar las inclemencias del tiempo, con una chimenea que tenía encendida casi todo el año y que le permitía que sus sueños, sus frustraciones y sus ansiedades volarían hacia el mar. Solía recibir visitas de sus amigos madrileños y de sus hijas, Clara y Sara que vivían en Nueva York y París. Mateo las visitaba frecuentemente y aprovechaba los viajes para pasar un par de semanas en Madrid, donde tenía buenos amigos y mejores recuerdos.

«No me malinterpretes si te miro con cariño y deslumbrada, veo luces de neón por donde tú vas». *Don't get me wrong*. The Pretenders, sonaba al entrar en casa. La música siempre estaba presente en la vida de Mateo, no se había acostumbrado a la soledad y no le gustaba la compañía del silencio.

Tras la reconfortante ducha, y como hacía todas las tardes, se preparó un té y un plato de fruta. Con un jersey sobre los hombros se sentó en el porche. Un momento del día dedicado a contemplar cómo la calma se adueñaba del ambiente y el viento se retiraba a descansar. El sol, sobre la copa de un carballo, hacía una última parada antes de partir hacia otros lugares.

Solo Buck seguía inquieto. No se había tumbado a su lado y continuaba su peculiar lavativa. Con fuertes espasmos empezó a vomitar debajo de un castaño. Mateo no se alarmó, ya lo había visto en otras ocasiones. Un fuerte chorro de agua lo resolvería. Se acercó al lugar con la manguera y en el momento de abrirla, algo le llamo la atención, algo que brillaba entre los restos y que parecía un cristal. Fue a por unos guantes y con ayuda del agua difuminada fue aislando un objeto del tamaño de un garbanzo. Lo cogió cuidadosamente con sus dedos y lo colocó en la palma de la mano bajo la presión del agua. Se quedó sorprendido: le recordó a los pequeños cristales que colgaban de las lámparas de araña que había en casa de sus padres. Tenía la forma de una perfecta gota de agua. ¿Qué clase de piedra era? ¿Dónde se la habría tragado Buck? ¿Tenía algo que ver con los acontecimientos de aquella mañana?

Regresó al porche y, mientras contemplaba aquel trozo de cristal, empezó a sonar *The Mystery* con la voz de Van Morrison. «Vamos a entrar en el misterio, déjate llevar».

Aquel día por la mañana

Con el amanecer, la claridad del día entraba por las viejas contraventanas. Las de su habitación eran las únicas de la casa que había decidido no reparar. Las quería como estaban, con su color rojo agotado y sus tablones desencajados que permitían que la tranquila luz de primera hora entrara por sus rendijas para despertarle. Se levantó y abrió todas las puertas y ventanas, dejando que el día se extendiera por toda la casa.

«Llévame a la luna. Déjame cantar entre esas estrellas. Déjame ver cómo es la primavera en Júpiter y Marte». *Fly the monn*. La voz de Diana Krall fue lo primero que oyó aquella mañana cuando encendió el equipo de música.

En el porche le esperaba Buck, se hicieron el cortejo matutino mientras Mateo miraba al cielo intentando adivinar que sorpresa que le reservaba la climatología para ese día.

Revisó uno de los barómetros repartidos por toda la casa. Hablar del tiempo y comprobar el pronóstico era una costumbre de la zona, en algunos casos obsesiva. El barómetro era un creador de ilusión. Siempre se miraba con optimismo. Daba igual que la aguja bajará o subiera. A Mateo le divertía mucho más el barómetro que las agencias que informaban del tiempo y que con mayor frecuencia eran capaces de acertar los pronósticos por intervalos horarios. Como todas las mañanas, preparó con simetría la bandeja del desayuno y con un suave forro polar sobre los hombros salió al jardín, se sentó debajo de un castaño y revisó las tenebrosas noticias del día en su tableta. Miró como Buck, tumbado a su lado, le observaba esperando a que le cayera alguna migaja. Con el desayuno, como con casi todas sus costumbres, cumplía con un rigor castrense. Desconectaba el teléfono, algunas veces ponía la radio y escuchaba a los tertulianos que insistían en interpretar las noticias del día. No había nada destacado, en realidad en las noticias casi nunca había nada destacado. El mundo seguía la senda de la oscuridad y la parálisis. Las previsiones no se habían cumplido. El hombre no había sido dominado por las máquinas y algo más oculto y sutil se había convertido en el auténtico controlador del mundo. Recordaba las palabras de un expresidente de un país latinoamericano: «El hombre no gobierna las fuerzas que ha desatado. Las fuerzas que ha desatado gobiernan al hombre».

Tras el desayuno, una hora de gimnasia para que su cuerpo afrontara más suavemente el deterioro que la edad iba produciendo.

«Mientras podamos estar juntos, el resto puede irse al infierno. Te amo completamente, pero somos unos completos principiantes» cantaba David Bowie en *Absolute Beginners*.

Al acabar la gimnasia se duchó. Buck le esperaba impaciente para salir a caminar. El plan, como casi todas las mañanas, era recorrer el paseo del lago y continuar por la playa. La marea estaba baja y les permitiría andar con comodidad por la arena.

El día anunciaba la llegada del otoño, el cielo limpio de nubes, el ambiente fresco y envuelto en la humedad característica de aquella zona, mezcla del rocío de la noche y del salitre del mar. Un túnel formado por la espesura de los árboles daba entrada a la solitaria senda que bordeaba la laguna de la Frouxeira. A la derecha, la arboleda daba paso a una tierra de prados. A la izquierda, la maleza protegía la zona de juncos y carrizales que llegaba hasta las aguas tranquilas de la laguna. Un lugar de visitantes asiduos: peces, anfibios, reptiles, mustélidos, aves, zorros, nutrias y jabalís. Para muchos de ellos una zona de reposo en sus largas travesías y para otros el lugar donde habían decidido quedarse a vivir todo el año. En la laguna se mezcla, a través de una canal, el agua dulce que le llega de los arroyos del Vilar y Castro y de las aportaciones de la lluvia con el agua salada del océano. La unión de los dos mundos es un espectáculo, que desde hace siglos, se produce varias veces al año cuando las aguas del mar y la tierra deciden romper la barrera que las separa. Mateo caminaba despacio, intentando descifrar los sonidos, que en medio del silencio, producían todas aquellas criaturas, pero solo podía escuchar como los ameneiros² le susurraban de forma inquietante. Mateo percibía que le estaban diciendo algo. De alguna forma sentía que aquellos árboles se comunicaban con él. Buck también estaba inquieto, de vez en cuando parecía llorar mientras daba vueltas a su alrededor. Mateo no encontraba explicación a aquella inquietud que contrastaba con el silencio que envolvía al resto de la vegetación. El perro salió corriendo, y a la izquierda del camino desapareció por una de las entradas que llevaba a la zona de matorrales. Mateo no le siguió, era un lugar en el que nunca había estado. La insistencia de los ladridos empezó a inquietarle. Esperó varios minutos llamando al perro, pero este no aparecía. Buck seguía ladrando, y no le quedó más remedio que adentrarse por el medio de la maleza. Iba palpando el suelo con el bastón y golpeando la vegetación que le impedía ver hacia dónde se

dirigía, cuando entre los matorrales apareció un pequeño camino, quizás el que usaban los valientes aficionados que iban a avistar pájaros. Buck no daba tregua con sus ladridos, nunca le había visto así. En un pequeño claro le vio enloquecido, dando vueltas alrededor de un bulto. Al acercarse, se quedó paralizado. Era un cuerpo que estaba tendido boca abajo. Se ayudó del bastón para empujarlo con suavidad pero no hubo ninguna reacción. Con cuidado, metió el pie a la altura del estómago y consiguió darle la vuelta. Era un desconocido y tenía la cabeza ensangrentada. No tenía duda de que estaba muerto. Cogió al perro por el collar y regresó de forma apresurada a la senda. Sintió en la cara una ráfaga de aire frío que refrescó el sudor que le empapaba. Miró a Buck preguntándole: ¿qué hacemos ahora? «Olvídate de todo y sigamos nuestro camino», parecía que le contestaba el perro. Mateo le puso la correa y regresaron de forma apresurada hacia casa. Por el camino, miró inquieto a los ameneiros.

2 En gallego, aliso.

Al llegar a casa, cogió el teléfono móvil. Por un momento pensó en cómo reaccionaría Esther cuando viera su llamada.

—Hola, Mateo, me sorprende que me llames, después de casi un año sin tener noticias tuyas.

—Hola Esther, perdona, espero que te encuentres bien pero te llamo porque acabo de encontrar un cadáver en el paseo del lago.

Esther estaba en la comisaría, el ruido de fondo contrastaba con su silencio. Una pausa y volvió a ser la mujer enérgica que conocía.

—Por favor, ¿queréis callaros? Mateo, te conozco y sé que no estás de coña. Dime dónde estás y qué es lo que ha pasado.

Después de que Mateo, de forma apresurada, le contara lo ocurrido, Esther empezó a dar órdenes.

—En quince minutos estamos ahí, no toques nada, no hagas nada —insistió.

Él se quedó pensando en que le había dado la vuelta al cuerpo, no le había quedado más remedio. Se sintió aliviado. Cuando llegara Esther, la policía haría su trabajo, él tendría que aguantar un montón de preguntas pero después de eso le dejarían tranquilo.

Dejó a Buck en casa y volvió hasta la entrada de la senda. No sabía con quién iría Esther y le agobiaba tener que dar explicaciones a un montón de gente. Mientras duró la espera, no paró de dar vueltas pensando en ella. Mateo la recordaba de niña cuando él ya había superado la adolescencia. Perdió su rastro hasta que él regresó a Valdoviño. Esther se había convertido en

inspectora de policía y trabajaba en la comisaría de Ferrol. La edad había dejado de ser una frontera para ellos. En los primeros meses se veían a menudo, Mateo empezó a sentir atracción hacia ella, pero su tortuosa situación emocional frustró una posible relación entre los dos. Hacía más de un año que no habían vuelto a tener contacto. En todo aquel tiempo, Mateo, sin saberlo, había estado buscando una excusa para dejar de evitarla.

La espera se estaba haciendo eterna y las imágenes se empezaban a repetir en su cabeza: Un rostro violento, ensangrentado, un cuerpo sin vida, vestido con unos pantalones vaqueros, zapatillas de deporte y una camiseta.

Vio acercarse el coche de la policía con Esther al volante. A su lado, el subinspector Elías. A Mateo no le gustaba, cuando le miraba, veía un cuerpo fofo y un rostro blanquecino cubierto de una película de grasa brillante que se extendía hasta el pelo, reflejándose en sus ojos. Siempre tenía las pupilas clavadas en el trasero de las mujeres. Sus ojos invitaban a no darle la espalda. Mateo no entendía cómo Esther no le había cortado aquella mirada. Tampoco entendía cómo aún no le habían jubilado. Su carrera profesional siempre había estado marcada por la forma de trabajar que había tenido en sus inicios, formas de tiempos pasados que no encajaban con los métodos de la policía actual.

Entraron con el coche por el camino de tierra, zona prohibida al paso de vehículos, hasta que Mateo les mandó parar. Se bajaron y le siguieron hasta llegar al lado del cadáver. Esther y Elías, con guantes de látex, inspeccionaron el cadáver con suavidad y confirmaron que estaba muerto.

El subinspector, con un bombardeo de preguntas, empezó a interrogar a Mateo.

—¿Cómo encontró usted el cuerpo? ¿Vio usted a alguien más por aquí? — fue lo primero que preguntó el subinspector Elías.

Mateo les contó lo ocurrido intentando no olvidarse de ningún detalle.

—O sea que el perro estaba suelto. ¿Es posible que hubiera destruido alguna prueba?

Mateo se quedó callado mirando al subinspector.

—¿Tocó o movió algo?

—Toqué el suelo, volando no podía llegar hasta aquí. Rompí algunas ramas y el cuerpo lo palpé con el bastón y lo moví con el pie.

—¿Cómo supo que estaba muerto?

Antes de que pudiera contestar, intervino Esther.

—Elías, llama a la comisaría y que avisen al forense, que envíen una patrulla y ponte en contacto con la policía local. Después acordona la zona.

Cuando se quedaron solos, lo único que se le ocurrió decir a Mateo fue cuánto tiempo hacía que no se veían, aunque la inspectora estaba más atenta a revisar la zona. La ausencia del subinspector le había relajado, pero estar a solas con Esther le producía una extraña sensación.

—¿Alguien más lo sabe? —preguntó Esther.

—Solo tú, yo y tu compañero Sonny Crockett³.

³ Detective de la serie televisiva de los años ochenta *Corrupción en Miami*, protagonizada por Don Johnson.

Esther no hizo caso del comentario. No era una persona a la que fuera fácil sacarle una sonrisa. Revisaba minuciosamente el lugar y tomaba notas en una pequeña libreta mientras Mateo no dejaba de observarla. Era unos diez años más joven que él, ciento setenta centímetros de altura moldeados por el gimnasio, los ojos y el pelo negros, muy negros, la piel era más morena que oscura, brillante como si la hubieran barnizado. Sin duda una mujer con un gran atractivo físico, pero lo que verdaderamente atraía a Mateo de ella era la apariencia indomable de su carácter.

Sonó el teléfono de Esther y mientras ella atendía la llamada, Mateo miró el cadáver que ahora estaba boca arriba. Pelo rubio, barba de unos días, brazos fuertes con algún tatuaje y manos ásperas y robustas. Su piel, blanca en origen, estaba bronceada por los rayos del sol. Sin embargo, algo le llamó la atención: la cadena de oro alrededor del cuello. Dedujo que el robo no había sido el móvil.

En ese momento llegaron cuatro personas que saludaron familiarmente a Esther que hizo las presentaciones. El forense, una persona de su equipo y los policías encargados de custodiar el lugar. Después de unos minutos de análisis silencioso, el forense le dijo a Esther que, a la espera del examen definitivo, estimaba que el cuerpo llevaba muerto entre ocho y doce horas, y que la causa probable era que había sido golpeado varias veces en la cabeza.

Mateo la miró y le preguntó si se podía marchar. Después de dar instrucciones a los policías, Esther le acompañó hasta su casa. Por el camino, ella le dijo que necesitaba que estuviese localizable y que, si recordaba alguna cosa, la llamara sin falta. Cuando se despidieron, ella le comentó que iría a hablar con John. Mateo no supo qué decir pero presentía que habría problemas.

Regreso al presente

Mateo entró en casa, echó algunos troncos en la chimenea y se sentó en su sillón. Estiró las piernas y dejó caer sus brazos colgando sobre los laterales de la butaca; respiró profundamente hasta sentir que su cuerpo se relajaba. Se sentía desconcertado por los acontecimientos del día, metió la mano en el bolsillo y sacó el trozo de cristal, al mirarlo sintió algo extraño, aquello no había estado colgando de una lámpara. Cogió la tablet, sin saber muy bien qué teclear, decidió poner «brillante» y «diamante». Setecientos treinta y cinco mil resultados. Leyó detenidamente cuál era la diferencia. Diamante era la piedra en bruto. Brillante era el tipo de talla que se puede hacer sobre un diamante o sobre cualquier otra piedra. Había muchísima información, pero realmente, por mucho que miraba, no era capaz de distinguir qué clase de piedra era aquella que había encontrado. Seguramente sería un trozo de cristal sin valor, pero la curiosidad hizo que siguiera buscando. Le llamaron la atención las características que determinan el valor de los diamantes. Las cuatro «C»: peso (*carat*), color (*colour*), talla (*cut*) y la pureza (*clarity*). A Mateo solo le sonaban los quilates, que era la unidad para medir el peso. Tecléo «tipo de tallas de diamantes» y le salieron ciento sesenta y tres mil resultados. Pinchó en la primera entrada y allí encontró lo que estaba buscando. Había muchos: óvalo, marquesa, corazón, talla real, esmeralda, rosa corona,... el que tenía entre las manos sin duda era la talla pera. Ahora solo quedaba averiguar si aquello era una simple baratija o tenía algún valor.

Miró el reloj, eran las ocho y media pasadas. Seguro que Carlos y Samuel habían salido de trabajar y estarían tomándose una cerveza, era un buen momento para llamarles.

—Hola, Mateo —la alegría de la voz de Carlos se transmitía por el teléfono—. ¿Cómo estás?, ¿qué tal las niñas? Hablé con Sara hace quince días.

—Hola, Carlos. Sin novedad desde la última vez que hablamos. Aquí sigo disfrutando de mi nueva vida.

Carlos y Samuel eran los amigos más íntimos que Mateo había dejado en Madrid. Propietarios de una pequeña joyería en el barrio de Salamanca, eran una pareja que vivían en su misma urbanización. Tenían una reducida y selecta clientela debido a la fama que habían adquirido con los atrevidos diseños de

sus joyas. Como vecinos, habían sido los cuidadores favoritos de sus hijas de las que ambos eran padrinos. Cuando Mateo vivía en Madrid, él y su mujer salían muy a menudo con ellos y habían realizado varios viajes juntos.

Mateo le comentó a Carlos que estaría cuatro días en Madrid antes de volar a Nueva York.

—Oye, Carlos, quería hacerte una pregunta como profesional —dijo Mateo—. ¿Tienes ahora un momento?

—Sin problema, Mateo —contestó Carlos—. Pregúntame lo que quieras.

Mateo solo le contó cómo había descubierto la piedra y su investigación en internet. Carlos le respondió que, seguramente, era un trozo de cristal, pero que le enviara una foto por whatsapp. Quedaron en que también la llevaría a Madrid para que pudieran verla con más detalle.

—Te paso a Samuel, que quiere hablar contigo.

—Mateo, sabes que tienes nuestra casa a tu disposición. Estaríamos encantados de que te quedaras con nosotros.

Mateo se lo agradeció, pero ambos sabían que de momento le era imposible regresar a la urbanización donde había pasado gran parte de su vida. Al despedirse, le comentó a Samuel que había reservado un pequeño hotel cerca de la joyería.

Al colgar, Mateo permaneció un rato en silencio hasta que decidió olvidar la conversación con Carlos y Samuel y volver a la misteriosa piedra. Seguía dándole vueltas a la cabeza, se preguntaba si tendría algo que ver con el cadáver encontrado. De momento, no tenía pensado decirle nada a la policía. Se levantó y salió al porche. Una húmeda oscuridad penetraba a través de los árboles invadiendo todo lo que encontraba a su paso. Con el lejano murmullo del mar de fondo, Mateo oía cómo los ameneiros seguían inquietos. Se quedó mirando cómo en el cielo las pequeñas estrellas dibujaban diferentes figuras a las que los hombres les habían puesto nombre. Miraba a la luna, inmensa, que después de estar oculta se mostraba como una aparición mágica. Su brillante redondez estaba salpicada por pequeñas manchas, por sombras que la hacían enigmática. No era altiva, ni enérgica, sin timidez se dejaba mirar consciente de su atracción. Al contrario que el astro diurno, el que da la vida, el que es altivo, el que se siente el rey, el amo que exige que las miradas se rindan, que se agachen ante él como si fuera el todopoderoso.

La música sonaba constantemente, Mateo tenía programados miles de temas clasificados en varias listas que se reproducían de manera aleatoria, en ese

momento *Avalon* de Roxi Music, «Ahora la fiesta se ha terminado, estoy tan cansado. Entonces te veo salir hacia ninguna parte».

Cuando entró en casa, el teléfono empezó a sonar. Era Esther.

—Hola, Mateo —la voz de Esther desprendía una energía suave—. Hemos ido a casa de John y no nos ha dejado entrar. Tenía el perro suelto, le hemos llamado, pero salió con cara de pocos amigos a gritarnos que nos marcháramos. Necesito que hables con él, tiene que colaborar con nosotros, por las buenas o lo hará por las malas.

—No creo que haga falta. Mañana le voy a ver a primera hora y estoy seguro de que por la tarde podrás hablar con él. Creo que no le gusta mucho la presencia de la policía.

—Pues no le quedará más remedio. Dile que volveré con el subinspector —dijo Esther de forma autoritaria.

—Seguro que no habrá problema. Es una buena persona, aunque algo huraño.

—Lo espero por su bien —la voz de Esther mostraba contrariedad.

—Por cierto, ¿habéis avanzado algo en la investigación?

—Faltan unas últimas pruebas del forense para saber con exactitud la causa y la hora de la muerte. Todo apunta a que fue golpeado con algún objeto de madera y que la hora probable estaría entre las nueve y media y las once de la noche. En cuanto a la identificación, por las huellas no hemos encontrado nada. Seguimos otras vías de investigación. No te olvides de llamarme después de que hables con John. Adiós, Mateo, y gracias.

Encendió las luces del porche, entró en casa y cerró las puertas. El día había sido largo y solo tenía ganas de descansar.

Con la música de Golpes Bajos se preparó la cena mientras por las ventanas de la cocina pudo ver como se cerraba el día: «No mires a los ojos de la gente, me dan miedo, siempre mienten. No salgas a la calle cuando hay gente».

Después de cenar, se sirvió una copa de Oporto, se sentó enfrente de la chimenea y retomó su peculiar investigación sobre el mundo de los diamantes. Tecléo «ruta de los diamantes» y Google le mostró casi novecientos mil resultados. Durante media hora estuvo navegando sobre un mundo que le parecía lleno de misterios. Aprendió cuáles eran los principales productores (Botswana, Rusia, Sudáfrica y Canadá), los principales núcleos de talla (Israel y Amberes) y la ciudad donde está el principal y más grande centro de distribución y comercialización mundial (Amberes). Sintió repugnancia por la

historia de los diamantes de sangre, el tráfico ilegal que financiaba guerras en países como Angola, Sierra Leona y Congo.

Toda aquella información no le sirvió para aclarar nada, era consciente de que internet no iba a dar respuesta a sus dudas, las que rodeaban aquella piedra: su autenticidad y su origen. Además todo aquello que acaba de leer estaba muy lejos de donde él se encontraba.

Recordó la letra de una canción y la buscó en el reproductor de música, *Lucy in the sky with the diamonds*. Era tarde, se despidió de Buck y se acostó escuchando a los Beatles.

Aquella noche no le dio tiempo a leer y mucho menos a soñar.

CAPÍTULO II

John el irlandés

El sol y el mar se reflejan en las arrugas que surcan su cara. Ojos verdes, lejanos, inquietos y misteriosos. Un cuerpo enérgico de huesos largos que no desvela su edad, antigua y misteriosa como su propia vida. Traje negro, camisa blanca abotonada hasta el cuello y su inseparable paraguas colgado a la espalda. La boina parece una extensión de su cuerpo, nadie le conoce sin ella.

Cuando a Mateo le faltaban varios años para perder la inocencia no existían el paseo ni la arboleda bajo la que ahora caminaba todos los días. Era un lugar donde la naturaleza evolucionaba con la armonía salvaje de una partitura en la que cada nota tenía su lugar reservado.

En el centro de la laguna, la Isla de los Piratas era tan diminuta como ahora, pero entonces era un lugar misterioso para Mateo. Se imaginaba que todas las noches John se reunía con corsarios de caras horribles y arrugadas, que gritaban y bebían mucho ron hasta caerse borrachos al agua. Sus padres y los de sus amigos no les dejaban ir solos hasta aquel lugar que la imaginación popular había convertido en un sitio lleno de peligros. Les asustaban con John y sus perros, con pantanos que se tragaban a los niños. Cuanto más tenebrosas eran las historias, más emocionante era para ellos escaparse e ir hasta la laguna llena de misterios.

Entre la casa de John y el borde de la laguna había una pequeña extensión de hierba donde hacían un pequeño fuego al lado del que dejaban la ropa. En bañador se metían en el agua que, como ahora, solo cubría hasta la cintura. Nadaban sin tocar el fondo, ya que algunas zonas tenían una arena babosa muy desagradable. Armados con tenedores, pescaban cangrejos que después echaban a las brasas y se convertían en su merienda. Aquellas tardes superaban cualquier aventura que pudieran leer.

Cada vez que bajaban hasta allí abrían una nueva senda, como los aventureros que descubren nuevas rutas y lugares fascinantes. Cruzaban maizales, campos de patatas y prados donde encharcaban las horribles sandalias que les obligaban a ponerse. Al divisar los árboles que ocultaban la casa de John, sentían miedo y tensión. Durante un largo rato, se mantenían agachados y en silencio como si fueran exploradores que no querían ser

descubiertos por las terribles fieras. A los perros nunca los veían. Escuchaban sus ladridos, y solo pensar en su presencia hacía que el miedo, muchas veces, los paralizara. A John tampoco le veían, solo percibían su sombra. Todo aquel misterio encendía su imaginación.

Durante las noches, cuando las pesadillas y los terrores nocturnos acechaban a Mateo, se escondía bajo las sábanas, dejando un pequeño hueco para que entrara el aire. El miedo a criaturas e historias tenebrosas se incrementaba con la dificultad de respirar. Era el momento en el que se ponía a pensar en sus héroes, en sus salvadores. Personajes de libros y tebeos que leía entusiasmado todos los días: El Capitán Trueno con sus amigos Goliath y Crispín, Sandokan y sus aventuras en las selvas de África que contaba Emilio Salgari y el personaje de Hergé favorito de Mateo, el Capitán Haddock. Todos ellos acudían a rescatarle en los momentos más peligrosos. Con el paso de los años y la imposibilidad de encontrar referencias reales, siguieron siendo sus héroes. John el irlandés era el único personaje de carne y hueso que le acompañaría para salvarle de los peligros que le rondaban.

Siendo un adolescente, una tarde del mes de agosto, Mateo se encontraba solo y sin saber qué hacer cuando David se presentó en su casa. David era el amigo intrépido, el valiente, el que convertía los sueños en realidad y al que se dirigían las miradas de las niñas. Él le había enseñado los misterios de la vida en el campo. Aquella tarde le propuso ir hasta la laguna. La temperatura superaba los veinticinco grados, hacía un calor pegajoso y era lo que llamaban «uno de los días del verano». Cuando llegaron a la altura de la casa de John, estaban sudorosos y con ganas de darse un baño. Como hacía siempre que llegaban hasta allí, David se asomó entre los matorrales para ver la casa del irlandés, así era como a él le gustaba llamarle. Les sorprendió el silencio que había. La vieron como siempre, un lugar al que imaginaban que su morador solo visitaba las noches en las que se escuchaban las risas de los corsarios. No se oían los ladridos de los perros y solo podían percibir el sonido de los grillos y la calma de los animales que poblaban los cañaverales de la laguna. A lo lejos, los gritos de los niños que aquel día no dejaban de darse chapuzones en el canal del lago donde el agua de la tierra y el mar acabarían abrazándose.

—Vamos a entrar a coger manzanas —le dijo David.

Mateo le miró asustado, sabía que cuando se le metía un plan en la cabeza no era posible hacerle cambiar de opinión. Estaba claro que lo iban a ejecutar y solo le consolaba la tranquilidad que le daba la compañía de su amigo.

Entraron con sigilo, intentando hacer el menor ruido posible. El sudor chorreaba por sus frentes y empapaba sus camisetas. David, sin pensarlo dos veces, trepó el primer manzano que encontraron como si lo hubiera hecho toda la vida. Mateo le siguió y aunque intentaba hacerlo con calma, el miedo le empujó a subir con rapidez. Desde lo alto de una rama, vio cómo David le miraba y se reía.

—Seremos la envidia de todos —le dijo, sonriente.

Nunca recordó el tiempo que habían estado allí, pero sí el sabor de las manzanas, ácidas y refrescantes con un jugo que se desparramaba por sus camisetas.

Apenas hablaban. Mateo miraba a David, quien como siempre, nunca mostraba miedo ante nada, pero todo el tiempo estaba atento a cualquier peligro.

De repente, oyeron los ladridos de unos perros y en un instante los divisaron entre las ramas. Sin duda eran los perros de John. David en dos saltos se plantó en el suelo y se puso a correr. Mateo intentó hacer lo mismo pero tropezó con una rama y cayó a trompicones.

Al aterrizar en el suelo, sintió cómo las rodillas le escocían. Tenía a los perros de John encima cuando se escuchó una voz grave y vigorosa.

—Otto, Borj, venid aquí.

Aquella orden hizo que pararan los ladridos y los perros abandonaran su ofensiva.

Mateo tenía rasguños en los brazos, y las rodillas doloridas desprendían sangre. Por primera vez vio a John el irlandés. Desde el suelo era como un gigante. Intentó levantarse, pero su voz se lo impidió.

—Quédate ahí, chaval. Hay que curar esas heridas.

Mientras John se dirigía hacia la casa, David salió de su escondrijo. Intentó ayudar a Mateo a levantarse mientras le decía que se tenían que ir de allí. Mateo nunca supo si fue porque no podía o porque no quería, pero esperó en el suelo hasta que John regresó.

—Nosotros no hemos hecho nada —dijo David en un tono envalentonado.

—Solo robarme unas manzanas —contestó John con aquella voz imponente que se quedó grabada en Mateo para siempre.

Por primera vez en su vida se hizo el valiente. John le echaba chorros de alcohol sobre sus heridas y, sin ningún miramiento, frotaba con una toalla. No derramó ni una lágrima. Con el tiempo, Mateo se dio cuenta de que las lágrimas no tienen nada que ver con la valentía. De pequeñas, a sus hijas,

siempre les decía que llorar es la mejor forma de suavizar las tristezas y los miedos y, en algunos casos, de celebrar las alegrías.

Cuando se levantó y estuvo delante de John, se fijó en su cara. No cuadraba con lo que se había imaginado. Vio una rostro de alguien joven marcado por el trabajo al aire libre, un rostro que parecía cercano y que cuando envejeció con el paso del tiempo seguía teniendo una mirada nada feroz y muy alejada de la leyenda que se había construido a su alrededor.

John volvió a la casa y regresó con una bolsa.

—Si queréis manzanas, me las pedís. Pero nunca más entréis en una casa sin permiso.

Aquella vez, Mateo también descubrió que un hombre era capaz de hablar con un cigarro permanentemente colgado de sus labios.

Desde aquel día, cuando está asustado, John en compañía del Capitán Trueno, Sandokan y el Capitán Haddock siempre han acudido en su ayuda.

Con el paso de los años, Mateo ha visto cómo aquel lugar cambiaba y dejó de ser un lugar solitario y misterioso. En el caso de John, el único cambio fue cuando descubrió que no era irlandés, solo lo era el whisky que bebía. Nunca más volvió a verle hasta que regresó a Valdoviño. En uno de sus paseos por la laguna se lo encontró y se detuvo a hablar con él y le recordó aquel día. Mateo vio reflejado en su expresión que, a lo largo de los años, aquella historia se había repetido en más de una ocasión.

Mateo fue madrugador, tenía que hacer una visita especial. La voz de BB King le hacía compañía con *Early in the morning*. «Ahora es temprano en la mañana. Es temprano en la mañana. Y no tengo nada más que el blues».

Con Buck sujeto con la correa, pasó rápidamente por la silenciosa arboleda de ameneiros. Saludó a los policías que vigilaban la zona acordonada y pasando al lado de la casa de John se fue directamente al pequeño banco de piedra que estaba sobre la orilla de la laguna. Era muy temprano y aún tenía tiempo para sentarse con las piernas estiradas sobre la hierba. Solo se escuchaba el suave murmullo de la naturaleza que aún no había despertado. Acariciaba las orejas de Buck, tumbado a su lado. Aquel era un lugar que le hechizaba, le gustaba estar con la única compañía de los rayos del sol y los patos que se deslizaban, silenciosos, sobre la superficie del agua. Hasta allí llegaba el ruido de las olas invisibles, lejanas, rompiendo en la orilla de la playa. Sus ojos se perdían al otro lado de la laguna, allí estaban las dunas que se movían silenciosamente y llegaban hasta el pinar de la Condesa, un lugar parado en el tiempo donde las manos del hombre todavía no habían llegado.

Mateo pensó en que habría pasado si hubiera salido adelante el proyecto que en 1943 pretendía desecar la laguna y convertirla en tierras agrícolas. Que hubiera sido de las ranas de San Antonio, las salamandras, los sapos, las culebras y las víboras, las nutrias, los zorros, los topillos, jabalís, tejones, fochas y ánades, las gaviotas, los chorlitejos, las cercetas, los cuervos, las garzas, los seres humanos, los árboles y las plantas que vivían y disfrutaban de aquel entorno. Siempre había que estar alerta de los desecadores y especuladores.

Cuando el día empezaba a desperezarse, miró su reloj y se dirigió hacia la casa de John. Una pequeña construcción destartada en su exterior que contrastaba con el ordenado y cálido interior. Un fiel reflejo de su dueño. Un tupido seto de boj y una fuerte alambrada impedían el paso de los jabalíes. Alrededor de la casa, un gran huerto fortificado con árboles frutales. Mateo entró sin llamar. Uno de los perros se acercó a saludarles, a él y a Buck. John estaba afilando unos cuchillos en la parte de atrás, el cigarro colgaba de sus labios. Al ver a Mateo su gesto tosco se relajó.

Pasaron al interior de la casa y le invitó a compartir el café de puchero que siempre estaba sobre el fuego de la lareira. John se sirvió un chupito de whisky y dejó la botella, junto a la de licor de guindas, encima de la mesa. Mateo, de vez en cuando, bebía un poco de aquella pócima que John elaboraba todos los años. Se sirvió licor en un pequeño vaso. Un primer sorbo con el que disfrutó de aquella combinación de sabores tan primitivos: las guindas que John recogía de sus árboles frutales, la caña de Holanda⁴, el azúcar y los palos de canela. La mezcla, guardada en un lugar oscuro y tranquilo, un lugar de la casa al que nunca se va, se deja madurar durante un año. Para Mateo el resultado era que aquellos aromas primarios se transformaban en una delicada ambrosía.

⁴ Aguardiente de vino de baja graduación que se utiliza para hacer licores.

Comenzaron a hablar del tiempo, septiembre estaba siendo un mes seco y cálido. John aseguró que duraría poco, que al día siguiente llegarían las lluvias aunque las temperaturas se mantendrían. Mateo sabía que siempre acertaba con sus predicciones.

—¿Has cogido muchos tomates? —le preguntó John.

—La cosecha ha sido buena. Con todos los que regalé y los tarros de mermelada que hice, solo me quedan unos pocos y necesitaré alguno más para cocinar.

—Manda carallo —dijo John—. Acuérdate cuando te vayas que te prepare una cesta. A mí se me acabarán estropeando.

—¿Pero no los llevas a la cooperativa?

—Parece que este año hay mucha gente que se dedica a ello. Será por la crisis.

Mateo se olvidó de los preámbulos y fue directamente al grano.

—¿Sabes que ayer apareció un cadáver y que la policía quiere hablar contigo?

Mateo le miró a la cara, el semblante de John nunca se alteraba. Como una esfinge permanecía sentado en su sillón con la eterna colilla colgando en sus labios.

—¿Era alto, rubio y fuerte? —preguntó John a la vez que expulsaba una bocanada de humo.

Mateo se quedó sorprendido de su acertada descripción.

—¿Cómo lo sabes, quién te lo ha dicho?

—Nadie, lo vi yo.

—¿Dónde y cuándo lo viste? —preguntó intrigado Mateo.

—La noche anterior a que encontraras su cadáver pasó por aquí.

Mateo se movía inquieto en el sillón.

—Tienes que hablar con la policía y contárselo todo.

—Vino tu amiga y ese compañero que tiene. No les dejé entrar. Ese hombre no me gusta.

—Pero sabes que tienes que hablar con ellos. Si no lo haces, te llevarán a la fuerza a la comisaría.

John se sirvió otro chupito y se puso a liar un cigarro.

—¿Qué viste?

Tranquilo y sin ninguna emoción John comenzó a hablar.

—Eran las ocho y media. Todos los días, cuando acabo de cenar, salgo a fumar. Me senté en el banco a esperar la llegada de las estrellas, y en ese momento, le vi pasar. A esas horas, lo normal, es ver alguno de esos tipos raros que se dedican a correr. Fue a través de los árboles. Me llamó la atención que varias veces se girara hacia atrás, como si estuviera buscando a alguien.

John dejó de hablar y Mateo se quedó un rato en silencio.

—¿Viste a alguien más?, ¿oíste algo?

—Estuve un rato hasta que acabé el cigarro. Luego entré en casa y no vi ni oí nada más.

—Me imagino que desde dónde estabas no pudiste verle la cara y, además, estaría anocheciendo.

John tenía la mirada fija en las cenizas de su cigarro sobre las que expulsaba el humo que salía de su boca.

—Creo que no va a ser necesario que hablé con la policía, tú se lo puedes contar todo. Le vi de perfil, cuando se alejaba solo pude verle la espalda y la mochila que llevaba.

La sorpresa paralizó a Mateo.

—¿Estás seguro? Yo no vi ninguna mochila y no tengo noticias de que la policía la hubiese encontrado.

—Estoy seguro de que llevaba una mochila.

—Tienes que contar todo esto. Hablaré con la inspectora para decirle que no pondrás problemas.

—¿Vendrá con su compañero? No me gusta que ese tipo entre en mi casa — dijo John, mostrando en su tono que aquella idea no le gustaba, fue en el único momento en que su rostro cambió de expresión—. No es un tipo de fiar, siempre ha sido un mal bicho.

Mateo sabía de lo que hablaba John. Todo el mundo conocía el pasado del subinspector Elías y los métodos que había utilizado cuando era un joven arrogante. Mateo se levantó y miró por la ventana hacia el banco desde donde John había visto pasar a aquel hombre.

—Me tengo que ir, se me ha hecho tarde. ¿Recogemos los tomates?, no quiero muchos. Voy a hacer un marmitako y me llega con media docena.

En el regreso a casa dejó al perro suelto. Por el camino fue pensando en lo que John le acababa de contar, tenía que llamar a Esther para preguntarle si habían encontrado alguna mochila.

El rumor de los ameneiros se mezclaba con el suave viento del sur. El cielo estaba perdiendo el color azul y con seguridad esa noche le irían a visitar las ranas de San Antonio. Eran señales que confirmaban la predicción de John.

Al llegar a casa decidió guardar los tomates, estaba cansado y en aquel momento no le apetecía complicarse en la cocina. Se preparó algo ligero y, después de comer echó unas ramas y algunos troncos sobre los rescoldos de la chimenea. Sentado en su sillón se quedó observando cómo una pequeña llama iba contagiando al resto de la leña. Estaba seguro de que no había visto ninguna mochila. El calor del hogar y el reposo con que Eric Clapton interpretaba *Wonderful tonigh* consiguieron que se le cerraran sus ojos. «Me

siento increíble porque veo la luz del amor en tus ojos. Y lo más maravilloso de todo es que no te das cuenta. Cuánto te amo».

El capitán Cook

Cuando sonó el teléfono, no sabía cuánto tiempo había pasado.

—¿No te habré pillado durmiendo? —dijo David.

—¿Qué hora es?, ¡uf!, son las cinco. Acabé tarde de comer. Menos mal que me has llamado.

—Pasamos a buscarte a las ocho.

—Perfecto, nos dará tiempo de ir con día por la carretera de la costa. A las ocho nos vemos —respondió Mateo.

Como las ardillas y los osos, Mateo pensó que era tiempo de prepararse para el invierno. Una buena tarde para empezar a organizar la leña. La actividad física hizo que por unas horas se olvidara de la conversación que había tenido con John. Dejaría para más tarde la llamada a Esther. Miró al cielo, una, dos, tres nubes lo habían conquistado y en el jardín apareció alguna rana despistada. Después de amontonar madera para una buena temporada se dio una reconfortante ducha. Debajo del agua movía su cuerpo al ritmo de *Touch and go* de los Cars. «Todo lo que necesito es lo que tienes, todo lo que diré es lo que no eres, todo lo que sabes es lo que oyes, me sale de esta manera cuando te acercas».

Mientras esperaba en el porche a David y Caroline, llamó por teléfono a Esther.

—Hola, Mateo, ¿cómo estás?, ¿has podido hablar con John?

—Hola, Esther. Estuve con él esta mañana. Me ha contado alguna cosa interesante. Ayer vio a alguien pasar por su casa, por la descripción que me dio creo que estamos hablando de la persona que apareció muerta. Lo más curioso es que llevaba una mochila. ¿Vosotros habéis encontrado alguna mochila?

Mateo creyó que se había cortado la comunicación. Miró al teléfono y comprobó que la llamada seguía activa.

—Esther, ¿estás ahí?, ¿has oído lo que te he dicho?

—Tranquilo, Mateo, estoy aquí.

Mateo no entendió aquel comentario.

—¿Cuándo le vio? —preguntó Esther.

—Al anoecer. Le vio pasar mientras estaba sentado fuera de casa.

—¿Le pudo ver con claridad?

—Le vio a través de los árboles que cierran su finca. Cuando se alejaba se fijó en la mochila que llevaba colgada a la espalda.

De nuevo el silencio de Esther antes de que volviera a hablar.

—Es muy extraño lo que me estas contando. Con poca luz, con árboles por el medio, con la edad de John. Necesito hablar con él de manera urgente.

—No habrá problema si vas a verle, aunque no le gusta la presencia de tu compañero.

—Pues no le quedará más remedio, estaremos los dos —dijo de forma enérgica Esther—. Te llamaré después de hablar con él. Adiós, Mateo, y gracias.

—Adiós, Esther —Mateo colgó el teléfono. Esperaba que John no pusiera problemas al trabajo de la policía.

Buck se acercó a la puerta moviendo el rabo, era la señal de que alguien conocido estaba llegando. Mateo no se levantó hasta que, al cabo de un rato, oyó cómo un coche paraba cerca. Se acercó hasta la entrada de la finca, se despidió de Buck y cerró la puerta con llave.

—Hola, Mateo, parece que septiembre nos está tratando muy bien —dijo Caroline.

El sonido de su voz era una mezcla de la delicadeza con la que sonaban sus palabras y la gravedad de su acento holandés. David y Mateo se estrecharon la mano. Eran grandes amigos, se conocían desde pequeños cuando Mateo fue a pasar sus primeros veranos a Valdoviño. Vivieron juntos en los años de la universidad cuando los dos se fueron a estudiar a Santiago. Al acabar sus estudios, pese a que David estuvo alejado durante muchos años, ellos dos nunca habían perdido el contacto.

Mateo se sentó en la parte de atrás del coche.

—Creo que nos tienes que contar lo que ocurrió ayer —le dijo David.

—¿Es cierto lo que hemos oído, que te encontraste con un cadáver? —le preguntó Caroline.

—Seguro que estáis muy bien informados, pero, por favor, esperad a que os lo cuente durante la cena.

—Bien, esperaremos a la cena. David, para en la Puerta del Sol que tengo que comprar tabaco —dijo Caroline.

Se podría decir que la Puerta de Sol era el centro de Valdoviño. Un lugar curioso ya que allí no había ninguna puerta y el sol, excepto en los meses veraniegos, no era un visitante asiduo. Allí se encontraban el ayuntamiento, los

bancos y los principales establecimientos comerciales. La carretera principal cruzaba por el medio, seguramente era la razón de que en Valdoviño no hubiese plaza del pueblo ni callejuelas a su alrededor. Como muchas ciudades, grandes o pequeñas, y como la mayoría de los pueblos, el crecimiento de Valdoviño no había sido planificado. Sus casi siete mil habitantes se fueron desperdigando como pequeñas manchas sobre un gran tapiz de color verde intenso. Desde Campelo hasta la entrada de la ría de Cedeira, la frontera oeste de Valdoviño esta fortificada por grandes acantilados que la protegen de las embestidas del océano, y por las playas donde el mar se toma un respiro sumergiéndose entre la arena. En el resto de su territorio, el verde, se pierde sin sobresaltos.

Mientras esperaban a Caroline, David le preguntó a Mateo si ese año tenía pensado ir a visitar a su hija a Nueva York. Sabía que Mateo iba todos los años por esas fechas ya que era el cumpleaños de su hija mayor, Clara.

—Iré dentro de dos semanas, ya tengo los billetes de avión. Antes estaré en Madrid cuatro días.

—Yo tengo que ir a Madrid en esas fechas, podíamos ir juntos.

Mateo se quedó callado, por un lado le apetecía hacer el viaje con David, pero por otro no quería estar con él en Madrid. En algún momento pretendería incluirle en alguna de sus aventuras y se sentiría muy incómodo.

Por los cristales del coche vio que Caroline se acercaba. Mateo se fijó en ella, el poco desgaste de la porcelana que cubría su rostro le hacía aparentar muchos menos años que a su marido. Llamaban la atención sus ojos azules y la enorme trenza rubia que en forma de diadema envolvía su cabeza, aunque lo que realmente la distinguía era su elegancia y la perfecta armonía entre su cuerpo y su forma de ser. Nunca había podido entender la relación de los que él consideraba sus mejores amigos. Conocía las infidelidades de David, la independencia de Caroline, y también suponía que entre ellos no había secretos. Ella tenía una vida paralela a su matrimonio. Aficionada al cine, al teatro y la lectura; pertenecía a varios círculos artísticos tanto en Ferrol como en la Coruña.

Desde allí se fueron directamente al mirador del Paraño. Se llegaba por una estrecha carretera que en algunos tramos parecía ascender hasta el cielo. A la izquierda se veía cómo las arenas de La Frouxeira iban desapareciendo en los acantilados que clavaban sus cuchillas sobre la superficie del mar, atravesándolo hasta sus profundidades. Antes de llegar al mirador, una empinada cuesta empuja el cuerpo hacia atrás dando la sensación de subir a

una montaña rusa. Mientras los ojos quieren clavarse en el techo del coche, las manos buscan con ansiedad dónde agarrarse.

El mirador se eleva sobre el océano. Un lugar donde el viento llega impregnado por el salitre que recoge a su paso por la superficie del mar. Solo rocas y matorrales son capaces de sobrevivir. El silencio contempla cómo el mar, incansable, empuja a la tierra como un bárbaro invasor. Las olas rugen sobre la superficie creando una masa blanca que se enfurece al chocar contra las rocas.

Mateo observaba en silencio cómo el atardecer se mecía sobre la Frouxeira. El sol, a veces escondido entre las nubes, empezaba a prepararse para huir bajo la superficie del mar. Pensaba que la paciencia de la naturaleza, salvaje e infinita, sin intervención de ninguna mano, ni humana ni divina, había tenido que ver en la creación de aquella tierra.

David hacía fotos con su teléfono móvil y Caroline, sentada en un banco, encendió un cigarro.

—Me gustaría que llegásemos con luz a la playa de Pantin.

Mateo y David la miraron y asintieron a la vez, tenían tiempo suficiente.

David se sentó al lado de su mujer. Mateo los miró, ambos le estaban observando como espectadores ante una obra de teatro.

—Mateo, ¿vamos a tener que esperar hasta la cena? —dijo David.

—Seguro que sabéis mucho más que yo. Me imagino que la noticia habrá corrido como la pólvora y todo el mundo estará hablando de ello.

Caroline, en silencio y con delicadeza, expulsaba el humo como si temiese que se fuera a romper. Su marido, impaciente, siguió insistiendo.

—¡¡¡Mateo, tú has sido el protagonista!!!

Sabía que no le quedaba más remedio. Entraron en el coche y allí les hizo un relato rápido y detallado de los hechos. Los contó sin adornos, tal como habían ocurrido.

—¿Sabes quién era el muerto? —preguntó David mientras le miraba atentamente por el espejo retrovisor.

—No tengo ni idea. Tampoco se encontró documentación que lo identificara. La policía está intentando averiguar quién era.

—Dicen que tenía una herida en la cabeza. ¿Era de un tiro?

—No, le debieron de dar varios golpes con algún objeto. Hasta que la policía tenga el informe definitivo del forense no se sabrá nada, y tampoco tiene sentido especular.

Mateo podía hacer aquel recorrido con los ojos cerrados. De nuevo la montaña rusa, esta vez cuesta abajo. La bajada hacia la playa de Pantin permitía imaginar lo qué se sentiría al ir sin frenos y volar sobre el océano. Volar sobre unas olas donde el espectáculo estaba servido. Damas y caballeros, adornados con llamativos colores, se deslizaban con sus tablas sobre la superficie de las olas como jinetes que quisieran domar el mar. En realidad, eran jinetes que conseguían escasos momentos de gloria en los que el mar no los dominaba a ellos.

Al llegar a la playa de Pantin, mientras que Caroline y Mateo se sentaron en una terraza a observar las filigranas que realizaban aquellos malabaristas, David se dedicó a lo que más le gustaba: moverse entre la gente, hablar con unos y otros. Pasear el moreno de su piel y su amable sonrisa como si fuese amigo de todos ellos. Tenía una habilidad especial para caerle bien a todo el mundo. Sería su espíritu aventurero. Había estado navegando durante varios años hasta que se instaló a vivir en Holanda, donde conoció a Caroline y tuvieron un hijo que nació el mismo año que la hija mayor de Mateo.

Con sosiego, la noche aún gris, se fue apoderando del cielo. Las olas se quedaron solas y silenciosas. Con suave energía siguieron rompiendo hasta convertirse en una alfombra blanca que se sumergía bajo las arenas de la playa.

Caroline encendió un cigarro y se quedó mirando como Mateo tenía la vista perdida en el mar.

—Mateo ¿En qué estás pensando?

—En James Cook —dijo Mateo.

—¿En Jame Cook?, ¿Fue un explorador inglés? —preguntó Caroline cuyo rostro reflejaba la sorpresa que le había causado la respuesta de Mateo.

—Fue un famoso navegante y explorador inglés de finales del siglo XVIII. Se le conoce por realizar la cartografía naval del océano Pacífico.

Mateo, sonriente, miró a Caroline, quien pese a su respuesta, seguía mostrando curiosidad en su mirada.

—En uno de sus viajes, en el año 1778 llegó a unas islas que posteriormente se llamarían Hawái. Con su tripulación descubrió que uno de los entretenimientos de los indígenas era deslizarse sobre la superficie del agua encima de una tabla de madera. Tras la muerte del capitán Cook, el teniente James King, fue quien tomó el mando, y dejó escrito en el diario de abordo la primera referencia conocida sobre el surf.

Ahora era Caroline quien sonreía.

—O sea que el origen del surf ¿está en Hawái?

—Eso es más complicado. Por lo que he podido leer es difícil de conocer con exactitud su origen. La primera mención que se hace, de algo parecido, es el «caballito de totora». Una embarcación que se construye, desde tres mil años antes de cristo con tallos y hojas de un junco que se llama totora. La utilizaban en Perú para pescar en el mar, aunque en también se usaba de forma recreativa para coger olas. Tiene un hueco en su interior para transportar a un navegante y sus aparejos. Se conoce por las menciones escritas que en el siglo XVI hizo el antropólogo y jesuita español, Fray José de Acosta.

Caroline mostró su sorpresa.

—Me tienes asombrada. ¿De dónde has sacado toda esa información?

Mateo, seguía sonriente y continuo hablando.

—Cuando estaba en el primer año en la Universidad tuvimos que hacer un trabajo en pareja cuya mayor dificultad era recabar un montón de información en muy poco tiempo. La familia del compañero con el me tocó realizarlo tenía una casa a las afueras de Santiago con la biblioteca más grande que nunca había visto. Entre todos aquellos libros estaba la enciclopedia Espasa, yo creo que tenía más de cien volúmenes. Pudimos hacer el trabajo en muy poco tiempo, ya que teníamos acceso, en un solo lugar, a toda la información. Hoy, con internet, tenemos mucha más información y más fácil de acceder.

—Pero en internet hay demasiada información, a veces es difícil saber cuál es auténtica. Cualquiera puede poner noticias falsas —dijo Caroline.

—En internet, en sus orígenes, solo unas pocas personas ponían información y muchas la consumían. El gran cambio en la red es el que nos ha llevado a la situación actual donde hay millones de personas poniendo información y millones consumiéndola. Lo que hay que hacer es navegar y contrastar. En cualquier caso, es cierto que es difícil saber si todo lo que encuentras es verdad. Lo que te acabo de contar podría ser falso, o me lo podría haber inventado yo —dijo Mateo sonriendo.

—Tendrías mucha imaginación. Por cierto, me imagino que también sabrás cual es el origen del surf en Valdoviño.

—Para eso no tengo que ir ni al Espasa ni a internet —contestó Mateo. — Eso también te lo puede contar David. Si cuando teníamos 15 o 16 años, hubiera venido el capitán Cook, también se quedaría asombrado al ver que lo que más nos gustaba hacer cuando nos bañábamos, además de nadar y dar la vuelta a la Percebelleira, era coger las olas con el cuerpo. Y si teníamos la oportunidad de conseguir unas aletas, era una gozada, con la fuerza de las olas

salíamos disparados acabando en auténticos revolcones en la orilla. Pero la práctica del surf con tabla comenzó hace más de treinta años, un grupo de pioneros empezó a practicarlo en las playas de Valdoviño, Campelo, Pantín y Doñinos. Quien les iba a decir, en aquellos tiempos, que en Pantín se iba a celebrar todos los años una de las pruebas más importantes del circuito mundial de surf.

—La verdad es que a mí David no me ha contado muchas cosas de su vida —dijo Caroline.

—Pues en aquella época él era de una de las estrellas cogiendo olas con el cuerpo —dijo Mateo en el momento que David se acercaba a ellos.

—Bueno, ¿Qué habéis estado haciendo?, —preguntó David.

Después de un momento de silencio, respondió Caroline.

—Hablando del capitán Cook.

—¡El capitán Cook! en Hawái estuve en un museo dedicado a sus viajes —dijo David como si ir a Hawái fuera como ir a buscar el pan. —Creo que será mejor que nos vayamos, ya me contareis en otro momento lo que habéis hablado del capitán Cook.

Caroline apagó su cigarro y los tres entraron el coche.

Escortados por masas de eucaliptos, se dirigieron a Cedeira por la oscura y ondulada carretera. Solo a través de un pequeño claro, donde aquellos árboles predadores habían sido talados, se podía contemplar como el océano, tranquilo, invadía la ría de Cedeira.

Después de aparcar el coche y con la temperatura suavizada por el viento del sur decidieron sentarse a cenar en una terraza.

Tocaba, como muchas otras noches, la típica dieta del cefalópodo: pulpo, chocos y para completar, marraxo⁵ a la plancha.

⁵ En castellano Marrajo. Tiburón Mako, Marrajo común o de aleta corta (Lsurus Oxyrinchus).

—Me han dicho que John el irlandés podría saber algo —preguntó Caroline.

Mateo se sorprendió. Aunque el rostro de ella sonreía, él percibió cierto tono de impaciencia en su voz.

—No tengo ni idea, pero no creo que John sepa nada. Se hubiera puesto en contacto con la policía —contestó rápidamente Mateo.

—Pero ya sabes cómo es John, aunque sepa algo, de manera voluntaria no se presentará a la policía —comentó David.

—Entiendo que lo ocurrido levante tantas expectativas, es algo que aquí nunca había pasado, pero tampoco debe ser el centro de nuestras conversaciones.

—¿No encontráis el pulpo un poco blando? —dijo Caroline.

Mateo la miró con dulzura, no entendía cómo lo hacía, pero ella había adivinado que a él no le apetecía seguir hablando sobre aquello, siempre sabía decir lo más adecuado.

—Cariño, en un par de semanas me voy con Mateo a Madrid. Yo tengo que estar allí dos o tres días —dijo David mirando a su mujer.

—Estupendo, me gusta que vayáis juntos. Espero que os portéis bien. Bueno, estoy segura de que Mateo si lo hará.

Los tres se quedaron callados. A Mateo las conversaciones de aquel día le hacían sentirse muy incómodo. De nuevo Caroline volvió en su rescate preguntándole por su viaje. Salvo alguna pregunta de David sobre la aparición del cadáver, a la que Mateo no respondió, el resto de la velada la pasaron hablando de sus hijos y de las ganas que tenía Caroline de ir a Nueva York.

Cuando le dejaron en casa, Mateo se sintió solo. Añoraba tener una compañera con la que compartir, con la que reír y a la que le pudiera contar sus angustias. En el porche, con las luces apagadas y con la oscuridad de la noche como compañera, el Buck se tumbó sobre sus pies, sonó la voz de Van Morrison mientras Mateo pensaba en el contenido de la mochila. *Remids of you*: «Te echo mucho de menos, no lo puedo soportar. Parece como si el corazón se partiera en dos».

Antonio Somozas

Cuando se despertó la lluvia que golpeaba en las contras de su habitación le impidió levantarse y se quedó un rato meciéndose en un agradable duermevela. Desde allí oía como la lluvia se hundía en la hierba.

Al abrir las ventanas de la habitación vio cómo un ejército de invisibles gotas de agua caían de forma intensa. John había acertado en sus previsiones y las ranas de San Antonio se habían guarecido bajo tierra. Después de desayunar, decidió hacer su ejercicio favorito. Se enfundó un pantalón corto, una camiseta y unas zapatillas deportivas. Alrededor de la frente se puso una cinta de color rojo chillón para protegerse del sudor.

Buck, tumbado en el suelo dentro de casa, se levantó y, con parsimonia, se dirigió a la puerta y miró a Mateo con cara resignada.

Mateo seleccionó en el móvil una de sus listas musicales para hacer ejercicio y con la mano derecha agarró la aspiradora inalámbrica. Aunque los altavoces empezaron a escupir su estruendo musical, los primeros movimientos de Mateo comenzaron al ritmo suave de *Psyco Killer* de los Talking Heads: «No puedo hacerle frente a los hechos, estoy tenso y nervioso y no me puedo relajar, no puedo dormir, porque mi cama esta prendida en fuego». Mateo parecía un muñeco articulado, agitaba su brazo izquierdo como un director de orquesta usando a la aspiradora como compañera de baile. Cuando comenzó a sonar *Thriller* de Michael Jackson. «Están ahí fuera para atraparte, hay demonios acercándose por todos los lados, te poseerán, salvo que cambies el número de dial» los movimientos pasaron a ser más frenéticos. Mateo gritaba, en un idioma inexistente, al ritmo de la música y parecía inmerso en la locura de una danza guerrera. Con la elegancia de *Let's dance* de David Bowie. «Vamos a bailar. Ponte los zapatos rojos y baila blues. Vamos a bailar la canción que tocan en la radio» se puso a dar vueltas sobre la aspiradora coreando el estribillo de la canción.

Así siguió durante media hora de danza y limpieza que le dejó exhausto y sudoroso.

En la ducha el ritmo aún seguía en su cuerpo, utilizando el bote de gel como micrófono empezó a cantar frenéticamente *Escuela de calor* de Radio Futura que tanto había bailado en los años ochenta: «Arde la calle al sol de poniente,

hay tribus ocultas cerca del río esperando que caiga la noche. Hace falta valor, hace falta valor. Ven a la escuela de calor».

Al salir de la ducha, y después de vestirse con tranquilidad para calmar el frenesí de la danza, se preparó un café y se puso a cocinar uno de sus guisos favoritos. El día anterior había comprado unos chocos de la ría que guisaba lentamente; solo un fondo de aceite, un poco de sal y la propia tinta del cefalópodo. Fuego lento y paciencia los convertían en un manjar que se derretía al introducirlos en la boca. Una textura suave indicaba que habían sido cocinados en su punto. Mateo siempre los acompañaba de arroz blanco o, como aquel día, de unos cachelos⁶ cocidos con una hoja de laurel.

⁶ Patata cocida con la piel.

Después de cocinar salió al porche para contemplar como el incansable riego caído del cielo había dejado paso al sosiego, a un cielo que seguía estando sombrío, pero rasgado por la claridad que se abría por el norte. Decidió dar un paseo hasta la Puerta del Sol.

Se puso un ligero chubasquero, botas de lluvia y con el paraguas colgado a la espalda empezó a recorrer el kilómetro de la ligera cuesta cuyo entorno podía describir con los ojos cerrados.

A mitad de camino siempre se paraba a contemplar la playa de la Frouxeira. Sobre el arenal, el color azul empezaba a dominar sobre el cielo gris. El mar se contagiaba de aquellas tonalidades con un color que llegaba hasta el infinito. Un azul que se convertía en blanco al romper sobre la orilla y se hacía transparente al sumergirse en la arena. Un azul que siempre se acababa en la cercanía.

Se sentó en una de las cafeterías de la Puerta del Sol desde cuyos ventanales podía ver la casa de David y Caroline.

Antonio Somozas había emigrado a Cuba a principios del siglo XX. Allí hizo fortuna en negocios que siguen siendo objeto de oscuros comentarios. Al regresar a Valdoviño, don Antonio se construyó una imponente casona al más puro estilo indiano. Varias hectáreas de terreno convertidas en un jardín tropical donde destacaban los magnolios, las camelias, las buganvillas y la veintena de palmeras que se había traído de las Américas. Todo el terreno cerrado con unas enormes verjas metálicas de color negro terminadas en puntas de lanza recubiertas con pan de oro. En la casa, ostentosamente visible desde el exterior, destacaban los dos torreones que observaban el mar y desde donde se decía que don Antonio buscaba todos los días aquellas tierras en las que hizo fortuna.

De la misma manera que Don Antonio, David había hecho fortuna en otras tierras. Cuando se fue a Holanda empezó a trabajar en el negocio del padre de Caroline y se convirtió en un importante bróker de rosas. Los negocios le permitieron tener una situación financiera muy desahogada. Hacía cinco años que debido a un problema de salud en su corazón, decidieron regresar a Valdoviño y entonces compraron la casa y sus tierras a los herederos de Don Antonio. Como un indiano del siglo XXI, David puso su cuño con la construcción de dos marmóleas piscinas, una exterior y otra interior. El resto de las obras de modernización y decoración fueron responsabilidad de Caroline. Ocultó la casa de las miradas exteriores y sembró los jardines con rosales, tulipanes, azaleas, begonias, camelios, agapantos, gardenias... de manera que pudiera tener flores todo el año.

Después de tomarse un café, al salir a la calle vio a Caroline entrar en el banco y se acercó a saludarla. Con una sonrisa, ella le pidió que la acompañara a casa, quería hablar a solas con él. Mateo nunca le negaría nada, aun sabiendo que aquello podía dar lugar a habladurías.

Subieron al salón que se encontraba en uno de los torreones. La primera vez que Mateo estuvo en aquella estancia, se imaginó a don Antonio mirando por los grandes ventanales en busca de las Américas.

Se acomodaron en el sofá, uno al lado del otro, desde donde podían contemplar el azul que ya había conquistado el cielo y el mar. El suave aroma que desprendía Caroline estimulaba el deseo de Mateo de acariciarla, al mirarla sentía la suavidad de su piel. Cuando estaba cerca de ella siempre tenía las mismas sensaciones. Pensaba que a Caroline le ocurría algo parecido, pero para Mateo la amistad estaba por encima de todo y eso le permitía controlar la situación.

—Mateo, sé que no te gusta mucho la idea de viajar con David.

—¿Por qué dices eso? —dijo Mateo sorprendido.

—No te hagas el tonto —le contestó Caroline con una triste sonrisa—. Conozco las aventuras de David y hace mucho que no me causan ningún problema. Hay entre nosotros un acuerdo sobre este asunto.

Mateo no podía entender que ella pudiese aceptar aquel tipo de relación. Se preguntó si el acuerdo del que hablaba Caroline implicaba que ella también podía tener sus aventuras, pero nunca se lo iba a preguntar.

—Aunque me quitas un peso de encima —conocía la forma de ser de David —, seguiré actuando de la misma manera. No quiero saber nada de ello —dijo Mateo.

—Eres un buen amigo y te tengo que contar una cosa que quizás no sepas. Necesito que me hagas un favor.

Se quedó callado, observando cómo Caroline cruzaba las piernas mientras encendía un cigarro.

Tendrías que dejar de fumar —le dijo cariñosamente.

Caroline no le hizo caso y le preguntó:

—¿Tú crees que nos vinimos de Ámsterdam por el ataque cardíaco que tuvo David?

Mateo siguió en silencio, expectante, no sabía a dónde quería llegar.

—En realidad, el problema de salud de David no fue lo que nos trajo hasta aquí. Lo que le produjo el infarto fue la misma causa que hizo que viniéramos a vivir a Valdoviño. David tuvo problemas con el juego, problemas muy graves que estuvieron a punto de arruinarnos. Acabamos debiendo dinero por todos los lados: bancos, amigos y oscuros prestamistas. Eso le llevó a una situación de máximo estrés que fue lo que deterioró su salud. Durante el tiempo que estuvo ingresado en el hospital, yo me hice cargo del negocio y de llegar a acuerdos con los prestamistas para la devolución del dinero. En ese momento decidimos cambiar de aires y venimos a vivir aquí. Llegamos a un acuerdo, y ahora yo me encargo de toda la parte financiera del negocio, y David de los contactos y las relaciones.

Mateo se puso de pie y se acercó a los ventanales. Pensaba en lo que acababa de escuchar. Le extrañaba y no le gustaba que se lo hubiesen ocultado. Le sorprendía aquel acuerdo, tenía que haber algo más para que Caroline lo hubiese aceptado.

—¿En qué piensas? —le preguntó ella.

—¿Cuál es el favor que me querías pedir? —fue lo único que pudo decir Mateo.

Caroline apagó su cigarro y se acercó a él, le cogió la mano y habló con preocupación.

—Sé que será difícil, tú tienes tus cosas que hacer pero quiero que vigiles a David. Desde que volvimos no ha vuelto a jugar, pero me preocupa el viaje a Madrid.

—No te puedo prometer nada. Sabes cómo es David y no podré estar todo el tiempo acompañándole pero podría hablar con él. ¿Quieres que lo haga?

—Preferiría que no. Si no te lo hemos dicho es por él, está muy avergonzado.

—¿Avergonzado David? —exclamó Mateo.

—No por lo que hizo, está avergonzado por el resultado. No entiende cómo ha podido llegar a ser un perdedor —contestó ella.

Mateo la miró cariñosamente, no podía negarle nada.

—Cuenta conmigo, haré todo lo que pueda.

Mateo estaba incomodo, no sabía lo que decir y quería salir de allí cuanto antes. Cuando Caroline le propuso que se quedara a esperar a David y que comiera con ellos, él se excusó, le dijo que tenía que irse a casa. Se despidieron con un beso en la mejilla.

En el camino de regreso, Mateo iba con la mirada perdida como si a su alrededor el mundo no existiera. Solo podía pensar en lo que le acababa de contar Caroline. No era capaz de pensar ni de reaccionar, en su mente retumbaban las palabras que acababa de oír. Como era posible que de unos amigos tan cercanos no supiera nada de ellos, se dio cuenta que solo conocía la fachada, una fachada de colores pero en el interior había un mundo donde reinaba la oscuridad.

Al llegar a casa saludó al Buck, lo hizo con mucha calma, en aquel momento su cabeza le estaba consumiendo toda la energía de su cuerpo. Se sirvió la comida en una bandeja y se sentó en el porche mientras escuchaba la elegancia de Ray Charles y Norah Jones al interpretar *Here we go again*. «Aquí vamos de nuevo. Ella va a romper mi corazón otra vez». La música suavizaba el sentimiento de frustración, no entendía cómo sus amigos no le habían contado antes todo aquello.

Comió despacio, intentando desmenuzar en su paladar cada uno de los sabores, pero era inútil, era como si se hubiera quedado sin sentidos, solo respiraba y no paraba de darle vueltas a la cabeza. Después de comer intentó descansar, esfuerzo inútil que le llevo a tomar la decisión de irse a dar un paseo por la Frouxeira. Salió de casa sin Buck y anduvo rápido en dirección a playa, dejó que toda su energía fuera consumida por su cuerpo sin permitir que su mente se perdiera en otra actividad que no fuera la de mantener el ritmo de la marcha. Al llegar a la playa, tras quitarse los zapatos se remangó los pantalones y comenzó a caminar, el contacto con la arena fría y silenciosa le relajó. El mar estaba rugiente y sin colores, todo era blanco. Una enorme y furiosa capa lo cubría hasta más allá de donde se podía ver. Era un manto de espuma salvaje y desordenada, las olas hervían por toda la superficie. Estuvo paseando durante media hora, hipnotizado con el contraste entre el mar y el cielo. Se tumbó en la arena y cerró los ojos, sintiendo cómo su querida Frouxeira le abrazaba. Hacía mucho tiempo que cuando la miraba no la veía,

sus oídos no la escuchaban, ahora solo la sentía. El océano era finito y él podía ver y hasta imaginar sus límites. El cielo, al contrario, no tenía fin. Mateo no lo podía ver y tampoco imaginar. Solo era capaz de percibir aquel espacio como algo que nunca tendría final.

La vibración del móvil le interrumpió y abrió los ojos sin hacerle caso. Vio cómo las aves se sumergían en el mar en busca de alimento, le gustaría ser una de ellas. Zambullirse en aquellas aguas para luego volar sobre su superficie.

La vibración seguía insistiendo, miró sin ganas la pantalla del teléfono, era Esther.

—Mateo, ¿estás en casa?

—Estoy dando un paseo por la playa.

—¡Menudas horas de pasear!, ¿Te pasa algo?, acabamos de estar con John y me gustaría hablar contigo.

Mateo seguía tumbado en el suelo con los ojos perdidos en el cielo, con desgana le preguntó si estaba acompañada.

—Iré sola. ¿Por dónde andas?

—Nos vemos en la terraza que hay sobre la playa —le dijo Mateo.

Se levantó y de nuevo se puso a caminar por la orilla. Los cuatro kilómetros de arenal estaban desiertos. Se paró a observar la Percebelleira, aquella enorme peña que emergía en el centro del océano. Aguantaba los constantes envites de un mar encrespado que intentaba ahogarla con sus huracanes de espuma. Le parecía increíble las muchas ocasiones que había estado sobre aquella roca. Sabía que existían explicaciones científicas acerca del comportamiento del mar. El preferiría que no fuera así, que todo fuera aleatorio y que la propia naturaleza tomara sus decisiones sin ninguna regla que la controlase. La realidad le asustaba, no quería pensar que el hombre intentara dominar aquel entorno.

Al cabo de un rato divisó la figura de Esther. El tiempo que tardó en llegar hasta donde estaba le permitió observarla sin que se diera cuenta. Había muchas cosas que le gustaban de ella: su forma de moverse, su fortaleza mental y su carácter indómito, el color negro de sus ojos y de su pelo, su voz enérgica y su cuerpo intenso. Sin embargo, no era capaz de distinguir cuál era el tipo de atracción que sentía por ella. Su propia inseguridad, y quizás la de Esther, había sido la causa por la que habían dejado de verse los dos últimos años.

Ella le esperaba de pie, se sentaron en la terraza y pidieron café.

—El mar y la playa están espectaculares —dijo Esther—. No me extraña que sea un lugar tan especial para ti.

—Siempre lo ha sido, aunque nunca hubiera pensado que me vendría a vivir aquí.

Mateo no tenía intención de preguntarle por la conversación con John. Cuanto más tiempo estuvieran hablando de otras cosas, mejor.

—Creo que cuando el sol se oculte amainará el temporal —dijo Mateo.

—Mateo, he estado hoy con John el irlandés. Me acompañó el subinspector Elías.

Mateo la miró sin decir nada y dejó que ella siguiera hablando.

—Es un tipo muy huraño, estuvimos más de media hora de pie sin que nos dejara entrar en su casa. Nos contó lo que vio el otro día, lo mismo que me contaste tú. Es una historia un tanto peculiar, sobre todo viniendo de un personaje tan oscuro —dijo Esther.

—No entiendo lo de peculiar y mucho menos lo de oscuro. John es una buena persona aunque no tenga facilidad para relacionarse con los demás. De su historia creo que lo más importante es lo de la mochila —dijo Mateo.

—No lo tengo claro. Estaba oscureciendo y lo que vio fue a través de los árboles. Además, cabe la posibilidad de que se lo esté inventando —dijo Esther.

—¿Inventando?, ¿qué es lo que se está inventado? y, además, ¿cuál es la razón de que se tenga que inventar algo? —dijo Mateo que no paraba de moverse en su asiento.

Empezaba a refrescar y Esther usó la taza de café para calentarse las manos mientras continuó hablando sin mirar a Mateo.

—Podría ser que John conociera a aquel hombre y hubiera entre ellos alguna relación. Su pasado es un misterio, y no podemos cerrarnos a ninguna hipótesis.

—Si fuera por las hipótesis yo mismo podría ser también un sospechoso. No entiendo esa suposición. Por cierto, ¿tenéis alguna información sobre el muerto?

—Se llamaba James Britt y era natural de Escocia. Estaba embarcado en un mercante de bandera de Antigua y Barbuda que actualmente está haciendo escala en el puerto de Ferrol. Sabemos que había estado en ocasiones anteriores por aquí. Tengo que ir a hablar con el capitán del barco para que nos dé más información.

—¿Y la causa de la muerte? —preguntó Mateo.

—Se confirma lo que te comenté por teléfono. Fue golpeado en la cabeza con algún objeto largo y contundente. Podría ser un bastón o un palo de madera.

En la cara de Esther se reflejaba el frío de la tarde. Mateo se levantó y le puso su sudadera alrededor de los hombros. Le preguntó si quería que se fuesen.

—Me tomaría otro café —dijo Esther —, aunque hace algo de frío estoy bien aquí.

Ella miro a Mateo por encima de los hombros y con voz suave, como si le estuviera pidiendo un favor, le dijo que investigaría sobre el pasado de John y le pidió a Mateo que no se entrometiera en aquel asunto.

Ambos se quedaron callados durante un rato. El sol se ocultaba y su huida tranquilizó al océano, la calma se posó sobre la superficie del agua. Todo estaba en reposo, un reposo que los envolvía a ellos dos.

Mateo pensó en John. Casi no le conocía, siempre había sido un enigma para él. John y sus perros eran sombras que nunca había visto hasta aquel encuentro de su adolescencia. Ahora le veía a diario, pero seguía sin conocerle. Para Mateo siempre sería un personaje de libros de aventura con el que había soñado.

Te he pedido una cosa y no me has respondido —le dijo Esther.

Mateo la miro sin decir nada. Esther le dio un último sorbo a su taza de café y se levantó y de manera contrariada le dijo

—Será mejor que nos marchemos.

Mateo fue a pagar. A la vuelta puso sus manos sobre los hombros de ella.

—Estás helada —le dijo frotando su espalda con suavidad. Ella no le miró.

Caminaron en silencio hasta el coche, contagiados por la tranquilidad que se había posado sobre el mar. Dentro del coche Esther encendió la calefacción y sin pronunciar una sola palabra, llegaron a la casa de Mateo. Él la invitó a entrar, pero ella le respondió que prefería irse. Él le dio un beso en la mejilla, un beso que le dejó un agitado recuerdo.

Dentro de casa, se sentó frente a la chimenea. Volvía a estar inquieto. No sabía si por la conversación sobre John, por el beso de despedida o por lo que Caroline le había contado aquella mañana. Se puso a buscar en internet las entradas de barcos en el puerto de Ferrol. Sabía que él sería el único que iba a ayudar a John el irlandés. La voz de Eric Clapton *en Layla* y el hechizo de las llamas cerraron sus ojos. «Que harás cuando te encuentres sola y nadie esté

esperando a tu lado». Cuando la noche apagó las últimas luces del día, Mateo seguía durmiendo, sin soñar y arropado por el calor de la chimenea.

Fuera de casa, la oscuridad se mantenía en calma. Buck estaba al acecho sobre la piedra del porche. A lo lejos se oía el silencio del mar y el suave susurro de los ameneiros. Un susurro que entró deslizándose por la chimenea y con suavidad abrazó a Mateo. En su sueño, Mateo sintió cómo al oído le decían que tuviera cuidado.

El Marqués de Amboage

Al día siguiente, Mateo madrugó un poco más de lo habitual para ir a Ferrol a resolver algunos asuntos. El día se presentaba gris, con una temperatura agradable y sin amenaza de lluvia. En los últimos años, septiembre se había convertido en una extensión más de la estación veraniega que en un comienzo del otoño.

A las nueve y media, puntual como siempre, Teófilo se presentó en la puerta de casa. Teófilo era un taxista de Valdoviño con el que Mateo había llegado a un acuerdo. Cerraron unos precios en función del desplazamiento, lo que les permitía no tener que discutir cada vez que Mateo necesitara sus servicios. Se conocieron al poco tiempo de que Mateo regresara de Madrid. Desde el primer momento Mateo tuvo claro que Teófilo sería el elegido. Rondaba los sesenta años y Mateo había descubierto en él a un auténtico emprendedor. Además del taxi, regentaba un pequeño estanco que atendía con su mujer. También era vendedor de seguros, para lo que usaba el coche como oficina, y tenía algunas tierras que dedicaba al cultivo. Se había mostrado muy dispuesto a hacer un trato cuando Mateo se lo propuso.

Nada más darse los buenos días y que, como siempre, Mateo tomara asiento al lado del conductor, Teófilo empezó a disparar.

—¿Qué coño ha ocurrido?, parece que encontraste un cadáver.

Mateo le miró con el ceño fruncido.

—Seguro que sabes mucho más que yo. En realidad solo encontré el cuerpo, no tengo ni idea de lo que ocurrió. ¿Qué se dice en el pueblo?

—Pues se dicen muchas cosas —contestó Teófilo.

—No te andes con rodeos, ve al grano y cuéntame las habladurías —le dijo Mateo.

—Hay que joderse, fuiste tú el que encontró el cadáver y soy yo el que acaba siendo interrogado. La gente tiene muchas teorías, todo depende de quién opine.

Mateo empezó a desesperarse. Teófilo siempre parecía impasible, estuviera contando un chiste o en un funeral, lo único que se alteraba eran sus mofletes, que subían y bajaban según la cantidad de emoción que le pusiera a la

conversación. En aquel momento eran como grilletes, rígidos y colorados, guardando toda la información.

—Está bien Teófilo, te contaré lo que yo sé —dijo Mateo.

Mateo le relató lo ocurrido, solo se calló la reunión de Esther con John el irlandés y el detalle de la mochila. Al acabar, Teófilo tenía la misma cara que los glotones mirando una tarta de chocolate.

—Ya te lo he contado todo, no hay nada más. Te toca a ti —le dijo Mateo realizando cada una de las sílabas.

—Pues bien, poco me has contado —le respondió Teófilo.

Mateo le miró desesperado. Era como un muro inexpugnable.

—Voy, voy, que tampoco hay para tanto —dijo Teófilo—. Bien, entre todo lo que se rumorea hay varias teorías. La más extendida es que el cadáver es de alguien que se encontró con el irlandés, que este por alguna razón se cabreó, le golpeó y dejó el cuerpo algo alejado de su casa.

—¿Pero cuál es la razón de que John le matara?, así, sin más —protestó Mateo.

—Mateo, ese irlandés no parece un tipo de fiar. No sabemos casi nada de él, no se relaciona con nadie y... seguro que en su pasado hay algo oscuro —dijo Teófilo.

—Le habéis cogido manía desde un principio y ahora, de cualquier cosa que pasa, se le hace responsable. Otra teoría —dijo Mateo impaciente.

—Es alguien que pertenece a una banda que se dedica a asaltar casas, el pasado invierno hubo varios robos. Es posible que hubiera venido una avanzadilla a investigar y que hubiera un enfrentamiento entre ellos. Para estos extranjeros la vida de los demás no vale nada —dijo rotundamente Teófilo.

—¿Y por qué tienen que ser extranjeros? ¿Hay alguna teoría más?

—Muchas. Amantes, celos, bandas de traficantes. Se habla también, y esto no te va a gustar, de la posible relación con David. Todo el mundo sabe, o por lo menos se rumorea, que se vinieron a vivir aquí por problemas que tuvo David con el juego y no por cuestiones de salud —dijo Teófilo entre susurros.

Mateo le miró sorprendido, todo el mundo conocía aquella historia antes que él. Prefirió no entrar en aquel asunto.

—Teófilo, creo que el aburrimiento hace hervir vuestra imaginación. Espero que no haya más teorías, en la próxima me veo involucrado como un siniestro asesino.

—Ninguna te involucra, es solo que tú has encontrado el cadáver, que eres muy amigo del irlandés y de David, y que, a lo mejor, no lo has contado todo

—dijo Teófilo.

—Creo que será mejor que cambiemos de conversación y así dejas de decir tonterías.

El resto del viaje lo hicieron en silencio, Teófilo le miraba de vez en cuando mostrando una sonrisa que delataba sus ganas de seguir hablando. Mateo encendió el equipo de música y empezó a sonar *Ferrol* de Los Limones. «Sé que aquí nací y aquí quiero quedarme, aquí está mi hogar, donde se acaba el mar».

Teófilo le dejó en el centro de la ciudad. Durante la mañana Mateo fue a la oficina de correos y se tomó un café con varios amigos. A la hora de comer se dirigió a su restaurante favorito: un lugar donde los peces revolotean sobre el ambiente y protagonizan una cocina elaborada con productos frescos y naturales, sin artificios. Se decidió por un salmón con guacamole y liberna⁷ escabechada, un sorprendente abadejo micuit con escabeche de mejillones y una combinación de postres que le tenían seducido, dos helados: el de queso de tetilla con membrillo y el de ras el hanut. Durante la comida no pensó en nada ni habló con nadie, se dedicó a disfrutar cada uno de los sabores que estallaban en su palabra. Una avalancha de sabores auténticos, el mar resaltaba sobre todos ellos, pese a la modernidad en alguno de los nombres y en sus preparaciones Mateo sentía en su paladar las mismas sensaciones de la cocina tradicional en la que nada se disfraza y nada se esconde. Con los postres observaba primero la cucharilla y cada vez que la introducía en la boca una explosión de sabor recorría los lugares más recónditos, lugares que parecían adormecidos y que eran capaces de despertar se su letargo con aquellos sabores.

⁷ Pez también llamado Rubio

Después de comer dio un paseo, recorrió aquellos lugares que seguía sintiendo como una parte muy importante de su vida.

Recorrió la calle Real hasta la plaza del Marqués de Amboage. Se sentó en uno de los banquillos que rodean la explanada circular. Con su vista repasó los jardines que envolvían la plaza y que estaban custodiados por aquellos árboles señoriales, de edad infinita, que no habían crecido desde que alcanzaron el cielo. Saludó a la estatua de Don Ramón que desde su pedestal observaba las enormes palmeras que llegaban hasta las nubes y vigilaba aquel lugar que a Mateo le traía tantos recuerdos.

En 1892 Ramón Pla y Monge decidió dedicar un tercio de su fortuna a la fundación Marqués de Amboage, título que le fue otorgado unos años antes,

cuando regresó a Ferrol después de haber hecho fortuna en Cuba. Uno de los objetivos de la fundación era pagar a las familias pobres las mil quinientas pesetas que costaba la excedencia del servicio militar. En aquella época, no muy diferente a lo que ocurre en la actualidad, en que solo han cambiado el tipo de privilegios, los adinerados eran los únicos que podían acceder a aquella prebenda. En 1895 se decidió dar el nombre de Plaza del Marqués Amboage al lugar en el que ahora se encontraba Mateo. En el centro se erigió la estatua de Don Ramón que ha sido vigía de muchas vidas que han pasado por allí.

Muchos recuerdos empezaron a pasar por la mente de Mateo. Los quioscos que ya no estaban y que eran lugar de peregrinación en su infancia. Allí invertían la paga semanal: los tebeos, golosinas, regaliz, limoncitos, gominolas, los chicles Bazoka y las pequeñas gaseosas. Eran tiempos de juegos infantiles: el peón, el clavo y las bolas (en otros lugares llamado canicas), los términos guerreros que usaban cuando jugaban al gua: truque, matruque, returque, pies, pasobola y gua. De la misma manera que con el paso de los años el pantalón corto era sustituido por el largo, los juegos también iban evolucionando: las lombas, arriba facu, el escondite, el pañuelo inglés y el balón prisionero que era el único juego que podían compartir con las chicas.

Era un lugar de reunión en el que tiempo no existía. Solo la aparición del chepa⁸, que les prohibía jugar al fútbol, interrumpía aquellos momentos en los que la diversión era el único objetivo.

⁸ En Ferrol, como se denomina popularmente a los policías municipales.

Mateo recordó al primer amor de su vida. El amor imposible de la infancia. Con quien nunca habló y a la que todos los días perseguía con su mirada. La conoció sin que ella lo supiera y la amó en secreto, y de la misma manera que entró en su vida, su rastro se desvaneció y nunca la volvió a ver.

Sus ojos se entristecieron con el recuerdo de su otro amor, el definitivo. La mujer con la que compartió su vida desde que los dos abandonaron la adolescencia. Con ella rió, lloró y disfrutó. Eran los tiempos en los que se reunían con sus amigos para escuchar cómo tocaban la guitarra y cantaban las canciones de aquella época: Los Beatles, Simon y Garfunkel, Bod Dylan. A partir de aquel momento no hubo otra mujer para él, con ella lo vivió y lo sintió todo, fue la madre de sus hijas y a la que un desgarró apartó de su vida. Empezó a sentirse angustiado, de nuevo la presión en su pecho. Aunque ya habían pasado tres años, aquella herida de la que solo hablaba con su médico

era el origen de todas sus ansiedades. En los últimos doce meses había conseguido que la cicatriz se fuera suavizando y que solo en momentos puntuales, cuando los recuerdos se convierten en obsesión, la angustia se apoderara de él. El tiempo estaba siendo el bálsamo que iba curando su herida.

Se levantó y después de una mirada de despedida al Marqués decidió dar un paseo por las calles cercanas a la plaza. En su barrio, el de la Magdalena, era dónde se había criado. Pasaron muchos años hasta que fue consciente de la importancia de aquel lugar, de la arquitectura de sus casas, de la distribución racionalista de sus calles. Un barrio que en cualquier lugar del mundo hubiese sido cuidado como una pequeña joya, pero que, en Ferrol, estaba siendo maltratado por la ineficacia y la mediocridad de sus dirigentes.

Paseaba mirando hacia el cielo, observando las galerías de madera y balconadas de hierro que engalanaban los edificios. Le gustaba el nombre de sus calles: María, Real, Dolores, Magdalena. En los años tenebrosos del dictador, algunas de ellas perdieron su denominación y lo recobraron cuando en el país se quitaron las cortinas y entró la luz.

Se sentía entristecido por lo que en su ciudad había estaba ocurriendo en los últimos años pero tenía la esperanza de que en algún momento todo cambiaría, pero tendrían que ser sus habitantes los que reaccionaran impidiendo que su ciudad se fuera marchitando, sin esperar que nadie viniera a resolverlo. Deberían ser ellos, deberían dar un fuerte golpe en la mesa y gritar y luchar por su futuro.

Bajó hasta el edificio de Capitanía y se acercó hasta Herrera, cruzó los jardines escoltados por los majestuosos magnolios y se apoyó en la muralla. Uno de los pocos sitios de la ciudad desde donde se podía ver el mar. Desde allí, a izquierda y derecha, se contemplaba la historia de Ferrol: una ciudad de marineros, marinos y construcción naval.

Por la estrecha calle de San Francisco se dirigió hasta el muelle de Curuxeiras. A su izquierda se quedó contemplando el Cuartel de Instrucción, uno de los más bellos edificios de la arquitectura militar del siglo XVIII, un lugar de leyendas y de ilustres marinos. Curuxeiras es la entrada marítima a Ferrol, su entrada natural. Quizás, parte de lo que diviso el escritor italiano que mirando a Ferrol desde el mar dijo que no era un lugar donde termina el continente, sino donde Europa comienza.

Se sentó en una de las terrazas del muelle a tomar un café. Le gustaba aquel lugar, podía observar la entrada y salida de las lanchas que recorrían la ría y

las que se dirigían hasta Mugaridos.

De repente su estómago le dio un vuelco, un individuo sonriente se había bajado de un coche y se dirigía hacia él sin ningún disimulo.

—Hola, Mateo, buenas tardes —le dijo el subinspector Elías.

—Hola, subinspector, qué casualidad haberme encontrado —dijo Mateo con una falsa sonrisa.

—No es ninguna casualidad. Sabía que estaría por aquí, por algo soy policía. Si no le importa, me voy a sentar con usted.

Se sentó y le pidió al camarero una manzanilla. Le dijo a Mateo que siempre solía tener el estómago revuelto. Mientras le miraba, Mateo pensó que él también debería haber tomado una manzanilla.

—Ayer estuvimos con su amigo el irlandés —dijo Elías.

Mateo se quedó callado, no tenía ningún interés en contarle lo que había hablado con Esther.

—Parece que no tiene muchas ganas de hablar. O es que a lo mejor le pasa como a su camarada, que no le gusta hablar conmigo. Alguien le tendrá que dar a usted algún consejo para que sea más hablador con la policía.

—¿Qué es lo que quiere? Me gustaría que fuese directamente al grano, creo que usted y yo no tenemos mucho que decirnos —dijo Mateo con visible enfado.

—Por favor, no se ponga así, seguro que prefiere hablar aquí que en la comisaría —dijo el subinspector.

—¿Está usted amenazándome?, hágame las preguntas que tenga que hacer y acabemos con esto rápidamente —dijo Mateo de forma enérgica y nerviosa.

Los ojos del subinspector miraban a Mateo como un sapo mientras revolvía con parsimonia su manzanilla.

—Su amigo nos contó una curiosa historia, me imaginó que usted ya la conocerá.

—No entiendo por qué le parece tan curiosa —contestó Mateo.

—Porque no me la creo. Alguien que tiene cosas que esconder suele tener mucha imaginación —dijo el subinspector Elías.

Mateo hizo un esfuerzo por contener su indignación. Antes de que pudiera decir nada, el subinspector siguió hablando.

—Todavía no tenemos pruebas, pero las tendremos. Seguro que las encontraremos. En un pasado oscuro siempre se encuentra algo.

—Es muy atrevido lo que está diciendo y más viniendo de alguien con un pasado como el suyo. Espero que, cuando se dé cuenta de que está

equivocado, se disculpe. Sería mejor que acabáramos esta conversación —contestó Mateo.

—Si tiene usted alguna duda sobre mi pasado yo se lo puedo aclarar pero ya veo que no tiene usted muchas ganas de cooperar —dijo Elías—. Es posible que sepa usted algo más de lo que nos ha contado. Encubrir un delito puede tener graves consecuencias.

Mateo dejó en la mesa dinero suficiente para pagar. Al levantarse, separó su silla haciéndola chirriar contra el suelo.

—La próxima vez que quiera hablar conmigo hágalo por la vía oficial. Será mejor que lo hagamos en la comisaría, acompañado de un abogado que pueda escuchar toda esta sarta de amenazas y estupideces —dijo Mateo.

Mientras se alejaba, Mateo llamó a Teófilo para que viniera a buscarle, aquel individuo le había amargado el día y quería regresar, cuanto antes, a Valdoviño. Tenía que hacer algo, la situación de John empezaba a complicarse.

En el camino de vuelta le pidió a Teófilo que le llevara a comprar pan. Una rosca de harina de trigo que a Mateo le apasionaba. Daba igual la hora a la que lo comprara, pedía que se la pusieran en una bolsa de papel, la apretó suavemente para sentir como crujía y luego arrancó un trozo que crujía entre sus manos, no le importaba que la harina blanca se pegara en su ropa. El placer que le producía meterlo en la boca y cerrar los ojos se extendía por su cuerpo. Teófilo le miraba sonriente, le había visto hacer aquel ritual en numerosas ocasiones. Sabía que en aquel momento lo mejor era hablar poco y dejarle disfrutar. Durante el camino, Mateo siguió arrancando pequeños trozos de pan que además de llenarle la ropa de restos de harina le producían la misma sensación que un bálsamo, en este caso para apaciguar el mal cuerpo que le había dejado la conversación con el subinspector Elías.

—Deja algo para la cena —le dijo Teófilo sonriendo. Creo que no has tenido un buen día o será que alguien te ha amargado la tarde.

Mateo le miró de reojo, se preguntó cómo podría saber Teófilo que es lo que la había ocurrido.

—Parece que todo el mundo sabe que es lo que hago —le dijo Mateo mientras se sacudía el rastro de migas que se habían esparcido sobre sus piernas.

Teófilo que no dejaba de sonreír le respondió.

—Por las migas no te preocupes, ya las recogeré yo.

Mateo se dio cuenta de lo mucho que ya le conocía Teófilo. Con una simple frase era capaz de sacarle de un bucle que lo estaba llevando a tener un humor de perros.

Lo primero que hizo al llegar a casa fue llamar a Ramón Baldespin, antiguo compañero suyo en la universidad con el que seguía teniendo muy buena relación. Ramón era un alto cargo de la autoridad portuaria de Ferrol. Sin entrar en mucho detalle, Mateo le dijo que necesitaba información de un barco, de bandera de Barbuda y Antigua, recién atracado en el puerto. Ramón miró la información de entradas y salidas, y encontró rápidamente lo que estaba buscando. El barco en cuestión era el *Salty wind*. Un navío que frecuentaba el puerto de Ferrol donde iba a descargar carbón con destino a la central térmica de Puentes. Baldespin le dijo que ese día ya sería difícil, pero que a la mañana siguiente le llamaría a primera hora para contarle lo que había conseguido.

Aquel día ya no podía hacer nada más. Solo esperar a la información que pudiera obtener sobre James Britt. Se dedicó el resto de la tarde a hacer la lista de lo que tenía que llevar en el equipaje, jugó con Buck y, a última hora, se despidió del día mientras escuchaba *Ashes to Ashes* de David Bowie: «Nunca he hecho cosas buenas, nunca he hecho cosas malas. Nunca he hecho nada fuera de lo normal».

CAPÍTULO III

Las arañas de Marte

Cuando sonó el teléfono, Mateo estaba preparando su bolsa de golf, por la tarde iría con David a jugar nueve hoyos. Era Ramón que quería decirle que había conseguido contactar con el capitán del barco. En una hora se verían en un bar del puerto. Ramón tenía una gran reputación consiguiendo cosas a través de su red de contactos y Mateo no quería saber, aunque se lo imaginaba, cómo lo hacía.

Llamó a Teófilo para que le llevara Ferrol. Durante el viaje le propuso que comieran juntos, él invitaba.

La cita era a las doce y llegó con diez minutos de antelación. Habían quedado en el segundo despacho de Ramón: un bar que era como la sala de máquinas de un barco antiguo. Sus paredes de color marrón tenían el mismo brillo que su dueño, el que se consigue después de muchos años expuesto a la fritura de churros y calamares. El cuerpo de Ramón, sentado en una mesa reservada para él, reposaba sobre su enorme trasero. Sus manos eran como racimos de butifarras recién embutidas, en una de ellas resaltaba un enorme anillo dorado que estrangulaba el dedo meñique de su mano derecha. La gente que entraba se acercaba a saludarle, él simplemente levantaba la mano y sonreía emitiendo un extraño sonido a modo de saludo. A esa hora engullía una docena de churros que mojaba en un gran vaso de leche hirviendo con muchos sobres de azúcar.

Su barriga estaba cubierta por una enorme servilleta blanca con la que, de manera sosegada, se limpiaba la boca cada vez que iba a hablar. Mateo se sentó y pidió un café que no iba a pagar. Nunca lo podía hacer y tampoco había visto a nadie que lo hiciera.

Ramón no era un hombre de muchas palabras ni de demasiadas preguntas. Mostraba su aprecio por Mateo y siempre que podía estaba dispuesto a hacerle un favor. Le comentó que el capitán llegaría en unos minutos y él los dejaría solos. Mateo le contestó que no era necesario, sabía que Ramón estaría encantado de escucharlos. Era la forma de devolverle el favor.

Ciento veinte kilos de carne fuerte y rosada, envueltos en colores recargados, entraron por la puerta. A diferencia de Ramón, el capitán no era un hombre gordo, era un hombre grande. Al final de los brazos colgaban unas

manos trabajadas, capaces de hacer crujir cualquier cosa entre ellas. Henry Turner había abandonado de mala manera los cincuenta años. Saludó a Ramón como si le conociera de toda la vida, hablando castellano con fluidez. Mateo percibió que tenían una relación que iba más allá de sus respectivas profesiones.

—Capitán, muchas gracias por venir —dijo Mateo.

—Siempre estoy dispuesto para una llamada de Ramón —contestó el capitán Turner que continuó hablando con orgullo sobre su vida en el mar.

En los treinta años que llevaba embarcado, España había sido un lugar que había visitado muy frecuentemente. Desde hacía ocho era el capitán del *Salty wind*, lo que le había permitido estar en Ferrol en infinidad de ocasiones.

Mateo escuchó atentamente y cuando el capitán dejó de hablar les contó su encuentro con el cadáver de James Britt y el interés que tenía por saber más sobre su vida. Nadie preguntó por los motivos de aquel interés.

—Ayer a última hora de la tarde se presentó en el barco una inspectora de policía a la que ya le conté todo. Una mujer hermosa —dijo el capitán Turner.

Ramón sonrió mientras decía:

—Mateo la conoce muy bien.

Sin hacer caso a la insinuación de su amigo, Mateo dejó que el capitán Turner siguiera hablando el cual les relató lo que sabía: James Britt era maquinista, desde los dieciocho años había estado embarcado y los últimos cinco en el *Salty wind*. Era un tipo tranquilo que no ocasionaba ningún problema, ni en tierra ni en el barco. En Escocia vivían sus padres y un par de hermanos. No sabía que tuviera mujer ni novia, aunque en los puertos solía tener mucho éxito con las mujeres. Su afición favorita era andar. En su tiempo libre solía salir desde la primera hora de la mañana y regresaba a la hora de comer.

Cuando Mateo le preguntó si tenía alguna sospecha sobre lo que había podido pasar, el capitán le respondió que ya le había dicho a la policía que no tenía ni idea de lo sucedido.

Nada en aquel relato había inquietado a Mateo, tan solo la frialdad con la que el capitán hablaba. La muerte de James Britt era un detalle más para apuntar en su cuaderno de bitácora.

Ramón intervino para decir que aquello le parecía muy extraño y que solo se le podía ocurrir que fuese un robo.

—Tenía la cartera, el reloj y una cadena de oro. Solo faltaba la mochila que siempre llevaba encima —dijo el capitán.

—Solo si dentro tuviese algo de mucho valor tendría explicación —dijo Ramón.

—¿Le contó a la inspectora lo de la mochila? —preguntó Mateo.

La respuesta fue afirmativa. Mateo vio como le miraba de Ramón, estaba buscando en sus ojos la razón de haber realizado aquella pregunta.

Recordó su última conversación con Esther y pensó que ahora ya no tendría dudas sobre la existencia de la mochila.

El capitán también les dijo que la inspectora le había preguntado si conocía a John el irlandés. En silencio, Ramón interrogó a Mateo, que respondió secamente.

—No tiene nada que ver con esta historia.

El capitán estiró sus piernas, dejando que sus extremidades superiores se relajaran colgadas sobre los brazos de la silla y los miró a ambos.

—El viejo John el irlandés. Hasta hace pocos años siguió embarcando en los meses de invierno. Nunca lo entendí, no creo que fuera por problemas de dinero aunque de un tipo tan huraño como él se puede esperar cualquier cosa.

Aquello que acababa de oír hizo que Mateo se revolviera en su asiento.

—Veo que conoce usted muy bien a John —le dijo al capitán.

James Turner sonrió. Aunque podía tener una edad similar a la de Mateo, empezó a hablarle como un padre lo hace con su hijo.

—No sé cuál es el interés que tiene usted en esta historia, pero le voy a dar un buen consejo: olvídela y no se entrometa. Lo mejor es estar alejado de ella.

Aquellas palabras inquietaron a Mateo. Miró a Ramón, pero este seguía como si no hubiese pasado nada, rebañando con la cuchara los tropezones que se habían caído en el vaso de leche. De nuevo volvió su mirada hacia el capitán y se dio cuenta por su expresión que no quería seguir hablando de aquel asunto. Aunque estaba seguro de que sabía más cosas y de que a él no se las contaría, decidió insistir.

—¿Alguna vez coincidió en el mismo barco con John?

En el semblante del capitán había desaparecido la mirada paternal, miró a Mateo y luego digirió sus ojos a Ramón.

—Por supuesto, estuvimos embarcados muchas veces juntos.

—Y John y James Britt ¿coincidieron alguna vez?

—En nuestro mundo todos nos conocemos.

Mateo quiso insistir pero cuando iba a hablar Ramón, le interrumpió.

—Creo que el capitán ya no tiene nada más que contarnos.

Aquella frase ponía el fin a la conversación. Era el momento de despedirse. Mateo les dio las gracias a ambos. Le invitaron a comer, pero prefería dejarlos solos. Una buena comida entre aquellos dos personajes sería el momento ideal para que el capitán le diera más información a su amigo. Él quedaría otro día con Ramón para que le contara el resto de la historia que el capitán conocía.

Teófilo le estaba esperando dentro del coche y se dirigieron a una taberna que quedaba cerca del campo de golf. Mateo iba en silencio, absorto en lo que acaba de oír por boca del capitán Turner. Llevaba la mirada perdida pensando en la posible relación entre John y James Britt. Teófilo ya estaba acostumbrado a aquellos silencios de Mateo, sabía cuándo no debía hablarle. Algo interrumpió los pensamientos de Mateo, a mitad de trayecto le pidió a Teófilo que fuera despacio, estaba viendo cómo David y el subinspector Elías entraban amistosamente en un restaurante. La cara de Mateo no pudo disimular su sorpresa.

—Parece que tu amigo tiene buenas compañías.

Mateo no respondió. No quería hablar sobre aquel encuentro.

—Hoy no estás muy hablador —dijo Teófilo que aprovechó aquella interrupción para intentar averiguar en qué estaba pensando Mateo.

—¿Hay algún nuevo rumor sobre nuestro cadáver? —preguntó Mateo.

—Nada que no sepas ya, se sigue insistiendo en tus amistades —respondió Teófilo.

En el resto del trayecto, Mateo dejó que fuera Teófilo el que llevara el mando de la conversación el cual intentaba sonsacarle qué era lo que había ido a hacer al puerto. Mateo seguía pensando en lo que había ocurrido aquella mañana, aunque sentía curiosidad por el encuentro de David con el subinspector Elías, estaba inquieto por la conversación con el capitán Turner. Todo se pondría muy negro para John cuando se le relacionara con James Britt.

La comida hizo que durante un rato se olvidara de todo aquello. De primero compartieron unos berberechos. Eran grandes, carnosos y su concha estaba cubierta de estrías oscuras. Los pidieron abiertos, al natural, sin ningún artificio que ocultará su sabor a mar, primitivo, que inundaba toda la boca. De segundo un enorme lenguado para los dos. Solo, hecho a la plancha. A Mateo le gustaba la delicadeza de su carne y la elegante sensación que dejaba en el paladar. La facilidad con la que se desprendía de la espina era una señal de su frescura y del buen manejo que de la plancha tenía el cocinero.

Teófilo centró la conversación en intentar convencerle de que cambiara el seguro de la casa. Le explicó las ventajas del que él ofrecía y que, ante cualquier problema, lo tenía a él para resolvérselo. Mateo le pidió que le pasara un presupuesto y que lo estudiaría. Se tomaron un café, Mateo pagó la cuenta y se fueron al campo de golf.

David le esperaba en la cafetería del campo. Se levantó para saludarle y le dijo que tendrían un buen día para jugar. Ya se había cambiado y parecía preparado para participar en un desfile de modelos. La ropa en perfecto estado. Zapatos blancos impecables, pantalón azul marino y un polo color azul cielo que hacía juego con su gorra y resaltaba el color tostado de su piel. Mateo estaba convencido de que en casa tenía algún artilugio que le permitía mantener aquel bronceado durante todo el año.

—Con tal de que no llueva —contestó Mateo.

A Mateo lo de jugar al golf le daba un poco igual, en realidad lo que a él le gustaba era la ubicación de los campos. Le parecían lugares muy agradables para pasear y conversar. El campo donde iban a jugar le gustaba por su diseño, similar a los que había visto en Escocia, bordeaba los acantilados y en él se habían mantenido las formas y la erosión natural.

Mientras Mateo se cambiaba, miró a David. Tenía varias preguntas que hacerle y no tenía muy claro por dónde empezar. Seguía molesto porque no le hubiera contado sus problemas con el juego y tenía curiosidad por saber sobre su relación con el subinspector Elías.

Miró a su amigo, para David el calentamiento previo era un ejercicio de estrés. No tenía paciencia, para el todo en la vida era ir directamente al grano. Mateo era todo lo contrario, le gustaba hacer estiramientos para calentar sus músculos, golpear la bola en el campo de prácticas con suavidad, haciendo un recorrido por los palos más usuales. Mientras él hacía sus estiramientos, su amigo se dedicó a pegarle a la bola lo más fuerte posible. Cuanto más lejos llegase, mucho mejor. Al llegar al campo comprobaron que jugarían los dos solos, sería un recorrido de un par de horas.

—Mateo, ¿cómo va la investigación?, ¿se sabe quién era el muerto?

El poco interés que Mateo tenía en dar el primer golpe se le fue con aquella pregunta.

—Y tú ¿me preguntas eso?, estoy seguro de que tienes mucha más información que yo —resopló Mateo.

—¿Qué te pasa?, te veo un poco tenso. Creo que esto del golf te está empezando a cansar.

Algo de razón tenía David. Mateo siempre había pensado en esa extraña obsesión que el ser humano tenía por golpear y perseguir objetos redondos. Un montón de individuos vestidos ridículamente detrás de una bola, pelota o pelotita con el único objetivo de colarla en algún lugar absurdo.

—El golf solo me aburre. Lo que realmente me cansa e incómoda es que me hagas esa pregunta. Te he visto con el subinspector Elías, no sabía que tuvieses esas amistades —dijo Mateo.

—Joder, Mateo, conozco al subinspector desde hace muchos años. No sé cuándo me has visto, pero suelo comer con él cada quince días.

—¿Y seguro que no te ha contado nada de cómo llevan la investigación?

Antes de que David respondiera, les alertaron los gritos del grupo que venía detrás.

Estaban entorpeciendo el juego y la cortesía obligaba a que se hiciesen a un lado.

—Mateo, vamos a sentarnos. Así podemos hablar mientras me fumo un cigarro.

—¿Ahora también fumas?, creí que lo habías dejado cuando tuviste el problema de corazón.

—Solo de vez en cuando, pero, por favor, no se lo digas a Caroline —dijo David.

Mateo se sentó a su lado. Le habló centrando su atención en darle vueltas al palo de golf que tenía entre sus piernas.

—¿Secretos también para Caroline?, creía que los secretos solo eran conmigo.

—¿De qué me hablas, Mateo? —le contestó David.

Mateo le contó lo que sabía sobre sus problemas con el juego y que a él le había llegado la noticia por los rumores que corrían por el pueblo.

—No entiendo como tú y Caroline no me lo habéis contado. Creía que los amigos estábamos para algo.

En ese momento toda la fortaleza de David se detuvo, sus pupilas mostraban la vergüenza que había en su cuerpo. Tiró el cigarro y lo pisoteó sobre la hierba.

—No sabes lo abochornado que me siento y lo peor es la sensación de traición por no haberte contado nada. No he sido capaz de hablar contigo de esto.

—¿Sabes que todo el mundo habla de ello?, ¿cómo se han podido enterar? —le dijo Mateo.

—No tengo ni idea.

Mateo se quedó mirándole fijamente, David tenía los ojos clavados en la hierba.

—¿Y la pregunta sobre lo que sé del asesinato?, ¿qué pasa, que ese individuo no te ha contado nada? —le dijo Mateo.

—No podía decirte nada. Toda la información que tengo es confidencial. Me dijo que no lo comentara con nadie —respondió David.

—Creo que será mejor que nos vayamos. No me apetece jugar al golf —dijo Mateo.

David le agarró del brazo y le propuso ir a tomar algo para poder seguir hablando. Abrigados con sus chaquetas estuvieron en la terraza del club hasta el anochecer. David le informó de lo que le había contado el subinspector pero Mateo se dio cuenta de que la información era muy limitada y no había nada que él no conociera. Sobre sus problemas con el juego se sintió abochornado, casi había llevado a la ruina a su familia. Le juró que lo había abandonado y que Caroline fue la que le ayudó a salir de aquel pozo.

Por primera vez en su vida, Mateo miró a David con compasión, había dejado de ser aquella persona que se comía el mundo. Era un buen amigo aunque seguía sin entender el pacto al que había llegado con Caroline y que el no quiso mencionar para no descubrir a su mujer. De la información que él tenía sobre el asesinato no le contó nada y después de aquella conversación tuvo claro que tampoco le hablaría del hallazgo del posible diamante.

Se fueron en el coche de David y estuvieron hablando del viaje a Madrid. Mateo pensaba en que el no sería capaz de controlarle, además, hiciese lo que hiciese el no se lo iba a decir a Caroline.

Al llegar a casa, Mateo agradeció el recibimiento que le hizo Buck. Se dio una ducha, se puso ropa cómoda y con la música a todo volumen decidió que era un buen momento para el homenaje que planeaba desde hacía varios días. Una tras otra sonaron *Soul love*, *Starman*, *Moonage daydream*, *Ziggy Stardust*.... Miró al cielo oscuro y recordó a David Bowie, sus arañas de Marte y «los hombres de las estrellas que habían esperado en el cielo».

Piratas y Corsarios

Son seres infieles. Por esa época empiezan a abandonar la que ha sido su casa en los últimos meses. Seres desagradecidos que en un suicidio colectivo dejan a la intemperie a quienes les han dado cobijo y alimento.

Mateo rastrillaba las primeras hojas que empezaban a caer. Para él, de la misma manera que para otros seres humanos, empezaba una época en la que los días corrían anónimos y la monotonía iba adueñándose del tiempo. Solo los acontecimientos de los últimos días y los preparativos del viaje alteraban la calma que acompañaba la entrada de la nueva estación.

No era un período del año en la que el jardín y el huerto necesitaran muchos cuidados. La mayoría de árboles y plantas se preparaban para comenzar una temporada de letargo. Mateo llamó al jardinero para recordarle que recogiera las hojas y las castañas que caerían durante el mes de octubre. Tenía que extender las castañas dentro de la casa sobre papel de periódico y, de vez en cuando, encender la calefacción para ahuyentar la humedad. Las que quedaban sin recoger las compartía con los animales que durante aquella época del año iban en busca de su alimento.

Había quedado a las once con Caroline en La Puerta del Sol. Quería hablar con ella sobre lo ocurrido el día del frustrado partido de golf. Se encontraron en una cafetería en la que el tiempo se había parado. Un lugar de mesas de mármol en el que el café siempre incluye la compañía de un vaso de agua. A la hora de su encuentro unos pocos parroquianos pasaban las hojas de los diarios que gratuitamente podían leer. Otros, en silencio, golpeaban las fichas de dominó contra la mesa. Solo alguna discusión sobre el juego alteraba la tranquilidad de aquel lugar. Un buenos días era lo único que intercambiaban con el propietario, no había que pedir, allí ya sabían lo que todo el mundo tomaba.

Caroline recibió a Mateo con su perenne sonrisa.

—Me tienes intrigada, ¿no me lo podías decir por teléfono?

—No es nada grave, pero prefiero contártelo en persona. Además, verte siempre es un placer —le respondió Mateo.

—Bueno, pues tú me dirás. Seguro que es algo de David.

—En primer lugar, quiero decirte que no he hablado con él, ni con nadie, sobre lo que me contaste, pero que sepas que en el pueblo todo el mundo lo sabe.

—Me lo imaginaba por algunos comentarios que he oído.

—No sé si te comentó algo David de lo que ocurrió en el campo de golf. Tenía que decirle lo mal que me había parecido que todo el mundo supiera lo de sus problemas con el juego, y a mí no me hubierais dicho nada.

Caroline abandonó su sonrisa, como era habitual en ella le cogió una mano mientras le decía:

—Siempre has sido nuestro mejor amigo. Siento muchísimo no haber hablado contigo sobre ello.

Mateo separó sus dedos con suavidad para acercarse la taza de café.

—Tú no tienes que disculparte. Sé que no has tenido nada que ver. En cualquier caso, el otro día David y yo dejamos este asunto zanjado. Es difícil no perdonarle.

—Gracias, Mateo. Eres un encanto. Solo te pido, de nuevo, que le vigiles cuando vayáis a Madrid.

Mateo no se sentía cómodo con aquella petición.

—Sabes que será difícil. Además, no estaremos juntos todo el tiempo. Haré lo que pueda, pero habrá ciertos temas en los que no me entrometeré.

Caroline se quedó mirándole en silencio. Mateo se dio cuenta de que de lo inoportuno de aquel último comentario. Tenía que arreglarlo.

—Guárdame este secreto. David fuma a escondidas y yo no puedo hacer nada —dijo Mateo en tono confidencial.

La mirada de Caroline volvió a sonreír.

—Lo sé, no es ningún secreto para mí. Es imposible mantener oculto el vicio del tabaco.

Mateo quería seguir en su compañía, pero no le apetecía continuar con aquella conversación y comenzó a hablar de su próximo viaje. Caroline le comentó lo mucho que le apetecía volver a París y le preguntó por sus hijas y por su nieto.

Cuando se despidieron, sintió cómo los besos de ella ruborizaban su mejilla.

—¡Mateo, me voy a Ferrol! ¡Si quieres te llevo a casa!

Giró la cabeza, era Teófilo que le gritaba desde el taxi. Dentro del coche Mateo le comentó que ya no hacía falta que le llevará al aeropuerto, ya que se iría a Madrid con David.

—Ten cuidado con tu amigo.

—¿Por qué me dices eso? —dijo Mateo contrariado.

—No te enfades, pero son muchos vicios juntos —contestó Teófilo.

Mateo se quedó callado, sabía que algo de razón tenía.

Al bajarse del taxi no entró en casa, abrió la puerta y llamó a Buck.

—Buck, vamos a casa de nuestros vecinos.

El perro salió disparado hacia la puerta. Daba vueltas sobre sí mismo mientras le miraba con ansiedad. Laura y Juan eran unos jubilados que vivían en una finca pegada a la de Mateo. Ellos le habían regalado el perro y se ocupaban de él cuando Mateo se iba de viaje.

Pese a las normas que intentaba imponerle, al llegar a la casa de sus vecinos, Buck se abalanzó sobre Juan. Solo con ellos le consentía aquellas muestras de cariño.

—¡Hola, Mateo!, hace días que no te vemos. Nos imaginamos que has estado muy ocupado con lo que te ocurrió en el paseo. No hemos querido molestarte, sabíamos que vendrías por aquí —dijo Juan.

—Gracias, Juan, han sido días muy desagradables. Me imagino que habréis oído muchas cosas en el pueblo.

—Entremos en casa, que Laura está preparando café. Ayer hizo unas galletas de nata a las que no te podrás resistir. Creo que Buck ya está disfrutando de alguna.

Dentro de la casa, Laura les esperaba con el café recién hecho y una bandeja de galletas. El perro, tumbado en el suelo y con restos de azúcar en sus ojos, se dejaba acariciar por Laura. Era una mujer de baja estatura, delgada, de tez intensamente blanca. Hablaba y se movía con elegancia, lo que contrastaba con su peculiar forma de vestir, siempre parecía preparada para escalar una montaña. El azul de sus ojos resaltaba con su pelo, corto y blanco.

—Hola, Mateo, os veo a los dos muy delgados. Luego te llevarás una fuente de galletas y un poco de caldo que acabo de hacer.

—Gracias. Yo solo venía a confirmaros que me voy de viaje casi un mes. Espero que podáis cuidar a Buck y echarle un vistazo a la casa.

—Estaremos encantados —dijo Laura mientras rascaba a Buck detrás de las orejas.

Mateo les contó los detalles de su viaje y lo que le apetecía ver a sus hijas y a su nieto.

—Mateo, ¿no nos vas a contar nada sobre lo que sucedió en el paseo? —le preguntó Juan—. Nos preocuparon mucho las noticias que nos han ido

llegando.

—Decidimos no molestarte, Juan quería ir a tu casa inmediatamente. Yo insistí en que ya vendrías tú a hablar con nosotros. Además, cuando estuvimos con la policía, nos dijeron que estabas bien —dijo Laura.

Mateo no sabía nada sobre la visita de la policía. Laura le contó que habían estado con Esther y el subinspector Elías, que les enseñaron unas fotos del hombre muerto y les preguntaron si habían visto algo. También les interrogaron sobre John el irlandés, lo que les dejó muy intrigados. Mateo se quedó sorprendido cuando Laura le dijo que habían reconocido la foto del cadáver.

—Lo habíamos visto alguna vez por el paseo —dijo Laura.

—¿Estáis seguros de que era el mismo?

—Excepto en verano, pasa muy poca gente por aquí y es muy fácil recordar lo que vemos. En cualquier caso, no pudimos ser de gran ayuda ya que únicamente le conocíamos de haberle visto algunas veces en los últimos años. Parecía una persona normal a la que le gustaba pasear. Ahora tienes que contarnos tú lo que ocurrió —contestó Juan.

Mateo no les dio mucho detalle, solo su encuentro con el cadáver y la absurda sospecha que la policía tenía sobre John.

—En el pueblo, John y tu amigo David están en el punto de mira de todos los comentarios —dijo Juan.

—Yo creo que son habladurías sin fundamento. Es algo que está alterando la vida de todos y la gente tiene mucha imaginación.

—Pronto se aclarará todo. Lo mejor que puedes hacer es alejarte y disfrutar de tus hijas —le dijo Laura con el tono optimista que la caracterizaba.

Aunque le insistieron para que se quedara a comer, Mateo prefería irse a casa. Les dio las gracias y se llevó la bolsa que Laura le había preparado. Quería comer temprano para ir por la tarde a despedirse de John. No solo había caldo y galletas en el paquete que Laura le había preparado, un buen trozo de lacón, dos chorizos y abundantes patatas cocidas. Decidió que con aquel festín era necesario abrir una botella de vino, eligió un vino extremeño donde predominaba la uva syrah. Como era de esperar, la comida se alargó más de lo que tenía pensado. Lo que le había preparado Laura requería de pausa y sosiego, de tranquilidad que le permitiera reposar aquellos aromas tan contundentes en el paladar, de saborear cada sorbo de vino con serenidad. Al terminar también hubo fiesta para Buck que pudo disfrutar de los huesos del lacón mientras Mateo se preparaba un café. Sus ojos se rindieron

plácidamente y descansó entre sueños mientras pensaba en James Britt, parecía como si ahora todo el mundo le conociese.

A media tarde se acercó a casa de John. Los diez minutos de paseo le ayudaron a salir del estado de modorra en que la siesta le había dejado. Lo encontró trabajando en la leñera, preparándose para los próximos meses.

—Hola, John, veo que tienes un buen acopio de leña. ¿Sigues sin pensar en poner calefacción?

—Nunca la he necesitado. Una buena chimenea es suficiente.

—Vengo a despedirme, estaré un mes fuera.

Entraron en la casa y John puso encima de la mesa las botellas de whisky y de licor de guindas. John preparó té y café, sabía que a aquella hora de la tarde Mateo solo tomaba té, y sirvió los licores en unas pequeñas copas.

—¿Te vas a Nueva York a ver a tu hija?

—Sí, pero antes estaré unos días en Madrid y a la vuelta de Nueva York pasaré por París para visitar a mi otra hija y a mi nieto.

—En París he estado cinco veces, la primera vez que fui subí a lo más alto de la torre Eiffel. Hubo una época en la que viajaba mucho y, cuando tenía tiempo libre, siempre iba a ciudades que no tuvieran mar —dijo John.

—He oído que fuiste un gran viajero.

—He conocido ochenta y tres países en los cinco continentes.

Mateo se quedó asombrado, había escuchado cosas sobre la vida de John aunque siempre se lo había imaginado en Valdoviño.

—Pero ¿cuándo viajabas?, siempre te recuerdo aquí.

—Tú solo me veías en verano, el resto del año yo solía estar fuera por mi trabajo.

—Me contaron que anduviste embarcado, pero no supieron decirme cuál era exactamente tu trabajo —dijo Mateo.

—Nunca he dado explicaciones sobre mi vida. He sido mecánico en la marina mercante y eso me llevó a recorrer el mundo. Nueve meses al año, desde los dieciséis años, me los he pasado viajando en alta mar.

Mateo miraba con fascinación a John mientras este liaba un cigarro. Aquel hombre, al que había imaginado tantas veces, en la diminuta isla de los piratas, era un experto viajero.

Nunca había visto a John tan hablador y mucho menos contando cosas sobre su pasado.

—No me habías contado nada —le dijo Mateo.

—Bueno, ahora que todo se va a descubrir, a alguien se lo tendré que contar —dijo John.

Mateo se sintió incómodo, ¿qué quería decir John con aquel todo?

—¿Hay algo más que tenga que saber?

—Me imagino que tus amigos los policías conocen toda mi historia después de todas las preguntas que han estado haciendo —dijo John de manera sosegada.

—No te veo preocupado. Sabes que para la policía eres uno de los principales sospechosos e intentarán relacionarte con el muerto.

—No les será muy difícil. Pero da igual, yo no hice nada.

—¿Alguna vez antes habías visto a James Britt?

—Por aquí pasa mucha gente y yo no me fijo en sus caras.

—¿Conoces al capitán Turner?

—Pues claro, ¿quién no conoce al pomposo capitán Turner?

—Es el capitán del barco donde estaba enrolado James Britt.

John se quedó callado mientras servía más licor en las copas. Mateo se dio cuenta de que cada vez que nombraba a James Britt su rostro mostraba una lejana resignación. Pensó que aquello complicaba aún más las cosas. Ahora había algo que le relacionaba con el muerto. Aunque cada vez era más difícil, él quería imaginar que no tenía nada que ver con aquello. Veía a John muy tranquilo, era de esas personas que siempre estaban serenas. Mateo imaginó que una vida llena de aventuras le había dado aquel sosiego.

—Creo que lo mejor es que le cuentes a la policía todo lo que sepas.

De nuevo no obtuvo respuesta por parte de John. Mateo le miró a la cara observando cómo expulsaba con delicadeza el humo por la boca. John cruzó las piernas y le devolvió la mirada. Mateo se sentía incómodo, no sabía hasta qué punto debía remover en aquel pasado.

—No te preocupes, no me importa que tú me hagas preguntas, lo que ocurre es que no me gusta hablar sobre mi vida. En cualquier caso, estoy seguro de que la policía lo sabrá todo. Creo que tú entiendes que todos tenemos cosas del pasado de las que no nos gusta hablar.

Mateo se removió en su asiento, sintió cómo la tensión aparecía en sus hombros y le subía hasta el cuello. No sabía hacia dónde mirar y se preguntaba a qué se estaba refiriendo John y qué sabría sobre su vida.

—¿Alguien te ha contado algo sobre mi vida? —le preguntó Mateo.

—Me han contado algunas cosas, pero a mí me da igual tu pasado y además creo que a ti tampoco te gusta recordarlo.

Mateo solo lo había hecho con sus hijas y su médico y este le había recomendado que lo verbalizara, que podría ser una forma de canalizar la angustia que le producía el silencio. Pensó que aquel podría ser un buen momento.

—Me vine a vivir aquí cuando se murió mi mujer —dijo Mateo.

John se había levantado a buscar una lata donde guardaba el tabaco de liar. Mateo cogió aire, podía continuar hablando sin tener que mirar a la cara a nadie. Esperó a que John volviera a sentarse y se encogió dentro de su asiento sintiendo el calor que desprendía la chimenea y, mirando al fuego, continuó hablando.

—Estábamos de viaje por el norte de España. Una noche después de cenar, regresábamos al hotel por una carretera de montaña y un coche que venía de frente me deslumbró. Di un volantazo y nos salimos de la carretera, el coche empezó a dar vueltas de campana en medio de un ruido ensordecedor. Oía los gritos de mi mujer pero no podía hacer nada, solo recuerdo que intentaba agarrarme a la vida. Al cabo de un tiempo eterno, de repente, un fuerte impacto lo dejó todo en silencio. El coche se había quedado volcado y yo sentía como mis piernas se hundían encima de mi cuerpo.

Mateo sentía como su cuello estaba rígido, le costaba mantener el ritmo de la respiración, pero necesitaba seguir hablando. John había puesto una pequeña mesa entre sus piernas donde se liaba cigarrillos que luego metía en la misma lata donde almacenaba el tabaco.

—Todo estaba oscuro, llamé a mi mujer, pero no hubo ninguna respuesta. Tardé un rato en reaccionar hasta que pude salir por el parabrisas delantero. Cuando estaba intentando ponerme de pie, aparecieron dos personas con una linterna que les arranqué de las manos y me fui corriendo hacia el lado del coche donde estaba mi mujer. Me tiré en el suelo y cuando alumbré dentro, solo pude ver su cara ensangrentada y un brazo colgando por la ventanilla. Le cogí la mano, la acaricie y estuve allí, el aire no me llegaba a los pulmones, hablando con ella. Pedí a gritos una ambulancia pero nunca supe el momento exacto en que dejó de respirar, solo recuerdo que no pude hacer nada por ella.

John se levantó y volvió a llenar las copas. Mateo respiraba con dificultad, tenía la boca reseca y fue hasta la cocina a buscar una jarra de agua. Se volvió a sentar, agachó la cabeza y las lágrimas aparecieron en sus ojos.

John seguía callado, fumaba y de vez en cuando bebía un sorbo de su vaso de whisky. Mateo bebió dos grandes vasos de agua, había dejado de sudar y se dio cuenta de que por primera vez había conseguido recordar aquello sin que

la ansiedad le dominara. Aunque su respiración se iba relajando sentía mucho dolor en el cuello y en los hombros.

Continuaron un rato en silencio, John se agachó a remover el fuego.

—Tú no tuviste la culpa. No podías haber hecho nada más. Fue un accidente.

Mateo ya había oído aquellas palabras muchas veces. Al oírlas siempre le venía a su memoria el destello de las luces, el tiempo interminable que había estado al lado de su mujer y cómo tuvieron que arrástrale para separarle de ella. No podía evitar el sentimiento de culpa por no haber hecho nada más, siempre se arrepentiría de haber pegado el volantazo pero, de alguna forma, hablar de lo ocurrido había sido una liberación. Era un grito con el que había expulsado sus demonios internos.

Miró a John y se dio cuenta que no iba a decir nada, que no le iba a contar nada más sobre su pasado. Durante un rato estuvieron callados mirando el fuego con sus miradas perdidas en medio de las llamas. Mateo se sentía relajado y muy cansado pero sabía que John nunca le volvería a preguntar sobre lo que le acababa de contar.

Se bebió de un sorbo lo que quedaba en su copa, se levantó y se despidió. Durante un mes no podría contactar con él, John no tenía teléfono en casa y mucho menos un móvil. En realidad no los necesitaba, no tenía con quién hablar.

Había empezado a oscurecer cuando salió de la casa con Buck. El invisible rocío envolvió el cuerpo de Mateo, que contrastaba con el calor interior que le había proporcionado el licor de guindas.

Aceleraron el paso hasta que sintieron un murmullo que se acercaba con la oscuridad. Se quedaron parados, inmóviles. Buck se sentó sobre las patas de atrás. Mateo se sintió abrazado por el cálido susurro de los ameneiros. Según la leyenda, aquellos árboles guardaban recuerdos de lo que ocurría a su alrededor. Le hablaban en silencio y Mateo los oía a través de su cuerpo. Él y sus amigos deberían tener cuidado, mucho cuidado.

El susurro se fue convirtiendo en silencio, solo se oían las hojas de los árboles meciéndose con suavidad. Mateo sintió cómo el frío empezaba a agarrotarle. Apuraron el paso para llegar cuanto antes a casa. Tenía que llamar a Esther para comprobar lo que conocía sobre la historia de John.

Entró en casa y conectó el equipo de música. Mientras encendía las luces del porche, la voz de Bruce Springsteen cantaba *Filadelfia*: «Estaba

irreconocible para mí mismo, vi mi reflejo en el espejo, no conocía mi propio rostro».

No hizo falta que llamara a Esther. Antes de sentarse, sonó el teléfono.

—Hola, Mateo, ¿cuándo te vas de viaje?

—En dos días —contestó.

—Me alegro. Así te alejas de aquí y dejas de fisgonear por tu cuenta —dijo Esther.

—¡No creo que sea para tanto, Esther!

—Entonces explícame ¿qué hacías reuniéndote con el capitán Turner?

—Creo que yo no tengo que contarte con quién hablo —dijo Mateo—. Lo mismo haces tú con mis vecinos y no me cuentas nada.

—Mateo, parece que no comprendes lo que está ocurriendo. La policía no tiene nada que hablar contigo sobre una investigación. Y tú no puedes andar metiendo tus narices en los asuntos de la policía.

Se sentía atrapado. Sabía que ella tenía razón y, en aquel momento, lo mejor era no enfrentarse a ella.

—Estoy preocupado por John y solo intento ayudarlo.

—Pero si no sabes nada de él ni de su vida.

Mateo le contó, como si lo supiera desde siempre, lo que aquella tarde había hablado con John. Cuando terminó, esperó su reacción.

—¿También te dijo algo sobre sus antecedentes?, ¿te habló de que está fichado por la policía por varios actos violentos?

Se quedó callado, no sabía qué decir. Por primera vez, empezó a ver a John de otra manera. Esther tenía razón, sabía muy poco sobre el irlandés. Cada secreto que descubría de su vida acrecentaba las sospechas sobre él. Estaba seguro que John no le había mentado en nada, pero no comprendía su silencio con él.

—¿Te sorprende lo que te acabo de decir? Mateo, por favor, no te entrometas en esto. Disfruta de tu viaje y olvídate. Nosotros lo resolveremos todo. Es nuestro trabajo.

Sabía que no iba a sacar ninguna información de Esther y quizás ella tuviera razón.

—Me gustaría que me llamaras si lo resolvéis cuando esté fuera.

—No te preocupes, lo haré. Pásalo bien y a tu vuelta ya hablaremos.

Cuando colgó el teléfono, se quedó pensando. La policía sabía muchas cosas sobre John y todas le perjudicaban. Lo mejor que podía hacer era

olvidarse de aquello, reviso la lista con lo que tenía que meter en las maletas, cenó ligero y se fue a la cama.

En la soledad de la noche pensó en su mujer, y en cómo había sido capaz de contarle a John la historia de lo ocurrido. La echaba de menos, poder compartir con ella lo que le inquietaba. En aquellos momentos, sentía cómo la angustia quería apoderarse de él. Desde hacía un año había conseguido estabilizarse en la nueva etapa de su vida, había dejado de tomar medicamentos de forma pautada y solo lo hacía de forma puntual cuando no era capaz de controlar su sentimiento de culpabilidad. La ansiedad intentaba invadirle y tenía que recurrir a los barbitúricos para dominar la situación.

Acurrucado entre las sábanas se puso a leer. Había libros que parecían partituras escritas por un músico, eran como melodías que le iban meciendo con cada frase, con cada palabra. Cuando sintió los párpados cansados, apagó la luz. Tenía los ojos cerrados, pero no era capaz de dormirse. Además de la conversación con Esther y las dudas sobre John, en su cabeza le seguía persiguiendo una idea inquietante. En Madrid resolvería aquel enigma. Decidió pensar solo en su viaje y esperar a que, con el tiempo, las cosas se solucionaran. En la oscuridad la música seguía sonando: «Abre tus ojos. Mira a los cielos y observa. Solo soy un pobre chico. No necesito compasión». Queen. *Bohemian Rhapsody*.

A la mañana siguiente, cuando se levantó y fue a saludar a Buck, se encontró encima de la mesa del porche, una bolsa de las que se usan para llevar los alimentos refrigerados. Había una nota: «Sé que durante unas semanas lo vas a echar de menos», estaba firmada por Juan. En la cocina abrió la bolsa y se quedó mirando el precioso sargo, tenía la comida resuelta para dos días. Lo prepararía al horno sobre una cama de patatas y cebolla, regado con un chorro de aceite de oliva virgen y unos trozos de limón a su alrededor. Con lo que le que sobrara prepararía un salpicón que sería su comida del día siguiente.

Después de sacar a Buck a pasear y, mientras el sargo se cocinaba en el horno, se dedicó a preparar las maletas, habló por teléfono con el jardinero dándole las últimas instrucciones y revisó, una y otra vez, los billetes de avión y la reserva del hotel de Madrid. En todo momento buscó actividades con las que distraerse, no quería que su cabeza estuviera dando vueltas sobre John el irlandés, James Britt y la piedra que le tenía intrigado.

Por la tarde decidió ir a casa de Laura y Juan para darles las gracias por el sargo. Juan estaba solo en casa trabajando en una de sus aficiones: la construcción de maquetas de barcos. Era, junto al cuidado de su huerto, la

pesca en la playa y los paseos, a lo que dedicaba gran parte de su tiempo. Tenía un taller en el sótano, al lado del garaje, lleno de herramientas y pequeños utensilios que utilizaba para construir las diferentes piezas de sus maquetas. A Mateo le impresionaba la exposición de barcos que tenía dentro de urnas de cristal, cada una de ellas con una chapa identificativa. Todas eran réplicas de barcos veleros históricos: *Bounty*, *Mayflower*, las tres carabelas de Colon, *Juan Sebastián Elcano* y muchos otros desconocidos para Mateo.

Mientras Juan subió a la cocina a preparar café, Mateo se dedicó a observar la mesa sobre la que había diferentes anzuelos que el propio Juan preparaba, los había de diferentes formas y colores. Se imaginaba que cada uno serviría para una época del año diferente y para cada tipo de pez. Luego se sentó a contemplar la maqueta sobre la que Juan estaba trabajando, no tenía ni idea de qué barco se trataba, pero le recordaba a las películas orientales de corsarios.

Miró a Juan cuando bajaba por las escaleras con una enorme bandeja donde no podía faltar una fuente con las galletas y trozos del bizcocho de Laura. Como su mujer, Juan era de baja estatura y de complexión menuda. Llevaba varios años jubilado, pero no aparentaba la edad que tenía. Mateo estaba convencido de que era debido a la vida en el campo, a la continua actividad y seguramente a los cuidados, estaba convencido de que era alguien muy presumido, con los que trataba su piel.

—Esta maqueta ¿es de algún barco de piratas orientales?

—No todas las goletas son barcos de corsarios —le dijo Juan sonriendo.

Mateo también sonrió y le dio la razón con un movimiento de su cabeza.

—Es la réplica de uno de los juncos más grandes que ha habido en la historia. Tiene el nombre del capitán que lo comandaba «El barco del tesoro de Cheng Ho». Cheng Ho fue uno de los eunucos del emperador Yung Lo quien le encargó a principios del siglo XV, cuando gobernaba el imperio chino, uno de sus grandes proyectos: La Flota del Tesoro. El objetivo era transmitir mensajes sobre la grandeza del emperador por todos los mares vecinos.

Juan hablaba de forma apasionada consiguiendo que Mateo se imaginara aquella historia, viendo las caras de aquellos personajes y las aventuras que habían vivido.

Juan siguió hablando de la historia de la navegación y de cómo habían evolucionado los navíos. Mateo se lo había oído contar en otras ocasiones, pero siempre había algún detalle o anécdota nueva para él.

—Pero Juan, si ya se lo has contado mil veces. Estás aburriendo a Mateo — se oyó la voz de Laura.

—No importa, me gusta escucharlas —le dijo Mateo mientras se acercaba a saludarla.

—¿Te quedarás a cenar?

—No puedo, gracias. Voy a hablar con mis hijas y me iré pronto a la cama. Mañana es mi último día y tengo que dejarlo todo preparado. Venía a daros las gracias por el sargo.

—Cuando vuelvas, me encargaré de que tengas un buen pescado para recibirte —le dijo Juan mientras servía el café.

—Ya he visto los anzuelos que preparas. Algún día me tendrás que contar para que sirva cada uno.

—Si es por el tiempo que se pasa preparándolos seguro que pueda hablarte horas sobre ellos —dijo Laura.

Juan sonreía mientras mojaba un trozo de bizcocho en el café.

—Normalmente a los que dedico más tiempo son con los que voy a pescar al río. En el mar me gusta usar cebo natural. Me imagino que durante tu mes en Nueva York vas a echar mucho de menos el pescado.

—Los primeros días muchísimo pero luego te acostumbras. Cuando vuelva estaré a dieta de peixe⁹ durante una temporada.

⁹ Pez en gallego

—Siempre tenemos el congelador lleno de truchas, robalizas, sargos pero cuando vengas que tendremos preparado pescado fresco —le dijo Laura—. ¿Seguro que no te quiere quedar a cenar?

—No, de verdad. Se me está haciendo tarde y tengo muchas cosas que hacer.

Laura y Juan salieron con él y le acompañaron hasta la puerta de la finca. Laura le comentó la envidia que tenía.

—París y Nueva York. Creo que tendré que ir sola, a Juan soy incapaz de llevarlo de viaje.

—La próxima vez te vienes conmigo —le dijo Mateo.

—Creo que me lo voy a pensar —dijo Laura sonriendo.

—Disfruta, Mateo —fue lo único que salió de la boca de Juan.

Al volver a casa, después de hablar con sus hijas, llamó a David para concretar la hora a la que pasaría a recogerle. Acabo de preparar las maletas y aunque había hecho una lista con lo que tenía que llevar, la revisó de manera obsesiva varias veces. Después estaba la lista de cómo debería dejar la casa: la alarma, el riego, la comida de Buck, cerrar el gas y el agua. David pasaría a

recogerle a media mañana pero él quería madrugar para realizar una última inspección y comprobar que todo quedaba en perfectas condiciones.

Se acostó temprano, esa noche durmió soñando con barcos piratas y corsarios, con la cara de James Britt, John el irlandés y el capitán Turner.

Magos

Si David viviera en el Oeste, parecería que en sus viajes la diligencia hubiera sido perseguida por los comanches. Pararon a mitad de camino para comer y, cuando se bajaron del coche, Mateo pensó en arrodillarse y besar la tierra. No era la primera vez que viajaban juntos, pero en esta ocasión los radares habían hecho horas extra.

En la comida solo le dejó beber una copa de vino, el cabrito que había pedido David eran incompatible con el agua. Como aquel plato no debió de ser suficiente, lo remató con una copa de nueces caramelizadas en compañía de abundante nata. El café lo tomaron en la terraza, al sol de aquellas tierras castellanas para que David pudiera fumarse un cigarro. Mateo pensó que si no fuera por las horas de ejercicio y la medicación, el corazón de su amigo podría reventar en cualquier momento.

Llegaron a Madrid a media tarde. David dejó a Mateo en un pequeño hotel en la calle de Don Ramón de la Cruz y él se fue a un deslumbrante cinco estrellas. Por mucho que había insistido para que se alojara con él, Mateo no aceptó. Sería él quien tendría problemas cardiacos si tuviera que pasar cinco días en el mismo hotel. Solo le preocupaba cómo cumplir la promesa que le había hecho a Caroline. Mateo le propuso quedar a cenar todos los días, sin embargo David insistió en que lo mejor era verse a la hora de la comida. Le dijo que no se preocupara, que su tendencia al juego estaba olvidada. A Mateo no le entusiasmaba la idea, pero también así dejaría libertad a su amigo para que pudiera tener sus aventuras, de las que no quería saber nada.

En el hotel, lo primero que Mateo sacó de las maletas fueron los pequeños altavoces a los que conectó su móvil. Mientras deshacía el resto del equipaje escuchaba cómo Elton John interpretaba *Candle in the wind*. Al terminar, se sintió igual que un atleta después de una carrera de fondo. Se echó sobre la cama y cerró los ojos, la música seguía sonando. «Y me parece que viviste tu vida como una vela al viento».

Softflowers era el nombre de la joyería de Samuel y Carlos. Diez minutos antes de las ocho de la tarde, Mateo entraba por la puerta. Con una delicada sonrisa Carlos recibió a Mateo, le dio un abrazo y dos besos en sus mejillas. Samuel salió del taller agitando sus manos con felicidad mientras decía:

—Mateo, cuánto te echábamos de menos. Cariño, estás más delgado.

—Nos llamas tan poco. Sabemos más de las niñas que de ti —le reprochó Carlos.

—Tenéis razón y no voy a poner disculpas, pero estos últimos días he estado muy ocupado. Yo os veo muy bien a vosotros, Carlos, espero que te estés cuidando.

—A veces se sale de la dieta pero todos los días se mide los niveles de glucosa y suelen estar controlados —respondió Samuel.

—Samuel me acostumbra a los sacrificios —dijo Carlos sonriendo.

Mateo tenía ganas de sacar de su bolsillo lo que tanto le había molestado durante el viaje. Cerraron la tienda y pasaron al taller. Allí sacó una pequeña caja sellada con metros de cinta adhesiva. Dentro de la caja y, entre algodones, estaba aquel trozo de cristal en forma de pera. Carlos se lo acercó a los ojos, donde se había colocado una lupa de joyero. Le dio varias vueltas. La mirada tranquila de Samuel contrastaba con la inquietud de Mateo. Cuando Carlos terminó, le pasó la piedra a Samuel. Mateo los interrogaba con la mirada. Carlos, en silencio, miró a Samuel.

—Tenemos que hacer algunas comprobaciones más, pero con toda seguridad es un brillante de verdad. Mañana te lo confirmamos e intentaremos decirte su procedencia —dijo Samuel.

La cara de Mateo estaba desencajada. Prefería que solo fuera un trozo de cristal.

—Tienes mala cara, Mateo. Parece que te hemos dado una mala noticia. Ya nos contarás con más detalle como la has encontrado —dijo Samuel.

—Por hoy vamos a olvidarnos del tema. Si no quieres llevártela, la dejamos aquí en la caja fuerte. Ahora nos vamos a tomar algo y tranquilamente nos cuentas lo que ha pasado —dijo Carlos.

Al salir de la joyería, Mateo notó cómo el aire en Madrid parecía cansado de las altas temperaturas que aún seguía habiendo para aquella época del año. Dieron un paseo que los condujo hasta una zona llena de recuerdos para Mateo. Era el lugar donde había tenido su primera casa y donde había nacido su primera hija.

La ley antitabaco había conseguido que en Madrid, y en muchas otras ciudades, el nivel de sofisticación de las terrazas se elevara considerablemente. Se sentaron en una de las favoritas de Carlos y Samuel. Una especie de templo romano en cuya decoración había abundancia de cojines, flores y fuentes con cascadas. A pesar de aquel ornamento, el ruido

del agua y la iluminación conseguían que sus mesas fueran acogedoras. Como especialidad, cocina mediterránea. Mateo no entendía aquellas calificaciones que estaban convirtiendo la gastronomía en una gran mentira. La carta era una prueba: atún rojo de almadraba sobre nido de alga wakame y mousse de piñones de pinos edulis; pulpo macerado en aceite de remolacha con revuelto de grelos y salsa de soja. Grandilocuentes platos que los habitantes del mediterráneo no habían probado en su vida y que convertían a los comensales en hechiceros que tenían que adivinar todos los ingredientes de aquellas mixturas. Cuando leía las críticas siempre le parecían auténticos disparates. En la mayoría de los casos, los supuestos expertos lo arreglaban diciendo que la fusión estaba muy lograda.

Durante la cena, Mateo les contó con todo detalle lo sucedido desde el día que encontró el cadáver de Jame Britt. Carlos y Samuel intervinieron poco y al mirarle sus ojos mostraban sorpresa y preocupación.

—¿Tú crees que el brillante tiene algo que ver con el muerto? —preguntó Samuel.

—No lo sé. Desconozco cómo pudo llegar al estómago de Buck —dijo Mateo.

—Por lo que cuentas, estuvo un rato solo en el lugar donde encontraste el cadáver —le contestó Samuel.

Mateo no dijo nada, aquella idea le daba vueltas en la cabeza desde el primer día.

—Si se confirma que el brillante es de verdad, tendrás que hablar con la policía, aunque lo hallas encontrado en tu casa. Y seguramente entregárselo —dijo Carlos.

—Quizás sería lo mejor, me quitaría un peso de encima —le contestó Mateo.

—Bueno, no vamos a estropear la noche con esto. Mateo, ¿al final vas a París? Qué suerte, verás a tu nieto —dijo sonriendo Samuel.

—Sí, me llamó Sara y me convenció de que cambiara los billetes. Tengo muchas ganas de verlas. Pasaré casi un mes fuera, Nueva York, París y volveré por Madrid.

—Te vendrá muy bien, cuando vuelvas todo estará olvidado y solucionado.

Mateo se quedó pensativo, no lo tenía tan claro. Se retiraron temprano y quedaron en que al día siguiente, a media mañana, pasaría por la joyería para que le dieran la información definitiva.

Cuando se metió en la cama se dio cuenta de que estaba muy cansado, apagó la luz y sus ojos se rindieron rápidamente con las primeras notas de *Una Mattina* de Ludovico Einaudi.

Al día siguiente después de desayunar, dio un pequeño paseo por los alrededores del hotel. Le gustaba sentir cómo la luz y el aire fresco de primera hora de la mañana le acariciaban la cara. De Madrid siempre echaría de menos la luz que lo envolvía, pensaba que era la razón por la cual en sus calles siempre había gente. La claridad de las mañanas era una inyección de energía y al atardecer, la retirada del sol, llenaba el cielo de tonos rojizos que invitaban a no abandonar las calles.

Había quedado con algunos excompañeros del banco para tomar café. Todos le preguntaron por su nueva vida y le dijeron la envidia que les daba que hubiera dejado de trabajar. Volvieron a recordar antiguas batallitas, los que aún seguían en activo no paraban de quejarse del cambio que se estaba produciendo en su trabajo. En todos los lados la crisis estaba siendo aprovechada para rebajar las condiciones laborales. Hablaron de la nueva economía donde los clientes y los empleados habían pasado a un segundo plano. Las empresas, y parecía que el mundo en general, estaba siendo sometido a los dictámenes de unos pocos que se regían por hojas de cálculo llenas de números, donde no había sitio para las personas. Ahora ni siquiera las llamaban personas, ahora eran «recursos» aunque quisieran suavizar el término añadiéndole la palabra «humanos». Antonio, uno de los compañeros con los que Mateo solía estar más de acuerdo, dijo que por lo que realmente había que estar preocupado era por la mediocridad de la clase dirigente y política, no solo en España, sino también la que dirigía Europa y buena parte del mundo. Era esa clase política la que estaba permitiendo que ocurriera aquello.

—En realidad toda esa clase política es reflejo de la sociedad en la que vivimos, los políticos no nacen en otras macetas —sentenció Antonio.

Mateo se dio cuenta de que sus compañeros habían notado su ausencia en aquella conversación. No podía dejar de pensar en lo que le dirían Carlos y Samuel. Antes de que se lo reprocharan, se disculpó diciendo que tenía que hacer un encargo y que no podía quitárselo de la cabeza, les aseguró que al día siguiente estaría más hablador. Sus compañeros le riñeron con cariño y le recordaron que el próximo día no se lo consentirían. Se despidió y se dirigió apresuradamente a la joyería.

Eran algo más de las doce cuando entró en Softflowers. En aquel momento, Carlos y Samuel estaban atendiendo a unos clientes y Mateo se entretuvo mirando los diseños que se encontraban en los expositores. Siempre había una colección inspirada en temas florales, la última novedad era una antología creada a partir de las formas de las pléyades. Cuando Carlos terminó, le hizo una señal y los dos pasaron al taller.

Sacó de la caja fuerte el brillante y lo puso con suavidad sobre un paño de terciopelo negro.

—Te podemos confirmar que es un brillante de verdad —le dijo Carlos.

—¿Estáis seguros al cien por cien? —preguntó Mateo.

—¡No le des más vueltas! Ahora lo que tienes que pensar es lo que vas a hacer. Quien lo haya perdido, lo estará buscando. Es una piedra de alta calidad y de mucho valor.

—¡Pues sí que he tenido suerte con mis encuentros, un cadáver y un brillante de verdad!

—Te puedes consolar. Si no se encuentra al dueño, será tuyo.

—¿Tú crees que eso será posible? —dijo Mateo—. Me preguntó de donde habrá venido.

—Aunque no tenemos la certeza absoluta, creemos que el origen puede ser la República Centroafricana donde hay un importante tráfico ilegal de diamantes. Si es así, el que lo perdió no tendrá escrúpulos a la hora de buscarlo.

—Pero podría ser un brillante legal —dijo Mateo.

—Su procedencia y la forma en que lo encontraste me hace dudarlo —dijo Carlos.

—¿Qué valor puede tener? —preguntó Mateo.

—Alrededor de cuatro millones de euros —le respondió Carlos.

Samuel llamó a Carlos. Había clientes y necesitaba su ayuda. Mateo se quedó solo contemplando lo que ya no era un simple trozo de cristal, su visión le producía una mezcla de sorpresa y escalofrío. Lo introdujo en la caja y la selló con papel celo hasta convertirla en un pequeño cofre. Se le había ocurrido un lugar donde podía guardarlo de forma segura. Lo que le había dicho Carlos no hacía más que aumentar su preocupación. Hizo una llamada telefónica y salió apresuradamente de la joyería sin prácticamente despedirse de Carlos y Samuel que seguían atendiendo a los clientes.

Había quedado a comer con David en una pequeña taberna cerca de la Plaza de toros. Un lugar que Mateo solía frecuentar cuando vivía en Madrid. Un

buen plato de jamón, boquerones en vinagre, bacalao y una caña bien tirada era lo que estaba deseando tomar. En cuanto llegó David, Mateo fue directamente al grano, creía que era la única manera de poder controlarlo.

—David tienes que ser sincero en tu respuesta. Espero que no te acerques a tus antiguos vicios, ¿de acuerdo? —dijo Mateo.

La gran carcajada de David hizo que el resto de clientes volvieran la vista hacia ellos.

—Solo me queda un vicio. Algún cigarro de vez en cuando. No creo que consideres vicio ciertas «cosillas» de las que sé que no te gusta hablar.

—Sabes perfectamente a lo que me estoy refiriendo, y espero que te mantengas alejado.

—Eres un buen amigo, Mateo. Te doy mi palabra de que no volveré a caer en el mismo problema.

Mateo se quedó mirándolo y pensó que, en lo de algún cigarro de vez en cuando, David no había sido sincero.

Los días que volvieron a comer juntos no volvieron a hablar de ello, ninguno de los dos parecía estar interesado en sacar un tema con el que se sentían incómodos.

La Gran Vía, Serrano, la zona de Ópera y Callao fueron los lugares que Mateo frecuentó en sus paseos matinales por Madrid. Todos los días iba a visitar a Carlos y Samuel y salía a cenar con ellos. Se mostraron muy preocupados con lo que había hecho con el diamante e insistieron en preguntarle donde lo había guardado. Mateo les contestó que estaba custodiado en un lugar seguro y que, a la vuelta de su viaje, hablaría con la policía pero ellos discreparon con su decisión, pensaban que era esperar demasiado tiempo.

El domingo, el día anterior a su viaje a Nueva York, Madrid amaneció con un cielo al que le habían borrado las nubes. La luz lo envolvía todo en una de esas mañanas madrileñas que a Mateo tanto le gustaban. El Retiro estaba lleno de personas moviéndose con suavidad. Un día sin prisas en el que la gente paseaba y se observaba, los habituales ofrecían sus mercancías: titiriteros, pintores, magos, músicos, echadores de cartas, top mantas, domadores de perros, barquilleros. Mateo los miraba sin pararse, solo con los magos se quedaba hechizado. Al igual que los escritores, le fascinaba como convertían la imaginación en algo real.

Le llamó la atención la forma de vestir de uno de ellos. Un traje de colores a juego con las pinturas de su cara, unos grandes zapatos y una enorme pajarita

le habían convertido en un payaso. El ilusionista se acercó a Mateo.

—*Bonjour* —dijo con un acento francés que solo podía tener alguien que hubiera nacido en el país vecino. Mateo entendía perfectamente al ilusionista, desde los ocho años hablaba francés con soltura.

El mago le utilizó para realizar varios trucos que hicieron que el público aplaudiera con felicidad. Las manos vacías del ilusionista acariciaban las cartas sin tocarlas, puso una en cada mano, las cerró y acercó los puños a los ojos de Mateo. Le pidió, de nuevo en francés, que eligiera uno de los dos. Mateo señaló el izquierdo, el mago lo abrió, y *voilà*, ante sus ojos apareció un pequeño trozo de cristal tallado. La mirada de Mateo reflejaba a un niño de pocos años, no entendía, y tampoco quería hacerlo, lo que había ocurrido. Sobre la mano abierta, donde estaba el pequeño objeto de cristal, el mago puso la palma de Mateo. De nuevo las palabras mágicas y un suave soplo. El ilusionista cerró y apretó con decisión los dedos de Mateo hasta que este se quejó por el dolor. El mago mostró sus manos vacías y pidió a Mateo que abriera las suyas, también estaban vacías. El público aplaudía mientras exclamaba: ¿dónde está? El artista, en castellano, dio las gracias a la concurrencia y antes de que Mateo pudiera irse, le agarró con firmeza y en perfecto francés le susurró en el oído:

—Solo tú sabes dónde está y, lo que no es tuyo, tienes que devolverlo.

Mateo se asustó, el tono que había usado no le gustaba. Intentó separarse del mago, pero este no le dejaba. Muy asustado tiró con fuerza hasta que consiguió zafarse. Sintió cómo la ansiedad se apoderaba de su cuerpo y empezó a caminar de manera acelerada. Mientras se alejaba, sentía que la mirada del mago le perseguía con una sonrisa, al mismo tiempo que su pulso se aceleraba. Estaba sudoroso y aún le quedaban unos minutos hasta llegar a la estación del metro. Sin dejar de mirar hacia atrás, no dejaba de preguntarse cómo podía saber aquel individuo que él iba a entender perfectamente el francés, pensar en la respuesta le atemorizaba aún más.

Había quedado para comer con Carlos y Samuel por Cuatro Caminos, ya que David iba a estar fuera de Madrid. Dentro del vagón se sentía agobiado, tenía la impresión de que todos los ojos le observaban. Se puso los cascos y subió al máximo el volumen de la música. Los Clash y *London Calling* fueron capaces de silenciar aquellas miradas: «La edad del hielo está llegando, el sol está en el zoom. Dejan de funcionar los motores y el trigo crece delgado».

El restaurante, elegido por Mateo, estaba especializado en pescados a la brasa. Iba a pasar unas semanas en las que los peces no formarían parte de su

dieta.

—Cariño, qué mala cara te veo —le dijo Carlos—. Con el buen tiempo que hace.

—¿Dónde has estado?

Mateo se bebió un vaso de agua, pidió una cerveza y tras respirar profundamente les contó lo que le había pasado y terminó diciendo:

—Me han estado siguiendo. Menos mal que guardé el brillante en un lugar seguro que no os compromete a vosotros.

—Ay, yo creo que estás un poco paranoico —le dijo Samuel—. ¿Cómo puedes creer que un simple mago te estaba esperando en El Retiro? Te tienes que olvidar de todo esto, necesitas desconectar.

—¿Pero cómo sabía que yo hablo el francés?, ¿a qué se refería con que tenía que devolver algo? Creo que estaba preparado, no puede ser casualidad.

—Pues claro que lo tenía preparado. Hablar en francés le da un toque de *glamour*. Le vino muy bien que le siguieras el juego. En el truco desaparece algo que no se vuelve a ver. Mucho más fácil y misterioso. Olvídate, por favor, de todo esto y vamos a disfrutar de la comida —dijo Carlos.

Mateo se quedó callado. La situación se había complicado. El puzle empezaba a tener muchas piezas difíciles de encajar, ahora él era una pieza de aquel puzle, en un momento en el que lo único importante debía ser su viaje y estar con sus hijas. Se hizo la promesa de olvidarse de todo aquello. A su regreso hablaría con la policía y les entregaría la piedra.

Después de comer, dieron un paseo y a media tarde Carlos y Samuel le llevaron al hotel y se despidieron hasta el día siguiente. En la habitación, Mateo se dio cuenta de que necesitaba una botella grande de agua y bajó a la cafetería del hotel. Desde la barra miró a los pocos clientes que estaban sentados en las mesas, tenía la impresión de que todos le observaban. Subió apresuradamente a la habitación y se sentó en la cama, el pulso y la respiración se movían como un vagón en una montaña rusa. Intentó distraerse comprobando si tenía toda la documentación en regla: los billetes de avión, el pasaporte y el resguardo del ESTA. Afortunadamente ya no hacían falta aquellos extraños formularios donde realizaban un montón de preguntas absurdas, aunque era posible que en el aeropuerto le dieran algún impreso adicional. Mientras miraba aquellos papeles, pensó en el curioso interés de la compañía aérea por las horas de soledad y abandono del equipaje, como si este tuviera vida propia. Comprobó el horario de su vuelo, salía de la T4 con llegada al JFK prevista para las trece horas de Nueva York.

Como no era capaz de tranquilizarse, se levantó y empezó a dar vueltas por la habitación. Pensó que quizás lo mejor era salir a la calle a pasear. No se atrevía, tenía miedo de que alguien le estuviera siguiendo. Desde hacía tiempo no había tenido aquella sensación desagradable, en cualquier momento la ansiedad podía volver. Se tocó el pecho, le faltaba aire. Empezó a sudar y sentía frío. Aunque no lo tomaba regularmente, el bromazepan siempre le acompañaba. Una dosis suave y una ducha caliente fueron la solución.

Con el albornoz puesto se tumbó encima de la cama, puso algo de música y empezó a leer uno de los libros que había seleccionado para aquel viaje. El protagonista estaba entrando en la jungla y en ese momento, con la compañía de Eurythmics, los ojos de Mateo empezaron a soñar. *I've got a life*: «Tengo una vida. A pesar de que se niega a brillar. Tengo una vida que no ha terminado».

El libro de los muertos

Carlos y Samuel pasaron a recogerle a las siete de la mañana. Mateo aún estaba adormilado cuando, desde el coche, empezó a divisar la terminal cuatro del aeropuerto de Barajas. Era como una alargada serpiente petrificada sobre un páramo a la que acudían miles de zombis en busca de lugares lejanos. Antes de despedirse, Carlos y Samuel le dijeron que se relajará y disfrutará con sus hijas. Mateo, después de facturar el equipaje, se incorporó a la cola de aturridos sujetos que escupían el contenido de sus bolsillos sobre grandes bandejas de plástico. Sintió cómo violaban su intimidad cuando guardias de seguridad y máquinas sombrías buscaban misteriosos componentes que pudieran alterar la tranquilidad entre las nubes. Dentro de la alargada columna vertebral del ofidio, Mateo y el resto de sujetos se movían de un lugar a otro como bandadas de pájaros aturridos. Algunos paseaban sin destino fijo con la parsimonia que les permitían las largas horas de espera. Otros se movían como correccaminos para no perder la nave que los llevaría a su destino.

Buscó un lugar cerca de la puerta de embarque donde pasar las casi dos horas que aún faltaban para la salida de su vuelo. Sobre un mantel de hilo y en una delicada porcelana de Limoges le sirvieron un café, un vaso de cristal con agua y un delicioso bocadillo de jamón. Pensó que eso es lo que debía haber ocurrido por el precio que pagó por aquello.

Cuando anunciaron el embarque, Mateo, como siempre, dejó pasar a los estresados y paranoicos. A él le gustaba la tranquilidad del final de la cola. En el avión, se acomodó para las ocho horas de vuelo. El viaje transcurrió entre la lectura, alguna pequeña siesta y la conversación con el personaje que le tocó en el asiento de al lado. Un orondo y simpático individuo que viajaba a Nueva York para participar en un congreso de filatelistas. Fue una animada charla. Joaquín, como se llamaba su vecino de asiento, era un reconocido experto en las cartas que Cristóbal Colon había enviado a los Reyes Católicos. Le contó que no estaba demostrada la verdadera autenticidad de quién había escrito dichas cartas, pero que sí tenían un gran valor histórico y, además, habían sido usadas, gracias a la imprenta, como elemento propagandístico. Le invitó a que se pasara a verle en el congreso que se iba a celebrar en el Centro de Convenciones de Nueva York.

En el momento que el sobrecargo anunció que faltaba una hora para aterrizar, Mateo se fue al cuarto de baño y se aseó. Al sentarse de nuevo se puso los cascos, no quería oír el ruido de los motores al aterrizar. «Comiencen a difundir la noticia. Hoy me voy. Quiero ser parte de ella, New York, New York». Con la voz de Frank Sinatra pensó en Clara, su hija menor. Se había ido a vivir a Nueva York con veintiún años para acabar sus estudios de imagen. Había sido una decisión difícil ya que, a diferencia de su hermana, a Clara le costaba tomar decisiones aunque al final se había impuesto su espíritu inquieto. Compaginaba su trabajo en el mundo de la decoración y de la moda con las exposiciones que hacía de vez en cuando en salas de arte.

Sus dos hijas habían nacido en los años 90. Un tiempo en que todo lo conseguido en la década anterior se había empezado a desvanecer. En los años 80, España había salido de un período de tinieblas abandonando una larga existencia en blanco y negro, se produjo una invasión de color que penetró por todos los rincones. Pero aquello fue un espejismo, la codicia entró como una tormenta de arena e hizo que el país entrara en un período de letargo. En Europa se derrumbó un muro que decían que separaba a los buenos y los malos, pero todo siguió igual. Los idolatras y los avariciosos siguieron adorando sus símbolos y en todos los lugares volvía a haber dos bandos.

Clara y Sara, aunque muy diferentes entre sí, tenían una cosa en común que habían heredado de su madre, el espíritu inquieto que les había permitido moldear sus vidas sin miedo al futuro. No se parecían a Mateo que siempre que tomaba una decisión le gustaba analizar en detalle todas las alternativas y al final seguir el camino menos arriesgado. Sara tenía una mente analítica pero que al final, a la hora de tomar una decisión, siempre dominaba su lado emocional lo que no impedía su firmeza y seguridad a la hora de emprender una nueva aventura. Así lo había hecho cuando decidió tener un hijo e irse a vivir a París. Fue ella la que convenció a su marido, la que tomó la decisión de aparcar temporalmente su trabajo y la que decidió en que momento retomaría su actividad profesional. A Mateo, Sara le transmitía mucha tranquilidad. Le recordaba mucho a su mujer, no solo por su aspecto físico, por la seguridad con la que afrontaba la vida. Clara era el polo opuesto, también de espíritu inquieto a la hora de tomar decisiones, le angustiaba y creaba mucha inseguridad tener que analizar más de una alternativa y por eso siempre decidía por puro instinto lo primero que le venía a la cabeza. Mateo pensaba que esa forma de ser era perfecta para su vida profesional, consideraba que Clara era una artista y debía guiarse por sus emociones pero

le preocupaba su vida personal. Vivía en un constante caos de relaciones y sabía que a su periplo neoyorkino le podía poner punto y final en cualquier momento. Le consolaba que cuando veía a sus hijas o cuando hablaba con ellas las dos le transmitían unas enormes ganas de vivir, sabía que eran felices y para él aquello era lo más importante.

El avión aterrizó sin problemas y Mateo, de nuevo, en peregrinación, se dirigió con el resto de pasajeros a recoger sus maletas. La cinta que las transportaba giraba de forma incansable. Los pasajeros abandonaban el estrés de la espera y su mirada se llenaba de júbilo al ver aparecer su equipaje. Se dirigió al control de pasaportes, inquieto por experiencias e interrogatorios de ocasiones anteriores y se quedó sorprendido de la facilidad con la que pudo pasar después de que le hubieran revisado sus papeles.

Le dio la dirección al taxista, 41 de River Terrace. Clara vivía en un apartamento en el Downtown de Manhattan, cerca de Tribeca y Battery Park. Era un piso 39 con un enorme ventanal desde donde se podía ver de derecha a izquierda el World Trade Center, el edificio de Goldman Sachs, Battery Park y New Jersey al otro lado del Hudson.

Nueva York le recibió con un día gris. Durante el recorrido fue pensando que nunca había visto aquella ciudad sin coches, sin gente moviéndose continuamente de un lugar a otro.

Al bajar del taxi, percibió la fría humedad que brotaba del Hudson. Su hija, como muchos de los habitantes que vivían en Manhattan, no tenía coche y le esperaba en casa. Su hija se le abalanzó al cuello y su abrazo transmitió toda su vitalidad por el cuerpo de Mateo. Mientras deshacía la maleta, ella no paraba de hacerle preguntas. Clara y su hermana creían que su retiro solitario era algo temporal y que cualquier día volvería a su anterior vida urbana.

Cuando salió de la ducha ella le esperaba con el desayuno que tanto le gustaba: un gran vaso de zumo natural, una fuente llena de bagels recién tostados con queso batido y una jarra de café expreso. Mateo se preparó uno de aquellos panecillos con unas lonchas de salmón ahumado y se quedó mirando a Clara mientras ella servía el café. Cuando observaba así a sus hijas, pensaba que el tiempo había pasado en un instante. Un tiempo lleno de recuerdos y una mezcla de emociones, de risas y de lágrimas que navegaban por los sentimientos de Mateo. Aquellos recuerdos que, un día, de repente, se rompieron con un gran temporal. Él se sentía como un naufrago solitario con días de marejada y otros de calma chicha. Sus hijas y el retiro en su querida

Frouxeira estaban consiguiendo que, poco a poco, aquella zozobra desapareciera de su vida.

Clara se parecía a él en los rasgos: tez morena, pelo oscuro y el brillante marrón de sus ojos, mientras que Sara tenía las facciones maternas, pelirroja con los ojos verdes.

Pese a la tristeza de algunos recuerdos, Mateo estaba relajado, no paraba de hablar con su hija y hacía mucho tiempo que no se sentía así. Encendió el equipo de música y se tumbó en el sofá. La manta con la que le arropó Clara hizo que se quedara dormido mientras sonaba *Days like this* de Van Morrison: «Cuando no tienes que preocuparte, habrá días como este. Cuando nadie tiene prisas, habrá días como este».

Al abrir los ojos, comprobó que llevaba más de una hora durmiendo. Su cabeza aún estaba bajo los efectos del bromazepan que se había tomado en el avión. Una nota de su hija le decía que había bajado al gimnasio y le dejaba la clave para que se conectara a la wifi.

Se refrescó la cara y tras prepararse un rooibos, se sentó de nuevo en el sofá y empezó a trastear con el móvil. El teléfono estaba en silencio y vio que tenía varias llamadas perdidas, todas de números largos desconocidos. Al conectarse a la wifi, se encendieron luces de todos los colores, un bombardeo de notificaciones era el causante de aquellos fuegos artificiales. Solo miró los whatsapp, le extrañaron los de Esther diciéndole que la llamara pero el que más le sorprendió fue el de Samuel diciéndole que necesitaba hablar urgentemente con él. Miró el reloj, en Madrid eran las once de la noche. Aún estaría despierto. Aquel mensaje le activó todas las alarmas, la tranquilidad con la que se había despertado desapareció de repente. De nuevo la tempestad quería dominarle.

Cuando Samuel descolgó el teléfono, Mateo dijo de forma apresurada:

—¿Qué es lo que ha pasado?, ¿cuál era la razón de tanta urgencia?

Samuel intentó tranquilizarle, le dijo que tanto él como Carlos estaban perfectamente, y que ya habían informado a Esther de lo que había ocurrido. Ahora la policía se encargaría de aquel asunto.

Mateo notó cómo se le aceleraba el pulso, de nuevo tuvo dificultad para respirar. Un montón de preguntas se le pasaban por la cabeza. No entendía lo que haber informado a Esther. Insistió en preguntarle cómo estaban, le preocupaba la salud de Carlos. Los mensajes tranquilizadores de Samuel consiguieron que se quedara en silencio y escuchó atentamente los detalles de lo ocurrido.

—Después de dejarte en el aeropuerto, nos fuimos a desayunar. Carlos y yo estábamos bastante preocupados por lo que nos contaste que había pasado en El Retiro y pensamos que lo mejor era no hablar contigo de ello para no preocuparte. Estábamos seguros de que en Nueva York te relajarías y podrías olvidarte de todo. En cualquier caso, teníamos decidido llamar a Esther para contarle lo ocurrido.

Lo que acababa de oír incrementó su curiosidad pero se quedó en silencio para no interrumpir a Samuel.

—Cuando llegamos a la joyería faltaban diez minutos para las diez de la mañana, como hacemos todos los días encendimos las luces y abrimos la tienda. Por la ventana del escaparate, vi cómo de la parte de atrás de un coche aparcado en la puerta de la tienda salían unas largas piernas adornadas con unos brillantes zapatos de tacón. Una mujer con una esbelta figura envuelta en un ajustado vestido negro que terminaba en un pelo de color azabache recogido con un moño. Sus labios destacaban, eran demasiados gruesos para aquel cuerpo, pintados en color rojo oscuro. Unas enormes gafas, negras, impedían que le viera las facciones de la cara.

Mateo sabía que Samuel era un gran observador, eso unido a la delicadeza con la que cuidaba cada detalle le permitía hacer una descripción exhaustiva de lo que había ocurrido, pero estaba sorprendido de la forma en la que estaba describiendo a aquella mujer, tenía que haberle llamado mucho la atención.

Samuel siguió hablando.

—La desconocida se acercó a la tienda, le di los buenos días mientras le abría la puerta. Se paseó mirando los expositores con elegante tranquilidad y después se acercó al mostrador donde estaba Carlos esperándola.

»—Buenos días, ¿en qué podemos ayudarle? —le dijo Carlos.

»—Estoy buscando un taller donde me puedan hacer un encargo y me han hablado de ustedes —dijo con una voz llena de seguridad— una de esas voces que llevan toda la vida dando órdenes.

»—Seguro que podemos hacerlo. ¿Tiene usted una idea del diseño? —le preguntó Carlos.

—En ese momento ella abrió el bolso y sacó un pequeño papel que extendió sobre el mostrador.

»—Quisiera una pieza idéntica a esta. Tenía una igual y no sé cómo, pero ha desaparecido.

—Yo estaba mirando a Carlos y vi como su cara se desencajaba. Me acerque a ellos. ¡Era una piedra exacta a la que tú habías traído!, a mí no me

dio tiempo de abrir la boca. En la tienda entró un sujeto de aspecto poco bondadoso que se quedó pegado a la puerta mirando hacia fuera.

»—Buenos días, ¿en qué podemos ayudarle? —le dije.

El individuo ni se inmutó.

»—Es mi ayudante. Le tienen que disculpar, es una persona de pocas palabras —dijo la señora.

—Carlos y yo nos miramos. En aquel momento no sabíamos qué decir y la mujer volvió a hablar.

»—Entonces, ¿podrían ustedes hacerme una pieza idéntica a esta? O a lo mejor ya tienen ustedes una igual.

»—No tenemos nada igual a esto. Tendríamos que estudiarlo y hacerle un presupuesto, habría que saber qué calidad quiere usted —le dijo Carlos apresuradamente.

»—Me corre mucha prisa, ¿están ustedes seguros de no tener nada como esto? A lo mejor en el taller tienen algo igual. Haría cualquier cosa por conseguirla.

—Aquellas últimas palabras sonaron inquietantes cuando salieron de la boca de aquella mujer que mantenía en el rostro una cínica sonrisa. Me dirigí a la puerta de la tienda para abrirla, necesitaba aire. El individuo se cruzó en mi camino intimidándome y en ese momento me di la vuelta y la miré.

»—¿Qué es lo que quieren ustedes?, ya le hemos dicho que ni tenemos ni hemos visto nada igual.

—Carlos, detrás del mostrador, no era capaz de abrir la boca.

»—Solo queremos lo que es nuestro. Creí que ustedes me podrían ayudar —sonrió la mujer con una bondadosa frialdad—. Estaba segura de que en su taller tendrían muchas cosas interesantes.

»—Pueden ustedes pasar y mirar lo que quieran. Verán que no tenemos nada que se parezca a lo que está usted buscando. Como le he dicho, dentro de unos días podemos darle un presupuesto. ¿Le podría decir a su ayudante que se separe de la puerta? Ahí impide la entrada de nuestros clientes.

—Quizás fueran los nervios, pero me había envalentonado. La mujer me miraba con paciencia, cuando terminé giró con suavidad su cabeza hacia Carlos.

»—No tiene usted buena cara, espero que no le hayamos molestado. Siento que no dispongamos de más tiempo, tienen ustedes unos diseños muy interesantes. Nos volveremos a ver. Deben pensarlo, estoy segura de que nos podrán ayudar.

—El individuo le abrió la puerta y desaparecieron mientras nosotros dos seguíamos inmóviles.

Cuando Samuel terminó su relato, Mateo no podía articular palabra. Aquello era una clara amenaza, la segunda en dos días. Lo que más le angustiaba era que, por su culpa, ahora estaban involucrados sus amigos. Intentó hablar, pero Samuel continuó.

—Cuando se fueron vi que Carlos no tenía buen aspecto, estaba muy pálido. Intenté tranquilizarle ya que respiraba con dificultad.

Mateo seguía inmóvil al otro lado del teléfono.

—No teníamos el número de Esther, podíamos llamar a la policía de Madrid, pero pensé que no tenía mucho sentido. Lo mejor era hablar directamente con ella. Miré la agenda del teléfono y busqué el número de Caroline que teníamos de cuando os visitamos el año pasado en Valdoviño.

»Cuando Caroline descolgó y le dije si era un buen momento para hablar, se asustó y respondió rápidamente. Me preguntó si os había ocurrido algo a ti o a David. Le dije que los dos estabais perfectamente, pero tuve que contarle lo ocurrido y decirle que necesitaba el teléfono de Esther. Ella se sorprendió de que no le hubieras contado nada a la policía y se mostró muy preocupada por si estabas en peligro.

»Estuvo de acuerdo en que lo mejor era contárselo a la policía, miró su agenda y me dio el teléfono de Esther. Al despedirnos, y ante su insistencia, le prometí que la llamaría ante cualquier novedad, le dije que estuviera tranquila que estabais bien y que su marido no sabía nada de lo ocurrido.

Mateo pensaba con rapidez. Aunque no le gustaba que Caroline conociera todo aquello, solo servía para inquietarla, no podía reprocharle nada a su amigo por haberla llamado.

Samuel siguió hablando. A Mateo siempre le había admirado lo meticoloso que era en todo. Sabía que lo que estaba escuchando era tal y como había ocurrido.

—Inmediatamente después de colgar llamé a Esther. Me presenté y ella se acordaba perfectamente de nosotros. Lo primero que me preguntó fue si estabas bien, noté que estaba muy preocupada por si te había ocurrido algo. La tranquilicé diciéndole que no te había pasado nada y que en ese mismo momento estabas volando hacia Nueva York.

»Empecé a contarle lo ocurrido y me pidió que parara. Quería coger una libreta e ir anotando todos los detalles. Cuando terminé se quedó en silencio y, al cabo de un rato, me preguntó a qué hora había salido tu avión. Me dijo que

tendría que esperar hasta las siete de la tarde para poder contactar contigo. No le gustó nada que yo hubiera hablado con Caroline e insistió en que era necesario que no lo hiciéramos con nadie más. Yo le pregunté si ella se pondría en contacto con la policía de Madrid y que quizás sería necesario que tuviéramos algo de vigilancia.

Mateo, en silencio, solo podía pensar en el problema que les había causado a sus amigos.

—¿Qué te respondió?

—Me dijo que hablaría con sus compañeros, pero que no creía que volvieran a molestarnos, que si quisieran hacernos daño ya lo habrían hecho. En su opinión solo les interesa recuperar el diamante y saben que nosotros no lo tenemos.

Mateo se dio cuenta de que aquello era una suposición y que, en realidad, el único que sabe dónde está el diamante es él.

—Te preguntó si sabíais dónde estaba.

—Sí, claro. Ya le dije que no teníamos ni idea. Se quedó muy preocupada por lo que pudieras haber hecho y antes de colgar me pidió que le enviara la foto del diamante.

—Mateo, ¿estás ahí?, ¿estás bien? Ni siquiera escucho tu respiración —dijo Samuel.

Mateo no podía hablar. Toda aquella historia había comprometido a sus amigos. Tenía que volver a Madrid para aclarar aquello y así se lo dijo a Samuel.

—Ni se te ocurra venir a Madrid. Ahora está en manos de la policía. Tienes que hablar con Esther y decirle dónde está la piedra para que ellos se ocupen de este asunto.

—¿Pero seguro que estáis bien?, ¿cómo está Carlos?

—Estamos los dos muy bien. Al principio nos asustamos un poco, pero Esther nos tranquilizó. No te preocupes más por nosotros, habla con ella y disfruta con tus hijas. Carlos, como yo, se llevó un buen susto pero está perfectamente.

Cuando Mateo colgó el teléfono, lo primero que hizo fue ponerle un whatsapp a Esther para saber si podía hablar.

Al poco rato sonó el teléfono. Aunque no podía reconocer el número, sabía que era ella.

—Hola, Mateo, parece que has montado un buen lío.

Aunque se lo esperaba, no le gustó el tono. No estaba dispuesto a soportar una bronca.

—Hola, Esther, ¿qué tal estás? Por cierto, como ya he hablado con Samuel no hace falta que me repitas toda la historia.

—Entonces será mejor que vaya directamente al grano: ¿qué has hecho con el brillante? Ya me explicarás cuál es la razón de que no me lo contaras.

—No tengo por qué contarte lo que encuentro en mi casa.

Esther resopló.

—Mira, Mateo, no voy a discutir nada de esto contigo. Solo necesito que me digas dónde lo tienes y me cuentes con detalle lo que ocurrió en El Retiro.

Durante un instante, Mateo se quedó callado. Estaba pensando qué responder. La forma de hablar de Esther le estaba irritando.

—¿Por qué te lo tengo que decir? Dime una cosa: ¿crees que tiene algo que ver con el cadáver?

—Mateo, no entiendo tu forma de hablarme, solo quiero ayudarte. Creo que eres consciente de que estás en una situación comprometida y que has involucrado a unos amigos tuyos. Esto lo tiene que resolver la policía y lo sabes.

—¿Crees que tiene algo que ver con el cadáver? —insistió Mateo.

—Mateo, vamos a dejar una cosa clara. Estoy haciendo una excepción en este caso, pero espero que seas consciente de que sobre las investigaciones de la policía no tengo nada que contarte. Ahora, por favor, dime dónde tienes el diamante y deja que la policía se encargue de todo.

Mateo pensó que el enfado no debía impedirle actuar de manera sensata.

—Está en una caja de seguridad en un banco en Madrid. Después de que Samuel y Carlos me confirmaron la autenticidad de la piedra tomé esa decisión. Tengo antiguos compañeros trabajando en el banco que me agilizaron los trámites.

—¿Sabe alguien más que la tienes ahí guardada?

—Solo yo. Mi amigo el del banco no sabe qué guardé.

—¿Y solo se puede abrir con tu autorización?

—Solo se puede abrir con mi presencia —contestó Mateo.

—Joder.

—Estoy seguro de que podrás conseguir una orden judicial para abrirla.

—¿Te crees que es tan fácil? La otra alternativa es que vengas tú.

La forma autoritaria en que Esther pronunció la última frase irritó a Mateo.

—Para hacerme ir creo que necesitarás otra orden judicial y esa tardará más en conseguirla. Tenía pensado ir para acompañar a Carlos y Samuel, pero ellos me han convencido de que no era necesario —contestó Mateo en un tono muy airado.

—Será mejor que te tranquilices. Quiero que ahora me cuentes lo que ocurrió en El Retiro y me describas a la persona con la que hablaste.

Mateo le hizo un relato minucioso de lo ocurrido pero en cuanto a la descripción del individuo, solo pudo concretar la altura y la voz. Esther también le pidió los datos del amigo del banco para poder localizarle.

—Me preocupan Carlos y Samuel. No me gustaría que les pasase nada —dijo Mateo.

—No les pasará nada, pero, si no hubiera sido por ti, hoy no tendrías esa preocupación —respondió Esther.

—Creo que lo mejor será que acabemos esta conversación. Estoy cansado y mi hija regresará en un momento.

Al despedirse, Esther le dijo que descansara e intentara olvidarse de todo, pero que, por favor, no se entrometiera en aquel asunto.

Después de aquellas conversaciones, Mateo se quedó exhausto y atemorizado. Los kilómetros de distancia le hacían sentirse más angustiado. Necesitaba una nueva dosis de bromazepan.

Al regresar su hija del gimnasio, no le comentó nada de lo ocurrido. Ella estaba feliz con su presencia y él no se lo iba a estropear. Se distrajo preparando una ensalada para cenar: en un bol puso una mezcla de lechugas, mango, pipas de calabaza, alcaparras y unos trozos rallados de queso Caciocaballo. Lo roció todo con un buen chorro de aceite de oliva virgen y lo acompañó, en una fuente aparte, de unas rodajas de tomate. Su hija abrió una botella de vino, pero Mateo prefirió beber agua.

Durante la cena hablaron de los planes y visitas que tenía previsto hacer. Clara le propuso algunos lugares a los que podrían ir juntos cuando su trabajo se lo permitiera. Después de cenar se fueron a dormir, Mateo estaba cansado pero, a pesar de los barbitúricos que había tomado, no paso una buena noche.

Las olas reventaban en la orilla y el agua del mar se mezclada con la lluvia torrencial que se clavaba como agujones en su cara. Contrastaba el frío que sentía con el sudor que se deslizaba por su cuerpo. La marea estaba alta y Mateo corría sobre el poco espacio de arena mojada, huyendo de aquella jauría de perros que le acosaban. El rugido del mar le impedía distinguir a qué distancia se encontraban. Paró un momento a coger aire, al darse la vuelta para

mirar a sus perseguidores se quedó aterrado. Sus cabezas tenían apariencia de personas. De sus bocas, con cada ladrido aterrador, emergía una espuma amarillenta. Siguió corriendo sin saber hasta dónde podría llegar, aquella playa no tenía fin. La resaca de una tremenda ola le hizo perder el equilibrio, la fuerte caída le dejó clavado sobre la arena húmeda y salada. Al darse la vuelta tenía encima a aquellos monstruos, sintió cómo la espuma que babeaban sus bocas caía sobre sus ojos. Eran rostros deformados de caras conocidas: el payaso de El Retiro, John el irlandés, Esther, David, Samuel y Carlos, sus vecinos, Caroline, la mujer de oscuro que le había descrito Samuel. Cerró los ojos y, mientras apretaba los puños de repente todo se tranquilizó, sintió que estaba envuelto por el silencio. Su cuerpo apareció húmedo y tendido en el paseo de los ameneiros. Estos le susurraban al oído: ten cuidado y observa bien a tu alrededor.

El sudor le había empapado el pijama. Abrió los ojos mientras intentaba relajar el ritmo de la respiración, sus pulmones trabajaban frenéticamente. Se dio cuenta de que la situación se estaba descontrolando. Aunque no le gustaba, tenía que incrementar la dosis de ansiolítico, tal como le había dicho su médico que hiciera cuando no fuera capaz de dominar la situación.

Los días pasaron mientras Mateo se dedicaba a hacer lo que más le gustaba. Pasear y perderse en una ciudad que le fascinaba. Nueva York estaba en continuo movimiento. Si el tiempo fuera infinito sería imposible explorarla entera, lo de siempre y lo nuevo. Una ciudad en la que Mateo, continuamente, tenía que estar observándolo todo.

Todas las tardes, Mateo llamaba a Carlos y Samuel. Las únicas novedades que le contaron fueron las visitas de David y Esther. David, informado por su mujer, fue a preguntarles por lo ocurrido. Esther había ido a Madrid para conseguir una autorización para abrir la caja de seguridad. Estuvo con ellos interrogándolos sobre el brillante e intentando hacer un retrato que permitiera identificar a los visitantes que les atemorizaron. Desde la llamada del primer día, Mateo no volvió a hablar con ella.

Habló con su amigo, el que trabajaba en el banco, para informarle de lo que iba a ocurrir. Llamó a Caroline. Estaba asustada y muy preocupada. Él intentó tranquilizarla, estaba muy nerviosa y él nunca la había visto así. Ella le comentó el enfado que tenía David por no haberle contado lo del brillante.

Cuando su hija estaba en el trabajo se dedicaba a dar grandes paseos por la ciudad y disfrutar de uno de los placeres que más le gustaba de Nueva York, los helados. Antes de cada viaje se informaba de los establecimientos

recomendados. Siempre aparecían nuevos sitios y en aquella ocasión se decidió por los mejores lugares para tomarse los *creamwich*. Le encantaba el de galleta con nuez, trocitos de cacao y helado de vainilla. Descubrió el de pomelo y en Brooklyn, en el distrito de Dumbo, un fantástico sorbete de fresas con sirope de chocolate. Entre aquellos paraísos gastronómicos siempre encontraba algún *food truck* donde compraba comida para llevar a casa.

Conforme fueron pasando los días pensó que su vida siempre se reanudaba en el mismo punto. Parecía como si todo se hubiese parado en un trágico instante. Lo que ocurría a su alrededor era una mera anécdota y el tiempo nunca avanzaba. Los últimos acontecimientos habían conseguido que todos sus sentidos estuvieran alerta, pero todo pasaría y él volvería al inamovible punto de partida.

Casi debajo del puente de Brooklyn, a la orilla del río Hudson, se encuentra un mítico restaurante al que Mateo siempre acudía cuando visitaba Nueva York. Desde sus mesas hay una de las mejores vistas del Skyline. Hacía meses que había reservado para cenar allí con su hija, le fascinaba el panorama nocturno de Manhattan iluminado. Cuando llegó con Clara al restaurante se sorprendió al ver sentado en una mesa a Joaquín, el filatelista que Mateo había conocido en el avión. Tras presentarle a su hija le invitó a que compartiera con ellos su mesa pero Joaquín, muy agradecido, declinó la invitación. Quedaron en que al día siguiente, Mateo le iría a visitar al Centro de Convenciones y comerían juntos. Mientras les servían el vino que Clara había seleccionado, un cabernet sauvignon del Valle de Napa, Mateo estaba ensimismado con las vistas nocturnas del Downtown. Las luces de los rascacielos contrastaban con la oscuridad de la superficie. Daba la impresión de que los edificios emergían directamente desde el agua, como si estuvieran anclados en las profundidades del río Hudson.

—Papá, ¿estás bien?

—Sí, perfectamente. Perdona, me encanta mirar desde aquí.

—He visto que has vuelto a tomar las pastillas para la ansiedad. ¿Tienes otra vez problemas?

A Mateo le hubiera gustado desahogarse con sus hijas, pero quería evitar involucrarlas en aquel asunto. Mucho menos a Clara, que había tenido un último año muy duro hasta que encontró la estabilidad en el trabajo. Lo había hablado con Carlos y Samuel, y los tres acordaron que no les contarían nada.

—Ha sido por el viaje. Muchos cambios y preparativos. No te preocupes, me encuentro bien.

—Papá, sé que este último año has estado mucho mejor, pero me preocupa que sigas sintiéndote culpable por lo que ocurrió con mamá. Nunca lo vamos a olvidar, sin embargo debemos continuar con nuestras vidas, es lo que a ella le gustaría. No creo que estar solo sea bueno para ti, estarías mejor si volvieras a vivir en Madrid.

—Cariño, sabes que nunca había pensado que acabaría viviendo en Valdoviño pero ahora creo que ha sido la decisión más acertada. Tengo cada vez más amigos y estoy todo el día ocupado. Para mí la Frouxeira es mucho más que un sitio para ver y pasear. Es un lugar para sentir, tenerla tan cerca es lo mejor que me ha podido ocurrir.

—Sé lo importante que es para ti. Igual que para nosotras. ¡Tengo tantos recuerdos! y espero seguir construyéndolos allí. ¿Te acuerdas de cómo nos poníamos la cara cuando íbamos de excursión en busca de moras? Y cómo nos reñía mamá cuando regresábamos a casa con los pies sucios y las piernas llenas de heridas que nos hacíamos en las silveiras¹⁰. Yo también regresaré siempre. Si tú me dices que estás a gusto no voy a seguir insistiendo, pero estaré más tranquila cuando dejes de tomar esas pastillas y vuelvas a conducir, no puedes estar toda la vida obsesionado por ello.

¹⁰ En gallego, grupo de arbustos silvestres cubiertos de espinas que nacen en los bordes de los caminos.

Mateo no dijo nada, se quedó mirando cómo su hija le untaba una tostada de pan con foie gras. A Clara siempre le había gustado hacerlo. Aquello le trajo el recuerdo de las panaderías a las que iba, con ella y Sara cuando eran pequeñas, por los alrededores de Valdoviño y donde aún siguen cociendo el pan en hornos de leña. A sus hijas siempre les regalaban unos pequeños bollos de pan que se iban amontonando en casa y que nunca comían ya que les daba pena quedarse sin ellos.

Mientras tomaban el plato principal, Mateo crujiente de pechuga de pato y su hija rape salvaje con setas, hablaron del trabajo de Clara.

—¿Te acuerdas del libro con las fotos de la exposición que te envié?

—Sí, se lo enseñé a todo el mundo. Son unas fotos increíbles, un recorrido perfecto por la arquitectura de la ciudad —dijo Mateo.

—Ha sido un éxito de crítica. La próxima semana saldrá el reportaje con la entrevista que me hicieron en el *New York Design*.

Clara estuvo contándole a su padre los próximos trabajos que le habían encargado. Mateo estaba feliz del éxito de su hija. Irse a Nueva York había sido una apuesta muy arriesgada. Los dos se rieron cuando comprobaron que

los morros de Clara tenían el mismo color que cuando comía helados de pequeña. En esta ocasión, el culpable había sido un suflé de chocolate con avellanas que los dos compartieron de postre. Unas bolas de cacao que al estallar en la boca, mezclaban la suave y caliente crema que las recubría con el frío y líquido chocolate de su interior.

—Bueno, ¿y de chicos que tal?

—Papá, ¿cómo me preguntas tú por eso?

—A mí tampoco me gusta que estés sola.

—Pues de momento y, aunque como dice mi amiga Elvira sea un tópico, no he encontrado al hombre de mi vida.

Después de que Mateo pagará la cuenta y ya en el taxi que les pidieron desde el restaurante, Clara se enroscó en el brazo de su padre con la cabeza recostada sobre su hombro. La iluminación de los edificios que veían desde el puente de Brooklyn era una señal de que Nueva York estaba viva a todas horas.

Cuando llegaron a casa, su hija le ayudó a mirar en el mapa cómo podía ir al día siguiente al Palacio de Convenciones. Ella se fue temprano a la cama y Mateo la acompañó para arroparla mientras le daba las buenas noches. Luego se quedó un rato leyendo y escuchando las suaves melodías que había seleccionado de Benny Goodman y Duke Ellington.

Era muy temprano cuando ya estaba en la calle. Le gustaba sentir la velocidad con la que aumentaba el ritmo de la ciudad. Se desvió de su recorrido para dar un paseo por los alrededores del Empire State y como aún no había mucha gente, entró a ver el vestíbulo. Se recreó unos minutos observando aquella entrada construida en estilo art decó, un lugar que le fascinaba. Por el camino aprovechó para ir a una tienda de Disney y comprarle un peluche del Pato Donald a su nieto parisino.

La última parte del trayecto la hizo en transporte público. La primera sensación que tuvo al ver el Palacio de Convenciones era que podía estar en cualquier otra ciudad. Aquellas frías e impersonales construcciones de cubos de cristal habían crecido como setas. En los últimos años se habían convertido en el reflejo de la mediocridad urbanística que, como un virus, se extendía por todas partes. En la puerta vio a Joaquín acompañado de otra persona. La pareja, un Joaquín orondo donde resaltaba su pequeño bigote y su enjuto acompañante, le recordaba a Oliver y Stan. Solo desentonaba el exceso de colorido de la ropa del compañero de Joaquín. Se presentó como Rafa, un

filatelista que vivía en Barcelona y estaba con su mujer de viaje en Nueva York.

Dentro de la exposición, Joaquín les guio por las salas más representativas. Les mostró primero las cartas, atribuidas a Cristóbal Colón, en las que se anunciaba el descubrimiento de Cuba y la Española. Pasaron por estancias donde se exponían postales, sellos, cartas, papiros y vídeos sobre la historia de la correspondencia. Mateo se quedó muy sorprendido con el primer sello postal adhesivo, el Black penny, emitido en el año 1839 en Gran Bretaña. Pensaba que el origen era mucho más antiguo. Joaquín les explicó que el inicio de la correspondencia escrita se remontaba a muchos siglos antes de Cristo. Inicialmente solo se empleaba para cuestiones oficiales y, cuando su uso se extendió, por lo general, el pago se solía hacer en el destino.

Terminaron su recorrido en la sala de los papiros. Allí pudieron ver un vídeo donde se explicaba la forma original de fabricación a partir de la planta que crecía a las orillas del Nilo. Pudieron ver uno de los más curiosos, *El libro de los muertos*, que el British Museum había prestado para la exposición. El origen de aquel ejemplar se sitúa mil trescientos años antes de Cristo y mide casi veintiséis metros. Rafa, que era un experto, les explicó que el libro es una recopilación de textos funerarios. En ellos se incluían sortilegios que ayudaban a los muertos a emprender su viaje a una nueva vida entre los dioses. A Mateo le impresionó el relato en el que se mostraba cómo, al llegar al tribunal del dios Osiris, el corazón del suplicante era pesado para determinar si merecía la vida eterna. Escuchando aquello recordó el peregrinaje de las almas a San Andrés de Teixido. Aquel lugar mágico de la costa Gallega donde el dicho popular dice «*vai de morto quien non foi de vivo*»¹¹. Se acordó de cómo el espectro de Fiz de Cotovelos¹² suspiraba por no haber estado en vida en San Andrés.

¹¹ Traducido del gallego: «Va de muerto quien no va de vivo».

¹² Personaje de la novela *El bosque animado*, de Wenceslao Fernández Flores.

Al finalizar la visita se fueron a comer a un restaurante italiano dónde Joaquín les recomendó los tagliatelles con trufa blanca, una receta, les dijo, que le recordaba la pasta fresca que le hacía su abuela napolitana. Aceptaron la sugerencia y mientras les servían el primero plato, provolone con mermelada de tomate, Mateo les confesó la sorpresa que había sido conocerlos, nunca había coincidido con un filatelista y en ese viaje tenía la oportunidad de estar con dos.

—Yo soy un aficionado, Joaquín es el profesional. Solo me dedico a esto como hobby —dijo Rafa.

—Tiene una profesión muy curiosa. Es gemólogo —dijo Joaquín.

Mateo se sorprendió.

—Pues nunca he conocido a un gemólogo y, aunque me suena, no tengo muy claro a qué os dedicáis.

Rafa se rió, empezó a hablar con el entusiasmo de alguien a quien le apasiona su profesión.

—No te preocupes, le pasa a todo el mundo. Saben que tiene algo que ver con las gemas, pero nada más. Nuestra profesión nos permite conocer y trabajar con la naturaleza. Lo hacemos con cristales, con gemas, con joyas. Estudiamos su color, su transparencia, los efectos ópticos.

—Pero ¿a quién va destinado vuestro trabajo? —preguntó Mateo.

—Nuestros principales clientes son las joyerías, la policía, los Montes de Piedad y los juzgados. Hacemos tasaciones, emitimos certificados y valoramos la calidad. La empresa la heredé de mi padre, y éste de mi abuelo; ahora estoy intentando expandirme por Europa.

La voz de Rafa era muy sosegada, había momentos en que hablaba demasiado bajo y tenían que concentrarse para escucharle. La explicación incrementó el interés de Mateo. No quería parecer pesado, pero sentía gran curiosidad por seguir con aquella conversación.

—Y ¿cómo funciona el mundo de las piedras preciosas?

Antes de que Rafa pudiera contestar, Joaquín los interrumpió para preguntarles si les apetecía algo de postre, su recomendación era el tiramisú. Mateo no se pudo resistir y Rafa pidió un sorbete de naranja.

—Es relativamente sencillo. Empieza con la extracción y la clasificación. De ahí solo el veinte por ciento se dedica a la joyería y el resto a la industria. Hay mercados o bolsas internacionales donde se negocian los diamantes. El siguiente paso es el tallado, y luego, en el mercado internacional, son adquiridos por los profesionales. La principal bolsa está en Amberes, por allí pasa el cincuenta por ciento del mercado mundial, tanto de diamantes en bruto como tallados.

A pesar del placer que le producía la crema del mascarpone derritiéndose lentamente en su boca, Mateo estaba cada vez estaba más inquieto. Una idea empezaba a martillar su cabeza.

—Como ves, la conversación con Rafa es muy interesante. ¿Qué os parece si seguimos charlando mientras tomamos un café?, ¿conocéis algún lugar

donde hagan un buen expreso? —intervino Joaquín.

—¿Habéis estado en High line park?, nos queda a diez minutos andando y conozco un puesto donde hacen un expreso de verdad —dijo Mateo.

Los llevó caminando mientras iban en silencio. Estaba deseando llegar para poder continuar con la conversación y seguir haciendo preguntas. Joaquín y Rafa se quedaron asombrados con las vistas que había de Nueva York y del Hudson desde aquel lugar que nunca habían visitado.

Para Mateo era un paseo obligado cada vez que iba a Nueva York. Allí sentía que la ciudad había desaparecido como si hubiera huido a otro lugar. Les recordó las películas en las que por allí reinaba el estruendo de los trenes y cómo los edificios temblaban cuando los tranvías pasaban en altura entre ellos.

Sentados en una de las tumbonas de madera que había a lo largo del paseo, les contó que en mil novecientos ochenta aquel lugar había quedado abandonado y que después de varios años de deterioro se había decidido construir aquel parque urbano que tenía más de dos kilómetros de longitud.

Mientras Rafa y Joaquín no dejaban de hacer comentarios sobre aquel descubrimiento, Mateo fue al puesto donde hacer un café expreso se convertía en una actividad en la que el tiempo y las prisas no existían. Mateo miraba a la pareja que regentaba el quiosco, seguramente habían hecho miles de cafés, pero observarlos era contemplar a dos artesanos que ejecutaban cada movimiento con toda la tranquilidad y delicadeza posible.

Estuvieron un rato en silencio, estirados en sus hamacas mientras saboreaban sus cafés. Los rayos del sol aún mantenían la calidez en el ambiente. Pero ni aquella tranquilidad permitía a Mateo mantenerse relajado.

—Rafa, no sé si has visto la película *Diamante de sangre*. ¿Qué hay de verdad en lo que se cuenta?

—Está basada en hechos reales, aunque me imagino que tendrá muchos pasajes producto de la imaginación del director o del guionista. El tráfico ilegal de diamantes siempre ha existido, el problema es más grave cuando sirve para financiar guerras o fomentar la esclavitud.

—Pero ¿cuál es el circuito de ese tráfico ilegal?

—Por lo que yo sé, el recorrido es parecido al del tráfico legal. La forma de traslado habitual suele ser en primero en barco y luego por tierra, y se hace con mucha facilidad. La relación entre el tamaño de lo que se transporta y el beneficio es enorme.

Aquella última información hizo pensar a Mateo en cómo había llegado una de aquellas piedras al estómago de Buck. Sentía una enorme curiosidad por conocer más sobre aquel mundo, pero decidió que no podía seguir interrogando a Rafa.

—Siento que sobre mi trabajo no pueda contaros nada tan sugestivo, toda la vida en la oficina de un banco no me ha permitido ver cosas tan interesantes.

—Seguro que alguna curiosa anécdota tendrás —dijo Joaquín.

En ese momento, Rafa miró su reloj.

—Creo que es hora de que me vaya. Ha sido un día muy agradable, pero he quedado con mi mujer y aún tengo un buen trecho hasta el hotel.

Se despidieron y quedaron en organizar, ya en España, un viaje a Barcelona para que Rafa les enseñara cómo era en la práctica su trabajo.

Mateo estaba cansado y decidió regresar en taxi. No dejaba de pensar en lo que les había contado Rafa y cómo algunas cosas encajaban en la historia de James Britt y el diamante que había encontrado. En el taxi se puso los cascos y empezó a sonar *Nedd your love* con Duke Ellington y Sheryl Crow: «Necesito la mano de alguien que me lleve a través de la noche. Necesito los brazos de alguien».

Al llegar a casa vio un whatsapp de su hija que le decía que se retrasaría y que no la esperara para cenar. Eran las cinco de la tarde, se preparó una infusión y se sentó al lado del ventanal. En una hora se pondría el sol. Con el recuerdo de *El libro de los muertos* seleccionó la música de Golpes Bajos. *Malos tiempos para la lírica*. «El azul del mar inunda mis ojos, el aroma de las flores me envuelve, contra las rocas se estrellan mis enojos y así toda la esperanza me devuelve».

Mientras contemplaba cómo el cielo iba perdiendo su claridad, recordó el momento en el que estuvo a punto de cancelar el viaje. Lo ocurrido en Valdoviño y Madrid le había hecho dudar de la conveniencia de irse tan lejos. Pensar en sus hijas hizo que las dudas se disiparan. Quería convencerse de que ahora, al estar todo en manos de la policía y con Esther al mando, ya no tenía por qué preocuparse. Pero no era posible, la inquietud y la curiosidad no dejaban de acompañarle. Tenía que llamarla, en la última conversación él no se había portado muy bien. Miró su reloj, en España serían las once y cuarto de la noche, a esa hora aún estaría despierta.

—Hola, Esther, soy Mateo.

—Mateo, ¡qué sorpresa! Después de la última vez que hablamos creí que ya no me llamarías. Espero que estés disfrutando de tus hijas. ¿Dónde estás

ahora?

La voz de Esther sonaba relajada, flotando en sueños.

—Aún estoy en Nueva York, dentro de tres días me voy a París, ¿qué tal por ahí?, ¿espero que no estuvieras durmiendo?

—Estaba tumbada en la cama del hotel leyendo informes y me había quedado medio adormilada. Hoy ha sido un día muy largo, acabo de volver a Madrid. Pronto tendré la autorización para poder sacar el brillante. Luego regresaré a Ferrol, aquí ya no hay nada más que hacer.

Mateo miraba cómo el sol había desaparecido y en la oscuridad dominaban las luces de la ciudad. Escuchaba con atención a Esther, sentía que una sonrisa acompañaba a su voz. Le gustaba oírla hablar de aquella manera.

—Siento el lío que monté. En su momento creí que era lo mejor que podía hacer. ¿Has visto a Carlos y Samuel?

—He estado varias veces con ellos y con expertos de la policía. Están los dos bien y tranquilos. Con la información que nos pasaron hemos llegado a la misma conclusión que ellos sobre el valor y el origen del brillante.

—¿Y sabéis quiénes fueron las personas que los visitaron?

—Sobre eso no te puedo contar nada. Olvídate y sigue disfrutando de tu viaje y de tus hijas.

Mateo sabía que Esther tenía razón, No quería insistir pero no podía dejar de pensar quien había perdido aquella piedra, su valor era demasiado grande como para olvidarlo.

—Cuando estés de vuelta, me gustaría que saliésemos un día. Me acuerdo de los paseos que dábamos por la playa. Podríamos ir luego a cenar —dijo Esther.

Mateo se sorprendió. Él también lo había pensado en más de una ocasión, pero no se atrevía a decírselo.

—Me encantaría. Hoy me acordé de San Andrés, me gustaría ir allí contigo.

—Ya me dirás por qué te acordaste de San Andrés en Nueva York —le respondió Esther con un tono que delataba la sorpresa de la proposición de Mateo.

—A la vuelta te lo cuento. Ahora te dejé para que puedas descansar.

—Gracias por llamarme, Mateo. Hoy ha sido mejor que la última vez que hablamos. Disfruta de tu viaje.

Lo que veía desde el ventanal le hacía dudar si era el sol quien abandonaba la ciudad o eran las luces y la oscuridad quienes la conquistaban. Mientras recordaba la voz de Esther, empezó a sonar Radio Futura. «Dicen que tienes

veneno en la piel y es que estás hecha de plástico fino. Dicen que tienes un tacto divino y quien te toca se queda con él».

Dedicó sus últimos días en Nueva York a realizar alguna compra, darse algún capricho gastronómico y pasear en bicicleta por Central Park. Algo de ejercicio le venía bien después de haber abandonado su actividad física durante un tiempo.

El último día Clara se lo tomó libre y lo pasaron juntos. Su vuelo salía de Nueva York a última hora y la noche anterior intentó dormir poco. Eso y el bromazepan le ayudaron a descansar plácidamente durante todo el viaje.

Los tres mosqueteros

Mientras el avión se deslizaba sobre la pista del aeropuerto Charles de Gaulle, Mateo miraba por la ventanilla como el gris y el azul luchaban entre sí por dominar el cielo de París.

En la terminal le estaba esperando Sara. Cada vez que miraba a su hija mayor no podía evitar el recuerdo de su mujer. En su cara resaltaban sus grandes ojos verdes, siempre sonrientes, y su larga melena pelirroja que realzaba su figura. Mateo soltó su bolso de mano y le dio un fuerte abrazo que ella respondió con dos sonoros besos en las mejillas. Mientras se dirigían hacia el coche, él no dejó de hacerle preguntas sobre su nieto. Sara le contó que ya se levantaba y había empezado a dar sus primeros pasos, aunque de momento lo más normal eran las constantes caídas. Vio feliz a su hija. Como su hermana, tenía un carácter aventurero, pero mucha más seguridad en sí misma. Por esta razón, Mateo no se preocupaba tanto por ella. Sara había estudiado Arquitectura y en Madrid había tenido sus primeros trabajos, en realidad uno de esos nuevos trabajos basura que los defensores de la nueva economía, sin ningún tipo de decencia, pregonaban como un gran éxito.

Hacía un año que residía en París, había decidido tener un hijo y, en cuanto estuviera asentada, empezaría a trabajar. Le contó a su padre que acababa de firmar un contrato y en un mes comenzaría a colaborar con un estudio de arquitectura en el barrio de Les Halles, muy cerca de su casa.

Vivía en un dúplex que la empresa en la que trabajaba Eduardo, su pareja, les había facilitado. Eduardo era un ejecutivo de una entidad financiera que tenía una sucursal en París.

Al entrar en casa fueron directamente a la habitación de Víctor que estaba tirado en el suelo, rodeado de cachivaches y jugando con su cuidadora. Riéndose se echó en brazos de su madre. A Mateo le miró con desconfianza hasta que le dio el peluche del Pato Donald que le había comprado en Nueva York. Después de una hora de jugar con su nieto y ante la insistencia de su hija, Mateo se puso a deshacer la maleta mientras ellos, tumbados en su cama, le miraban sonrientes.

—Papá, le daremos primero de comer a Víctor y nosotros lo haremos mientras él duerme la siesta. Por la tarde saldremos a dar un paseo.

Durante la comida, su hija, preocupada, le preguntó cómo estaba. Su hermana le había dicho que seguía tomando la medicación. Mateo le quitó importancia y le dijo que se encontraba muy bien.

—No me gusta que vivas solo.

Él la miró con una sonrisa y cogió una de sus manos entre las suyas.

—No quiero que estés preocupada. Estoy muy a gusto y, además, tengo una buena compañía, unos buenos vecinos y a Buck.

En el fondo, Mateo pensaba que sus hijas tenían algo de razón. Estaba solo, pero su soledad no se la iba a quitar viviendo en una gran ciudad. En realidad, pese a tener su vida en Madrid, había decidido irse a vivir a Valdoviño donde había encontrado la tranquilidad y allí se iba a quedar. Solo los últimos acontecimientos estaban alterando su vida, pero aquello era algo pasajero con lo que no quería preocuparlas.

Después de comer tomaron café y se recostaron en el sofá. A Sara, como a su hermana, le gustaba quedarse dormida con la cabeza apoyada en el pecho de su padre. Mateo estaba relajado y no le costó trabajo también quedarse dormido.

Cuando Víctor despertó de la siesta, y después de que su abuelo le diera la merienda, salieron a pasear. Mateo empujaba el coche en el que iba su nieto y en el cielo la lucha continuaba entre el sol y las nubes, nadie parecía ganar aquella batalla. Sara le dijo que las previsiones anunciaban varios días sin lluvia. Mateo sonrió, pensó que en París también estaban obsesionados con el tiempo. Debía de ser un rasgo común de aquellos lugares donde el verde y la tierra fresca siempre ganaban la batalla. Durante el paseo, no pararon de hablar mientras los ojos de Mateo no dejaban de mirar a su nieto.

Los recuerdos que le comentaba su hija le hicieron reír aunque internamente se mezclaban con la nostalgia, al pensar que aquellos momentos ya no volverían, y con la soledad de su vida diaria.

Al regresar a casa ya había llegado Eduardo. Al contrario de lo que ocurre en España, en casi todos los países europeos la gente regresa a sus casas temprano. Lo que en España pudiera parecer una tradición, en cuanto a horarios y costumbres, se ha convertido en largas y, muchas veces, improductivas jornadas de trabajo que impiden disfrutar de un tiempo exclusivo para las actividades personales.

Después del baño y la cena de Víctor, Eduardo preparo la cena y al acabar tuvieron una corta velada antes de irse a dormir.

—Eduardo, ¿Qué tal tú trabajo? —le preguntó Mateo.

—Muy bien, la verdad que estoy encantado. Tenemos una importante colonia de españoles como clientes y además el horario me permite compatibilizar muy bien con la vida familiar.

—Y la ciudad ¿cómo lo lleváis?

—Nos hemos acostumbrado muy rápido. A diario, aunque sea una gran ciudad, te adaptas a vivir en tu barrio. Los dos podemos ir a trabajar en transporte público. Usar el coche aquí, como en Madrid, es una auténtica locura y cada vez hay más restricciones al uso del coche.

—Espero que el centro de las ciudades se cierre el tráfico. Me gusta ver las calles llenas de gente paseando, libres de coches —dijo Mateo.

—Papá, tengo una sorpresa para ti —le dijo Sara mientras sonreía y miraba a su marido.

Mateo la observó. A él y a sus hijas siempre les habían gustado las sorpresas y los acertijos.

—La empresa en la que voy a trabajar tiene su sede en Madrid y tengo que ir a una reunión, ¡podemos volar juntos!

Durante un rato Mateo se quedó callado, no sabía qué decir.

—Por eso me preguntaste con tanta insistencia por el número de mis vuelos —dijo Mateo sonriendo—. ¿Estarás todo el día trabajando?

—Solo será una reunión por la mañana, luego tengo que visitar a algunos amigos y tendré el resto del tiempo libre. Podemos hacer alguna cosa juntos además de visitar a Carlos y Samuel.

Mateo le cogió la mano y le dio un beso.

—Menuda sorpresa que se van a llevar tus padrinos. Siempre me están hablando de vosotras.

Sara miró su reloj y se levantó.

—Será mejor que nos vayamos a dormir, mañana comeremos fuera y tengo otra sorpresa para ti —dijo mirando a su padre.

Mateo sabía que era inútil hacer cualquier pregunta, ese era el juego que le gustaba a su hija.

A pesar de que estaba cansado, le costó quedarse dormido. Sin razón aparente, a su cabeza vinieron las imágenes de James Britt y el diamante. Unos recuerdos que le agitaban, podía intuir la relación entre ellos, pero le faltaban piezas en aquella historia y él no tenía a nadie con quien compartir lo que tanto le inquietaba.

Se levantaron temprano y a media mañana Mateo y su hija salieron de casa. Fueron caminando hasta la parada del Batobus. Al pasear por París, Mateo

sentía que era una ciudad que le acariciaba, una ciudad en la que muchas de sus calles parecían guardar un enigma. La ciudad que mejor escondía su secreto y que había conseguido que el mundo la conociera por la ciudad de la luz. Fueron hasta Motmartre y allí pararon a tomar un café en una terraza. Para Mateo tomar un café en París no era una pausa, era un deleite que había que disfrutar con sosiego.

—Estoy seguro de que en París se inventaron las terrazas— le dijo Mateo a su hija.

—Yo también lo creo. A pesar del clima, siempre ha sido una ciudad de cafés al aire libre. ¿No me has preguntado a dónde vamos? —le dijo Sara sonriendo.

—¿Para qué? No me lo ibas a decir y además sabes que a mí también me gustan las sorpresas.

Las dudas que tenía sobre lo que su hija le había preparado se disiparon al coger el metro y bajarse en el barrio de Le Marais. Mateo le dio un beso a Sara y le echó el brazo por los hombros. Recordaba la primera vez que había visto la Plaza de Los Vosgos. Era diciembre, un día gris dominado por la incansable lluvia. Con su mujer, en compañía de unos amigos y, pese a que la humedad penetraba hasta el interior de los huesos, se habían sentado a tomar café bajo los arcos de los pabellones que rodean la plaza. Aquel día las lecturas juveniles hicieron volar su imaginación y pudo ver a D'Artagnan, también en un día oscuro y lluvioso, entrando en los Vosgos cubierto por una capa, montado en su caballo y escoltado por sus inseparables amigos Athos, Portos y Aramis. También vio al cardenal Richelieu y a muchos de los personajes con los que Alejandro Dumas le había hecho disfrutar en su juventud. Desde aquel día, aquella plaza era una visita obligada cada vez que iba a París.

Sara tenía reservados en uno de los cafés de la plaza un par de mantas y una cesta con comida. Sobre el jardín central, debajo de uno de los enormes tilos que rodeaban la estatua de Luis XIII, lo extendieron todo dispuestos para una comida campestre.

Sacaron platos, vasos y cubiertos y, para comer, unos *croque madame*¹³. A Mateo le gustaba el de pan francés, huevo, jamón, queso mozzarella y ensalada natural con tomates cherry. Bebieron zumo natural de naranja. Sara sabía que su padre tenía un recuerdo muy especial, las pequeñas fresas silvestres que había tomado en otra ocasión sobre la hierba de la Plaza de los Vosgos.

¹³ Emparedado, sándwich.

Cuando Mateo introdujo en su boca aquel pequeño manjar, se quedó ensimismado, a su recuerdo no vino la primera vez que había tomado aquellas pequeñas fresa en París sino los veranos de su infancia en Valdoviño. Recordó la casa donde había un molino con grandes piedras de granito que convertían el trigo en harina, una harina que transformaba al molinero en un extraño ser cubierto con un fino polvo blanco que teñía su cuerpo y sus ropas. En el sótano, bajo la casa, un burro sujeto con un arnés daba vueltas y vueltas proporcionando la energía que movía aquellas enormes piedras que trituraban el cereal. En la pared exterior de la casa había unas argollas donde se amarraba a las bestias que llegaban cargadas con los sacos de trigo. Con aquel trigo, paciencia y en hornos de leña, cada casa elaboraba su propio pan, que se conservaba durante muchos días en grandes arcones de madera.

Miró a su hija que se había recostado sobre la hierba y tenía los ojos entrecerrados, él hizo lo mismo y siguió disfrutando con sus recuerdos.

El terreno que había alrededor de la casa era una huerta silvestre cubierta de hierba sobre la que su madre, en los días de sol, extendía la ropa a clarear. Solía enfadarse cuando sobre las sábanas blancas las gallinas dejaban el rastro de sus incursiones en el campo.

Allí pasaba Mateo muchas tardes con sus amigos, recogiendo las fresas salvajes que invadían el suelo y con las que hacían una mermelada muy dulce que extendían sobre grandes tostadas de pan con nata. Había muchos árboles frutales: perales, higueras y manzanos. Se subían a uno de los manzanos donde Mateo, como cada uno de sus amigos, tenía su propia rama, marcada con su nombre. Se pasaban las tardes soñando con aventuras y comiendo toda la fruta que podían. En esa época solo tenían dos formas de medir el tiempo: el sol y la llamada de su madre para ir a cenar.

Recordaba todos los sabores y todas aquellas sensaciones, sabía que nunca volvería a sentirlos, los recuerdos inolvidables lo son porque nunca se vuelven a repetir.

Tumbado sobre la hierba, Mateo siguió soñando con sus recuerdos hasta que el barullo de un grupo de titiriteros empezó a molestarle. Uno de ellos, vestido de bufón, se acercó a su hija y empezó a hablarle. Mateo tenía dificultad para escuchar lo que decía, a sus oídos solo llegaban zumbidos y aquello le inquietaba. Se puso alerta y comenzaron las primeras dificultades para respirar. Vio cómo la mano de aquel individuo se acercaba a la cara de Sara, tenía que ir en su rescate. Intentó levantarse, pero su cuerpo no

respondía, cuando quiso alargar su brazo la ansiedad empezó a dominarle, no podía ayudar a su hija y un grito salió de su boca.

—Nooooo.

—Papá, ¿qué tienes?, no pasa nada.

De la mano del titiritero salió una pequeña flor de papel que le entregó a su hija. Sara sonrió y le dio unas monedas.

—¿Qué es lo que te ha dicho? —preguntó Mateo, alterado.

—Nada, papá, solo me ha sonreído. Es un artista callejero. ¿Qué es lo que te ocurre? Menudo susto que te has llevado, tienes cara de pánico, te tienes que tranquilizar —le dijo Sara mientras le pasaba por la frente un pañuelo con el que intentaba secarle el sudor.

Mateo era incapaz de seguir hablando. No sabía lo que le había ocurrido, solo recordaba que de repente el mundo a su alrededor se había vuelto silencioso y amenazante. La gente se acercaba a mirar lo que había pasado, el grito de Mateo los había alertado. Su hija le hizo recostarse sobre la manta y le puso debajo del cuello una sudadera enrollada, le hablaba con suavidad mientras le acariciaba la frente. Mateo empezó a tranquilizarse y consiguió que su respiración volviera a su estado normal.

Fueron hasta la parada de taxi más cercana, su hija no dejaba de mirarle. Mateo sabía que ella le había visto en ocasiones anteriores en aquella situación y tenía alguna experiencia en cómo debía actuar. Él le cogió la mano e intentó quitarle importancia diciéndole que se encontraba bien, sin embargo, dentro del taxi se dio cuenta de que estaba perdiendo el control.

Al llegar a casa se tomó una pastilla y, tumbado en el sofá, se quedó profundamente dormido. El resto de la tarde la pasó jugando con su nieto. Sabía que durante la cena su hija no hablaría de lo que había ocurrido y esperaba a que estuvieran los dos solos. Después de que su yerno se fuera a dormir, Mateo se quedó un rato con su hija viendo la televisión. Él estaba alerta, en cualquier momento ella le haría preguntas. Pensaba en lo que le iba a contar cuando sonó su teléfono. Era Samuel.

—Hola, Samuel. Qué alegría oírte.

Mateo no pudo seguir hablando, su cara se descompuso, lo que estaba oyendo le estaba angustiando. Miró a su hija y en su mirada vio que ella había notado que algo extraño ocurría. Estaba pálido y se llevó una mano al pecho cuando Sara se acercó a él.

—Papá, ¿qué pasa?

Mateo no podía hablar, su respiración se convirtió en jadeos intermitentes.

—¿Es otro ataque?, tranquilo, intenta relajar la respiración.

Sara cogió el teléfono.

—Samuel, te tengo que colgar, a mi padre le está dando un ataque.

—Lo siento, no era mi intención. Cuando se recupere llámame —dijo Samuel.

Mateo cerró los ojos, su respiración dejó de oírse y su cuerpo parecía que se hubiese desactivado. Sara le daba palmadas en la cara y le decía:

—Papá, venga, papá, vuelve.

De repente, al cabo de unos segundos infinitos, los ojos de Mateo se abrieron y miraron al mundo con sorpresa. Agarró la mano de su hija. No podía respirar. A su alrededor el aire había desaparecido.

Sara le hablaba con mucha suavidad.

—Vamos, papá, espirar-inspirar, espirar-inspirar, espirar-inspirar. ¿Tienes las píldoras para el rescate?

Mateo movió afirmativamente la cabeza. Sara fue corriendo a la habitación y miró en el neceser, vio la caja de Lorazepam y se la llevó. Mateo se puso una pastilla debajo de la lengua. Su hija le acariciaba mientras su respiración comenzó a normalizarse y él regresaba al mundo.

—Papá, ¿qué es lo que está pasando?, hace mucho que no te ocurría esto o por lo menos no nos lo habías contado.

Mateo la miró con ojos tristes y quebradizos. Ahora ya no podía seguir ocultando lo que había ocurrido en las últimas semanas. Le pidió que le trajera un vaso de agua y empezó a hablar.

—Han entrado en la joyería de Carlos y Samuel. En ese momento los acompañaba Esther, no sé si te acuerdas de ella. A Carlos han tenido que ingresarle ya que ha tenido una hipoglucemia. A ella la golpearon en la cabeza, pero parece que no es nada grave. Yo he sido el responsable de que eso ocurriera.

Sara se esforzó en hablar con tranquilidad.

—¿Qué tienes tú que ver con esta historia? Me da la impresión de que hay muchas cosas que tienes que contarme.

Mateo bebió agua y se acomodó en el sofá. Empezó el relato desde el principio, desde el día en el que encontró el cadáver. Lo único que no le contó fueron las sospechas de la policía sobre John el irlandés y las indagaciones que él estuvo haciendo por su cuenta. Su hija le interrumpía con suavidad haciéndole preguntas. Cada cosa que oía le sorprendía más. Con cariño, y

evitando que se notará su preocupación, le reñía por no habérselo contado antes y no paraba de hacerle preguntas.

—Me imagino que Clara no sabe nada de esto.

—Tampoco se lo conté. No quería preocuparos.

—Tienes que llamar a Samuel para decirle que estás bien.

—Sí, y luego tengo que cambiar mis billetes de avión. Me voy a ir mañana y me quedaré unos días en Madrid.

—No entiendo por qué tienes que irte, no te precipites, espera a saber cómo esta Carlos.

—Quiero estar con Samuel. Es lo mínimo que puedo hacer. No me pasará nada. En pocos días llamaré a mi terapeuta para pedir cita y, mientras tanto, reforzaré la medicación.

—Bueno, entonces yo también me iré contigo, en realidad solo es un día de adelanto —dijo de forma enérgica Sara—. No quiero que esperes más tiempo para hablar con el médico, le vas a llamar y le cuentas lo que te ha pasado.

Mateo la miró. Aquello estaba ocurriendo por su culpa. Si desde el primer día le hubiera dado el brillante a la policía, habría evitado todos los problemas.

—Hola, Samuel, soy Mateo, ¿dónde estás?

—Me alegro de oír tu voz. ¿Estás mejor?, llevo todo el día en el hospital. Carlos sigue en la UVI. Está estable, han conseguido recuperarle de la hipoglucemia y mañana le subirán a una habitación. Estará varios días en observación.

Mateo se tuvo que contener. Estaba desesperado.

—Lo siento mucho, Samuel, toda la culpa es mía. Mañana me voy a Madrid para estar con vosotros.

—Mateo, tú no tienes ninguna culpa. Carlos, algunas veces, se saltaba su dieta y con un disgusto todos los niveles se le descontrolan. No hace falta que vengas, sigue ahí con tu hija. Ya verás como Carlos en unos días está de nuevo en casa.

Le daba igual lo que le dijeran Samuel y su hija. Iba a ir a Madrid para estar con ellos. Además, necesitaba comprobar que Esther estaba bien.

—¿Cómo está Esther?, ¿me dijiste que solo fue un golpe en la cabeza?

—Sí, le dieron con la culata de una pistola. Fue un golpe muy fuerte que la tiró al suelo, pero no ha tenido consecuencias graves.

—Pero ella ¿está bien?

—Sí, perfectamente. Le dieron el alta después de comprobar que no tenía ningún daño de importancia.

—¿Quiénes fueron?, ¿los mismos que la otra vez?

—Sí, los mismos. Cuando vengas, con tranquilidad, ya te contaré cómo ocurrió todo.

Mateo le dijo que en cuanto tuviera los billetes y la reserva del hotel le avisaría.

Sara estuvo atenta a la conversación aunque le pidió a su padre que le repitiera lo que acababa de hablar con Samuel. Cuando Mateo terminó no dejó que su hija hablará, volvió a coger el teléfono. No podía esperar más tiempo sin llamar a Esther.

—Hola, Esther, soy Mateo. ¿Cómo estás?

—Mateo, me imagino que habrás hablado con Samuel. Yo me encuentro bien y creo que Carlos en unos días estará recuperado. Estoy en la comisaría acabando de redactar el informe. Solo tengo un poco de dolor de cabeza, pero no ha sido nada de importancia.

Mateo notó cómo la voz de Esther se iba relajando.

—¿Qué es lo que ha pasado? —le preguntó.

Esther se lo contó con todos los detalles.

—Nos pillaron totalmente desprevenidos. Yo estaba dentro de la joyería, había ido a despedirme y a contarles que el brillante ya estaba bajo la custodia de la policía. En ese momento entraron un hombre y una mujer, no nos dio tiempo a hacer nada. Me acerqué al hombre, me imagine que él sería quien estuviera armado pero no me dio tiempo a hacer nada, me golpeó y me caí al suelo, luego apuntando con la pistola a Carlos le dijo que cerrara la tienda. Al quitarnos los móviles se quedaron un poco sorprendidos al verme el arma, pero siguieron sin alterarse.

—Pero ¿sabían que eras policía?

—No tengo ni idea. De lo que sí estoy segura es que eran unos profesionales. Lo hicieron todo muy rápido y con mucha precisión.

Mateo pensaba en cómo lo debían de haber pasado Carlos y Samuel, al fin y al cabo Esther, por su profesión, debería estar preparada para situaciones como aquella.

—¿Qué ocurrió luego?

—Desconectaron la alarma y el teléfono. Ella acompañó a Samuel al almacén y le hizo abrir todas las cajas de seguridad. Al cabo de un rato, salió y acercó su pistola a la frente de Carlos y le preguntó por el brillante. Carlos

le dijo que nunca había estado allí, que ellos solo lo habían visto y que siempre había estado guardado en una caja de seguridad y que ahora estaba custodiado por la policía.

Mateo, pensó de nuevo que, si desde el principio se lo hubiera dado a la policía, nada de aquello hubiera ocurrido.

—Se cabrearon mucho, nos metieron a los tres en el almacén y, antes de que nos cerraran con llave, intervine yo. Les pedí ir al cuarto de baño intentando hacerles hablar para saber de dónde era el acento de él. Como respuesta solo recibí una sonrisa. Allí dentro, Carlos perdió el conocimiento.

—Pero ¿cómo pudisteis salir de allí?

—Los comerciantes cercanos notaron algo extraño y entraron, oyeron nuestros gritos y llamaron a la policía. Todo pasó muy rápido.

Mateo respiró profundamente. Tenía a su hija sentada a su lado mirándole fijamente.

—Siento que todo ha sido por mi culpa. ¿Qué va a pasar ahora?

—Mateo, no le des más vueltas. Ahora seguro que ya no volverán a molestar, lo que buscan está custodiado por la policía y no tienen nada que hacer.

—Mañana estaré en Madrid. ¿Te veré?

—Mi billete de avión es para dentro de tres días. Tengo que dejar cerrado el papeleo e iré al hospital para acompañar a Samuel. Me apetece mucho verte.

Aquella última frase de Esther fue como un pequeño bálsamo. Pese a sentirse muy cansado, su cerebro seguía acelerado. Aunque su hija había podido escuchar parte de la conversación, él acabó de contarle lo que le había dicho Esther.

—Estoy pensando que no creo que debas quedarte solo en Valdoviño hasta que tú no estés bien y todo esto se resuelva. No me gusta nada lo que ha ocurrido —dijo Esther.

Mateo no quería entrar en aquella discusión y cambió rápidamente de tema.

—Creo que lo mejor es que cambiemos los billetes de avión y hagamos la reserva del hotel.

Sara despertó a su marido y le contó lo que había sucedido así como que se iba a Madrid un día antes para acompañar a su padre y poder ver a Carlos y Samuel. No era una persona muy expresiva, pero el rostro de Eduardo transmitía la sorpresa y preocupación que aquello le causaba.

—Es para escribir una historia. Todo a partir de un brillante en el estómago de un perro, ¡sin olvidar al hombre asesinado! —dijo Eduardo que seguía mostrando asombro.

—Eduardo, siento los problemas que esto os pueda causar y creo que no es necesario que Sara adelante su viaje.

—No te preocupes, no hay ningún problema. Lo importante es que tú te cuides y que Carlos y Samuel se encuentren bien.

La voz de Sara zanjó el tema.

—Ya tengo los billetes y la reserva del hotel. Tenemos el avión para mañana a las nueve.

Aquella noche, cuando Mateo estaba recostado en la cama intentado leer, entró su hija en la habitación y se sentó a su lado.

—Me tienes que decir la verdad sobre los ataques de ansiedad. Durante el último año nos has estado diciendo que estabas mucho mejor.

Mateo la miró y le dio un beso en la mejilla.

—Esa es la verdad. Me habían quitado la medicación y solo en alguna ocasión aislada tenía que recurrir a ella.

—¿En qué ocasiones?

Mateo no contestó.

—Sabía que te ibas a quedar callado —dijo Sara con aquel tono suave y firme que ella solía usar—. Sé que es imposible que te olvides de lo ocurrido, pero no puedes seguir culpándote de la muerte de mamá y encima, cuando empezabas a recuperarte, te metes en este lío.

Sara le cogió de la mano y se la apretó firmemente. Él hizo lo mismo, sabía que en aquel momento las lágrimas eran la mejor válvula de escape, pero desde hacía años le era imposible hacerlo. Su médico le había recomendado que lo hiciera, que le ayudaría a liberar su angustia y ansiedad.

—Es cierto, cuando ya me estaba recuperando, esta situación me ha hecho dar un paso atrás —dijo Mateo.

—Pues ahora lo que tienes que hacer es olvidarte de todo y dejarlo en manos de la policía y, si no quieres volver a Madrid, te vienes a pasar una temporada con nosotros o con Clara.

Mateo le sonrió. Cogió su cara entre sus manos y le dio un beso en la frente.

—Será mejor dormir. Es muy tarde, mañana hay que madrugar y tendremos un día muy ajetreado.

CAPÍTULO IV

El Capricho

Desde el aeropuerto de Barajas cogieron un taxi para ir directamente al hospital donde estaba ingresado Carlos. Mateo llamó a Samuel para informarle de que acababan de llegar y de que iban directamente a verlos. Samuel le dijo que a Carlos le acababan de subir a una habitación y que, aunque tendría que estar unos días en observación, se encontraba mucho mejor.

Después de varias semanas donde había escaseado la luz, al bajar del taxi Mateo se volvió a encontrar con el cielo azul que tanto había echado de menos. Sintió en su rostro la brisa del otoño, una brisa que arrastraba el aire impregnado del frío seco de la sierra de Madrid.

Llegaron al hospital fueron empujando las maletas por los pasillos entre una actividad frenética. Grupos de personas, algunos uniformados, a diferentes ritmos, se movían de un lado a otro sin parar. Contrastaba la velocidad de algunas con la lentitud de otras, en su mayoría pacientes despistados o enfermos impedidos.

En la puerta de la habitación los esperaba Samuel que se abrazó a Mateo. Se dieron dos besos mientras Mateo repetía de forma insistente lo mucho que sentía lo que había ocurrido. Samuel hizo un hueco para que Sara se pudiera unir a ellos.

Mateo se separó y le dijo:

—Será mejor que entremos, aquí en el pasillo estamos dando un espectáculo.

Samuel le acarició la cara con sus manos y con voz muy firme y suave le dijo:

—Tú no tienes ninguna culpa. Cómo ibas a saber qué ocurriría esto. Además, ya te lo dije, Carlos últimamente no se cuidaba mucho y yo me temía que algo así pudiera suceder. Ahora que ya estoy tranquilo, y que los médicos me han dicho que está bien, casi me alegro. Espero que con este susto empiece a cuidarse.

Cogió la mano de Sara y se quedó mirándola con una sonrisa que no desapareció de su rostro mientras le hablaba.

—La maternidad te ha sentado de maravilla, estás todavía más guapa. Ya he visto las fotos de mi sobrino, es lindísimo. ¡Qué ganas tengo de verle!

Para Carlos y Samuel, las hijas de Mateo, además de ser sus ahijadas, eran como sus sobrinas y así habían decidido tratar también a sus hijos.

Sara, aunque estaba emocionada, no paraba de sonreír. Hacía mucho tiempo que no veía a Samuel y a Carlos.

—Qué ganas tenía de veros. Me alegro muchísimo de que Carlos esté mejor.

Samuel sonrió y, cogiendo a ambos de la mano, abrió la puerta de la habitación.

—Carlos, cariño, tenemos una sorpresa.

Miró a Mateo y a Sara y les dijo:

—No le había comentado nada de que ibais a venir. Espero que vuestra visita le cambie el humor.

La hija de Mateo llenó de besos la cara de Carlos.

Mateo, que había entrado el último, intentó no hacer ruido mientras arrastraba las maletas. No quería molestar al vecino de habitación que, aunque los había saludado con una mano, estaba medio adormilado.

—Qué alegría veros, Samuel no me había dicho nada. No quiero que estéis preocupados, me encuentro muy bien. Además, le ha venido de maravilla a Samuel para que a partir de ahora me pueda controlar en todo lo que hago —dijo Carlos. Miró fijamente a Mateo y le dijo—. Eso sí, la próxima vez que te encuentres algo, dáselo inmediatamente a la policía.

Todos sonrieron con aquel último comentario.

—Y, Mateo, lo que tienes que hacer a partir de ahora es alejarte de este asunto y dejar de ser el defensor de causas perdidas. Déjalo en manos de la policía —dijo Carlos.

Mateo se dio cuenta de que Esther había estado hablando con ellos más de lo que él se imaginaba. Miró a Sara, la sonrisa había desaparecido de su cara y parecía que aquel comentario la había dejado muy intrigada. En cualquier momento, su hija le iba a pedir más explicaciones.

Fue Samuel el encargado de cambiar el rumbo de la conversación, como si se hubiese dado cuenta de que aquel último comentario podía terminar en una discusión que en aquel momento no quería que se produjera. Le preguntó a Sara por su hijo y su vida en París. Carlos, por su parte, insistió en que tenían que hacer planes para los días que estuviera en Madrid ya que él se encontraba perfectamente y no quería verlos todo el día en el hospital.

Mateo sonreía y escuchaba en silencio. Cada vez que veía a su amigo en la cama, con aquel pijama hospitalario, no podía evitar sentirse culpable de la causa real por la que se encontraba allí. Además le preocupaba en qué

situación estaba la investigación, después de las palabras de Carlos, tenía la sensación de que las cosas no pintaban muy bien para John.

—Papá, ¿en qué estás pensando? Desde que hemos llegado no has hablado nada.

Antes de que pudiera contestar, Samuel interrumpió. Daba la sensación de que estaba allí para evitar hablar de lo que en aquel momento le resultaba molesto a Mateo.

—Yo creo que está cansado del viaje. Será mejor que os lleve al hotel. Seguro que tenéis ganas de deshacer vuestras maletas y daros una ducha.

—No hace falta que nos lleves. Iremos en taxi y luego volveremos para comer contigo. Después de comer yo me quedaré con Carlos y, mi padre y tú os vais a descansar.

Sara dijo aquello con tal convicción que ninguno opuso resistencia. Estuvieron hablando con Carlos y al cabo de un rato se despidieron y de nuevo volvieron a arrastrar sus maletas hacia la salida del hospital.

Sentados en el taxi, Mateo le comentó a su hija el buen aspecto que tenía Carlos.

—Sí, los he visto a los dos muy bien. Después del susto que han tenido que pasar. Por cierto, creo que hay algo que me tienes que contar ¿qué ha querido decir Carlos? ¿Ha sido la razón por la que estuviste tan callado? ¿De qué causas perdidas eres defensor?

Mateo pensó en cómo habían cambiado los tiempos. De nuevo se sentía interrogado como cuando lo hacía su madre después de estar un día fuera de casa. Miró por la ventanilla, en aquel momento no le apetecía hablar, pero sabía que no le quedaba más remedio que contarle a su hija todo lo relacionado con John el irlandés. Pero dudaba si contarle también las averiguaciones que había hecho por su cuenta con Ramón Baldespin.

—Deshacemos las maletas y antes de ir al hospital nos tomamos un café y hablamos sobre el comentario de Carlos —le dijo su hija.

Vio firmeza en los ojos de Sara y sabía lo que significaba aquella mirada, era un indicio de que no pararía hasta conseguir lo que se proponía.

En la habitación, Mateo, lo primero que hizo fue echarse sobre la cama. Había madrugado y se sentía cansado. Se puso a tararear la música que estaba escuchando para que no se le cerraran los ojos, sabía que se quedaría profundamente dormido y quería hacer una llamada sin que su hija estuviese delante. Desde que el avión había aterrizado no había dejado de pensar en ello.

—Hola, Mateo, ¿ya estás en Madrid?

Aunque era una mujer que no exteriorizaba sus sentimientos, Mateo percibió cierta alegría en el tono de su voz.

—Hola, Esther, hemos llegado esta mañana. Fuimos directamente al hospital y ahora acabamos de llegar al hotel. ¿Cómo estás?

—Perfectamente, solo me queda una pequeña señal del golpe que desaparecerá sin problema. ¿Carlos ya estaba en una habitación? Ayer me dijo Samuel que hoy seguramente le sacarían de la UCI.

—Le han subido esta mañana. Yo le he visto muy bien y muy animado. No deja de quitarle importancia a lo ocurrido aunque yo sigo pensando que todo ha sido por mi culpa.

—Ya hablaremos de eso en otro momento. Me apetece verte, tengo trabajo hasta muy tarde, cuando acabe podríamos salir a cenar juntos.

La voz de Esther sonaba tranquila y relajada. Mateo se alegró de que en aquel momento ella no quisiera hablar de lo ocurrido.

—Perfecto, hablamos a lo largo del día. Ha venido mi hija Sara conmigo y creo que Samuel también se apuntará.

Tras despedirse Mateo subió el volumen de la música y se metió en la ducha. «Mamá dice que la verdad es todo lo que importa. Mentir y engañar es un pecado». *Don't stop the dance*. Bryan Ferry.

Mateo sabía que Sara recordaría a John el irlandés. En su infancia él les hablaba a menudo de John y ellas habían sentido la misma fascinación hacia aquel personaje misterioso. Con el paso del tiempo, para ellas, aquellos recuerdos seguramente se habían desvanecido y solo habían dejado en su memoria un vago recuerdo muy alejado de su vida actual. Solo en un par de ocasiones, desde su regreso a Valdoviño, les había vuelto a hablar de él.

Mientras tomaban algo en la cafetería del hotel, Mateo no tardó más de diez minutos en relatarle, a su hija, todos los hechos. Había decidido contarle las averiguaciones que había realizado por su cuenta. Sara le escuchó con mucho interés, sin interrumpirle. Cuando acabó, ella cambió su mirada. Mateo vio cómo hinchaba los carrillos, eso era señal de que se había tomado el asunto con mucha seriedad.

—Papá, tú debes de estar loco. Una persona que en realidad no conoces de nada, al que tienes puesto en un pedestal, un ídolo de tu infancia y que, por lo que parece, tiene mucho que ver con todo este lío. Tú vas y decides ser su defensor. Sabes que puede ser un posible asesino y estás tan tranquilo. No puedo entender lo que estás haciendo.

Mateo se revolvió, no asumía aquel rapapolvo paternalista.

—En primer lugar, soy mayorcito y sé lo que estoy haciendo. La policía no tiene pruebas, solo tiene suposiciones. El hecho de que John haya tenido alguna relación con James Britt no ha de convertirlo en un asesino. Además, parece que todo este asunto tiene relación con el tráfico de diamantes. Yo, desde luego, por la vida que lleva no veo a John como un traficante que se esté forrando. Creo que el dinero que debe tener en el banco, y seguro que es mucho, tiene su origen en todos sus años de trabajo y en que no gasta un duro.

—Y tú hablas de suposiciones. ¿Tú qué sabes de su vida? Si me has dicho que acabas de enterarte cuál era su trabajo. Suposiciones es decir que tiene mucho dinero en el banco, ¿sabes lo que tiene? Además, y espero que eso lo tengas claro, este asunto es muy peligroso y, en tu caso, está afectando a tu salud. Por no decir a la de tus amigos.

Mateo no tenía argumentos para rebatir aquel último comentario de su hija, pero tampoco se iba a quedar callado.

—Bueno, en todo caso parece que el peligro ya ha pasado. Todo el mundo sabe que el diamante está en manos de la policía y que será esta la que se encargará de aclararlo todo. Yo solo estuve haciendo algunas averiguaciones sobre el pasado de John y no interfiere en la investigación.

—Papá, tienes que alejarte. Quizás lo mejor es que te vayas a vivir una temporada lejos de Valdoviño hasta que todo se resuelva. Aún no has superado tus problemas personales y no creo que esta situación te ayude.

Mateo miró a su hija. Se dio cuenta de que en aquel último comentario, ella había cambiado su tono de voz, un tono que reflejaba la misma tristeza que se había instalado en sus ojos.

Hizo una pausa que aprovechó para beber de su taza de café, sabía que en aquel momento si seguía hablando de los recuerdos que había activado su hija, los dos se emocionarían. La cogió de las manos y la miró fijamente.

—Es cierto que no lo he superado del todo. Es cierto que a veces me siento solo. Pero también es cierto que lo tengo que resolver yo. Y da igual dónde esté, en Madrid, en Valdoviño o en cualquier otro lugar. Pero es allí, en Valdoviño, donde me encuentro a gusto y allí me quedaré. En cuanto a lo que ha ocurrido, quizás he tenido la mala suerte de haber encontrado el cadáver y el diamante. Bueno, Buck y yo. A partir de ahora me alejaré de este asunto. Insisto en que sobre John solo hice unas averiguaciones sobre su pasado y no voy a entrometerme más. Pero que quede claro que creo que él no ha tenido nada que ver con esto.

—Veo que no tengo nada que hacer en cuanto a que te vas a quedar en Valdoviño. Cuando tomas una decisión no hay quien te mueva de ahí. Tengo a quien parecerme —dijo Sara con una sonrisa que había vuelo a su cara—. Pero me tienes que prometer que te alejarás de tu defensa de causas perdidas, irás al médico y dejarás que la policía haga su trabajo.

—Te lo prometo —contestó Mateo—. Esta noche cenaremos con la inspectora Esther que es la que lleva el caso, creo que has coincidido con ella en alguna otra ocasión. Podréis hablar, ya que las dos tenéis el mismo objetivo: alejarme de esto. Ahora será mejor que nos vayamos o llegaremos tarde para comer con Samuel.

Cuando entraron en la habitación, vieron a Carlos algo contrariado ya que los médicos le habían dicho que debería permanecer ingresado al menos dos o tres días más. Él se encontraba perfectamente y lo único que quería hacer era volver a casa. Todos le dieron ánimos y buenos consejos que no consiguieron convencerle.

—Está mucho mejor, ¡solo hay que ver cómo ha recuperado su buen carácter!, pero es incapaz de comprender que lo mejor para él es estar aquí un par de días en observación —dijo Samuel.

—¡Y haciendo, dieta como te gusta a ti! —le respondió Carlos que había levantado la voz.

—No hace falta que todo el mundo se entere —le dijo Samuel mirando la cortina que les separaba del otro compañero de la habitación. —Me alegra que estés tan insoportable. Eso quiere decir que estás mucho mejor.

Antes de que Carlos pudiera contestar, Sara se acercó a él, le dio un beso y le dijo:

—Descansa un poco mientras bajamos a comer. El resto de la tarde me quedaré contigo, ya verás cómo estos días se pasan rápido.

Como era tarde, no se entretuvieron más y bajaron a comer. Con su bandeja en la fila del comedor, Mateo miraba a su alrededor. Igual que en todos los hospitales que conocía, aquel sitio no dejaba nada para el recuerdo. Nada que sobresaliera, todo era insípido, como la comida. Se sentaron en una de las pocas mesas que quedaba libre. Los tres charlaron recordando los tiempos en los que Sara y su hermana eran pequeñas, Samuel recordaba con nostalgia cómo ellos habían hecho de canguros muchos fines de semana, los días en los que las llevaban al parque y a la piscina y, ya de mayores, alguna noche que tuvieron que ir a recogerlas de madrugada. Mateo sonreía. Carlos y Samuel

habían sido tíos, abuelos y padrinos de sus hijas. Por una parte le gustaba recordar aquellos tiempos, pero a la vez le angustiaban, no podía evitarlo.

—Samuel, este verano cuando cerréis por vacaciones, podíais venir a pasar unos días a Valdoviño. Este año van a coincidir Sara y Clara y podríamos estar todos juntos.

—Sería estupendo y tú ¿cuándo vas a venir a nuestra casa? No sabes la alegría que nos darás cuando lo hagas.

Los tres se quedaron callados. Mateo sabía que Samuel y su hija pensaban que aquello ocurriría cuando él consiguiera superar el trágico momento que había cambiado sus vidas.

—Lo siento, Mateo. Perdóname, creo que no debía haber dicho eso. Con la emoción de estar los tres juntos me han venido muy buenos recuerdos.

—No te preocupes, además tienes razón. Algún día tendré que hacerlo.

—Mañana me gustaría ir al Retiro —le dijo Sara a Samuel. —Tengo una reunión, pero después podríamos acercarnos.

—Me encantaría, no voy a abrir la joyería hasta la semana que viene y, excepto los ratos que estoy con Carlos, tengo todo el tiempo libre.

Mateo les dijo que él no podría ir, que tenía una cita. Su hija le preguntó si iba a ver a sus antiguos compañeros del banco y él afirmó con la cabeza, incómodo por no revelarles cuales eran sus auténticos planes.

Después de comer subieron a la habitación, Carlos estaba durmiendo y Sara se reclinó en la butaca que había para el acompañante. Mateo declinó el ofrecimiento de Samuel de llevarle al hotel ya que el iba en dirección contraria. Cogió un taxi y se fue a ver a sus antiguos compañeros de trabajo con los que había quedado para tomar una copa.

Sus colegas estaban ansiosos esperando que les contara lo que había ocurrido con aquel misterioso brillante. Les relató la misma historia que al amigo que le había facilitado la contratación de la caja de seguridad, parte de la historia que había acordado con Esther que les contaría.

Solo les habló de la piedra que había encontrado y traído a Madrid para que Samuel y Carlos la tasaran. Cuando se enteró del valor que tenía, decidió guardarla en una caja de seguridad. Posteriormente lo había hablado con una amiga, inspectora de policía, que le informó de una posible relación con un caso de tráfico de diamantes en el que estaban trabajando. Cuando acabó la historia, las caras de sus amigos estaban expectantes, esperando una historia con más emociones. Seguramente una historia como la que realmente estaba ocurriendo.

—Siento decepcionaros, pero eso es lo que ha pasado. Yo ya no sé nada más, ahora está en manos de la policía. —dijo Mateo.

—Pero el diamante ¿de quién es? Si no tuviera dueño, tú tendrías derecho a quedarte con él, ¿no?

—Pues no lo tengo nada claro. La verdad que no me he parado a pensarlo. Como es un diamante ilegal, no sé si tengo algún derecho.

—Mateo, entérate bien. Seguro que alguien se va a quedar con él. Si es ilegal, no tiene dueño y, si no tiene dueño, es para quien lo haya encontrado. Y debe de valer una pasta.

Mateo sonrió a sus amigos, pero no dijo nada más. Después de todo lo ocurrido no se había parado a pensar en aquella posibilidad. Respiró cuando sus colegas dejaron de hacer preguntas y comentarios.

Se tomó varias botellas de agua mientras sus compañeros bebieron gin-tonics como si el fin del mundo estuviese a punto de llegar. Gin-tonics con toda clase de ginebras: clásicas, cítricas, afrutadas, envejecidas y con diferentes tipos de tónicas: florales, especiadas, herbales. Todo macerado y combinado con muchos tipos de hierbas y vegetales: pepino, enebro, jengibre, pimienta, hojas de menta y especias.

—Mateo, ¿Quieres ver la última novedad en hielo? —le preguntó Raúl.

Mateo lo miro sonriendo, conocía a Raúl, propietario de la coctelería, desde sus primeros años en Madrid. Raúl seguía manteniendo su tradicional aspecto: pantalones y chaleco negro, una impoluta camisa blanca con manguitos como los que usaban los antiguos oficinistas y una pajarita oscura con lunares amarillos. Su clásica apariencia contrastaba con el afán innovador y la continua experimentación que le había llevado a tener un gran reconocimiento en el mundo de la coctelería. Se comportaba con la discreción de los grandes profesionales: los que miran y no observan, los que oyen y no escuchan.

Mateo se dirigió hacia la parte de atrás de la barra, lo primero que le sorprendió fue el sistema de refrigeración con los diferentes comportamientos para cada tipo de hielo. Sabía que era una de las pasiones de Raúl, que trataba el hielo como un destacado protagonista en la copa.

—¡Los de toda la vida! —dijo Mateo al reconocer en un primer compartimento los tradicionales cubitos.

—Sí, pero no todos son iguales —le respondió Raúl con gesto serio—. Es importante su consistencia para garantizar que se mantenga la temperatura de frío correcta.

A continuación, Mateo vio tres compartimentos que aparentemente contenían el mismo hielo picado con diferentes formas. Raúl saco con una cuchara unas pequeñas bolitas con formas de garbanzo, Mateo miró a Raúl con expresión interrogativa.

—Es hielo Fizz y solo lo uso para enfriar las cocteleras, las enfría rápidamente aunque se derrite con mucha rapidez —le explicó Raúl cuyo entusiasmo se reflejaba en su cara.

Cuando Mateo le preguntó si no sería mejor enfriar las cocteleras en un armario frigorífico, como las jarras de cerveza, Raúl le contesto:

—Prefiero mantenerlas a temperatura ambiente y así puedo usarlas para todos los cocteles.

—¿Y en estos dos compartimentos?, a mí me parece el mismo tipo de hielo —preguntó Mateo.

Raúl puso una pequeña cantidad en dos vasos de cristal y los elevó a la altura de los ojos de Mateo que al observarlos con detenimiento descubrió la diferencia en la consistencia.

—Este es Frappé, solo se usa como elemento decorativo. Se derrite con mucha rapidez y por lo tanto no mantiene la temperatura estable. Y este es uno de mis favoritos —dijo Raúl, acercando uno de los vasos. —Se llama Granizo o Cobbler, se usa para cocteles que no necesitan agitarse. Por sus características resalta la luz y se consiguen unos efectos espectaculares con los colores.

Mateo le miraba sorprendido mientras Raúl abría la tapa del último compartimento.

—Esta es la última novedad. Aunque solo parezca una innovación estética, estas esferas mantienen el frío de una manera más equilibrada que los tradicionales cubitos. El problema que tienen es su almacenamiento y que los clientes, de momento, son reacios.

—¿Reacios? —dijo Mateo riéndose mientras miraba detenidamente aquellas bolas redondas—. ¿Qué me dices de los Gin-tonics que se han puesto de moda? Algunos parecen ensaladas donde la única diferencia es que el aceite y el vinagre se sustituyen por la ginebra y la tónica.

Raúl sonrió, sabía cuál era la opinión de Mateo sobre la innovación en la cocina. Él era partidario de la evolución y experimentación, mientras que a Mateo algunas de aquellas innovaciones le parecían atentados contra los sabores primitivos.

—Raúl, ¿Qué te parece si nos sirves la última ronda? Mateo, deja que Raúl te prepare una copa con esas bolitas redondas —interrumpió, riéndose, uno de los amigos de Mateo.

Mateo acepto la propuesta recordándole a Raúl que el solo quería ginebra y tónica con una rodaja de limón. Todos le miraron con atención cuando dio su primer sorbo, Mateo se hizo de rogar hasta que miró a Raúl y levanto su copa.

—Esta perfecta, como siempre pero la próxima vez me pones cubitos, estas esferas no paran de dar vueltas y me resultan un poco incómodas.

Aunque hubo algún intento de retomar la conversación del diamante, Mateo lo impidió, se sentía a gusto y relajado y quería dejar aparcadas sus preocupaciones aunque solo fuese aquella tarde.

Después de despedirse de sus compañeros se fue al hotel. Después de intercambiar unos whatsapps con Esther y su hija, la música, la lectura y la siesta intermitente le acompañaron hasta poco antes de las nueve de la noche, hora en la que había quedado en la recepción con su Sara. Cogieron un taxi en el que se dirigieron al restaurante donde habían quedado con Samuel y Esther.

Samuel había elegido un lugar, a petición de Mateo, donde el pescado fuera la estrella. Después de un mes donde los peces comestibles se habían convertido en un lejano recuerdo en su vida diaria, sentía una gran necesidad de volver a encontrarse con ellos. Al entrar en el restaurante, Esther y Samuel, que ya estaban sentados, se levantaron para saludarlos. Mateo se sintió torpe y nervioso y se puso a hacer las presentaciones aunque todos ellos ya se conocían. Se fijó en la herida que Esther tenía en la cabeza, estaba tapada y era menos aparatosa de lo que se había imaginado.

—¿Qué tal estás? —le preguntó.

—Perfectamente, como ves ha sido un golpe pequeño y pronto me podré quitar la venda y no me quedará ningún rastro.

—Debió de ser un susto tremendo, me imagino que lo pasaríais fatal —dijo Sara.

—La inspectora supongo que estará acostumbrada, sin embargo Carlos y yo estábamos muertos de miedo. ¡Aquella mujer, con lo elegante que era, ahora la recuerdo como si fuera Maléfica!

—Lo importante es que se quedó en un susto y ahora ya nadie os volverá a molestar. Estamos trabajando para solucionarlo cuanto antes y lo mejor es que os olvidéis de esta historia —dijo Esther.

Mateo percibió que aquella última frase iba dirigida a él. Su hija aprovechó aquel comentario para intervenir sin ningún miramiento.

—Mi padre, además de olvidarse, debe dejar de entrometerse. Ya ha enredado bastante y ha habido bastantes problemas.

Mateo miró a su hija mostrándole en su tono el enfado de aquel último comentario.

—Que quede muy claro que yo no he enredado nada. Yo me encontré con los acontecimientos y lo único que hice fue buscar información sobre una persona a la que considero inocente, y a la que todos quieren marcar como responsable de lo que ha ocurrido.

Cierta cara de sorpresa se reflejaba en el rostro de sus acompañantes. Su hija quiso hablar, pero él no se lo permitió.

—No me interrumpas que aún no he terminado. Ni he enredado ni me he entrometido. Yo en ningún momento molesté a la policía en sus investigaciones. Alguna vez le he preguntado a Esther, ella no me contestó y punto.

—Mateo, sabes que tu hija tiene algo de razón en lo que dice. Estás muy obsesionado con la defensa de John el irlandés —dijo Esther.

—Ahora es obsesionado. ¿Cuál será el siguiente calificativo? No os preocupéis, ya le he prometido a mi hija que me mantendría alejado. Espero que la policía resuelva este caso cuanto antes. Al parecer, desde hace mucho tiempo los diamantes pasan por delante de sus narices sin que se enteren de nada.

—Mateo, no sé a qué viene ese comentario —dijo Esther.

La cara de Samuel mostraba su sorpresa. Su tono de voz pausado, en contraste con el tono tajante de Mateo hizo cambiar el rumbo de la conversación.

—Propongo un brindis por la rápida recuperación de Carlos.

Todos lo agradecieron con una sonrisa pero Mateo sentía que los nervios le habían traicionado. Todo lo que acababa de decir lo repetiría, pero no en el tono en el que lo había hecho.

Samuel tomó el mando de la conversación, Esther no paraba de reírse con las anécdotas que contaba, aquella sonrisa era un imán para la mirada de Mateo.

Cuando el camarero trajo los entrantes, una fuente de berberechos al vapor y otra de gambas rojas a la plancha, Mateo sintió el cosquilleo en el paladar que le producía ver y oler manjares como aquellos. Sara, que al igual que su hermana tenía una gran afición por el mundo del vino, fue la encargada de hacer la selección y aprovechó para soltar una disertación sobre la gran calidad que

en los últimos años habían alcanzado los vinos del Ribeiro. Eligió un blanco elaborado por las variedades de uvas Treixadura, Godello, Alvariño y algo de Loureira.

De segundo plato, Sara pidió una ensalada y los demás se decantaron por el pescado. Mateo se apuntó al rodaballo a la gallega. Se quedó callado mientras comía los primeros trozos, le gustaba la sensación que producía el tacto gelatinoso de la piel con una carne robusta, aromatizada con el poder de la ajada natural que la cubría. Como guarnición pidió unas patatas cocidas, teñidas del color rojo que proporcionaba la mezcla de aceite, vinagre, ajo y pimentón.

Samuel siguió liderando la conversación y hablando con Sara. Le agradeció que aquella noche fuera a acompañar a Carlos al hospital ya que aunque no necesitaba a nadie, la compañía de Sara le ayudaría a levantar el ánimo. Esther los escuchaba y de vez en cuando cruzaba sonrisas con Mateo.

Antes de los postres, Sara se fue. No quería llegar demasiado tarde al hospital. Además, al día siguiente quería madrugar para pasar por el hotel antes de ir a la reunión de trabajo que tenía.

—Os he visto un poco tensos. Mateo, muy pocas veces te he oído hablar de ese modo —dijo Samuel cuando Sara ya se había ido.

—Siento haberme puesto así, disculparme.

Miró a Esther y continuó hablando.

—Sé que lo único que pretendéis mi hija y tú es mantenerme lejos de este asunto, pero estoy un poco cansado de que me digáis que no me entrometa cuando yo no lo he hecho.

—Mateo, estarás de acuerdo en que estás algo obsesionado con John el irlandés —dijo Esther.

—Ahí te equivocas al cien por cien. Creo que la obsesión es vuestra. Yo no veo razones para sospechar de él —dijo Mateo.

Mateo de nuevo era contundente en sus afirmaciones y Esther los miraba, a él y a Samuel, con cara de resignación.

—¿Os apetece algún postre? Seguro que algo dulce nos viene bien. No sé para qué he vuelto a sacar la conversación anterior —dijo Samuel.

Aceptaron la sugerencia y pidieron unos sorbetes de mango que venían acompañados de una pequeña jarra con chocolate negro templado que al echarlo sobre el sorbete se solidificaba. Mateo sintió cómo la cobertura estallaba en la boca y se mezclaba el sabor amargo del cacao y el dulce del mango.

A la hora de pagar surgió la subasta sobre quién lo hacía y al final fue Samuel quien se llevó él no va más. Se despidieron en la puerta del restaurante y Esther y Mateo cogieron un taxi ya que sus hoteles estaban en la misma dirección.

—Estuve muy preocupado cuando supe que te habían golpeado —dijo Mateo.

—Pues como ves no ha sido nada. Un pequeño susto y casi mejor que haya ocurrido estando yo allí. Creo que ahora todo será más fácil, sin sobresaltos, y pronto se habrá resuelto el caso.

Esther dio un giro radical a la conversación y con un gesto mucho más distendido continuó hablando.

—No he querido comentarlo antes, pero estoy intrigada sobre lo que me dijiste de ir a San Andrés.

Después de la tensión que había planeado sobre la cena, Mateo empezaba a relajarse, aunque no tenía muy claro qué era lo que realmente sentía por ella, su compañía le hacía sentirse bien.

—Lo de San Andrés lo dejaremos para cuando regresemos a Valdoviño. ¿Qué tienes que hacer mañana por la mañana?, ¿te gustaría que saliésemos a dar un paseo? Te llevaré a un sitio que seguro que no conoces.

Esther le miró sorprendida.

—Pasaré por la comisaría muy temprano. Debo dejar cerrado un montón de papeleo y espero terminar sobre las doce. Estaré libre hasta las tres, luego tengo una comida de despedida con algunos compañeros.

—Perfecto, si te parece después de ir a ver a Carlos al hospital te paso a recoger.

Cuando llegaron al hotel de Mateo, ella le sorprendió dándole un beso en la mejilla. Un beso que le acompañó hasta la habitación. Mientras se enjuagaba la boca se miró al espejo, se sentía desconcertado, su relación con Esther le producía una extraña sensación. Le gustaba estar en su compañía, pero pensar en el futuro le angustiaba. No sabía si era por el miedo a traicionar su pasado o porque en realidad no quería ningún tipo de compromiso que fuera más allá de una relación temporal.

Se metió en la cama y se arropó hasta casi cubrirse casi los ojos. Allí dentro se sentía protegido. Con la música muy suave, los ojos cerrados y la luz apagada se fue quedando dormido acompañado de la voz de Antonio Vega: «Me asomo a la ventana eres la chica de ayer. Demasiado tarde para comprender, mi cabeza da vueltas persiguiéndote».

Al día siguiente y después de un contundente desayuno, Mateo se dirigió al hospital. Su hija aún no se había marchado cuando él llegó. Carlos tenía muy buen aspecto y en su semblante se dibujaba el buen humor.

—Si no tardas mucho, aún te da tiempo de llegar a desayunar al hotel —le dijo Mateo a Sara.

—Claro, cariño, vete ya, pero dame un beso antes —dijo Carlos.

Mateo la acompañó hasta la parada de taxi. Antes de irse, su hija le preguntó:

—¿Vas a comer con tus compañeros del banco?

Mateo había tomado una decisión, le diría la verdad.

—He quedado con Esther para ir a dar un paseo. Cuando regrese al hotel os llamaré para comer.

Ella solo le dijo que se lo pasara bien. Mateo la vio alejarse en el taxi, se sentía cómodo y, además, pensaba que tampoco tenía que dar explicaciones a sus hijas cada vez que saliera con una mujer, aunque le gustaría saber lo que ellas pensaban.

Regresó al hospital donde estuvo charlando con Carlos. Después de la visita del médico y de que el ritmo del hospital empezara a tranquilizarse, los dos se quedaron dormidos.

—Mateo, ¿qué va pasar con la piedra? —fue lo primero que dijo Carlos cuando se despertó como si hubiera estado soñando con ello.

—Pues no tengo ni idea y si te digo la verdad no me he parado a pensarlo.

—Pero tú la has encontrado y, si no aparecen los dueños, alguien se quedará con ella.

—Desde que apareció solo ha traído problemas. Creo que lo mejor es tenerla lejos.

—Es que vale mucho dinero. Por cierto, qué dice la policía de lo que está ocurriendo. ¿Ya tiene sospechosos o alguna teoría?

A Mateo no le apetecía hablar de aquello. Se estaba convirtiendo en algo demasiado recurrente.

—No dice nada y cada vez que pregunto me echan la bronca. Siempre me contestan que me mantenga alejado y creo que les tendré que hacer caso.

—Seguramente es lo mejor que podemos hacer —dijo Carlos.

Cuando llegó Samuel, Mateo se despidió y se fue rumbo a su cita con Esther. Diez minutos antes de que dieran las doce, estaba en la puerta de la comisaría. Tenía muchas ganas de pasar la mañana con ella sin que en la conversación estuvieran sobrevolando un cadáver, una piedra o John el

irlandés. Al entrar en la comisaría ella le presentó a sus compañeros que le comentaron que ya se había hecho famoso en aquel lugar, no solo por lo que había ocurrido, sino por la forma en la que había descubierto el brillante. Pese a la amabilidad de los compañeros de Esther, Mateo no se encontraba a gusto allí dentro, todo lo que quería olvidar se encontraba concentrado entre aquellas paredes.

Cuando por fin salieron a la calle, respiró y miró al cielo. Un cielo de color azul, lejano y profundo. Parecía estar recubierto de una coraza transparente que lo protegía. Con la contaminación y hasta los días nublados, el azul seguía estando allí y daba la sensación de que la suciedad y las nubes que lo sobrevolaban nunca llegaban a tocarlo. El aire se posaba con suavidad sobre la cara, mostrando el frío seco del otoño. A Mateo le reconfortaba, sabía que en ocasiones aquel aire iba acompañado de multitud de partículas poco saludables, pero a él le hacía sentirse vivo.

Cogieron el metro y se bajaron en la estación de Canillejas. Esther, mostrando intriga en su mirada, le dijo a Mateo que no recordaba haber estado nunca antes por aquella zona. No preguntó nada ya que así lo había acordado con Mateo. Por el camino, él se paró en un puesto de castañas donde compró un cucurucho, lo cerró muy bien y se lo metió en el bolsillo.

—¿Te gustan las castañas? —le dijo a Esther.

—Me encantan aunque hace mucho que no las como. El pueblo donde nació estaba rodeado de bosques con castaños y en mi casa se usaban para todo. A mi madre le encantaba cocinar platos en los que las utilizaba como acompañamiento.

Mientras seguían caminando, Mateo le contó a Esther su recuerdo de los días húmedos de invierno cuando, por muy protegido que estuviera, el frío penetraba dentro de sus huesos. Tenía diez años y si le había sobrado algún dinero de su paga semanal, al pasar por la Plaza de Amboage, de camino al colegio, se llenaba los bolsillos con las castañas que vendía una señora solitaria, la castañera. La recordaba siempre envuelta en mucha ropa de color oscuro y con el mismo pañuelo negro que solo permitía ver un poco su cara. Todos los inviernos colocaba su carrito en el mismo sitio y ella se sentaba en un pequeño taburete de madera en cuyo respaldo habían insertado un artilugio del cual salía un gran paraguas de color negro. Mateo repartía las castañas calientes en sus bolsillos, metía las manos y con una sonrisa de placer cruzaba la plaza bajo la lluvia, chapoteando con sus botas katiuskas y golpeando todo lo que se encontrara a su paso.

—Mateo, ¿dónde me has traído? Es la primera vez que entro en un parque a través de un torno —dijo Esther sonriendo.

—¿Nunca habías estado en el parque de El Capricho?, ¿ni siquiera habías oído hablar de él?

—No tenía ni idea. Lo del torno ¿para qué es?

—Es porque tiene limitada la entrada diaria. Ya verás, es un lugar increíble que no conoce mucha gente.

Esther se subió el cuello de su cazadora y se cubrió las orejas con el gorro de lana que llevaba en la cabeza. Miraba extrañada cómo Mateo se deslizaba con sigilo sobre las hojas que se amontonaban en el suelo. Iba a preguntarle qué estaba haciendo cuando él la cogió de la mano y con la otra se llevó el dedo índice a la boca en señal de silencio. Así fueron caminando durante un buen rato mientras el único sonido que se oía era el quejido de las hojas secas que se iban resquebrajando debajo de sus pies. Al cabo de un rato, se paró y la miró con la misma cara que tiene un niño pequeño cuando hace alguna travesura.

—Siempre me ha gustado hacerlo con las hojas muertas que el otoño esparce por el suelo, aunque lo que más me gustaría es ponerme unas botas de agua e ir saltando sobre los charcos.

—¿No me habrás traído aquí para esto? —le dijo Esther que parecía divertida con aquella situación.

Él, sin soltarle la mano, le señaló un lugar a la derecha de donde se encontraban. Una explanada verde que en parte, estaba rodeada por una hilera de cipreses.

—¿Ves aquellas dos columnas separadas por unos metros?, vamos a ponernos justo en el medio.

Esther miró los dos bustos que había encima de las pilastras y que se daban la espalda.

—¿Te imaginas qué puede ser esto? —le preguntó Mateo.

Sin hablar, solo con la expresión de su boca, Esther le dijo que no tenía ni idea.

Estamos en la Plaza de los Cipreses, también conocida como Parterre de los duelistas. Las dos columnas están separadas por cuarenta pasos. En el centro, donde estamos, los duelistas pegaban sus espaldas y andaban la distancia que hay hasta cada columna. Allí se daban la vuelta y disparaban. Se practicó hasta finales del siglo XIX y a veces pienso que a lo mejor no tenían que haberlo prohibido.

Esther le miró extrañada.

—No entiendo lo que quieres decir. ¿Estarías de acuerdo en que la gente se pudiera batir a duelo?

Mateo tardó un rato antes de contestar.

—Nunca podré estar de acuerdo con el uso de la violencia, pero a veces pienso que como es algo innato al ser humano y que parece que es imposible erradicarla, ¿qué mejor forma de ejercitarla que de manera honorable!

—La verdad es que si todo el mundo decidiera batirse en duelo legal nos quitaría mucho trabajo de encima. Pero menuda salvajada permitirlo. Es imposible que volvamos hacia atrás.

—Por supuesto que es imposible, ya te he dicho que exigiría que el ser humano fuera honorable.

Esther se fue parando en todos los rincones por los que pasaban: el laberinto hecho con laurel concebido para el juego amoroso y el escondite, los cuidados jardines con sus diferentes estilos, los templetos, las ermitas, las fuentes y las plazoletas. Mateo sabía que aquello le gustaría. Había estado una vez en la casa de Esther y tenía un jardín cuidado con mucho esmero donde cada árbol y planta tenían un sentido estético. En cierta manera, el huerto de Mateo seguía aquel concepto de jardín francés, donde destacaba la uniformidad y podía parecer que todo estuviera colocado como en una parada militar.

—Mira, Mateo, ¿has visto cómo hemos pasado del estilo francés al inglés? —dijo Esther entusiasmada. —Al contrario del francés, en el estilo inglés la vegetación crece de forma más natural y menos artificial. A mí me gustan ambos, depende del lugar y el tipo de plantas que quieras usar.

—¿Y tú por qué te has decidido en tu casa por un estilo francés? —preguntó Mateo.

—Por una cuestión de tamaño, para lugares pequeños creo que es preferible que todo esté colocado de forma más ordenada. Te permite tener más variedades de plantas y así puedes ir variando los colores en función de las estaciones del año. —le respondió Esther.

—To creo que también tengo estilo francés en mi casa —dijo Mateo riéndose. —Quien me oyera hablar diría que soy un experto.

Siguieron su paseo hasta llegar a un lugar donde los pinos crecían de manera retorcida, sus ramas se acercaban y alejaban del suelo como si estuvieran buscando un refugio o huyendo de algo, quizás de la ciudad que desde allí se percibía lejana. Aquellos brazos se extendían como un abanico

sobre una mullida alfombra de color verde intenso. Esther y Mateo se sentaron en uno de los bancos de madera que estaban protegidos por la densa arboleda. Les rodeaba un ambiente apacible y sosegado, los sonidos de la ciudad parecían mudos, solo algunos pájaros interrumpían el silencio con sus conversaciones.

Esther sopló sobre sus guantes y estiró su gorro de lana intentando proteger al máximo su cara del aire seco y helado. Mateo se acercó a ella y le llenó los bolsillos con las castañas aún calientes y le dijo que introdujera sus manos. Aunque la climatología no era la más adecuada para estar allí sentados, el leve roce de sus piernas hacía que se olvidarán de ello. Mateo estiró sus piernas como si quisiera esparcir por su cuerpo el placer que en aquellos momentos sentía.

—Me gusta este sitio. Todo se mantiene en calma y es increíble lo cuidado que está —dijo Esther.

Mateo habló con voz pausada, su tono reflejaba el conocimiento que tenía de aquel lugar y los buenos recuerdos que aquel sitio le traían.

—Fue el capricho de María Josefa Pimentel, Duquesa de Osuna que en 1783 compró este terreno para tener una finca de recreo. Para su construcción contrató a los artistas, jardineros y escenógrafos más prestigiosos de la época. Aquí invitaba a venir a las personalidades más ilustres de la época. Cuando la duquesa se murió estuvo muchos años olvidado y abandonado hasta que el ayuntamiento, en 1974, se hizo cargo de él. Me encanta pasear por él, lo he recorrido muchísimas veces, solo y con mis hijas.

—Creo que echas de menos Madrid.

Mateo se quedó pensativo, no quería apresurarse en contestar aquella pregunta por temor a traicionar su pasado y su presente.

—Cuando has vivido en varios lugares, y lo haces de forma intensa en todos ellos, el resto de tu existencia siempre la pasarás echando algo de menos.

—¿Pero alguna vez tendrá que haber uno definitivo?

—Cuando vivía en Madrid pensaba que lo era, ahora estoy seguro de que será Valdoviño. En realidad solo la vuelta a Valdoviño la decidí con total libertad. A Madrid vine a vivir porque aquí encontré trabajo.

—Nunca me has contado cuál es la razón de que regresaras.

—En realidad, abandonar Madrid fue algo racional, pero la decisión de regresar a Valdoviño fue por razones sentimentales.

Esther sacó las castañas de su bolsillo, mientras las comían se quedaron callados durante un rato. Al pelarlas las yemas de los dedos se les pusieron

negras y con los pañuelos de papel que Esther sacó, solo consiguieron esparcir más el tizne del carbón en sus manos.

—No me gusta hablar de la razón de mi vuelta, pero creo que es lo mejor que he podido hacer. Y además he tenido la suerte de volver a verte —dijo Mateo.

—Parece que volvemos a repetir lo mismo que hace dos años. En aquella ocasión huiste y yo tampoco hice nada por retenerte. ¿Qué va a ocurrir ahora?

Mateo se levantó del banco y le dio las manos para ayudarla a ponerse de pie.

—Creo que lo mejor es que nos pongamos a andar, si nos quedamos más tiempo aquí sentados nos vamos a quedar congelados. Nos queda media hora de paseo y luego podemos ir a tomar algo caliente.

Esther aceptó la ayuda de Mateo. El resto del paseo él le fue explicando cada uno de los lugares que recorrían mientras ella hacía comentarios sobre la vegetación y mostraba su fascinación por la construcción de los jardines.

—Antes de irnos quiero enseñarte algo muy interesante que hay en el parque. —dijo Mateo.

—¿Otra sorpresa? —preguntó Esther con una expresión risueña en su cara.

—Solo te enseñaré la entrada, es un sitio que solo se puede visitar con cita concertada los fines de semana.

Mateo se paró en un lugar que aparentemente no tenía nada especial. Esther miró extrañada. Una pequeña construcción de cemento con una entrada cuyas paredes laterales estaban cubiertas por ladrillos rojos. La vegetación crecía libremente y daba la impresión de estar ante una construcción abandonada sin ningún tipo de interés.

—¿Es esto lo que me querías enseñar? —preguntó Esther.

Mateo sonrió.

—Esta es la entrada a la posición Jaca, es el nombre en clave que se utilizaba para el bunker que albergaba, durante la guerra civil, el cuartel del ejército republicano del centro —le respondió Mateo.

—¿Me estás diciendo que ahí dentro hay un bunker? —dijo una intrigada Esther.

—Y no es un bunker cualquiera. Quizás uno de los mejor conservados que hay en Europa. Por eso se pueden realizar las visitas guiadas. Se construyó entre 1937 y 1938. Yo he estado dentro y es increíble. Algunas construcciones han desaparecido pero llegó a tener diez pabellones para el alojamiento de las tropas y un pabellón de comunicaciones. Está a 15 metros bajo tierra y si

tienes problemas de claustrofobia es mejor evitar la visita. Si no recuerdo mal tiene alrededor de dos mil metros cuadrados, varias salidas en el parque y una galería de escape que atraviesa por debajo del Palacio de los duques.

—Me gustaría venir a visitarlo. ¿Por qué lo construyeron aquí? —dijo Esther.

—Creo que fue porque estaba alejado del frente de guerra pero bien comunicado, además fijate que bien camuflado esta por el arbolado y la vegetación —respondió Mateo.

Después de un momento de silencio en que los dos miraban la entrada del bunker, Mateo continuó hablando.

—Bueno, yo creo que ahora sí que nos podemos ir.

Esther se agarró del brazo de Mateo y fueron caminando en silencio hasta la salida del parque. A unos pocos metros entraron en una cafetería, Esther pidió un café y Mateo, pese a la hora que era, se atrevió con un chocolate con churros.

—¿Te vas pasado mañana? ¿A qué hora sale tu avión? —le preguntó Mateo.

—Creo que es a las nueve de la mañana.

Esther tras una pausa continuó hablando.

—Mateo, no has contestado a mi pregunta.

Mateo se acordaba de la pregunta de Esther, no tenía una respuesta clara y tampoco tenía intención de buscarla. Removió su chocolate y levantó los ojos para mirarla fijamente.

—No sé lo que va a ocurrir. Creo que es mejor no pensar en ello y dejar que el tiempo vaya marcando su ritmo.

Ella se había quitado el gorro de lana, tenía el pelo revuelto, pero el recuerdo del frío le había dejado un brillo especial en sus ojos.

—Me parece bien. Lo mejor es no forzar la situación.

Hacía dos años habían vivido una situación similar y a Mateo le entró el pánico, huyó y se escondió en su cascarón. Mateo no quería que aquello volviera a ocurrir y lo mejor para evitarlo era no pensar en el futuro ni hacer planes.

—Yo también me voy en el avión de las nueve, si no tienes tu coche en el aeropuerto de Coruña a mí me irá a recoger Teófilo y te podemos llevar a Ferrol.

—Genial —le respondió Esther—. La verdad es que tengo ganas de irme. Mi trabajo aquí ha terminado y me apetece volver a mi casa.

—Por cierto, ¿el diamante se queda en Madrid o te lo llevas a Ferrol? — preguntó Mateo.

—Se queda custodiado por la policía. El lugar donde se quede no tiene importancia.

Mateo percibió en aquella contestación cómo el tono de voz de Esther había cambiado, ahora tenía delante de él a la inspectora de policía. No obstante, insistió.

—Déjame que tenga un poco de curiosidad. Al fin y al cabo lo encontré yo y, aunque no sé cómo funciona esto, si en algún momento no aparece su propietario a lo mejor tengo algún derecho sobre él.

El rostro de ella se tensó.

—Cuando te digo que te olvides de este asunto, es que te olvides de todo. Con lo que ha pasado sigues insistiendo. No te entiendo, Mateo.

Mateo se sorprendió por la reacción de Esther, al fin y al cabo ahora no se había entrometido en nada y solo había hecho una pregunta que pensaba que tenía derecho a realizar. Algunas veces los procesos de angustia hacen que una persona se obsesione con algo, y de esa manera olvida cuál es la razón fundamental de sus problemas. Y la obsesión lleva a cometer errores. Él no desistió.

—En realidad es que yo no tengo ningún papel donde diga que la policía se ha incautado de algo que era mío. Creo que la próxima vez que me encuentre cadáveres y objetos extraños no diré absolutamente nada y mucho menos si sirve para marcar como sospechosos a personas que estoy seguro de que no tienen nada que ver con ello.

Al terminar de hablar se dio cuenta de que se había equivocado. Tanto en lo que había dicho como el tono que había usado. Estaba a punto de estropear el final de aquella mañana. La cara de Esther estaba tensa y parecía a punto de estallar. Tenía que ser rápido e intentar arreglarlo antes de que ella pudiera hablar.

—Lo siento, creo que me he pasado. Perdona mi torpeza. No era el momento más adecuado para hablar de esto. Ha sido una mañana muy agradable y no me gustaría estropearla.

Ella le escuchó atentamente y, aunque su rostro parecía más relajado, la seriedad seguía dominando su mirada.

—Mira, Mateo, a mí no me queda más remedio que trazar una línea roja muy gruesa para separar mi vida profesional de la personal. Sé que en

ocasiones a mi entorno le es difícil hacerlo, pero yo tengo que ser inflexible. Contigo lo soy mucho más y espero que tú lo entiendas.

La reacción de ella no fue tan grave como él se la esperaba. Lo mejor era olvidarse de aquello. Se levantaron y caminaron hacia la boca del metro hablando, relajados, del día que irían a San Andrés. Mateo no quería desvelarle la razón por la cual había surgido aquella idea en Nueva York. En el metro cada uno cogió una línea diferente y quedaron en verse al día siguiente en el aeropuerto. Mateo, al despedirse, le comentó que había estado muy a gusto durante esa mañana y ella le contestó que se lo había pasado muy bien, pero Mateo percibió algo extraño en el tono de su voz. Desde el andén llamó a su hija para decirle que no contarán con él para ir a comer, que se iba directamente al hotel y que se verían por la tarde.

El chocolate le había quitado las ganas de comer y decidió tomar algo ligero en la cafetería del hotel. Pidió una ensalada de quínoa, tomate, aguacate, queso feta y cilantro. Mientras comía, tenía la mirada perdida en la televisión. No podía olvidar lo torpe que había sido aquella mañana. En los telediarios seguían hablando del nuevo gobierno que se acababa de formar en España después de diez meses y dos convocatorias a las urnas. Para Mateo lo que había pasado durante ese tiempo era el gran triunfo de la mediocridad que invadía España. Algo que también estaba ocurriendo en el resto de países de su entorno. El mundo occidental estaba sumido en una etapa de vulgaridad y agotamiento similar a lo ocurrido en la fase de decadencia de los imperios de otras épocas.

Subió a la habitación dispuesto a descansar un rato. Bajó las persianas y con la luz en penumbra y la voz de Joe Cocker se tumbó encima de la cama. *You are so beautiful*: «Para mí eres preciosa. No puedes ver que eres todo lo que he esperado, todo lo que necesito».

Se quedó profundamente dormido hasta que un sueño empezó a inquietarle, un carrusel de caras pasaba con rapidez por delante de él: Caroline, Esther y su mujer. Sin saber por qué, sentía remordimientos, empezó a inquietarse, un cosquilleo le subía por los brazos y las piernas, tenía la frente mojada y el sudor le corría por el cuello. El carrusel no dejaba de dar vueltas hacia adelante y hacia atrás y no era capaz de detenerlo. La velocidad con la que los rostros pasaban por delante de él las convirtió en imágenes borrosas, empezó a sentir miedo y angustia. Tenía que romper con aquel tiovivo, apretó fuerte las manos agarrando la ropa de la cama y la separó de golpe. Se levantó con rapidez, subió las persianas para dejar que entrara la luz en la habitación y

elevó el volumen de la música. Preparó en la ducha una mezcla de agua muy caliente y subió el volumen de la música. Se puso a cantar y a bailar al ritmo de Madness y *Our House*: «Nuestra casa era nuestro castillo y nuestra torre, en el medio de nuestra calle». Bailaba dejándose llevar e imaginándose que era un hechicero que hacía arder sus angustias en una hoguera.

La ducha y el baile le hicieron regresar al mundo real, con la toalla enrollada en su cintura y los pies descalzos siguió moviéndose al ritmo de la melodía hasta que sonó el teléfono. Era su hija que le esperaba en la cafetería del hotel. Se quedó un rato sentado en el borde de la cama, en ese momento decidió que ya no necesitaba tomar ningún fármaco para tranquilizarse. La música y el baile habían hecho su efecto. Como en muchas tribus, las danzas no solo eran un reflejo de felicidad, sino que eran usadas en momentos de tristeza, de ira y de frustración y permitían expulsar en el fuego todos los demonios internos.

Seguía pensando en el sueño pero ya no le angustiaba. Terminó de arreglarse y bajó a reunirse con Sara.

—¿Qué tal, papá? ¿Cómo ha ido el día? ¿Dónde habéis estado?

Mateo fue muy rápido contándole lo que había hecho con Esther. Se sentía incómodo hablando de aquello con su hija, de nuevo algún remordimiento le merodeaba.

—Y tú ¿has estado con Samuel?, ¿Adónde habéis ido?

En la cara de Sara vio que ella se había dado cuenta de él que se sentía molesto con aquella conversación y que estaba intentando cambiar de tema.

—A primera hora tuve la reunión de trabajo y luego estuve en el hospital, desde allí me fui al Retiro con Samuel. Después comer él se fue a acompañar a Carlos y yo me marché a tomar café con unas amigas. He vuelto al hotel hace una hora. Por cierto, me da la impresión de que no te gusta hablar de Esther. Me recuerda a cuando yo tenía algún amigo y a ti no te gustaba hablar de ello.

Aquello era un golpe en la línea de flotación, su hija había sido directa y él no tenía escapatoria. Con Sara no podía utilizar ninguna estrategia evasiva, ella siempre terminaba acorralándole.

—No sé qué te has imaginado, pero no tengo ninguna relación con ella. Somos amigos y nos gusta salir de vez en cuando. No hay nada más.

—Que os gusta estar juntos no es ningún secreto. Se nota cuando cruzáis vuestras miradas —continuó Sara.

Mateo se quedó sorprendido, quiso explicarle a su hija que entre ellos no había nada, pero fue imposible, Sara no le dejó.

—No me tienes que dar ninguna explicación y no quiero que te sientas incómodo. Me parece normal, solo quiero que no te sirva para crearte más angustia y mucho menos conmigo. Disfruta de la vida y relájate, papá.

Miró a los ojos de su hija, lo que le acababa de decir y la forma en lo que se lo dijo le hizo sentirse aliviado.

—En realidad, creo que con quien estoy molesto es conmigo mismo. Por alguna razón siento que estoy cometiendo una traición tanto al pasado como al presente. Es una relación que me gusta, pero no me quiero comprometer y eso hace que me sienta incómodo. No sé dónde poner los límites.

Su hija sonrió y volvió a hablar.

—No me lo puedo creer. Me hace gracia. Sois dos personas adultas y ¿no sabes dónde están los límites? Seguro que sin pensarlo ya os los iréis poniendo. Disfruta más de la vida y no te hagas tantas preguntas.

Sara le acababa de decir lo que él había pensado en muchas ocasiones, pero su forma de ser le hacía construir muros que le impedían ser feliz, siempre había algo que le generaba insatisfacción. En cualquier caso, oírlo de la boca de su hija le reconfortaba.

—Bueno, será mejor que nos vayamos al hospital. Así podremos estar con Carlos antes de que le traigan la cena y tú podrás despedirte de él —dijo Sara.

Ella empezaba y acababa las conversaciones, siempre le había gustado ser la que marcaba el ritmo. Con el paso de los años, Mateo se había acostumbrado y no se sentía molesto.

Encontraron a un Carlos cabizbajo y malhumorado, se sentía perfectamente y quería volver a su casa. Intentaron animarle diciéndole que solo le quedaban uno o dos días según habían dicho los médicos. Sara le dijo que ella se quedaría hasta que volviera a casa y eso le animó, aunque tanto él como Samuel mostraron sus quejas y le dijeron que donde debería estar era en París con su hijo.

—Tantas veces me habéis cuidado y acompañado que estaba deseando tener la oportunidad de hacerlo yo alguna vez. Además, me viene muy bien ya que seguramente no regresaré a Madrid en bastante tiempo. En Navidades nos iremos directamente a Valdoviño, y luego comenzaré a trabajar con lo cual será mucho más complicado.

La cena que le trajeron a Carlos tenía una apariencia saludable, pero muy poco divertida. No hicieron ningún comentario para no entristecerle más. Le acompañaron mientras cenaba y al acabar se despidieron cariñosamente de él.

Ellos tres se fueron a un restaurante indio. Compartieron Pakora: una tempura vegetal en harina de garbanzos, especias y hierbas frescas. A Mateo le gustaba lo que cocinaban en el horno Tandoori y apostó por el Tandoori murgh: pollo marinado con yogur, lima, ajo y jengibre. Lo acompañó de un poco de arroz y adicionalmente a las salsas base pidió la de mango chutney. Aquel festival de colores y sabores le hicieron disfrutar tanto que estuvo toda la noche muy hablador. Solo se sentía molesto por no acompañar a Carlos durante más días, pero había acordado con su hija que ella se quedaría y él tenía que regresar para ir a visitar a su médico.

Después de cenar, Samuel los acompañó dando un paseo hasta la puerta del hotel e insistió en llevarlo al día siguiente al aeropuerto, pero Mateo no se lo consintió. Ya había solicitado un taxi para que le recogiera temprano. Se despidieron con un abrazo y dos besos en la mejilla. Samuel cogiéndole de las manos le dijo:

—Mateo, cuídate mucho y aléjate de cualquier lío ¿me lo prometes?

Mateo asintió con una sonrisa, ante la insistencia de Samuel tuvo que prometerle que se mantendría alejado de aquel asunto.

Dentro del hotel su hija tuvo un arrebato protector y también ella no dejó de insistirle en que se olvidara del cadáver, del brillante y de John el irlandés, le hizo prometer en varias ocasiones que se mantendría alejado y, por supuesto, que iría a ver al médico. No se sentía nada agobiado por aquella insistencia de Sara, le prometió que lo haría aunque tuvo la sensación de que al regresar los acontecimientos le impedirían cumplir lo prometido.

Tiempo de castañas

El vuelo desde Madrid a la Coruña duraba pocos minutos, la mayor parte del tiempo se perdía en las tediosas horas en el aeropuerto, la espera de las maletas y las engorrosas medidas de seguridad en el embarque. Incluido el desplazamiento desde la Coruña, el viaje en avión de Madrid a Ferrol duraba casi tanto como en coche. La otra alternativa, la que de verdad le gustaba a Mateo para viajar por España, era el tren. Una opción, el viaje entre Madrid y Ferrol, donde había tramos en la que la velocidad de diligencia seguía siendo una realidad. Sería porque Ferrol era fin de trayecto, «un lugar donde se acaba el mar»¹⁴.

¹⁴ Letra de la canción *Ferrol* del grupo Los Limones.

Se encontró a Esther en la puerta de embarque. Mateo, que había facturado equipaje, había reservado un asiento de ventana en la parte delantera mientras que Esther lo tenía asignado de forma aleatoria en la última fila.

Durante el viaje, Mateo dormitó hasta que el avión giró sobre la Ría de Ferrol para iniciar el descenso. Aquella vista le emocionaba, regresaba a su ciudad, al lugar donde había nacido y donde había pasado parte de su vida. Se puso los cascos para escuchar la canción de Los Limones dedicada a Ferrol, una melodía que nunca le dejaba indiferente: «Sigo una tradición. Costumbres que esta vez mi tierra me enseñó. Vivir con el misterio de saber si vengo o voy y aunque lo tengo claro solo muestro indecisión».

En el aeropuerto de La Coruña les estaba esperando Teófilo. Quiso recoger la maleta de Esther, pero esta no se lo permitió. Mateo, como era habitual en él, se sentó al lado de Teófilo quien inmediatamente le preguntó por sus hijas, luego intentó darle conversación a Esther hablándole sobre un primo suyo que era guardia civil. Ella estuvo seca y cortante, solo le contestó que no tenía nada que ver con la Guardia civil y que ella pertenecía al Cuerpo Superior de Policía. Mateo se sintió incomodo por su actitud. La dejaron en Ferrol en la puerta de su casa y Mateo se bajó del coche para ayudarla a sacar el equipaje del maletero, con él fue mucho más amable y al despedirse se dieron un beso en la mejilla y ella le recordó que tenían una cita pendiente.

Cuando de nuevo se sentó en el coche, la verborrea de Teófilo se desató. Empezó disparando a la inspectora de policía: que era una borde, que quién se

creía, que solo le salvaba que estaba muy buena y algunas otras lindezas que Mateo interrumpió.

—Teófilo, te estás pasando. Este último comentario es de muy mal gusto. No la conoces. Hoy estaba muy cansada y seguramente no tenía ganas de hablar.

—Veo que la defiendes mucho, ya me fijé en las miradas que os echasteis al despediros. Conmigo ha sido muy cortante y no me gusta su mirada, no mira de frente.

—Si te hubiese dado conversación seguro que empezarías a hacerle preguntas inapropiadas.

—Hablando de preguntas. Creo que tienes mucho que contarme, por aquí no paran de llegar rumores. ¡Hasta se llegó a decir que estabas dentro de la joyería que asaltaron en Madrid y que mataron a un amigo tuyo!

—Me gustaría saber quién es el responsable de propagar todas esas mentiras. Ni estaba en la joyería, ni un amigo mío ha muerto.

Teófilo no dejaba de moverse en su asiento, miraba a Mateo con ojos interrogantes y con frecuencia soltaba las manos del volante.

—Pero lo de la joyería ¿es cierto? ¿Tú encontraste un diamante enorme? ¿Qué tiene eso que ver con el cadáver?

Mateo pensó que lo mejor era contarle parte de la verdad sin entrar en detalles. Así todo el mundo se enteraría de lo ocurrido y dejarían de circular tantos rumores. Mientras hablaba, le ordenó a Teófilo que mirara a la carretera.

—¡Como vuelvas a soltar el volante no te cuento nada más! Mira para delante que me estás poniendo de los nervios.

—¡Manda carallo!, ¡anda que después de todo lo que has pasado, ahora soy yo el que te pone de los nervios!

—Si sigues así me veo estrellado en la cuneta.

Teófilo soltó una carcajada y agarró el volante con fuerza acercando su cara al cristal al mismo tiempo que sus movimientos hacían chirriar los engranajes de su asiento.

—¿Así es como quieres que vaya?

—No sabía que hicieras tan bien el idiota. Bueno, y por aquí, además de todos los rumores, ¿hay alguna novedad?

—Aquí como siempre. Las novedades solo vienen de ti y de esos amigos que tienes.

Estaban llegando a casa y Mateo prefirió no seguir con aquella conversación. Teófilo era una buena persona, pero a veces le agotaba.

Antes de sacar el equipaje del maletero, abrió la puerta de la finca y Buck salió disparado, dando saltos entre gemidos de alegría. Se abalanzó sobre él, solo en aquellas ocasiones Mateo le dejaba que le pusiera las patas encima, daba vueltas sobre sí mismo y corría alrededor del coche. Era increíble la velocidad con la que movía su cuerpo. Olfateó las maletas que estaban fuera del coche. Mateo sacó de una de ellas un pequeño obsequio para Teófilo y Buck se abalanzó sobre el como si pensara que era para él. Entre los dos llevaron las maletas hasta el porche y mientras se despedían Teófilo le dijo:

—Si necesitas algo, ya sabes. Y ten mucho cuidado con las amistades que tienes.

Mateo le dijo adiós con una sonrisa. Se quedó un rato sentado en el porche, en silencio, con Buck tumbado a su lado. El día los había recibido sombrío y frío, verde y húmedo. El sonido suave de algún pájaro y la tranquilidad de las hojas meciéndose acompañaban aquel silencio que tanto había echado de menos. Solo era interrumpido por algún motor lejano que parecía venir de otro mundo. El ambiente contrastaba con el frenético movimiento de las ciudades que acababa de visitar. Una sensación que solo tenía cuando regresaba a Valdoviño.

Al abrir las puertas, el olor de la chimenea y una agradable temperatura le abrazaron. Mateo fue directo al equipo de música, apretó el botón de encendido y empezó a escuchar la voz de Diana Krall, *Let's Fall in love*. «Tengo un sentimiento, es un sentimiento. Lo estoy ocultando y no sé por qué. Es algo mental, es una coartada sentimental».

Un cesto atiborrado de castañas estaba cerca de la chimenea. Mateo cogió varias entre sus manos, eran grandes y carnosas. La cosecha había sido excelente. Tenía que empezar a repartirlas. A los primeros, a sus vecinos a los que sin demora iba a visitar. A ellos también les traía un obsequio de Nueva York.

En el camino hacia la casa de Laura y Juan, volvió a sentir aquel aire que tanto había echado de menos. Un aire siempre húmedo, donde se mezclaban el cielo y el mar. Notaba la facilidad con la que entraba en sus pulmones, una brisa llena de recuerdos que le hacía volver a su vida cotidiana. Una vida en la que había encontrado el equilibrio que le permitía afrontar el futuro con la misma tranquilidad con la que se consumía el presente. Estaba empezando a

dominar los momentos de zozobra, los que le producían la soledad y los recuerdos de su mujer.

Laura y Juan le recibieron con una sonrisa, como era habitual en ellos. Daba igual que se hubiesen visto el día anterior, la vitalidad que transmitían era contagiosa. Le invitaron a entrar en casa, le pusieron un café y una bandeja de galletas y le insistieron en que se quedará con ellos a comer, qué seguramente en casa no tendría nada y estaría cansado.

—Muchas gracias por cuidar a Buck —dijo Mateo—. Espero que no os haya causado ningún problema.

—No tienes que darlas. Es un perro estupendo. Obediente y muy cariñoso. Eso sí, se pasa las noches en vigilia. Cuando voy por la mañana a buscarlo para pasear, está tumbado en el porche con un ojo abierto —le contestó Juan.

—Os he traído unas castañas, este año la cosecha ha sido excepcional. No las he probado, pero tienen muy buen aspecto. De Nueva York este pequeño recuerdo.

—No tenías que habernos traído nada. Muchas gracias —le dijo Laura.

Juan se atusaba el pequeño bigote que tenía, totalmente blanco que contrastaba con el negro zaíno de su pelo. Mateo estaba convencido de que se lo teñía, la edad de Juan no consentía aquel color del pelo. Con la otra mano revolvía el azúcar en la taza de café y miraba atento cómo Mateo le hablaba a Laura sobre sus hijas y su nieto. Cuando vio que había terminado, habló con la tranquilidad que era habitual en él.

—Mateo, hemos oído las cosas que te han pasado. Estuvimos muy preocupados por ti pero fue la policía quien nos tranquilizó. Espero que todo se haya terminado y solo haya sido un susto.

Mateo preguntó extrañado.

—¿La policía?, ¿qué policía estuvo aquí?

—El subinspector Elías. Vino aquí varias veces preguntando por John el irlandés, insistiendo en si conocíamos al hombre que apareció muerto. También nos hizo muchas preguntas sobre ti, sobre tu vida, sobre tus amigos. Hasta nos llegó a preguntar por David y por la inspectora. Él fue el que nos contó lo que había ocurrido.

—Qué curioso. ¡Con lo bien que él conoce a David! Creo que si ya sabéis lo que pasó, mucho mejor. No tengo claro de lo que puedo hablar, cuando lo hago la policía me echa una bronca pero todo se resume en los dos encuentros que he tenido: El cadáver, que ya conocéis, y el diamante. Nadie ha demostrado que exista relación entre ambos, y hasta es posible que no exista.

Lo que realmente ha generado problemas es el diamante. ¡A buena hora Buck se fue a tragar la dichosa piedra!

—¿Qué es lo que hizo Buck? —le preguntó Laura.

Mateo le contó a Laura cómo había encontrado el diamante. Ella le miraba sorprendida.

—¡No me lo puedo creer! —dijo Laura. —Parece el guion de una película. ¡Buck tragándose piedras preciosas! Esa parte no la sabía.

—Un Diamante de origen ilegal —dijo Juan.

Mateo le miró sin decir nada. Parecía que tenía más información de lo que él pensaba. Que conocieran lo del diamante le parecía normal, pero le extrañaba que supiera lo de su origen. La mirada de Laura parecía adivinar lo que estaba pensando.

—Mateo, el subinspector Elías nos contó lo del origen del diamante. No nos dijo nada más, pero luego Juan ha elaborado su propia teoría que está deseando contarte. Yo le insistí que no fuera pesado, sin embargo, es muy cabezón y creo que empieza a estar obsesionado.

Juan seguía atusándose su bigote. Miró a Mateo y después de dar un sorbo a su taza de café empezó a hablar.

—Mira, Mateo, lo que sabemos es por la información que nos la ha dado el subinspector y los rumores que hay en el pueblo. Sabemos que encontraste un cadáver, que luego apareció el diamante y que en Madrid y Nueva York tuviste problemas con posibles traficantes que lo andan buscando.

Mateo le interrumpió.

—Yo solo tuve un incidente en Madrid, en El Retiro. Luego, en dos ocasiones en las que yo no estaba, en la joyería de mis amigos fue donde ocurrió lo más grave.

—¡Ah! creía que había pasado algo en Nueva York. En cualquier caso no influye en mi teoría. Lo he pensado todo a partir del diamante. Debe de tener mucho valor para que haya tanto interés por él. ¿Y qué hace una piedra tan valiosa en Valdoviño? Si ha llegado hasta aquí no es por casualidad, es posible que sea un lugar de paso de contrabando y si es así, alguien de aquí tendrá que estar involucrado.

Mateo le escuchaba con atención. Aquello ya se le había pasado por la cabeza, pero no se lo había comentado a nadie, ni pensaba hacerlo. Juan continuó.

—Ahora nos queda el cadáver. Es posible que fuese de quién trasladaba la mercancía y que aquí se viera con su cómplice, que hubiera desavenencias y

acabara matándole. Nos acabas de decir que la piedra salió del estómago de Buck. ¿No fue él quien encontró el cadáver?, pudo tragársela en ese momento.

—La verdad es que es una posibilidad, pero creo que si nos ponemos a pensar se nos ocurrirían muchas. Por ejemplo, suponiendo que el cuerpo encontrado fuese de un contrabandista, podría estar paseando por aquí y que alguien le atracara sin saber quién era. Forcejearon y le mató. No tiene que haber ninguna relación con el diamante —respondió Mateo.

—Es posible, pero eso no resuelve la pregunta de cómo llegó esa piedra hasta aquí.

Miró a Juan, alguna de aquellas posibilidades le inquietaba.

—Juan, si hubiese alguien de aquí involucrado. ¿Quién crees que podría ser? —preguntó Laura.

Juan y él se quedaron callados. Mateo se dio cuenta que ninguno de los dos se atrevía, ni siquiera, a pensar en la respuesta.

Laura siguió hablando.

—Bueno creo que es momento de dejarlo. Juan, estás cansando a Mateo y lo mejor será que nos sentemos a comer.

Mateo disfrutó con la comida. La cocina de Laura era la esencia de la gastronomía. Una mezcla de tradición y experiencia con instinto y atrevimiento. Solo usaba productos y combinaciones naturales. Puso sobre la mesa un guiso de calamares que había que comer con la misma paciencia con la que había sido elaborado. Acompañado de un arroz blanco cuyos granos parecía que habían sido cocinados uno a uno. El truco estaba, según dijo ella, en usar arroz del «de toda la vida», del que si te despistas se quema o se convierte en un engrudo. Desconfiaba de los productos que no se pasan al cocinarlos. Mientras comían, Mateo le pidió la receta de aquel plato. Solo cuatro ingredientes: cebolla, pimientos verdes, tomates y calamares o chipirones grandes. Condimentos naturales: sal, pimienta y vino blanco. Y lo fundamental, paciencia.

—Te voy a cortar un poco más de pan —dijo Juan.

Mateo no se podía resistir, aquello era una combinación sublime. Un pan elaborado en alguno de los múltiples hornos que había por la zona, empapado en la salsa del guiso y con la corteza crujiente, tenía el valor de muchas estrellas.

Después de comer, Juan, que era un experto, preparó un café de puchero y lo bendijo con unas gotas de aguardiente. La cálida intensidad de aquel aroma envolvió el ambiente y la modorra se apoderó de ellos. Mateo prefirió

dejarlos, sabía que sus anfitriones seguían a rajatabla la máxima que le había oído a su abuelo en repetidas ocasiones: «Después de comer descansarás y después de cenar mil pasos darás».

Al llegar a casa avivó el fuego y echó a la chimenea un gran tronco de castaño para que se fuera consumiendo lentamente. Se acomodó en su sillón e invadido por el sosiego se quedó dormido pensando en que, por la tarde, saldría a dar un paseo. Juan le había comentado que le recogería para sacar a los perros, sospechaba que quería continuar la conversación que había quedado inacabada.

La suave voz de Norah Jones le despertó, sonaba *Come away with me*: «Ven conmigo en un autobús. Ven conmigo a donde no nos puedan tentar con tus mentiras».

Necesitaba una actividad que le espabilara y se puso a deshacer las maletas. Al acabar, pasó revista a su pequeño huerto, el jardinero lo había preparado para dejarlo en estado de hibernación. Había quien plantaba en aquella época del año, pero Mateo prefería dejar que la tierra descansara. Buck empezó a corretear entre la puerta y la casa, era la señal de que alguien conocido estaba llegando. Se puso las botas de pocero, sabía que a Juan le gustaba ir hasta el final del «camino de los perros» para luego cruzar por prados y terrenos que solían estar encharcados. Lo llamaban así porque era el lugar por donde daban sus primeros paseos con los cachorros. No había casas y eso les permitía que fueran sueltos. Era un camino que parecía no llevar a ningún lado. Terminaba en un muro de vegetación que en algunas épocas del año se mostraba infranqueable. En el medio de aquel muro, entre la maleza, existía un pasadizo que pocos conocían. Tras cruzarlo abría paso a una arboleda a través de la cual se podían tomar varias sendas que atravesaban prados y campos cultivados con patatas y maíz. Aquellos lugares eran los que Mateo utilizaba para bajar a la laguna cuando era un adolescente. Veredas naturales, abiertas por las pocas personas que las transitaban. Elegir alguna de ellas dependía del destino final y del estado de ánimo. En otoño e invierno solían estar encharcadas. En primavera, era la época del año que había que cruzarlas armado con fuertes bastones para separar la vegetación que las defendía y ocultaba de los ojos humanos.

A los perros les encantaba correr por aquellos prados. Saltaban y olisqueaban todo lo que se encontraban a su alrededor. No solo el recuerdo de cuando eran jóvenes, seguramente su origen de cazadores les hacía comportarse así.

—Juan, a partir de ahora venir por aquí será complicado. Con las lluvias estará intransitable.

—Aún nos quedan unas semanas. Luego tocará ir por el Paseo de La laguna hasta entrada la primavera y regresar aquí en verano. Sé que a ti te gusta más ir por allí, me imagino que será para saludar a John —dijo Juan.

—No todos los días veo a John, pero sí, aquel lugar es especial para mí.

A Mateo le gustaba pasear por la sombría senda de los ameneiros, escuchar los sonidos que le eran familiares y sentir la tranquilidad que le transmitía la naturaleza.

Durante un rato, ambos se quedaron callados. Mateo pensó que Juan se estaba preparando para continuar la conversación que su mujer había cortado en la comida.

—Mateo, ¿de dónde te viene tu amistad con John? Creo que eres la única persona que mantiene una relación tan estrecha con él.

—Es parte de una historia muy antigua aunque la amistad solo tiene unos pocos años, cuando me vine a vivir aquí. Empecé a hablar con él y, de forma natural, fue surgiendo la relación. Creo que es muy buena persona y su compañía me transmite mucho sosiego.

—Yo he hablado con él dos o tres veces y estoy de acuerdo con lo que dices, pero tienes que reconocer que es alguien dado a tener pocos amigos. Es un tipo un poco huraño.

Mateo sentía que Juan estaba dando rodeos, se paró en la mitad del camino y decidió que ir directamente al grano.

—Juan, ¿tú crees que John tiene algo que ver con lo que ha pasado?

—Esa pregunta ya me la he hecho en alguna ocasión. La policía nos contó que tiene un pasado violento, pero por lo poco que le conozco no le veo capaz de matar a un hombre. Y, por supuesto, la vida que lleva no es la de alguien que hace contrabando con diamantes.

Mateo le había dado vueltas a aquel asunto. Además de su amistad con John, su razonamiento coincidía con el de Juan.

—No entiendo por qué la policía tiene tanto interés con él. Podría ser cualquier persona la que hubiera cometido el crimen, alguien desconocido —dijo Mateo.

—Totalmente de acuerdo contigo. Además, la policía sabe que él no es el único que habló con el individuo al que asesinaron.

Como si tuviera un resorte, Mateo se paró e impidió que Juan siguiera hablando. Le miró fijamente a la cara.

—¿Qué acabas de decir? ¿Has visto alguna vez a John hablar con ese hombre?

—Sí, en alguna ocasión. Creí que ya te lo había dicho. Será porque se lo conté a la policía en varias ocasiones y no fue al único que vi.

—¿A qué te refieres?

—Te cuento lo mismo que le dije a la policía. Sabes que desde aquí, un poco más adelante mirando hacia los ameneiros se ve el paseo. Pues alguna vez vi a aquel hombre, creo que se llamaba James Britt según me dijo la policía, hablando con John y en otras ocasiones lo vi parado con alguien al que no pude distinguir. Era alguien que llevaba una sudadera con la capucha puesta. Hasta ahora no le di importancia, podía estar preguntando cualquier cosa.

Juan contaba aquello como si fuera algo natural y Mateo sentía que aquella pesadilla se complicaba aún más.

—Además de a la policía ¿Se lo has contado a alguien más?

—Solo al subinspector y a Esther. Por eso vinieron a verme varias veces. Intentaron que recordara todo lo que vi, pero ya les dije en que nunca me fijé con detenimiento. Además de la distancia, los árboles tampoco permiten ver mucho más.

—¿Cuántas veces lo viste?

—Con John quizás un par de veces, con el encapuchado creo que tres o cuatro. Tampoco lo sé con exactitud.

—¿Qué te preguntó la policía?

—Insistieron en el reconocimiento. Hasta una vez el subinspector Elías me dijo si podía distinguir si era un hombre o una mujer. No supe qué responderle. Ahora pienso que toda su ropa era para ocultarse. Creo que si hubiera pasado a su lado tampoco hubiera podido reconocerle.

Mateo se quedó pensativo y continuó paseando. No recordaba que John le hablara de aquellos encuentros. ¿Conocería al encapuchado?, tenía que haberlo visto.

—¿Entiendes ahora mi teoría? —le dijo Juan.

—¿Crees que el encuentro con John pudo ser fortuito? —le preguntó Mateo.

—No lo sé. Creo que John no es muy dado a pararse a hablar con la gente. Como te dije al principio, no le di mucha importancia. Pensaba que había sido casualidad. Lo he visto parado algunas veces con otras personas, pero nunca con el encapuchado, este solo aparecía cuando estaba James Britt. Es normal que la gente que pasea por aquí se pare a hablar o a preguntar algo. Cuando la

policía me lo contó empecé a pensar en ello. Ni siquiera el encapuchado me llamó la atención, ya te he dicho que por aquí hay mucha gente que viene así vestida.

Cuando llegaron al final del camino estuvieron un rato en silencio tirando palos a Buck, este lo único que hacía era ir corriendo a por ellos pero enseguida volvía con la boca vacía.

—Será mejor que regresemos a casa —dijo Mateo.

—Mateo, si hablas con mi mujer intenta evitar comentarios sobre lo que te hemos hablado esta tarde.

—¿Ella no lo sabe?

—Sí, conoce toda la historia, pero esto la inquieta mucho.

—No te preocupes, no le diré nada.

En el camino de regreso Mateo no paró de preguntarse quién sería aquel desconocido, como era posible que él nunca lo hubiera visto.

Se despidieron en la puerta de casa, Juan le dijo que no se preocupara que lo suyo eran suposiciones y que la policía lo resolvería todo.

A Mateo aquello no le tranquilizó. Al día siguiente tenía que ir a ver a John sin falta. Se quedó en el porche escuchando el atardecer, cuando el sol y el viento comenzaban a ocultarse. El momento del día en el que la vida se para y la naturaleza enmudece. Una parte del planeta empieza a prepararse para descansar y los habitantes de la noche convertirán el mundo en un lugar de sonidos silenciosos. Pensaba en la teoría de Juan y en el nuevo y misterioso protagonista de aquella historia.

El ritmo de *Moondance* y la voz de Van Morrison le acompañaban: «En una noche mágica. La, la, la la luz de la luna. En una noche mágica no puedo tener un baile más contigo, mi amor».

El susurro de los ameneiros

Mateo acabó de desayunar cuando la oscuridad aún no había abandonado aquellas tierras. Sabía que John saldría muy pronto a pasear. Todos los días del año, aunque lloviera, cuando el sol se despertaba, iba a caminar hasta la playa. Antes de ir a verlo, Mateo quería sentir el amanecer debajo de los ameneiros, en el momento en el que el mundo se dividía entre los que se adormecen y los que abren los ojos.

Cuando llegó al paseo, la oscuridad dejaba paso a un cielo que impedía ver los rayos del sol. Se paró a escuchar debajo de los ameneiros. Nunca había sido capaz de distinguir aquellos sonidos ni reconocer a los animales que allí vivían. Quienes dormían durante el día y quienes durante la noche, quienes emigraban, cuáles eran sus murmullos, los colores de cada uno de ellos: Nutrias, tejones, cercetas, ánades, rascones, fochas gallinetas, cormoranes vivían envueltos bajo la protección de la vegetación. Sintió que al verle le saludaban y sonreían. La naturaleza se desperezaba con suavidad, sin molestar. Las hojas de los ameneiros se movían tímidamente, casi imperceptibles. El susurro de los más jóvenes era como una caricia, los que llevaban allí toda la vida mostraban su alegría al verle, pero también le transmitían su inquietud.

Buck salió disparado. John estaba en la puerta de su casa, relajó su gesto al ver a Mateo y le dio su mano, grande y áspera.

—¿Cómo ha ido tu viaje? —le preguntó John.

—Muy bien, aunque con algunos problemas.

—¿Y luego?¹⁵, ¿Qué ha ocurrido?

¹⁵ Expresión que quiere decir ¿Y por qué?

—Vamos hasta la playa y te lo cuento después.

John ya se había puesto sus botas de invierno que junto con los zapatos de verano, era el único calzado que tenía. Decía que era suficiente. Solo cuando estuvieran viejos y cansados era el momento de cambiarlos. Fueron veinte minutos de silencio, los que tardaron en llegar hasta la playa. Lo único que interrumpía los sonidos de la naturaleza era el chisqueiro¹⁶ con el que John encendía continuamente su cigarrillo.

¹⁶ Mechero chisqueiro: encendedor de mecha.

La marea, en su momento más bajo, había dejado su rastro sobre la enorme explanada de arena. Salpicada por charcos de agua que se habían quedado atrapados y que tendrían que esperar seis horas hasta que la próxima pleamar los liberara. El mar, que tenía el color del cielo al despertar, es el único que por las noches no descansa, quizás porque solo vive un instante, una vida efímera que muere en la orilla. Las olas son su existencia, se desplazan con suavidad sobre la superficie dejando un rastro blanco que se sumerge en la arena, para regresar al océano. Desde la laguna, una lengua de agua avanzaba buscando el encuentro con las aguas del mar. Solo faltaba un último empujón, un rugido que rompiera la barrera que los separa y entonces las aguas de ambos mundos se mezclarían como lo han hecho toda la vida, salvo cuando la intervención humana rompe su equilibrio natural.

John se sentó sobre la arena blanca y fría, una arena que aquel día el sol no iba a volver cálida. Mateo permaneció de pie, no era capaz de hablar. Lo que tenía que decir a John no podía hacerlo en aquel momento. Solo hablaba el océano, un sonido que lo silenciaba todo, convirtiendo los gritos en murmullos lejanos y volviendo invisibles las voces.

Buck, Bichón y Casandra, los dos perros de John, corrían hasta acercarse a oler las huellas que las gaviotas habían dejado sobre la superficie de la arena. Aquellos pájaros, que en su origen, como los humanos, habían sido nobles cazadores.

Fue John el primero en hablar.

—¿Qué me tienes que contar? Espero que hayas disfrutado con tus hijas.

—John, ¿nadie te ha contado lo que sucedió?

—Ya sabes que no hablo con mucha gente.

Mateo tenía que contarle lo que había ocurrido en el viaje, lo que había hablado con Juan y ver la expresión de su cara. Se sentó a su lado. Los perros estaban lejos y no iban a molestarle. Veía a John de perfil, con su mirada perdida por encima del mar. Decidió comenzar desde el principio, por la aparición del diamante. En ese momento el irlandés torció la cabeza y pudo observar sus ojos de frente. Fue la primera vez que vio en su rostro lo que sentía. Mostraba preocupación. Le contó lo ocurrido en El Retiro y el encuentro de sus amigos en la joyería. Al terminar, le preguntó qué le parecía aquella historia. John seguía en silencio, no volvió a verle la cara. No respondió, se levantó y le dijo que siguieran paseando.

Sobre la arena iban encontrando utensilios que habían dejado de prestar su servicio, y que el mar había escupido como si de algo molesto se tratará:

cuadernales, boyas, defensas, redes que algún pescador había perdido y otros restos con los que los humanos inundan el mar sin compasión. John recogía algunos de ellos. Tenía la costumbre de colgarlos en los troncos de los árboles y en las paredes de su casa.

Mateo estaba inquieto, no había conseguido nada de lo que pretendía. Decidió preguntarle sin rodeos.

—¿Conocías al hombre que apareció asesinado?

John hizo una pausa antes de contestar. Se paró y miró al cigarrillo que tenía entre las manos.

—No me gusta hablar de mi pasado.

—John, te han visto hablando con él en alguna ocasión.

—Era un mal bicho. Nada recomendable. Lo único que le dije era que no me gustaba verle por aquí.

—¿Le viste alguna vez con un hombre encapuchado?

—Por aquí se ve a mucha gente. Yo no me fijo en quién pasea, a algunos les gusta ir con la cabeza tapada y ni siquiera se puede distinguir si es hombre o mujer.

Mateo se quedó pensando, Juan tampoco le había concretado el sexo del encapuchado.

—Me imagino que esto ya lo sabe la policía —le dijo John.

—Creo que la policía lo sabe todo. Esto no hace más que complicarte las cosas.

John con dos dedos en su boca fue capaz de emitir un sonido que silenció el ruido del mar. Los perros de inmediato regresaron hacia él. Era la señal de que el paseo se había terminado.

—Me preocupa tu situación, creo que lo mejor que puedes hacer es contar todo lo que sabes —le dijo Mateo.

—Todo lo que sé es lo que te acabo de decir. No hay nada más. Mi pasado no tiene nada que ver con lo que ha ocurrido y, por lo tanto, no tengo nada más que contar sobre él.

Parecía claro que John no iba a seguir hablando sobre aquel tema. Mateo le miró mientras se preguntaba qué es lo que ocultaba John sobre su pasado. Seguía sin creer que tuviera algo que ver con lo ocurrido, pero una idea oscura se empezó a formar en su mente.

De nuevo el silencio los acompañó en el camino de vuelta. John le invitó a entrar a tomar café, pero Mateo prefirió regresar a casa. Pese a que quería gritar para liberar la opresión que sentía, siguió andando despacio. De los

cañaverales salían gorjeos, señal de que las criaturas diurnas que los poblaban ya se habían despertado. En otro lugar, el desasosiego que le transmitían los ameneiros le hubiera hecho acelerar el paso.

Llegó a casa frustrado, la conversación con John solo había conseguido incrementar su preocupación. Veía cómo su amigo se ponía en el punto de mira y él no era capaz de remediarlo. Tenía ganas de chillar. Puso la música a todo volumen, necesitaba desahogarse. Se puso a gritar «¡Eh, tú, no mires eso! ¡Mira esto!», bailó y gritó al ritmo de *One stop Beyond live* de Madnes.

El resto de la mañana la pasó preparando comida para varios días: ensalada de remolacha con arenques ahumados, cuscús, pollo frito macerado con limón y ras el hanut, guiso de carne con verduras frescas. Una parte la congelaría e iría intercambiando con el pescado fresco que le gustaba comprar y preparar en el día. Decidió darse un homenaje dulce y preparó sus dos postres favoritos: tiramisú y arroz con leche. Para comer ese día se preparó ensalada de espinacas con pequeños trozos crujientes de jamón, piñones y pasas. Terminaría con un ceviche de corvina. Sabores intensos con los que desviaría sus angustias hacia sentidos más primitivos.

Después de comer, y pese a que había madrugado, no fue capaz de conciliar el sueño. Miraba a la chimenea mientras su cabeza no paraba de dar vueltas. Se preguntaba qué es lo que hubiera hecho si no conociese a John. La ansiedad seguía acechándole. La situación no mejoraba y ya había concertado cita con su médico.

A media tarde decidió llamar a Esther. Tenía que hablar con ella sobre lo que Juan le había contado aunque sabía que la reacción de ella no iba a ser nada buena.

—Hola, Mateo, estaba esperando tu llamada.

—Hola, Esther. Ayer estuve con mis vecinos. Juan me contó que les hicisteis varias visitas.

Tardó un rato en responder, un silencio incomodo que finalizó con un tono de voz poco amigable.

—Creía que me llamabas para otra cosa. Veo que sigues entrometiéndote. Me imagino que ya habrás cambiado de idea sobre tu amigo.

—Si te refieres a John, sigo pensando lo mismo. Hoy he estado con él y creo que no ha tenido nada que ver.

—Esta conversación no tiene sentido. Ni siquiera teníamos que haberla iniciado. Cuando quieras hablar de otra cosa me llamas. Ahora te tengo que colgar.

Mateo no se imaginaba que la conversación iba a ser tan corta, tenía que hacer algo para no acabarla de aquella manera. Estaba claro que sobre aquel tema no iba a poder hablar con Esther, casi lo mismo que le había pasado con John.

—Pasado mañana sería un buen día para ir a San Andrés —dijo Mateo intentando reconducir la conversación.

—Eres increíble, me hubiese gustado que solo me llamaras para esto.

—Lo siento, no quería mezclar ambas cosas, pero sigo preocupado con lo que ocurre. No veo solución, ni avances en la investigación.

—Mateo, ya te he dicho que no voy a contarte por dónde va la investigación de la policía. Déjalo y olvídate de una vez.

Mateo pensó que lo que decía Esther era lo mejor que podía hacer.

—Bueno, entonces quedamos para pasado mañana. No hay previsión de que llueva.

—Perfecto, te paso a recoger en mi coche. Mañana hablamos para concretar la hora.

Le gustaba haber quedado con Esther, tenía que descubrir hasta dónde llegaba la atracción que sentía. En ella había algo desconocido y eso le seducía aún más.

Después de cenar se abrigó y se sentó en el porche con la botella de licor de guindas. Se sentía solo, cansado y envuelto en una bruma que le impedía saber hacia dónde ir. Permitted que lo más cercano le envolviera, cerró los ojos y se dejó ir por lo que la naturaleza le hacía sentir.

«Hay noches en las que los árboles hablan. Mueven sus copas, se balancean con ritmo, con pausa. Me gustaría saber lo que dicen. A lo lejos, en la oscuridad, el sol aún muestra destellos de luz, como una gran luminaria. En el frente se ve una estrella, otra acompaña a la luna menguante. Ahora están mudos, meditando, todos a la vez pensando en la respuesta. Un solitario grita, es un ladrido que nadie escucha. El mar no se oye, es extraño. No sé cuál es la causa de su silencio. La luz lejana se va, se marchita mientras crece la penumbra. La oscuridad en la que todo se siente. Más estrellas acompañan a la luna, solitaria. Las hojas son los dedos de sus brazos. Las manos que se mueven constantemente, como las de los que no tienen voz. Quieren decirme algo, no los entiendo, me inquieta. Carballos, acebos, castaños, nogales son caballeros. Nobles y poderosos. La luz de las estrellas siempre está ahí, solo en la noche se puede ver. La luna las alumbra. Ellos siguen danzando, con susurros que parecen lamentos. En la ciudad la noche es alegre, pero los

árboles entristecen. Aquí, esta noche y todas las noches, son libres, sus ritmos son rimas. No las entiendo. A lo lejos los ameneiros también me susurran, hoy no los oigo. Su silencio también me inquieta».

Cocinando con Manuela

Mientras Mateo desayunaba, puso castañas a cocer. Mucha agua hirviendo, anís verde que él mismo recogía en el borde de los caminos y una hora de cocción lenta. A Mateo le gustaba comerlas así y, además, le recordaba la forma en la que las hacía Manuela. Manuela había trabajado durante muchos años en casa de sus abuelos y con ella pasó parte de su infancia. A su memoria vinieron las imágenes de aquellas tardes en su compañía mientras la veía trastear en la cocina. En Manuela todo era negro y gris, como su pelo recogido en un moño, o el delantal, el mismo que usaban los tenderos en aquellos tiempos.

Eran tardes envueltas en el cariño que ella le daba, rodeados por el ruido de las cacerolas en las que ella cocinaba y con el recuerdo de aquellos olores y sabores que Mateo estaba intentando volver a encontrar. Castañas cocidas, cerezas en almíbar, mermelada de moras, tostadas de pan untadas con la nata que se formaba al cocer la leche y cubiertas con azúcar, bollas que con el tiempo empezaron a salirle burdas copias que llamaron *cakes*, bocadillos de filetes empanados para llevar a la playa, patatas fritas a la inglesa, rosquillas, galletas de nata, flanes de huevo, los guisos caseros y muchos otros sabores que se habían ido diluyendo como espejismos en la memoria de Mateo. A Manuela siempre le decían que le llevará a jugar a la plaza, pero ellos preferían pasar la tarde en la cocina y a los mayores les contaban pequeños embustes. Manuela le enseñó las primeras palabras del ferrolano: brush, maridos rebajados, toros de merluza, camas rebatibles, ir a todo filispin, nacho¹⁷. El ferrolano no es una lengua propia, ni siquiera un dialecto, tampoco una jerga. Simplemente es una característica en la forma de hablar de las gentes de Ferrol. Una forma de hablar coloquial y popular que se usaba en todos los estamentos sociales, en la calle, en los bares, en el trabajo y en el entorno familiar. Con el paso de los años, todas aquellas palabras que conformaban el «habla Ferrolana» Mateo las siguió usando y se sentía muy orgulloso de ello. Por eso, a las camas abatibles las llamaba «rebatibles» por mucho que le dijeran que rebatibles eran los argumentos. En Ferrol, estaba claro, también lo eran las camas.

17 Palabras usadas en Ferrol: brush (cepillo de púas duras para fregar las cubiertas de los barcos), maridos rebajados (maridos de baja laboral), toros de merluza (rodajas de merluza), camas rebatibles (camas abatibles), ir a todo filispin (ir a toda velocidad), un nacho (una persona).

En aquellas tardes fue donde, sin que nadie lo supiera, se iniciaron sus primeros conocimientos gastronómicos de Mateo. Siempre que recordaba aquello una sonrisa se instalaba en su cara.

Saco una de las castañas que se estaban cociendo y la probó, estaba en su punto. David y Caroline le habían invitado a comer a su casa y había pensado llevarles unas castañas cocidas. Sabía que ellos las apreciarían mucho más que cualquier otra cosa de las que suelen llevar los invitados. Desde su vuelta de Madrid había hablado con ellos por teléfono un par de veces. Aunque creía que conocían todo lo ocurrido, le tocaría responder a un montón de preguntas.

Después de poner las castañas en un escurridor se puso la indumentaria con la cual conseguía que Buck le abandonara. En los cascos empezó a sonar la voz de David Byrne y con *Hanging upside down* Mateo empezó a moverse con la aspiradora como pareja de baile. Siguieron los temas de Uh-Oh y después de media hora, sudoroso y en compañía de Joe Cocker decidió que ya había hecho suficiente ejercicio. *Unchain my heart*: «Desencadena mi corazón, déjame ir por mi camino. Desencadena mi corazón. Me preocupas día y noche».

Cuando iba a entrar en la ducha sonó el teléfono, era Caroline.

—Hola, Mateo, ¿quieres que te vaya a buscar un poco antes de comer?

Mateo se quedó extrañado, lo normal en aquellas ocasiones era que le llamara David.

—No hace falta Caroline, hace un buen día e iré dando un paseo. ¿Ocurre algo?

—No, nada. Te esperamos sobre la una —respondió ella sin insistir más.

Debajo del agua pensó en aquella llamada. En el tono de voz de Caroline había algo que no encajaba. Quizás se había equivocado y debería haber aceptado su ofrecimiento para poder hablar los dos a solas.

Al salir de casa sintió las primeras señales de la transición hacia el invierno. La naturaleza empezaba a mostrar ese estado que la mantendría aletargada los próximos meses. La temperatura del aire obligaba a ir permanentemente abrigado. No iba a llover, pero Mateo había aprendido de John que un paraguas colgado a la espalda era un buen compañero.

Fue David quien le recibió, estaba fuera de la casa haciendo que inspeccionaba el jardín y los parterres. Mateo sabía que a David le importaban un rábano la estética y lo que creciera en su terreno. La forma eufórica en la que le saludó y la copa de vino en la mano le pusieron en guardia.

—¿Quién está aquí?, nuestro queridísimo amigo Mateo. ¿Cómo te encuentras después de todas las peripecias que te han ocurrido? Tus amigos nos hemos tenido que enterar por otros. Estamos deseando que nos lo cuentes todo. ¿Quieres una copa de vino?

—Hola, David, de momento no, gracias. Cuando hablamos por teléfono ya os comenté que no os había llamado para no preocuparos.

—¿O sea, que además tenemos que estar agradecidos? Siempre tan formal, tan correcto, el hombre perfecto. Será mejor que me acompañes a servirme otra copa.

Mateo vio como en los ojos brillantes de David se vislumbraba la rabia. No entendía cuál era la razón de que se pusiera así, pero el alcohol no era un buen compañero en aquel momento.

David se dio la media vuelta y se dirigió hacia la entrada de la casa en el mismo instante en que salía Caroline. Ella estaba sonriente y deslumbrante como siempre. Su expresión y su forma de hablar transmitían unas enormes ganas de vivir que contrastaban con el tono de voz de su llamada telefónica.

—¡Hola, Mateo! qué alegría verte. No sabes lo preocupados que estuvimos cuando nos enteramos de lo que te pasó.

—Hola, Caroline. Se lo acabo de decir a David, no os llamé porque no tenía sentido preocuparos.

David se dio la vuelta y, mirando a ambos con la copa en alto, les dijo:

—Qué bonito. Me dan ganas de llorar.

—¿Qué es lo que le pasa? —le preguntó Mateo a Caroline.

—Tiene una temporada muy mala. Desde que volvió de Madrid está todo el día enfadado y bebe más de la cuenta.

Cuando se quedaron solos, la expresión de la mirada de Caroline hizo que Mateo se preocupara. La sonrisa desapareció por completo de su cara. Ella le cogió del brazo y se dirigieron hacia la cocina donde estaba David.

—¿Qué quieres tomar, Mateo? —le preguntó ella.

—No le des alcohol, es muy temprano para el señorito —dijo David.

—Te estás comportando como un idiota —le contestó su mujer.

Mateo se sentía incómodo, aquella situación no presagiaba una comida muy agradable.

—Tomaré una cerveza sin alcohol. Os he traído unas castañas que sé que os gustan mucho. Las cocí esta mañana. Por cierto, David, ¿hasta cuándo te quedaste en Madrid?

Mateo se quedó mirándole fijamente a los ojos. David bajó su mirada y se paró un rato antes de responder. Parecía que estaba pensando si seguir por el mismo camino o cambiar de actitud.

—No sé qué interés tiene para ti. Voy a preparar un aperitivo —respondió David con la rabia de un niño pequeño reflejada en su cara.

—Insisto en que lo único que pretendía era no preocuparos. Lo siento, pero ya había demasiada gente involucrada por mi culpa. Si os parece en la comida os lo cuento todo desde el principio.

—No pasa nada, Mateo. Lo importante es que estés aquí y que no te haya ocurrido nada —le dijo Caroline.

David estaba peleándose con la tarea de cortar un queso. Al acabar se sirvió otra copa de vino y habló:

—Después del primer incidente en la joyería, estuve cuatro días más. Me pasé un día a saludar a Carlos y Samuel y entonces me contaron lo que había ocurrido, estaban algo asustados, pero me pidieron que si hablaba contigo no te dijera nada.

—Son unos buenos amigos —contestó Mateo.

—Creo que Carlos está mucho mejor y que ya ha salido de la UVI —dijo Caroline.

—Lo peor ya ha pasado. Ahora tiene que descansar y cuidarse más de lo que lo hacía últimamente.

—¿Qué os parece si nos tomamos el aperitivo sentados en la mesa? —dijo Caroline.

La parte de atrás de la cocina era un espacio en forma de semicírculo con una cristalera que iba desde el suelo hasta el techo. Desde allí se podía ver el jardín donde se encontraba la piscina, un jardín que en aquel momento solo mostraba el verde intenso de la hierba. En los buenos días de verano, la cristalera estaba abierta y permitía disfrutar de aquel rincón protegido del aire, donde las flores que plantaba Caroline lo llenaban de color. Los tres se sentaron alrededor de una mesa redonda que ocupaba la zona central de la cristalera.

—Bueno, empieza a contarnos. Estamos ansiosos —dijo David.

Mateo le miró. Pensó que las comidas con el subinspector Elías debían de haber sido una buena fuente de información para David.

—Me imagino que conoceréis mucho de lo que os voy a contar. David tiene unas buenas amistades —dijo Mateo mirando fijamente a los ojos de su amigo.

No se quiso olvidar de nada, de ningún detalle, las pocas preguntas que le hicieron le confirmaron que estaban al tanto de todo.

—Qué suerte ha tenido nuestro amigo Mateo —dijo David sonriendo con la mirada puesta en Caroline.

—No sé por qué dices eso —le respondió su mujer.

—Pero no te has dado cuenta de que excepto la historia del payaso en El Retiro, que a lo mejor es una obsesión de Mateo, siempre que ha habido algún peligro él no ha estado presente.

Aquello molestó mucho a Mateo.

—David, creo que ya te he dado suficientes explicaciones. Tampoco soy el único que no les cuenta todo a sus amigos. Lo que acabas de decir es de un pésimo gusto.

David sonreía y rellenaba su copa. En tono divertido le dijo que no se enfadara, solo había hecho un comentario sobre cómo habían ocurrido las cosas.

Caroline se levantó y le pidió a Mateo que le ayudará a poner los platos. Sobre la mesa puso las fuentes con unos enormes bichos peludos y de aspecto prehistórico. En ambos casos con el cuerpo hacia arriba y las patas separadas y colocadas a su alrededor. La preparación de una centolla es un trabajo sencillo, pero exige la misma precisión con la que un médico forense disecciona un cadáver.

—La de esa fuente es para David. Ya sabes que al él le gusta prepararla con vino.

Para Mateo el único sitio donde se debía realizar aquella mezcla era en el estómago.

—Creo que ahora sí que tomaré algo de vino, pero preferiría tinto.

David abrió una botella y le sirvió una copa.

—Bueno, Mateo, y ahora ¿qué vas a hacer?, si pasa algún tiempo y no aparece el dueño, el diamante será tuyo —dijo David.

—La verdad que no tengo interés después de lo que ha pasado, además, siendo una pieza ilegal, no sé si tengo algún derecho sobre ella.

—¡No tienes interés! después de todo lo que has montado, ahora resulta que no tienes ningún interés. ¡Qué cachondo eres!

Mateo vio que la actitud de David no cambiaba, nunca le había visto tan desagradable como en aquella ocasión. Pensó que lo mejor era no contestarle.

—David, creo que ya no debes beber más. No te conviene y, además, te estas comportando como un estúpido —dijo Caroline.

—Oh... Cariño, déjame un poquito más. Solo para tomar ese pescado que has preparado y que tanto le gusta a tu querido amigo.

Más alcohol iba a convertir aquella situación en insostenible. Mateo tomó una decisión que esperaba que no empeorara las cosas.

—Mira, David, si sigues por ese camino lo voy a sentir mucho y me voy a tener que ir. Y lo siento por tu mujer. Si tienes algún problema conmigo lo hablamos otro día tú y yo.

David se levantó y del frigorífico sacó otra botella de vino blanco.

—El señor se ha enfadado. Y lo siente por mi mujercita. ¡A mí que me parta un rayo! Lo que me pase a mí le importa un comino.

La voz de Caroline sonó elevada y rotunda, Mateo nunca había visto aquella expresión en su cara.

—¡Ya está bien! Te estás comportando como un caprichoso. Como lo que has sido toda tu vida. No te han servido las explicaciones de Mateo, y todo por una tontería. ¿Qué te va a pasar a ti?

David se bebió una copa de un trago. Habló con una voz que el alcohol había vuelto pastosa y con la lengua interrumpiendo la salida de las palabras.

—Y tú defiéndele. Siempre le has defendido. Es el tipo perfecto, no entiendo como no te has casado con él.

Mateo resopló mientras se levantaba de su silla.

—Creo que lo mejor será que me vaya. Lo siento Caroline.

—Tú no te vas a ningún lado. Ahora te comes el puñetero pescado que está en el horno. Aquí el que se va soy yo y dejo solos a los dos tortolitos —dijo David que de un manotazo lanzó la copa al suelo y salió por la puerta.

Se oyó el ruido de un motor.

—No debería conducir ahora —dijo Mateo mientras volvía a sentarse.

—No te preocupes, está acostumbrado y, además, no nos haría ni caso. Si le para la policía, mejor.

Durante un rato, mientras ayudaba a Caroline a recoger los cristales del suelo, ambos permanecieron en silencio.

—Voy a sacar el pescado del horno —dijo Caroline con una voz quebrada que Mateo nunca había escuchado.

—Creo que no voy a comer nada más, se me han quitado las ganas —dijo Mateo.

—A mí me pasa lo mismo —le respondió Caroline.

Recogieron la mesa y, mientras Mateo hacía café, Caroline sacó una tarta del frigorífico.

—Un poco de dulce seguro que nos viene bien. Siento lo que ha ocurrido, Mateo.

—No tienes que disculparte por nada. No lo entiendo, nunca le había visto así.

—Como te dije, lleva una temporada muy mala y hoy ha estallado.

—¿No volverá a tener problemas con el juego? —preguntó Mateo.

—No lo creo, ahora no tiene ninguna posibilidad. No tiene acceso a las cuentas y soy yo la que le doy dinero para sus gastos. Las tarjetas también las controlo yo.

Mateo la miró extrañado, no se imaginaba a David dependiendo de esa forma de su mujer.

—Mira, Mateo, cuando descubrí el problema de David con el juego acordamos unas reglas. Yo manejaría los aspectos económicos del negocio y de la casa, y él seguiría siendo el relaciones públicas y quien contactara con los proveedores y los clientes. No iba a dejar que destrozara un negocio que mi padre me dejó a mí y a mí hijo.

—Sabía que el negocio original era de tu padre, pero no tenía ni idea de que ahora lo gestionaras tú.

—Mi padre siempre me dijo que debía ser yo quien lo hiciera, no desconfiaba de David, pero tenía una idea muy clara de cómo se debían llevar los negocios familiares. En realidad David es un empleado ya que cuando nos casamos lo hicimos en régimen de separación de bienes, el negocio siempre ha estado a mi nombre. Al fin y al cabo, cuando le conocí, él no tenía nada. Solo algo de dinero que había ahorrado cuando estuvo embarcado en los bacaladeros.

Lo que más sorprendía a Mateo de aquella historia era que no entendía la razón por la que ella seguía al lado de David, era un misterio para él.

—¿Con leche y muy caliente? —le preguntó Caroline sin darle tiempo a responder. Conocía perfectamente los gustos de Mateo.

—Seguramente te preguntas qué sigo haciendo al lado de David.

Mateo la miró en silencio.

—El amor ya ha pasado. Sigo con él porque es el padre de mi hijo, porque le necesito para el negocio y además, ahora no le podría dejar solo. Sé que esta situación no será para siempre.

Después de aquella frase de Caroline, Mateo pensó que ella estaba convencida de que su matrimonio había llegado al final y solo esperaba el momento adecuado para enterrarlo.

—Te estoy aburriendo con mis problemas. Vamos a cambiar de tema. Cuéntame cómo están tus hijas, tu nieto, me imagino que habrá crecido mucho —dijo Caroline que de nuevo sonrió.

Pasaron el resto de la tarde hablando de las hijas y el nieto de Mateo. Salieron a dar un paseo alrededor de la casa. La hierba se encontraba mullida por la humedad y, excepto los camelios, el resto de los árboles estaban desnudos. En el invernadero, Caroline le mostró los esquejes que tenía pensado plantar la próxima primavera.

Ella se ofreció a llevarle a casa, pero después de lo ocurrido Mateo prefería ir andando.

—Llámame si necesitas algo. Me preocupa que no haya vuelto David —dijo Mateo.

—No pasa nada. Cuando vuelva se irá a su habitación y dormirá la mona.

Cuando llegó a casa Mateo intentó distraerse. Leyó, vio la televisión y salió con Buck a dar un paseo. No dejaba de pensar en el último comentario de Caroline, no tenía ni idea de que cada uno tenía su habitación. También había descubierto una faceta desconocida de ella, cuando la sonrisa desaparecía de su cara. La llamó un par de veces para saber si David había vuelto, ella insistió en que no se preocupara. Mateo no podía entender el comportamiento de David, pero tampoco el de Caroline. Decidió que lo mejor era dejar de pensar en ello y centrarse en la cita que al día siguiente tendría con Esther.

CAPÍTULO V

Ballenas y peregrinos

Había quedado que Esther le pasaría a recoger sobre las diez. Mateo escuchó en la radio que la previsión meteorológica pronosticaba un día nublado con posibilidades de lluvia y tormenta a primera hora de la tarde. Salió al exterior, el día tenía un color grisáceo y el cielo se escondía detrás de una plancha de zinc. A la pregunta de si va a llover, un gallego respondería que depende. La Real Academia Española en una de las acepciones de «depender» dice: «estar o quedar al arbitrio de una voluntad». Los gallegos no son desconfiados, son personas con una mente muy analítica. Antes de tomar una decisión: observan, razonan y contrastan diferentes alternativas. Por eso, todo tiene «un depende». En el caso de la lluvia dependerá de muchas cosas, entre ellas del viento, si aparece se llevará las nubes, limpiará el cielo y no lloverá.

Mientras la esperaba, se sentó frente a la chimenea y escuchó a Stelly Dan. «Así el peligro de las rocas es sin duda el pasado. Todavía sigo atado al mástil. Podría ser que haya encontrado mi casa. Por fin en casa». *Home at last.*

No aguantó mucho tiempo sentado, salió a esperarla con casi diez minutos de antelación, estaba inquieto y no podía permanecer parado. Miró de nuevo al cielo y volvió a revisar las predicciones del tiempo, esta vez en el móvil; lo mismo que había escuchado en la radio. Esther llegó puntualmente. Ella se bajó del coche y se dieron un beso en la mejilla, cálido, que contrastaba con el ambiente que los rodeaba. En ese momento, ante sus ojos, desapareció la inspectora de policía.

—Buenos días, Mateo. Me tienes intrigada con tus ganas de ir a San Andrés.

Dentro del coche y, durante el camino, le hablo de su encuentro en Nueva York con Joaquín y Rafa. La visita a la exposición y lo que había visto y leído sobre la obsesión de los egipcios con el más allá. La lectura de *El Libro de los muertos* fue la que le recordó a San Andrés.

Mateo no quería que los últimos acontecimientos enturbiaran el día, un día que había tardado mucho en llegar. En la expresión de Esther vio que se encontraba contenta y relajada, la misma sensación que él tenía pero que contrastaba con la inquietud que le producía cuando la miraba a los ojos.

No le tuvo que dar indicaciones, ella conocía perfectamente el camino. Salieron a la carretera general, pasaron por la Puerta del Sol y fueron dejando a su izquierda las playas de la Frouxeira y de Pantin. Pararon para tomar un café en un bar desde cuya terraza se podía contemplar la playa de Villarube, la puerta de entrada a la ría de Cedeira. Un lugar donde el mar decidió tomarse un respiro. Allí, entre los ríos Das Mestas y Das Ferrerías, el Atlántico había horadado un hueco donde descansar, donde la bravura del océano se convertía en un apacible y casi invisible oleaje que se dejaba oír de forma incansable durante día y la noche.

—Hace mucho que no voy a San Andrés, me apetece ir y pasar un día sin sobresaltos —dijo Esther—. Pero sigo intrigada en como relacionaste San Andrés conmigo.

Aquella pregunta hizo que Mateo se sintiera como en una montaña rusa, le daba vértigo responder pero algo tenía que decir.

—La verdad que no hubo ninguna relación. Cuando decidí que quería ir a San Andrés inmediatamente se me vino a la cabeza que me gustaría ir contigo.

Esther sonrió y se levantó.

—Me gusta que te hayas acordado de mí. Voy al baño y si quieres luego nos vamos.

Mateo se sintió aliviado, pidió la cuenta y se dirigió al coche a esperarla.

La distancia entre Villarube y Cedeira era de pocos kilómetros por una carretera sinuosa que en muchos lugares se encuentra oscurecida por la sombra de los eucaliptos que la bordean. Después de cruzar el puente que hace de frontera con el municipio de Valdoviño, enseguida se llega a Cedeira y desde allí cogieron la carretera para ir hasta Cariño.

Mateo había decidido que antes de ir a San Andrés le enseñaría a Esther el lugar donde el hombre había decidido dividir el océano.

—Mateo, ¿tú crees que tendremos niebla?

—Ya sabes que la niebla de San Andrés no se puede predecir. Es el mar quien toma esa decisión sin previo aviso.

El silencio dentro del coche en el que fueron los últimos kilómetros era un perfecto compañero de la suavidad con la que Esther conducía. Las indicaciones de Mateo eran lo único que interrumpía el sosiego que producía viajar por aquel lugar. Un paraje marcado por el silencioso rugir del viento, por el aire impregnado en salitre y por las rocas que emergían entre los berzales y las retamas.

En Cariño cogieron la carretera que, paralela al mar, asciende hasta Cabo Ortegal. Conformen avanzaban, las laderas sobre el océano se convertían en escarpados precipicios que iban ganando en verticalidad.

Cuando se bajaron del coche, la vista desde el Faro de cabo Ortegal hizo que Esther se agarrara del brazo de Mateo como si fuese su único anclaje al mundo. Se quedaron sobrecogidos viendo cómo los tres Aguillóns desafiaban la salvaje frontera entre los dos mares: el océano Atlántico y el mar Cantábrico. Sobre los tres pequeños islotes, la fiereza del oleaje se convertía en espuma batía sin descanso. Las afiladas rocas quedaban cubiertas por un manto blanco que se renovaba con cada sacudida del mar.

—¿Alguna vez habías visto tanto mar? —le preguntó Mateo a Esther.

Ella se quedó callada, él sintió cómo se enroscaba con fuerza en su brazo. Se quedaron así un rato hasta que él le dijo que mirara a la izquierda.

—Estás viendo los acantilados más altos de la Europa continental. Luego iremos allí arriba a la garita de Herbeira.

Esther, sonriendo, le dijo.

—¿Sabías que el acantilado que baja desde la garita tiene una altura de casi 620 metros? Miró a la derecha y continuó hablando sin que la sonrisa desapareciera de su cara. —Por allí, la Estaca de Bares que hoy no se puede ver por la bruma.

Mateo también sonrió, cuando visitaba aquel lugar siempre contaba aquella historia, aunque supiera que quienes le estuvieran oyendo ya la conocieran.

Los dos se quedaron contemplando los acantilados, sus miradas transmitían la fascinación que les producía ver cómo la tierra se precipitaba sobre el mar.

De nuevo en el coche cogieron la carretera que los llevaría a San Andrés. A mitad de camino vieron los primeros caballos salvajes, los garañones y las bestas¹⁸ acompañadas de sus potros. Animales que durante el año vivían en total libertad. Mateo le dijo a Esther que parara el coche.

¹⁸ Denominación de los machos y hembras de los caballos salvajes.

Se bajaron y ella no se alejó mucho de él. Mateo notó el respeto que aquel lugar le producía a ella y le preguntó si no había estado nunca allí.

—Solo he venido una vez por aquí pero fui directamente a la ermita de San Andrés.

—No me puedo creer que solo hayas venido una vez. ¿Nunca has visto *a rapa das bestas*?¹⁹

[19](#) Fiesta que se celebra todos los años en diversos lugares de Galicia que consiste en recoger los caballos en un recinto cerrado (curro) y cortarles las crines.

—Todos los años digo que tengo que venir, pero al final nunca lo hago. He visto algún vídeo de cómo reúnen los caballos, los marcan y les cortan las crines.

Se quedaron mudos escuchando cómo el silencio era interrumpido por el acompasado susurro de las aspas que movían los molinos de viento que generaban energía. Unos gigantes en el medio de un paisaje de matorral verde y húmedo. Como una guardia pretoriana, los colosos estaban custodiados por las vacas salvajes que, con paciencia, pasan las horas alimentándose de la hierba que crece en aquel paraje. Esther se puso detrás de Mateo y le confesó el pánico que tenía ante la presencia de las vacas.

—Me gusta este sitio y por eso he querido que bajásemos del coche. ¡No entiendo cómo te dan miedo las vacas! Siempre que las miro, cuando descansan, cuando comen o están rumiando, me parecen animales muy solitarios y pacíficos. No hablan ni se quejan, nunca se ríen y tampoco parece que quieran discutir.

Esther se rió ante aquel comentario, Mateo había conseguido que se relajara y que pudiera quedarse un rato disfrutando de aquel paraje donde convivían los avances tecnológicos y la vida salvaje. Regresaron al coche y Mateo se comprometió a llevarla a la próxima *rapa das bestas*.

La siguiente parada fue en la Garita de Herbeira. Un lugar donde la visión del océano sobrecoge. Los acantilados son fortificaciones construidas por la propia tierra para hacerla inexpugnable. Ningún pirata, ni vikingos, ni bárbaros, ni Alejandro, ni Filipos, ni Napoleones serían capaces de conquistarla. Una mirada desde donde lo lejano no tiene límites.

Cuando John Hanning Speke contempló las cataratas del Gran río, anotó en su *Diario del descubrimiento de las fuentes del Nilo* (1863) que aquel lugar le resultaba fantástico, salvaje y romántico «sin par»^{[20](#)}. Lo mismo podría decirse del mirador de Herbeira.

[20](#) Anotación en el blog de Pablo A Sande en la entrada «El pequeño faro rojo» publicada el viernes 20 de mayo de 2016.

Esther, que nunca había estado allí, se sorprendió al ver cómo la niebla, sutil y amenazadora, iba invadiendo la superficie del mar.

—Mateo, ¿cómo puede ser que la niebla avance con esa rapidez?

—Yo creo que, como los acantilados, es un aviso a posibles invasores de que estos lugares son inalcanzables. Ahora Nos tenemos que ir. Creo que la

bruma puede complicarnos el viaje hasta San Andrés.

Los pocos minutos que tardaron en llegar hasta el coche fueron suficientes para que se vieran envueltos por una neblina gris que los empapaba, e impedía que sus ojos pudieran distinguir más allá de un par de metros. Mateo quería que Esther sintiera la magia de aquel lugar. Se paró, le cogió la mano y le dijo que cerrara los ojos y escuchara. La niebla se deslizaba produciendo un leve susurro, fantasmal, que lo invadía todo con suavidad.

Entremos en el coche, tengo frío —dijo Esther.

Durante un rato ella fue conduciendo por intuición y con las indicaciones de Mateo. La carretera había desaparecido, en realidad todo había desaparecido. Detuvo el coche y se miraron. Ellos dos y el silencio eran lo único real.

Salieron con la intención de intentar adivinar cuál era la dirección correcta. Hacía frío, la niebla penetraba a través de su ropa hasta llegar al interior de los huesos.

Mateo la miró, le puso un dedo sobre los labios, señaló sus oídos y le cerró los ojos. Un sonido metálico se oía a lo lejos. Permanecieron en silencio hasta que Mateo lo reconoció. Era un badajo de los que llevan las vacas que van acompañadas de su dueño.

—Ehhhhhhhh —gritó Mateo.

—¿Quen va?²¹ —se oyó a lo lejos.

²¹ En gallego: ¿Quién va?

—¿Pra San Andrés?²² —volvió a gritar Mateo.

²² En gallego: ¿Para San Andrés?

—En liña recta e na primeira á dereita²³ —respondió aquella voz lejana.

²³ En gallego: En línea recta y la primera a la derecha

Esther observaba sorprendida aquella conversación.

—¡Es un paisano que está con su ganado! —dijo Mateo.

Se rio, la cogió la mano y de nuevo se metieron en el coche.

Con la calefacción al máximo intentaron eliminar la humedad de sus cuerpos. Esther conducía muy despacio, pero con la tranquilidad de saber cuál era la dirección correcta.

Al llegar a San Andrés, la niebla empezó a retirarse de la misma manera que había aparecido: sin avisar. En el horizonte, sobre el mar, dejó un rastro que permanecía agazapado como una amenaza que en cualquier momento podría volver y apoderarse de aquellas tierras.

Entraron en la ermita, se sentaron y, después de un rato, Mateo se levantó y se dirigió a encender unas velas. Esther se sorprendió, no se imaginaba aquel gesto de Mateo. En aquel lugar se podían sentir las leyendas y los rituales ancestrales que envolvían Galicia. Mateo pensó en *El Libro de los muertos*. Se imaginó cómo el espíritu de los faraones, en sus barcazas, peregrinaban hasta aquel santuario.

Al salir de la capilla, Mateo se acercó a uno de los puestos de venta de recuerdos y le regaló a Esther una figura típica de San Andrés, moldeada con pan y con forma de mano, un sanandresiño²⁴ que pide por el amor, las buenas compañías y la amistad.

²⁴ Figuras representativas de la romería a San Andrés que se hacen con miga de pan.

Recorrieron los lugares tradicionales: en la fuente de los tres caños²⁵ cerraron los ojos y pidieron un deseo, Mateo le mostró algunos sitios donde crecía la *herba de namorar*²⁶ y bajaron por la empinada pradera desde donde se podía contemplar como el mar se mecía sobre los acantilados. A lo lejos, el brumoso horizonte parecía finito. El murmullo del mar y el sonido de algún badajo, lejano e intermitente, se deslizaban sobre el paraje que les rodeaba, un paraje que podía parecer inquietante y donde el ritmo de la naturaleza era su único morador. Se sentaron sobre la hierba y estuvieron un rato en silencio, contemplando el océano. Mateo miró de reojo a Esther, la vio relajada, no la quiso molestar. Sabía que en ella estaba disfrutando de ese momento en que los seres humanos se vuelven egoístas, ignoran todo lo que sucede a su alrededor, solo sienten el instante, no hay pasado que les frustre ni futuro que les provoque ansiedad.

²⁵ Esta es una de las versiones que hay sobre la fuente de los tres caños (*a fonte dos tres canos*), o “fuente del santo” (*fonte do santo*), a la que se le consultaba sobre si San Andrés concedería o no lo que se le pedía. Para eso primero se pedía un deseo, o petición, a San Andrés y luego se bebía del agua de los tres cañitos, después se tiraba una miga de pan, si flotaba era porque el santo atendería la súplica; si se hundía, no había esperanza.

²⁶ En gallego: hierba de enamorar. Se dice que es buena para solventar los problemas de
amores.

Fue Esther la que se levantó al cabo de un rato, Mateo se había tumbado sobre la hierba y ella le dio sus manos para ayudarle a ponerse de pie. De vuelta hacia el coche y dado que llegarían a tiempo, él le propuso ir a comer a Valdoviño.

—Nunca había visto San Andrés como hoy —dijo Esther.

Mateo la interrogó en silencio.

—Siempre había estado en verano, con sol y muchos turistas.

—Hoy hemos tenido suerte —le respondió Mateo—. Me gusta San Andrés en días solitarios y nublados.

Durante el camino Mateo continuó hablando del libro de los muertos y de lo que había descubierto en su estancia en Nueva York. No hizo ningún comentario de su conversación con Rafa sobre el tráfico de diamantes. Solo quería que los únicos nubarrones de aquel día fueran los que trajera la meteorología.

En el restaurante, Esther se dejó guiar por Mateo. Peces del día y cocina con productos frescos. De entrante, unas almejas a la plancha de la ría de Ferrol, insistió Mateo. Como plato principal, una parrillada con abadejo y robaliza²⁷. Mateo le explicó a Esther la forma en la que se debían tratar aquellos alimentos: una cocina natural, sin artificios y sin engaños. Todo lo contrario es un sacrilegio, dijo de forma contundente. Esther disfrutaba con lo que estaba comiendo y se lo dijo a Mateo, le gustaban aquellas texturas y matices que impregnaban su paladar. Mateo le contó el recuerdo que tenía de su padre pescando robalizas. En verano, solía ir al anochecer. A su memoria vinieron las luces de los pescadores sentados a lo largo de la playa, como si una hilera de luciérnagas invadiera la orilla del mar cada noche.

²⁷ Lubina.

Acompañando a la parrillada, una ensalada con un sabor del pasado. Desde el centro de la mesa, el olor del tomate lo envolvía todo. La lechuga emocionaba al ponerla en la boca. Dos alimentos simples que recordaban otros tiempos en los que el pan se hacía en hornos de leña, las legumbres se compraban a granel, la leche fresca del día dejaba una capa de nata en la superficie, las gallinas y los pollos vivían en el campo, la fruta se pesaba en balanzas romanas y no hacía falta manipular la genética de los alimentos.

Después de comer, y aunque sobre el monte Campelo unas nubes negras amenazaban con cubrir de sombra el mar, decidieron dar un paseo por la Frouxeira. Con los pantalones remangados y los zapatos en las manos comenzaron a caminar sobre la arena húmeda y fría.

—Oye, Mateo, ¿eres creyente? —le dijo Esther.

—Menuda pregunta que me haces. ¿No será por lo que sucedió cuando nos perdimos en la niebla?

—¿Qué tiene que ver lo que ocurrió en la niebla con ser creyente? —dijo Esther.

—Alguna vez he oído a la gente de estos lugares que, cuando te pierdes en la niebla, quien te viene a rescatar es San Andrés —le respondió Mateo.

Esther le miró sonriente.

—No me estarás diciendo que crees que quien nos dio las indicaciones fue San Andrés. Yo estaba hablando en serio.

Mateo miraba la oscuridad que se había instalado sobre el monte Campelo y que impedía ver su punto más alto, el Pico de la Vela. Pensó que le hubiera gustado que fuera San Andrés quien les hubiera ayudado, algo que tendría que ver con sus sueños y sus fantasías.

—Me imagino que con tu pregunta ¿te refieres a si creo en Dios?

Esther movió su cabeza con gesto afirmativo.

—Pues hay días y hasta momentos en que no y otros en los que me da igual su existencia. Y tú, ¿crees en Dios? —respondió Mateo.

—Sí, por supuesto, no soy religiosa, pero sí creyente. No entiendo a las personas que no creen.

—Es muy fácil. Yo, hasta en los momentos en los que no creo, pienso que Dios existe.

Caminaban descalzos sobre la arena en la que iban dejando la marca de sus huellas, unas huellas que desaparecían bajo la suave capa de agua que el mar empujaba hasta la orilla.

—No entiendo nada de lo que me dices —le dijo Esther.

—Si hay millones de personas que creen que Dios existe, ¿quién soy yo para negar su existencia?

—Creo que todo es mucho más sencillo de lo que tú pretendes. No sé porque te hice esta pregunta, me extraño alguna de las cosas que te vi hacer hoy.

Él la miró y riéndose y le dijo:

—Te voy a regalar un libro. *150 palabras*. Seguro que te gusta. Uno de los relatos, *A los dioses les gusta jugar*, tiene que ver con lo que estamos hablando.

En ese momento se oyó un estruendo en lo alto del monte y no eran las viejas baterías de la costa que habían vuelto a funcionar. La tormenta avanzaba hacia ellos. Decidieron dar la vuelta y acelerar el paso. A mitad de camino, el cielo abrió sus puertas y los goznes crujieron sobre sus cabezas. Primero cayeron unas gotas gruesas y redondas. Con ritmo y sin compasión se fueron convirtiendo en agresivas mantas de agua que les impedían abrir los ojos. Daba igual la velocidad de sus pasos, el agua los atravesaba sin compasión.

Por simpatía, o puros celos, el mar rugió y se convirtió en una masa negra enfurecida. Excepto la arena que pisaban les rodeaba de un aluvión de aguas encrespadas. En Valdoviño, algunas veces, la lluvia entra sin pedir permiso pero en aquella ocasión había advertido de su salvaje llegada.

Hasta que estuvieron dentro del coche, no se pudieron poner los zapatos. Por su aspecto parecía que se habían bañado vestidos en el mar. Sobre la cara de Esther colgaban los mechones de pelo empapado en los que se había convertido su melena. No podía hablar, estaba aterida. Le costó encender el coche, las manos le temblaban. Mateo se las cogió, las frotó con suavidad y sopló sobre ellas. Le separó el pelo de la frente y le dijo:

—Vamos a mi casa. Allí nos secamos y entraremos en calor.

Buck no salió a recibirlos, estaba protegido debajo del porche. El aire olía a los robles y castaños que habían perdido su robustez, convertidos en cortinas de humo que eran devoradas por la lluvia al salir por la chimenea. Al entrar en casa, Mateo removi6 el fuego y echó dos grandes troncos. Llevó a Esther hasta una de las habitaciones, le dio unas toallas y le ofreció que se diera una ducha caliente. También le dejó una camiseta, un enorme jersey y unos calcetines para que pudiera cambiarse. Luego fue a su habitación, se quitó la ropa empapada y se puso debajo del chorro de agua hirviendo. Al salir, se fue directamente a la cocina donde preparó café.

Esther estaba de espaldas, mirando la chimenea. Solo llevaba la camiseta que se había pegado a su piel. Cuando se dio la vuelta, las miradas de ambos recorrieron sus cuerpos. Mateo se acercó y le dio una taza de café. Ella la cogió con las dos manos y, después de darle un sorbo, la dejó en la repisa de la chimenea. Los dos miraban cómo las llamas devoraban los troncos, la chimenea desprendía un aire cálido e inquietante que les envolvía. Cuando Mateo iba a hablar, los labios húmedos de Esther se lo impidieron. La abrazó y sintió la firmeza de su cuerpo, sus lenguas empezaron a combatir. La cogió de la mano para ir a la habitación, ella le paró.

—¡Quiero que nos quedemos aquí!

Mateo sentía la ternura de su piel. No se atrevía a mirarle a la cara, tenía miedo. Ella le besó, él notó su lengua ansiosa dentro de su boca. Sus cinturas estaban tensas y agitadas. La cogió por las caderas y la levantó apretándola con fuerza contra su cuerpo. Metió sus manos por debajo de la ropa, sus muslos desnudos le excitaban aún más. Subió su camiseta hasta ver sus pechos. Al acariciarlos ella se estremeció, la desnudó y la tumbó en el suelo y él se

tendió junto a ella. Esther le quitó la ropa, le acariciaba su torso y lo mordisqueaba, él se sentía impaciente.

Empezó a sonar *Modern love* de David Bowie. Pasaron las horas hasta que el fuego rindió a la madera convirtiéndola en brasas. Como sus cuerpos, los rescoldos siguieron desprendiendo calor y la noche se movió al ritmo de la música que no dejó de sonar, una y otra vez se repitió la misma selección.

Mateo abrió los ojos. Estaba solo en la cama, la luz entraba por las ventanas de su habitación. Sonrió al escuchar la música: «¿Qué hace una chica como tú en un sitio como este?, ¿qué clase de aventura has venido a buscar?... Mujer fatal siempre con problemas». Burning.

Esther entró en la habitación y se sentó al borde de la cama. De nuevo sus labios húmedos impidieron hablar a Mateo.

—Acabo de hacer el desayuno. Te espero en la cocina. —le dijo Esther.

Al levantarse, Mateo notó cómo el frío del suelo recorría su cuerpo desnudo. Miró por la ventana y vio como la tormenta había despojado a los árboles de su vestimenta. Algunas ramas y muchas hojas, vencidas, se extendían por el suelo. Por las que no habían sido derrotadas resbalaban grandes goterones de lluvia que el temporal había descargado sobre ellas.

Después de ducharse, echó un gran tronco en la chimenea para que se consumiera lentamente sin que las llamas lo devoraran. Delante de la chimenea, Mateo extendió una manta y Esther le ayudó a colocar las bandejas con café, té, zumo de naranja, pan recién tostado, aceite, tomate, unas lonchas muy finas de jamón y un bol lleno de mango y frambuesas. Los dos estaban hambrientos. Esther, que llevaba puesta la camiseta que Mateo le había dejado el día anterior, se sentó cruzando las piernas. Mateo, de rodillas, se dispuso a preparar las tostadas.

—Menuda mojadura que cogimos ayer —dijo Esther sonriendo. —Es imaginación mía o, cuando comenzó la tormenta, ¿estabas un poco asustado?

Mateo le respondió mientras preparaba el pan con aceite y tomate.

—Hay fenómenos de la naturaleza que me gusta contemplar a distancia como los temporales, las erupciones volcánicas o las tormentas eléctricas en el mar. Pero son tenebrosos para estar cerca de ellos. Me asustó el ruido de los truenos, me cogió desprevenido. ¡Parecía que las antiguas baterías de punta Frouxeira estuviesen disparando!

—En punta Frouxeira nunca hubo baterías. —le respondió Esther.

Mateo levantó los ojos y la miró extrañado.

—Las hubo en los túneles que hay bajo tierra. ¿Me imagino que habrás estado allí un montón de veces? —dijo Mateo.

—Claro que he estado, pero allí nunca hubo baterías. ¿Quién te lo contó? —le respondió Esther.

Mateo se quedó pensando que en realidad nadie se lo había dicho, siempre se había imaginado la existencia de los cañones. Antes de que pudiera seguir hablando, Esther le interrumpió mientras mordía una crujiente tostada de pan en su boca.

—¡Mmmm! que rico está el pan. ¡Y el tomate! ¿Es de tú huerto?

Mateo eludió la pregunta de Esther, en concreto aquel tomate se lo había dado John y prefería seguir hablando de los cañones.

—Entonces en los túneles de punta Frouxeira ¿qué había?

Esther dejó la tostada en el plato y se limpió los restos de tomate que tenía en sus labios. Después de beber un sorbo de café respondió a la pregunta de Mateo.

—Lo que había en esos túneles eran grandes proyectores que iluminaban la costa varios kilómetros mar adentro, creo que tenían una alcance máximo de algo más de 5000 metros. Su objetivo era identificar la posición de los barcos enemigos para que las baterías que había en monte Campelo efectuarán el ataque. Las únicas armas que había en la punta Frouxeira eran las de los soldados que había en las garitas de vigilancia militar que estaban conectadas con los túneles.

Mateo se tumbó en el suelo apoyándose sobre su brazo izquierdo, bebía una taza de té mientras observaba el entusiasmo que aquella conversación producía en Esther.

—Creo que alguna vez te lo he dicho. Soy muy aficionada a las armas y a su historia, por eso conozco la historia militar de punta Frouxeira y el monte Campelo, que es donde estuvieron las baterías. En concreto hubo unos cañones de fabricación inglesa, los Vickers. Se repartieron entre Campelo Alto con dos cañones de 38,1 cm., Campelo Bajo donde se instalaron 4 cañones de 15,24 cm. y una batería antiaérea en Campelo Alto con cañones de 10,5 cm.

Mateo estaba sorprendido con lo que le estaba contando Esther y con lo precisa que era con la descripción, no recordaba que le hubiese hablado de su afición por las armas.

Ella quiso continuar pero él la interrumpió.

—¿Pero en qué época estuvieron allí las baterías?

—Déjame que siga hablando de los cañones y luego te cuento la historia. Los cañones Vickers, y concretamente los que se trajeron aquí, eran la tecnología militar más moderna de su época. Llegaban a alcanzar los 35 kilómetros aunque se hicieron pruebas hasta los 42 kilómetros. Eran unas armas increíbles y para su transporte se tuvieron que construir carreteras, puertos y hasta maquinaria específica. Para su emplazamiento casi todo el mecanismo, así como las cureñas sobre las que reposaban los cañones, tenía que estar bajo tierra. Se puede ver en los restos que aún quedan en Campelo. Los cañones se montaban en parejas, acompañados de la batería para la defensa antiaérea.

Mateo se levantó para remover los troncos de la chimenea. Mientras lo hacía le volvió a preguntar a Esther por la época en la que habían estado instalados.

—Como veo que es lo único que te interesa, no te hablaré de las otras baterías de menor calibre que se instalaron para abatir a embarcaciones más pequeñas. Durante la dictadura de Primo de Rivera, se creó un plan de defensa para proteger las bases navales de Cartagena, Mahón y Ferrol. El plan de Ferrol se extendió a través de la costa del Golfo Ártabro —dijo Esther.

Mateo se estiro sobre la manta con las manos cruzadas debajo de su cabeza y mientras sonreía hizo una observación.

—«Portus Magnus Artabrorum»

Esther estiró una pierna y le dio un golpe en el costado.

—No paras de interrumpirme, será mejor que me calle.

Mateo acercó sus labios a los de ella y acarició su mejilla.

—Vale, vale, te prometo que no vuelvo a hablar.

—Veo que sabes lo que es el Golfo Ártabro —respondió Esther algo enojada.

Mateo sonrió y habló en tono de clemencia.

—El golfo Ártabro, del que ya hablaron los geógrafos grecorromanos, está formado por las rías de Coruña, Betanzos, Ares y Ferrol

—¡Bravo!—dijo Esther, ahora ya sonriendo. —¡Pues no sabía lo de los geógrafos! Bien, pues fue en la época de Primo de Rivera cuando se promulgo el plan de defensa y cuando comenzó la instalación de las baterías que terminaría durante la II República. Se instalaron las baterías de Campelo en Valdoviño, Prior Sur y Lobateiras en Ferrol en concreto en la zona de Doniños y las de San Pedro en Coruña.

Esther se tumbó al lado de Mateo mirándole fijamente a los ojos.

—¿Qué más quieres que te cuente?

—¿Dónde están ahora?

—Se desartillaron a los pocos años, en la década de los 40, los de Campelo Alto se trasladaron a Tarifa, los de Campelo Bajo se enviaron a Melilla y las baterías antiaéreas se destinaron a Cartagena y Mahón. Creo que alguna estuvo en servicio hasta 2008 aunque tampoco les he seguido la pista.

Mateo pensaba en como la historia era simplemente un relato de hechos contados de forma objetiva, como si el encargado de hacer el relato la viera desde una atalaya o desde las butacas de un teatro. El problema estaba cuando el cronista dejaba de ser imparcial y su narración se contagiaba con sus interpretaciones.

Apoyaron sus cabezas sobre unos cojines para mirar el fuego mientras jugueteaban con sus pies desnudos. Con el hechizo de las llamas y las cálidas caricias que salían de la chimenea, se fueron quedando dormidos.

Fue Esther la primera en abrir los ojos.

—Creo que es tarde y voy a tener que irme.

Mateo le propuso que se quedará a comer, pero ella insistió en que tenía que irse a preparar unos informes que debía presentar al día siguiente. Ella se tendió sobre su cuerpo y de nuevo sus labios húmedos silenciaron los de Mateo.

—Ha sido un día muy especial y me gustaría repetirlo.

Él solo le pudo responder con una caricia y le colocó el pelo, que caía sobre sus ojos, por detrás de las orejas. Siguió mirándola en silencio mientras ella se vestía.

La acompañó hasta el coche, se despidieron y al mismo tiempo que miraba cómo se alejaba, acarició a Buck en la cabeza y le dijo:

—De nuevo tú y yo solos. Es posible que esto solo haya sido un espejismo.

Decidió que no podía pasar el resto del día inactivo. Para comer se preparó una sopa de pescado con almejas, berberechos, una pequeña cola de merluza y unas gambas. Mientras se cocinaba lentamente, llamó a Teófilo y le preguntó si por la tarde podía llevarle hasta la Punta Frouxeira.

Después de la sopa una meiga²⁸ de lomo negro a la plancha, acompañada de una ensalada de remolacha. La comida activó su cuerpo abandonando el placentero letargo en el que se encontraba desde que se había despertado. Se preparó un café y, en compañía de Brian Ferry, contempló el fuego mientras pensaba en Esther y el día que había pasado con ella. A él también le gustaría repetirlo pero había algo que el daba miedo, seguramente la propia

inseguridad de sus sentimientos. *More tan this*: «Yo podría sentirlo en el momento, no existe manera de saberlo. Hojas caídas en la noche. ¿Quién puede decir dónde volaron?».

28 Gallo o rapante.

Un poco antes de las cuatro salió a esperar a Teófilo. Miró al cielo y comprobó como la tormenta había dejado paso a un día húmedo y sosegado. El cielo estaba limpio y la naturaleza se había tomado un reposo después de la batalla del día anterior.

—Estás poco hablador —le dijo Teófilo en el coche—. ¡Parece que el temporal de la noche te ha dejado también agotado a ti!

Mateo le miró complaciente, tenía pocas ganas de hablar.

—Creo que no va a llover más y no hace falta que me vayas a buscar. Volveré andando por la playa.

—Como quieras, pero ya sabes que no me cuesta trabajo ir a buscarte.

Mateo no insistió, durante el camino fue en silencio, observando las pequeñas carreteras que se cruzaban y que parecían llegar todas al mismo destino. El asfalto había sustituido las sendas de tierra que hacía muchos siglos habían sido transitadas por personas que vivían aisladas del resto del mundo. Sobre los prados, la hierba brillaba a la espera de que alguien la recogiera, un paisaje tranquilo que solo se veía alterado por alguna casa solitaria. Mateo recordaba que cuando era joven aquel pasto verde se utilizaba para dar alimento al ganado, se transportaba en carros de vacas que se movían con la misma lentitud con la que pasaba el tiempo y a cuyo paso, iba dejando el rastro producido por el rechinar de las ruedas de madera y los excrementos que con toda naturalidad expulsaban los animales que tiraban de las carretas. Cuando divisó la recta que llegaba hasta el faro, bajó su ventanilla y notó el olor limpio y fresco del salitre. Al despedirse de Teófilo, Mateo miró a su alrededor, estaba solo. Se subió el cuello del forro polar y se puso un gorro de lana. Tan solitario como él, ante sus ojos se erguía, imponente, el faro de Punta Frouxeira. Todas las noches, sin descanso, sus ojos se iluminan con la misma cadencia: cinco destellos y tres segundos de oscuridad y silencio. Con su presencia avisa a los navegantes para que no se acerquen a sus posesiones, un territorio que puede convertir sus navíos en barcos de papel. A unos metros del faro, la punta que le da su nombre, Frouxeira. La más atrevida, la que invade el mar con más osadía, sin temor, con templanza. A lo largo de la costa, desde Punta Campelo hasta Punta Ouzal aparecen otras puntas que son como pequeños retoños protegidos por su madre: Campelo, Blanca, Fontes,

Suacorte, Vieiteiro, Sardás, Faluchos, Fellura, Acoba, Prado, Corbeira, Gabeiras, Torella y Ouzal son guardianes que desafían al océano. En sus bajos, hasta en los días de calma chicha, el mar siempre está blanco. Sus constantes embestidas convierten el agua en un manto de espuma que regresa al océano a reposar, como el guerrero que descansa hasta el próximo asalto.

Mirando al mar, a la izquierda del faro, Mateo se sentó sobre una roca desde donde podía observar los acantilados de la costa de Meiras. Una frontera de peñascos, anclados en las profundidades de la tierra, que protegen aquel lugar de las acometidas del invasor. En el medio de la espuma, emerge un pequeño islote rocoso donde los marineros construyeron una ermita en honor de la Virgen del Porto. Un lugar al cual solo se puede acceder cuando la marea esta baja, donde el mar roto y embravecido lo vuelve invisible cubriéndolo de un manto blanco que ruge con cada embestida.

Mateo pensó en la historia de aquel lugar, una historias de la que quedaban pocas huellas, solo apuntes sueltos que se habían mezclado con las crónicas de una época donde la medida del tiempo tenía dos referentes: el sol y las campanas de la iglesia. A finales del siglo XIII cuando el auge de la pesca de la ballena se había extendido por la costa gallega, además de los puertos desde donde salían los barcos balleneros, en lugares alejados de los núcleos urbanos se instalaron factorías para el despiece y salazón de los cetáceos. Una de aquellas factorías se había instalado en Meiras, en O Porto. Mateo podía imaginar a los pobladores que habitaban aquel lugar, alejados del tiempo y ajenos a los acontecimientos que ocurrían en el resto del mundo: el siglo de las últimas cruzadas, de los viajes de Marco Polo, de la coronación de Gengis Kan como rey de los mongoles y del reinado de Alfonso X el Sabio. Gentes con rostros marcados con grandes surcos de sol y salitre, de manos rígidas y ásperas, esculpidas al abrir las entrañas de la tierra y arrancar las vísceras de los grandes cetáceos. Los veía transitar por caminos húmedos y embarrados, cubiertos por el gris de la lluvia, cruzando sus miradas con los peregrinos que caminaban hacia San Andrés. Mateo cerró los ojos y pudo ver las grandes luminarias sobre las que se ponían las marmitas en las que se depositaba la carne de los cetáceos, que una vez desollada y troceada, se transformaría en aceite para el alumbrado y las cocinas, y en grasas que posteriormente serían utilizadas para la elaboración de medicamentos y productos de cosmética. Desde allí eran transportadas las lenguas de los cetáceos, manjar gastronómico muy apreciado por los franceses, las barbas con las que se confeccionarían corsés y sombrillas, los huesos utilizados para la fabricación

de muebles y joyas y el esperma utilizado para la elaboración de ungüentos. De todo aquello no quedaba rastro, como las huellas que sobre la arena son borradas por la invasión del mar.

Se puso los cascos y bajó hasta la playa por una de las sendas de madera que protegen las dunas de la invasión humana. Escuchando la voz de Amy Winehouse se estremecía cada vez que ella repetía *Valerie*: «Bueno, algunas veces salgo sola y miro a través del agua. Pienso en todas las cosas que estás haciendo. Y en mi cabeza pinto una imagen».

La marea estaba baja y decidió caminar por la orilla con las botas de agua puestas. Le separaban algo más de tres kilómetros de arena solitaria hasta llegar al paseo de los ameneiros. El aire, frío y húmedo, acariciaba su rostro y le producía una grata sensación, la naturaleza siempre era generosa con todo lo que le ofrecía. Se quitó los cascos para poder escuchar el murmullo silencioso, solitario e incansable de las olas que se mecían sobre el mar. Un mar que aquel día había decidido vestirse de azul intenso. El cielo, del mismo color, estaba salpicado de pequeñas nubes blancas que, con paciencia, se cruzaban a su paso.

Mateo estaba relajado, nada que le perturbaba. Quizás tuviera razón Teófilo, la calma le había invadido después de la tempestad. Se acordó de Esther, con cariño, con ternura. Con ella disfrutaba el presente, pero no quería preocuparse por lo que fuera a ocurrir en el futuro.

Caminó lentamente, chapoteando en las pequeñas charcas que la marea baja había dejado al descubierto. Se paró a contemplar la línea del horizonte, el lugar donde se juntan el cielo con el océano, quizás fuese allí donde tuviese origen el ciclo infinito de las mareas. Al llegar a la altura de la Percebelleira aceleró el paso, cruzó a través de la arena blanda, la que el mar solo invadía en contadas ocasiones, y a través de una de las sendas de madera llegó al paseo de la laguna. Cuando cruzó por debajo de los ameneiros se quedó inmóvil. Un suave susurro le hizo cerrar los ojos. Sentía cómo los árboles se mecían con ternura y le susurraban que tuviera cuidado, que tanto él como amigos estaban en peligro. Apuró el paso y, cuando llegó a casa se sentía agotado. Después de jugar un rato con Buck, se hizo una infusión y decidió acostarse temprano. Una suave melodía le acompañó mientras sus ojos intentaban cerrarse, Diana Krall. *Just the way you are*: «No cambies el color de tu cabello. Tú siempre tendrás mi pasión silenciosa, aunque parezca que no me importa».

Dentro de la cama se sentía arropado, pero estaba inquieto. No podía dejar de pensar en el susurro de los ameneiros. ¿Quién podría estar en peligro? Los rostros de todos los que le rodeaban pasaron ante él. Excepto sus hijas, se preguntó si alguno de ellos podría ser el hombre encapuchado.

El camino de los perros

Por la mañana le recogió Teófilo para llevarle a Ferrol. La visita al médico transcurrió sin sorpresas. Mateo le contó lo sucedido, el doctor escuchó pacientemente como si aquella historia la hubiera oído más veces. A Mateo le extrañó la expresión de su rostro: no transmitía ni la más mínima emoción. Por su experiencia sabía que siempre era así, pero en aquella ocasión pensó que mostraría algún interés. El semblante del médico permanecía inalterable, ni siquiera le hizo preguntas que pretendieran indagar en aquellos hechos. Solo le dio los consejos de siempre: dormir y tomarse la vida con calma. En cuanto a la medicación le dijo que la siguiera tomando para prevenir los ataques de ansiedad y le aumentó la dosis para dormir, pero solo en caso de que fuera necesario. Al final fue muy rotundo insistiendo en que aquellos medicamentos no le resolverían su problema, solo eran paliativos para hacerlo más llevadero.

—Mientras usted no sea capaz de dejar de escarbar en su herida, cualquier situación fuera de lo normal le descompensará.

La advertencia del médico parecía clara, no eran los acontecimientos actuales los que le estaban haciendo perder su equilibrio.

—En el último año su mejoría ha sido notable. Ahora solo le falta cerrar el sentimiento de culpabilidad que tiene. Es como una herida que tarda en cicatrizar.

Mateo no hizo ningún comentario, hacía tiempo que ya no esperaba nada nuevo de sus visitas al médico. Algún retoque en la medicación y la insistencia de que el final estaba en sus manos. Se sentía cansado, los últimos metros se le estaban haciendo interminables, como si cada vez que diera un paso la distancia hasta llegar a la meta siguiera siendo la misma.

Había quedado con Caroline para tomar café y regresar juntos a Valdoviño. La última vez que se habían visto, ella le había mostrado una faceta de su personalidad hasta ahora oculta para él. Se conocían desde hacía muchos años y se tenían un aprecio que iba más allá de la simple amistad. Mateo había descubierto que ella mantenía una fachada que ocultaba parte de su vida real.

Caroline le recibió como siempre, sonriendo. Se dieron un beso en la mejilla que dejó desconcertado a Mateo. Tuvo una sensación extraña, una

atracción desconocida hasta entonces.

—Estas colorado, Mateo, ¿has venido apurado?

El comentario le turbó aún más, sin mirarle a la cara le preguntó si ya había pedido algo.

Llamo a la camarera. En principio pensaba tomar un café con leche, pero prefirió algo más enérgico, un sabor que concentrara sus sentidos en otras sensaciones.

Cuando comenzó a hablar no le quedó más remedio que mirar a la cara de Caroline. Sentía vergüenza, el día anterior había tenido una increíble relación con una mujer y ahora estaba delante de Caroline con aquel sentimiento desconcertante.

—¿Cómo siguen las cosas con David?, el otro día me quedé muy preocupado.

Por un instante el rostro de Caroline mostró un destello de tristeza que rápidamente cambió a una mueca de resignación. Deslizo su mano sobre la de Mateo, él de nuevo se sintió incómodo. Él aprovechó para desviar su mirada y ponerse a preparar aquellas increíbles tostadas de pan de borona que untaría con tomate y aceite. Ella continuó mirándole fijamente.

—Hoy te encuentro extraño. ¿Te ha dicho algo el médico que te ha preocupado?

Mateo percibió que ella se estaba dando cuenta de todo. En aquel momento no quería que Caroline fuese la mujer de David. Era una locura lo que estaba sintiendo, quería salir corriendo de allí.

—No, todo está bien. Me ha dicho que me tome la vida con calma y cierre las heridas pasadas.

—Yo creo que nunca hay que olvidar, pero no debemos consentir que recuerdos ingratos nos sigan afectando toda la vida. Debes mantener y recordar los buenos momentos, el resto enciérralos en un baúl —le respondió Caroline.

A Mateo no le pasó desapercibido que ella había evitado contestar a su pregunta y terminaron hablando de él. No tenía claro si había sido algo premeditado por parte de Caroline y decidió volver a insistir.

—No me has contestado. ¿Cómo está David?, y tú, ¿cómo estás?

—Mateo, cuando todo sigue igual lo único que ocurre es que empeora. No creo que esta situación se pueda seguir manteniendo. Ya solo pienso en cómo dejar las cosas arregladas —dijo Caroline, mirándole fijamente a los ojos.

De nuevo Mateo vio la mirada fría que había descubierto en su último encuentro. Era una Caroline que él desconocía. Sin decir nada concreto, hablaba como si tuviera un plan premeditado cuyos objetivos él desconocía. ¿Estaba pensando en divorciarse y separar a David del negocio familiar? ¿Pensaba regresar a vivir a Ámsterdam? ¿Había algo más oculto?

—Sabes que me disgusta lo que os está pasando. Si puedo hacer algo espero que me lo pidáis —dijo Mateo.

—Para mí tu compañía es suficiente —le dijo Caroline, poniendo de nuevo sus dedos sobre la mano de Mateo.

Esta vez él la retiró después de estrecharla con su mano, su mirada reflejaba que a aquella situación le resultaba incomoda.

—Hablemos de otra cosa —dijo ella—. ¿Hay alguna novedad sobre el asesinato? David me cuenta cosas, pero yo creo que sabe mucho más de lo que me dice.

Mateo dudó un momento sobre lo que le iba a decir, pero al recordar la relación de David con el subinspector Elías se disiparon todas las dudas. Decidió contarle lo que había hablado con Juan y comprobar cuál iba a ser su reacción. Según le iba relatando los hechos, se dio cuenta de que Caroline ya estaba enterada.

—Me da la impresión de que todo lo que te estoy contando ya lo sabes.

—Algo me dijo David. No quise entrar en detalles ya que cuando lo hizo estaba enfurecido. Decía que estaba muy claro quién era el responsable de lo ocurrido y que tú seguías empeñado en apoyarle. Yo creo que siente celos por tu relación con John y esa fue la razón de que montara el espectáculo el día que viniste a comer.

—¿Sabes quién le informó a él? —Mateo hizo la pregunta aunque ya conocía la respuesta. No quería jugar con ella, pero necesitaba conocer todo lo que ella sabía.

—No tengo ni idea, él me cuenta cosas, sin embargo yo desconozco quién se lo ha contado. Se pasa muchas horas fuera de casa y no sé por dónde anda.

—Tiene relación con un subinspector de policía que trabaja en el caso. Parece ser que le conoce desde hace muchos años.

—No lo sé. Lo único que me preocupa eres tú, Mateo. No quiero que te pase nada malo. Lo mejor que puedes hacer es alejarte. Creo que puede ser peligroso.

Mateo sintió que la expresión de Caroline era de nuevo la de una mujer que él no conocía. Un consejo maternal dicho con la máxima frialdad. De nuevo

habían entrado en una conversación en la que no se encontraba nada cómodo y era consciente de que, aquella vez, había sido él quien la había iniciado.

—Antes de irnos tengo que hacer unos recados. Si quieres me acompañas o me puedes esperar, será media hora —dijo Caroline.

De nuevo ella adivinó que aquella situación no le estaba resultando agradable a Mateo. Caroline insistió en invitarle. Se levantó a pagar y se acercó a la barra. Mateo se quedó mirándola. El descubrimiento de su desconocida personalidad la hacía aún más increíble. No sabía cuál era la razón, quizás la más que probable ruptura con David, pero lo que sentía hacia ella empezaba a traspasar la pura amistad.

Mientras Caroline hizo sus recados, él estuvo paseando sin rumbo fijo. Anduvo sin percibir lo que ocurría a su alrededor, si se hubiera cruzado con alguien conocido tampoco se habría dado cuenta. Tenía que aclarar su relación con Esther y Caroline.

En el viaje de regreso a Valdoviño hablaron de sus respectivos hijos, todos habían encontrado su futuro lejos de ellos. Era una marca de los tiempos en los que vivían, todo el esfuerzo para preparar una generación y el resultado final fue que tuvieron que emigrar a otros países. Al llegar a casa de Mateo se despidieron dentro del coche. Él era incapaz de mirarla. Tenía miedo de que los sentimientos pudieran escaparse. Ella le dijo:

—Cuídate mucho. Tengo miedo de que te ocurra algo.

Al bajarse del coche solo pudo despedirla con la mano, cuando vio que se alejaba se relajó, pero con el deseo de poder volver a verla cuanto antes. Tenía que eliminarlo de su cabeza. Caroline y David eran sus mejores amigos y él quería que continuara siendo así, además acababa de tener una aventura con otra mujer.

Decidió dar un paseo con Buck. No quería ver a nadie, solo andar deprisa, muy rápido y alejar aquellos pensamientos. No le fue posible, al llegar a los ameneiros éstos estaban muy inquietos, parecían anunciarle un peligro inminente. Dio la vuelta y regresó a casa con paso rápido, se preparó la comida y se tomó una dosis de medicación que le permitiera descansar. Se echó sobre la cama tuvo un sueño placentero en el que en algunos momentos le pareció haber oído, a lo lejos, los aullidos de Buck.

El sonido de un timbre lejano le despertó, tenía la cabeza abombada y la boca pastosa. Estaba intentando que sus sentidos volvieran a la realidad cuando de nuevo sonó el timbre del exterior de la casa, Buck ladraba con insistencia. Miro el reloj, eran las siete de la tarde y había dormido más de

dos horas. En el exterior había oscurecido. Encendió las luces y vio que era Laura quien llamaba. Se extrañó mucho, no era habitual que ella se acercara a aquellas horas. Se asomó al porche y le dijo que entrara, él se apresuró a lavarse la cara y adecentar su aspecto. Cuando regresó, ella estaba acariciando a Buck, por su mirada se dio cuenta de que ocurría algo grave.

—Hola, Mateo, ¿ha estado Juan aquí? es muy tarde y estoy preocupada, aún no ha regresado de su paseo.

Mateo no era capaz de asimilar lo que le había dicho. El agua fría no había aligerado su mente. Por mucho que le dijera el doctor, tenía que intentar dormir sin la ayuda de los barbitúricos.

—Lo siento, creo que te he despertado. Me extrañó que no oyeras a Buck. Se ha pasado parte de la tarde ladrando y aullando —dijo Laura.

Mateo se dio cuenta de que algo raro estaba ocurriendo, empezó a volver al mundo real. En un instante pasaron por su cabeza los consejos de Caroline, recordó la inquietud de los ameneiros y los aullidos de Buck en sus sueños.

—No te preocupes, ahora mismo cojo una linterna y nos vamos a buscarle. Seguro que se ha encontrado con alguien.

—Siempre le digo que se lleve el móvil, pero nunca me hace caso —dijo Laura, a la cual las palabras de Mateo no habían tranquilizado.

Al abrir la puerta del exterior, Buck salió disparado en dirección al camino de los perros. A pesar de las llamadas de Mateo le perdieron de vista. Alumbró el camino, a lo lejos se veía la silueta del perro. Corría desesperadamente, Mateo nunca le había visto así. Esto incrementó su preocupación e hizo que él y Laura aceleraran el paso.

—Hoy no le he sacado y el pobre está desesperado —dijo Mateo intentando tranquilizar a Laura.

Los dos sabían que algo había pasado. Mateo tuvo que bajar el ritmo al ver que Laura no era capaz de seguirle, su rostro estaba descompuesto.

Cuando llegaron al final del camino Mateo apagó la linterna. Inmóviles, intentaban averiguar dónde estaba Buck. El reflejo de la luna les permitía ver la silueta del pasadizo de matorrales, los arbustos se mecían con suavidad produciendo un apacible murmullo que se vio interrumpido por los ladridos del perro. Mateo encendió la linterna y le dijo a Laura que esperara. Cruzó la maleza y se encontró a Buck desesperado. Sus ladridos se mezclaban con algunos sollozos y daba vueltas alrededor de un cuerpo tendido en el suelo. Mateo notó que su cabeza estaba a punto de estallar. Se arrodilló al lado del cuerpo, sujetó la linterna con la boca y le dio la vuelta al cuerpo para verle la

cara, sin duda era Juan. Notó que tenía la mano húmeda y cuando se alumbró con la linterna, vio que la tenía manchada de sangre. Empezó a llorar. Algo que hacía mucho tiempo que no ocurría. Buck le lamía la cara cuando notó una mano sobre su hombro. Al girar la cabeza se encontró con la mirada de Laura.

Estaba seria, sus ojos cristalinos se esforzaban por no soltar ninguna lágrima. Mateo se puso de pie, la cogió de las manos y le dijo:

—Lo siento, esto ha pasado por mi culpa.

Ella se las apretó, al mismo tiempo que le decía:

—No digas eso, tú no has tenido la culpa de nada.

Laura rompió a llorar en silencio, Mateo no se atrevía a abrazarla y le puso el brazo por los hombros.

—Creo que ahora tendremos que llamar a la policía.

Ella asintió con la cabeza.

—Nos quedaremos aquí a esperar, no quiero que se quede solo —dijo Laura.

Cuando ella se agachó sobre el cuerpo de su marido, Buck se sentó a su lado apoyado en las patas de atrás y allí se quedó quieto, como una esfinge. Con una mano ella acariciaba el pelo de Juan mientras que tenía la otra sobre la cabeza del perro. Mateo escuchaba los sonidos de la noche: El murmullo del mar, el susurro de los ameneiros, ladridos lejanos. Todo le parecía una melodía tenebrosa. Sacó el teléfono del bolsillo y marcó el número de Esther.

Mientras llegaba la policía estuvo arrodillado al lado de Laura, ella esperó en silencio mientras las lágrimas le caían por sus mejillas. Buck a su lado también sollozaba a la vez que le lamía la cara. Mateo no podía hablar. Miraba continuamente al camino, el tiempo se le hacía interminable esperando un destello de luces.

Invisibles y desconocidos

La primera claridad del día empezaba a mostrarse. A lo lejos, algún gallo anunciaba el amanecer. El silencio y el ambiente estaban fríos. Mateo se sentía inmerso en un estado de letargo. Era como si sus sentimientos estuvieran agazapados, escondidos en un lugar oscuro. Durante toda la noche no dejó ni un momento a Laura. Tuvieron que esperar los trámites necesarios hasta que se llevaron el cadáver para hacerle la autopsia. Aunque las causas parecían claras, varios golpes mortales en la cabeza, el procedimiento legal lo exigía.

Pasaron la noche en casa de Laura. Fueron interrogados en diversas ocasiones por la policía, las mismas preguntas una y otra vez. Mateo la ayudó a gestionar los papeles del entierro. El momento más duro fue cuando ella decidió llamar a sus hijos. El mayor vivía en Madrid y la hija en Barcelona, donde Laura y Juan pasaban largas temporadas. Ella insistió varias veces a Mateo para que se fuese a su casa pero él lo tenía claro, no pensaba dejarla sola hasta que llegaran sus hijos. Habló en diferentes ocasiones con Esther, ella tenía un semblante extremadamente serio. Entre ellos no hubo ni una mirada que se escapara del ámbito profesional.

Mateo tuvo muchos momentos para pensar en lo que había pasado. Tenía claro que la muerte de Juan estaba relacionada con todo lo que había ocurrido, con el diamante y el primer cadáver. Lo que no entendía era la razón por la que lo habían matado. En realidad lo que había visto no podía comprometer a nadie. Intentaba sacarlo de sus pensamientos, pero una idea no paraba de rondarle por la cabeza: el asesino podría ser alguien conocido. Desde luego él no se podía imaginar quién.

Los hijos de Laura llegaron a última hora de la tarde. Mateo solo los había visto un par de veces, pero ellos estuvieron muy agradecidos por todas las atenciones que él había tenido con su madre. Seguía sintiéndose culpable de lo que le había pasado a Juan y no sabía si ellos conocían todos los pormenores de la historia.

Cuando empezó a oscurecer, regresó a su casa. En el camino de vuelta sintió la necesidad de estar acompañado, no sabía si por la angustia que aquella situación le provocaba o porque empezaba a rondarle una idea de temor y peligro.

Antes de irse, Esther estuvo hablando un rato con él. Aunque su conversación no salió del plano profesional, hubo un momento en el que él creyó ver algún destello de cariño y preocupación en sus ojos. Esther le advirtió con insistencia que no se metiera en aquel asunto, que las cosas se habían agravado y que era peligroso. Esto último se lo repitió en varias ocasiones hasta que al final, y después de comprobar que nadie los observaba, ella le tocó una mano con sus dedos y su voz se volvió cálida:

—Cuídate, no quiero que te pase nada. En cuanto veas algo extraño llámame.

Al entrar en casa avivó el fuego de la chimenea y se preparó un vaso de leche caliente con cacao y galletas. Dejó entrar a Buck y lo tuvo reposando sobre sus pies. Los dos estaban muy cansados. Mientras los ojos de ambos se abrían y cerraban como si estuvieran en un permanente combate, sonaba la voz de Alicia Keys. La letra de *If ain't got you* acompañaba el crepitar del fuego: «Algunas personas buscan una fuente que les prometa dejarlos jóvenes para siempre».

Cuando se despertó Buck le esperaba tumbado en el suelo, a los pies de la cama. No se acordaba de cuando ni como se había ido a dormir. Excepto en el momento que salió a ver cómo estaba Laura, Mateo se pasó el día entero encerrado en casa. Estuvo sin hacer prácticamente nada y en un estado en el que solo dormir le permitía huir de aquello que no paraba de rondarle por la cabeza. No le había hecho falta tomarse ningún tranquilizante, el gran esfuerzo que tenía que hacer para controlar el exceso de actividad que se generaba en su cerebro le había dejado agotado.

A media mañana le llamó David para decirle que al atardecer pasarían por su casa. Su amigo estaba muy preocupado y querían hacerle compañía. Caroline prepararía algo de comida y cenarían los tres juntos.

Por la tarde sonó de nuevo el teléfono, era Esther. Aquella segunda llamada del día le levantó un poco el ánimo. Aunque se sentía solo, había personas que se preocupaban por él.

—Hola, Mateo, ¿cómo estás?, ¿has podido descansar?

—Llevo todo el día intentándolo.

—Tienes que hacerlo. Por favor, intenta tranquilízate y descansa. No quiero que te pase nada. Siento que estos días no podemos vernos. Me gustaría estar contigo, pero creo que no sería conveniente en medio de esta investigación.

Mateo no había pensado en ello. Sin mucho convencimiento le dijo a Esther que estaba de acuerdo, tampoco tenía ganas de ponerse a discutir.

—Luego me pasaré por casa de Laura. Ya tenemos el resultado de la autopsia.

Mateo se quedó callado. Esperó que ella siguiera hablando.

—Se confirma lo que ya nos imaginábamos. Tres golpes en la cabeza con un objeto de madera. Murió de manera casi instantánea.

—Y a partir de ahora, ¿qué? —preguntó Mateo.

—A partir de ahora la policía seguirá investigando.

—Bueno, pues gracias por llamar.

Al decir estas palabras fue consciente de la brusquedad con la que estaba dando por finalizada la conversación. En la contestación de Esther, Mateo notó que ella también se había dado cuenta de su tono.

—Adiós, Mateo y le colgó el teléfono sin que él pudiera decir nada más.

Mateo pensó que mientras Esther era capaz de pasar con facilidad del plano personal al profesional a él aquello le resultaba imposible, y mientras fuera así, en algún momento de sus conversaciones siempre se generaría tensión.

Aunque hacía frío, abrió todas las puertas y ventanas. El ambiente interior de la casa estaba cargado, dejó que el aire fresco impregnado con el salitre del océano recorriera libremente por todas las habitaciones. No paró de moverse, ordenando todo lo que durante el día había estado cambiando de sitio, cuando el sol empezó a ocultarse se sentó en el porche a esperar la llegada de David y Caroline.

Como era de prever, llegaron con una cantidad desorbitada de comida y con una caja de botellas de vino. Ambos fueron muy cariñosos con él, David le dio un gran abrazo y le acarició la espalda. Los dos le dijeron lo mucho que sentían lo que había ocurrido.

Mateo tenía ganas de estar con ellos, de su compañía y de su conversación, pero le inquietaba el posible comportamiento de David.

Fue Caroline quien comenzó desviando la conversación cuando se sentaron en la mesa, como si ella también quisiera evitar los temas que podían alterar a su marido.

—Mateo siempre que vengo hasta aquí me hago la misma pregunta, tú casa está en la parroquia de Lago, pero ¿Hasta dónde llegan los límites de la parroquia?

—Pues en realidad no lo sé, yo solo me fijo en las señales que hay en la carretera —le respondió Mateo.

—Siempre me ha llamado la atención lo de las parroquias en Galicia, nunca lo había visto y aquí son muy importantes. Todas están vinculadas a una

iglesia, en algunos casos una cooperativa y luego están las fiestas que se celebran en cada una de ellas. ¡Celebrar el patrón! es la fiesta más importante del año —dijo Caroline en cuyo rostro se reflejaba la curiosidad que todo aquello le provocaba.

David parecía ajeno a aquella conversación, estaba dedicado en cuerpo y alma a diseccionar las nécoras que habían traído. Sus mandíbulas funcionaban como las de un carnívoro depredador, los dientes desgarraban los alimentos que luego eran triturados por los molares. De vez en cuando, después de limpiarse la boca para beber un sorbo de vino, echaba su cuerpo hacia atrás y soltaba un resoplido de satisfacción.

—Las parroquias en Galicia están reconocidas de manera oficial, actualmente hay más de 3500 y ya existían en los siglos XII y XIII. En un principio su origen estuvo en las parroquias eclesiásticas pero hoy en día se han convertido importantes núcleos de cohesión social y económica —dijo Mateo.

—Y en Valdoviño ¿Cuántas hay? —pregunto Caroline.

Mateo sonrió y se quedó pensativo. David lo miró fijamente y después de un nuevo resoplido se limpió las manos y las apoyo sobre la mesa.

—Demuéstrale a mi mujer que te las sabes todas, ¡venga Mateo!

—Santiago de Lago, San Pedro de Loira, San Vicente de Meirás, Pantin cuyo patrón es Santiago, Santa María de Sequeiro, Valdoviño cuya patrona es Santa Eulalia, Vilaboa cuyo patrón es San Vicente y San Martiño de Villarube —recitó Mateo.

—¡Bien! gritó David mientras no dejaba de aplaudir.

—Ahora entiendo lo de la festividad del patrón. ¡Todas tienen un Santo! —dijo Caroline mirándoles con una mezcla de asombro y alegría.

—Y ahora no le preguntes por los lugares de cada parroquia, eso es imposible aprendérselo —dijo David sin dejar de sonreír.

Caroline interrogo con la mirada a David.

—Eso son palabras mayores. Solo en la parroquia de Lago hay más de 20 lugares. Y estamos hablando que Valdoviño no llega a los siete mil habitantes. Yo creo que en Galicia debe haber lugares sin habitantes —dijo Mateo que se mostraba entusiasmado con aquella conversación.

—Bueno, bueno ¡lo que estoy aprendiendo hoy! —dijo Caroline—. Ahora entiendo la razón de que Valdoviño no tenga núcleo urbano y tenga una población tan dispersa.

—Pero esto no es exclusivo de Valdoviño —dijo Mateo—. Los pueblos, como la mayoría de las ciudades, grandes o pequeñas, crecen sin planificación, simplemente crecen.

—Habrás visto que a Mateo le encanta hablar de este tema —intervino David—. Siempre lo recuerdo preguntando desde que éramos pequeños. Dile ahora que te recite todas las playas que tenemos, ¡más de 20 kilómetros de arena!

—¡Que exagerado eres David! —respondió Caroline intercambiando su mirada entre su marido y Mateo.

—Bueno de playa exactamente no lo sé, pero la costa de Valdoviño tiene 25 kilómetros. Lo de enumerar las playas se lo dejo a David. Te las puede decir todas, hasta las más escondidas entre acantilados.

David sirvió vino en la tres copas, se frotó las manos y paseó su mirada divertida sobre su mujer y por Mateo.

—Vamos allá. Espero no olvidarme de ninguna. Mateo a lo mejor me tienes que echar una mano.

—Estoy seguro que no, respondió Mateo.

David cerró los ojos y empezó a recitar de carrerilla, como un niño en la escuela cuando le preguntan por la tabla de multiplicar.

—A Frouxeira, Campelo, O Rego, Cano Grande, Os Botes, Playa de los curas, O Porto, Pantin, Villarube, Baleo, O Río.

Hizo una pausa, abrió los ojos y bebió un sorbo de vino. De nuevo volvió a concentrarse y siguió recitando.

—Prados, Resella, Porto Carrizo y Gramal. ¡Creo que son todas! —dijo, agitando los puños y soltando una gran carcajada.

Caroline y Mateo también lo celebraron, aplaudiendo y dándole la enhorabuena a David.

Mateo estaba relajado y había sido capaz de no pensar en la muerte de Juan. La velada continuó en un ambiente muy distendido, bebieron dos botellas de un excelente vino tinto de la Rioja elaborado con uva graciano. David era un experto en rastrear las últimas novedades que aparecían por todas las zonas de España en torno al mundo del vino. Siempre les daba una pequeña charla sobre las razones de cada selección, aquel día les habló del suave rastro que dejaba en el paladar, lo cual era perfecto para acompañar un menú tan heterogéneo: nécoras y un tartar de ternera gallega con manzana y mostaza que había preparado Caroline. A pesar de que la tradición decía que el perfecto

maridaje del marisco era con el vino blanco, para David combinar en una misma comida vinos blanco y tinto era un sacrilegio.

Cuando Caroline puso el postre, una exquisita mousse de arroz con leche sobre helado de café, fue el momento en el que David sacó el tema del que habían evitado hablar durante toda la cena.

—No he querido decir nada antes, pero me imagino que para ti habrá sido muy desagradable lo que ha pasado con Juan —dijo, mirando a Mateo.

Mateo sabía que era inevitable.

—Seguro que ya lo sabréis todo, ha sido terrible. Me siento muy mal por lo ocurrido. Juan era una excelente persona y no se merecía algo así. Tengo un gran sentimiento de culpa.

Su mirada se cruzó en varias ocasiones con la de Caroline. Sintió la necesidad de que ella le hablará como la última vez pero no podía dejarse engañar por aquel sentimiento. En realidad, su auténtica necesidad era tener alguien con quien poder compartir sus angustias, sus risas, sus miedos y su felicidad.

—Creo que debes alejarte de este asunto. Seguro que la policía lo resolverá pronto —dijo David.

—No es tan fácil —le respondió Mateo conteniendo la emoción—. Aunque quiera alejarme me da la sensación de que me persigue y cada día se está acercando más.

Mateo creyó ver un gesto de desaprobación en la cara de David. Como si lo hubiera presentado, Caroline intervino por primera vez en la conversación.

—Lo importante es que tú tengas cuidado. A lo mejor sería bueno que te alejaras de aquí hasta que todo se aclare.

—Es posible que tengas razón, pero acabo de estar más de un mes fuera y ahora no me voy a volver a ir y mucho menos después de lo que le ha pasado a Juan.

En ese momento, Mateo se dio cuenta de que tenía que llamar a casa de Laura. Una vez que la autopsia estuviera lista, les devolverían el cadáver y tendría lugar el entierro. Les contó a sus amigos lo que le había dicho Esther y se disculpó para poder telefonar. Mateo habló con la hija de Laura que le confirmó que el entierro se celebraría al día siguiente, a primera hora de la tarde. Los hijos se turnarían para velar el cadáver en el tanatorio ya que su madre les había pedido que no le dejaran solo en ningún momento.

—Bueno, ya he hablado con ellos —dijo Mateo—. Mañana por la tarde será el entierro. Tengo que avisar a John el irlandés, quizás quiera asistir.

Aquel comentario cambió la expresión relajada de David, su rostro mostró una expresión tensa y malhumorada.

—¡Estás de coña, Mateo! El principal sospechoso y tú quieres avisarle del entierro.

—No creo que sea sospechoso de nada. No sé quién te ha dicho eso.

Mateo vio cómo David se echaba vino de manera convulsiva y creyó que lo mejor era dejar la conversación. Se levantó y fue a la cocina a hacer café. Caroline aprovechó para ayudarle a llevar algunos platos. Cuando estaban los dos solos, ella le dijo:

—Ya te comenté que esto de John le saca de sus casillas.

—Quizás no debía haber hecho ese comentario —dijo Mateo.

—¿Qué estáis cuchicheando vosotros dos ahí? —se oyó la voz de David desde el salón.

—Será mejor que vuelva con él —dijo Caroline susurrando.

Mientras tomaban café, y pese a los intentos de Mateo y Caroline por desviar la conversación, David siguió insistiendo en la culpabilidad de John, estaba obsesionado con aquella cuestión y no dejaba de murmurar una y otra vez.

—Cuando os vayáis, si no os importa, me dejáis en el tanatorio, quiero estar un rato con los hijos de Laura —dijo Mateo.

—Por supuesto —contestó Caroline.

David miró a Mateo y le dijo, en un tono que mostraba su enfado y frustración:

—Pero luego no podremos traerte. Solo estaremos allí unos minutos.

—No importa, puedo regresar andando —le dijo Mateo.

El tanatorio se encontraba a diez minutos andando desde la casa de Mateo. David dejó el coche en la puerta, a esa hora había solo un par de vehículos aparcados. Seguramente nadie se había enterado todavía de que estaban velando el cuerpo de Juan.

—Ten mucho cuidado. Además de hacer el idiota tienes que estar alerta. No nos gustaría que te pasase algo —le dijo David que seguía bastante alterado.

El tono de aquellas palabras era una mezcla de un reproche y un consejo. Mateo se sorprendió, le creía tan enfadado que no esperaba por su parte el más mínimo signo de preocupación. Les dio las gracias a ambos por la cena y la compañía, había conseguido pasar un rato sin preocupaciones y muy agradable. De la boca de Caroline salió un «cuídate» acompañado de una mirada triste y preocupada. Se quedó un rato viendo cómo el coche se alejaba,

la noche estaba fría y en el cielo se dejaban ver más estrellas de lo habitual. Era el presagio de que al día siguiente no llovería. Pensó en David y Caroline, al verlos juntos parecía impensable que pudieran tener problemas. Tampoco se vislumbraba ninguna pasión o sentimiento, como si la indiferencia fuera el único vínculo que hubiera entre ellos.

En el momento en el que Mateo entró en el tanatorio solo estaba el hijo de Juan y Laura, acompañado de un par de personas que Mateo no conocía. Cuando la policía les informó de que les devolvería el cadáver, no tuvieron tiempo de avisar a nadie. Entonces decidieron que el entierro fuera por la tarde del día siguiente para que la esquela pudiera aparecer en la prensa de la mañana y así tener tiempo de avisar a familiares y amigos. Mateo preguntó por Laura, el hijo le respondió que habían conseguido que se tomara una medicación para poder descansar. Le comentó que su madre parecía ausente, como si no fuera consciente de lo que había pasado, que solo repetía que no entendía lo ocurrido, y no dejaba de repetir su preocupación por Mateo.

—Ahora que conocemos todos los detalles de la historia creo que mi madre tiene razón y debes andar con cuidado —le dijo el hijo de Juan a Mateo.

Todo el mundo le decía lo mismo, pensó Mateo. Era consciente de que el peligro estaba dando vueltas a su alrededor y había dañado a personas cercanas a él.

—Ahora lo importante es que ella se reponga —le dijo Mateo.

—En cuanto pase el entierro y arreglemos el papeleo nos la llevaremos de aquí. No queremos que se quede sola —respondió el hijo de Laura.

—Será lo mejor para ella. Los echaré mucho de menos a los dos —le contestó Mateo que no pudo seguir hablando. Aquellas últimas palabras le habían emocionado.

Regresó pronto a casa. En el camino de vuelta fue pensando en todas las personas que le habían transmitido su inquietud y le habían dicho que tuviera cuidado. La noche seguía oscura y estrellada, un viento frío del nordeste azotaba su cara. Metió las manos en los bolsillos del forro polar y aceleró el paso.

Buck le esperaba nervioso en la puerta, también estaba triste e inquieto por lo que había ocurrido.

Hacía más de una hora que se había metido en la cama y no era capaz de quedarse dormido. Echaba de menos el tranquilizador sueño de su época de adolescente cuando las preocupaciones y las ansiedades eran caprichos de los mayores. Abrió los ojos y permaneció atento, escuchando. La oscuridad en la

que estaba envuelto era alterada por los reflejos de la luna que atravesaban las rendijas de las contraventanas. Los ruidos de la noche incrementaban su tensión.

Intentó tranquilizarse pensando que su imaginación era la que convertía aquellos sonidos en pasos que se desplazaban por la mullida hierba, pero seguía percibiendo la presencia de seres reales que buscaban un lugar por donde entrar en la casa. Apoyó la cabeza sobre el respaldo de la cama, el cuello tenso con todos los sentidos alerta. Le hubiera gustado ser como una leona a la espera de asaltar a su presa, pero presentía que en aquel momento era él quien estaba siendo observado por el felino.

A su mente acudieron el Capitán Trueno, Sandokan y Haddock. John el irlandés era demasiado real para que viniera en su ayuda. La presión en el pecho le hizo tomar una determinación. Con sigilo se levantó, el suelo estaba frío y colocó varios muebles contra la puerta de la habitación formando una empalizada que impediría que los invisibles y los desconocidos pudieran entrar. El corazón agitado le palpitaba en el pecho. Se tomó media pastilla y se agazapó dentro de la cama, a oscuras, tenía dificultad para respirar. Pensó que Buck sería el único que le podía defender. Agobiado por la falta de aire fue capaz de ir suavizando su respiración y poco a poco, en aquellas penumbras, se quedó dormido.

Cuando las campanas de la iglesia de Santa Eulalia le despertaron, estaba sudoroso. Asomó la cabeza entre la ropa de la cama. La luz del día entraba por las rendijas de las contraventanas. El anuncio del cielo estrellado de la noche anterior se había cumplido. Pensó que había sido la primera vez, desde que era muy joven, que había vuelto a recurrir a aquel escondite. El único lugar donde podía ocultarse de aquellos temores invisibles. Algo tan oscuro y desconocido que le hizo sentir pánico como cuando era pequeño.

Mientras preparaba el desayuno escuchó la voz de Norah Jones cantando *Sunrise*: «Amanece, amanece. Parece que la mañana está en tus ojos».

El resto del día se entretuvo revisando el jardín y el huerto, leyendo tumbado sobre el sofá y contemplando el fuego. De vez en cuando se quedaba dormido, pero se despertaba sobresaltado, inquieto por el miedo a llegar tarde al entierro y angustiado por el mismo temor que la noche anterior le había dejado agotado.

Llegó solo al tanatorio y se unió al cortejo que se dirigía a la iglesia en marcha fúnebre. El coche, donde iba el ataúd que contenía los restos de Juan, y una hilera de casi treinta vehículos que finalizaba con un autobús puesto por

la familia para aquellos acompañantes que no tuvieran medio de transporte. Mateo no buscó a nadie que le llevara, prefería esconderse en el anonimato de los que no tenían vehículo propio.

Llegaron hasta el cementerio y allí mismo, al aire libre, sobre el camposanto, comenzó el sermón, lúgubre y sombrío. Algún susurro provocado por los rezos acompañaba a un silencio que solo era interrumpido por el roce de los zapatos sobre la hierba verde y aún empapada de los rocíos nocturnos. Tras las últimas palabras del sacerdote, mientras el ataúd era introducido en el nicho, el silencio se incrementó. El sonido del féretro deslizándose por el cemento estuvo acompañado por algunos sollozos. Llegó el momento que a Mateo más le agobiaba, cuando los operarios sellaban la sepultura y ponían la lápida con el nombre de Juan. Un ruido frío y mecánico en medio de una naturaleza que parecía que se había congelado. Un pequeño martilleo que helaba la respiración y paralizaba los rezos y lloros. Aquella situación provocaba en Mateo momentos de máxima angustia que solo con las lágrimas era capaz de aliviar.

Cerrada la sepultura, en peregrinación, con la cabeza agachada, los asistentes se fueron acercando a Laura y a sus hijos en un ritual que más tarde se repetiría en su casa. Mateo se sentó en un banco de la última fila de la iglesia de Santa Eulalia, no fue capaz de escuchar nada de lo que dijo el párroco durante el responso. Todo el tiempo se lo pasó combatiendo el frío que había penetrado en su cuerpo y pensando en lo que había ocurrido. Mientras las palabras del párroco sonaban como un susurro silencioso y lejano, la mirada de Mateo sobrevolaba sobre las cabezas que abarrotaban el templo, alguna de ellas podía ser la de un asesino. Fue el primero en salir de la iglesia y se fue directamente al autobús donde espero solo y agazapado en la última fila.

Hacía años que se había perdido la costumbre de celebrar los velatorios en la casa del difunto, agasajando a los familiares y conocidos con grandes cantidades de comida. Sin embargo Juan, según contaron Laura y sus hijos, siempre había querido que se recibiera a todos sus allegados después de su entierro. Al principio reinaba el silencio y todas las personas que habían ido a la casa se movían como un ejército disciplinado. Primero se dirigían a dar el pésame a Laura y a sus hijos, luego se servían en sus platos de las fuentes que se habían dispuesto sobre una larga mesa abarrotada con comida y bebida. A partir de ese momento, aquel ejército tan bien organizado se desparramaba por las diferentes estancias de la casa. Las bocas que en silencio habían estado

engullendo los alimentos empezaron a emitir sonidos. Las conversaciones fueron subiendo de tono hasta convertirse en corros bulliciosos a los que, en algunos casos, hubo que llamarles la atención por las risas que surgían de ellas.

Al final de la tarde, cuando solo quedaban los más allegados, apareció la inspectora Esther acompañada por el subinspector Elías. El gesto grave de sus rostros no presagiaba nada bueno. Se acercaron a Laura y acompañados de sus hijos entraron en la cocina y cerraron la puerta. Al cabo de pocos minutos salieron con las caras muy serias, los dos policías no se pararon a hablar con nadie y se dirigieron a la salida donde les esperaba Mateo.

—Hola, Esther, ¿ha ocurrido algo? Os veo muy serios —dijo Mateo.

—Hemos detenido al asesino —le respondió la inspectora con un tono inexpresivo.

Mientras la desagradable mirada del subinspector Elías permanecía inalterable, Mateo esperó interrogante y miró con preocupación a que Esther siguiera hablando.

—Hemos encontrado en casa de John el irlandés el arma con el que golpearon a Juan. La prueba que nos faltaba para detenerle.

Mateo se quedó en silencio, las preguntas se agolpaban en su cabeza sin que las pudiera controlar. Lo que desde hacía tiempo se temía había ocurrido. Intentó hablar pero fue incapaz de articular ninguna palabra.

—Mateo, sabías que esto podía pasar, no creo que te hayas llevado ninguna sorpresa —le dijo Esther.

—¿Dónde está ahora John? —fue lo único que pudo decir Mateo.

—En los calabozos de la comisaría de Ferrol —le respondió Esther.

—¿Lo puedo visitar?

En ese momento Esther se dirigió a su compañero y le dijo algo al oído que Mateo no pudo escuchar. El subinspector se fue hacia el coche dejándolos solos.

—Mateo, ¿para qué quieres visitarle? No te das cuentas de que si antes todo apuntaba hacia él, ahora las pruebas no dejan lugar a dudas. Tenemos el móvil y el arma.

Mateo sentía ganas de gritar, de decirle que aquello era imposible pero solo se le ocurrió decir:

—Cualquiera pudo poner el arma o lo que fuera en casa de John, las puertas de su casa siempre están abiertas, todo el mundo lo sabe.

Aquella frase cambió de forma radical la expresión en la cara de Esther. Parecía a punto de estallar, se puso las manos en las caderas y, mientras resoplaba, se recogió la melena de forma desesperada.

—Me voy. Tengo muchas cosas que hacer y hablar contigo es perder el tiempo. Espero que recapacites —le dijo Esther.

Mateo se quedó callado.

Mientras la inspectora entraba en el coche, le miró con desesperación y le dijo:

—Sobre lo de la visita, ya te diré algo.

Solo, de pie, se quedó observando cómo el coche se alejaba. Tenía que hacer algo. En primer lugar entrar a despedirse y luego ir a casa de John, le preocupaban los perros. Dijo adiós sin hacer ningún comentario. Le dio un beso a Laura y vio en la expresión de su mirada que ella sabía lo que él estaba pensando.

Pasó primero por su casa para recoger alguna correa vieja que tenía, había pensado traerse a los perros de John y no estaba seguro de que le seguirían sin estar atados. Por el camino fue hablando con Buck. Como si de una persona se tratara, le fue explicando lo que había ocurrido y que ahora tendría unos invitados que le harían compañía. Como era de prever, la casa de John estaba acordonada, dos coches de policía y varios agentes le impedían su entrada. Les explicó cuál era el motivo de su visita. Los policías le miraron con indiferencia, le dijeron que a los perros les habían puesto unos bozales y que estaban amarrados. Se negaron rotundamente a que él se los llevara. No dejó de insistir y, ante la pregunta de quién se encargaría de darles de comer y beber, se quedaron en silencio.

—Sería bueno que hablaran con la inspectora Esther Avellano para que les dé instrucciones sobre cómo alimentar a los perros —les dijo Mateo de forma enérgica.

Los policías se miraron entre sí. A la pregunta no le habían hecho caso, pero la manera tan familiar de pronunciar el nombre de la inspectora les hizo dudar sobre lo que tenían que hacer. Uno de ellos sacó el teléfono y se alejó, al cabo de un rato regreso y sin decir palabra le entregó el móvil a Mateo. Para su sorpresa, la voz que oyó al otro lado del teléfono no era la de Esther.

—Le he dado orden a los policías para que le dejen llevarse a los perros. Le estoy esperando en su casa.

Mateo estaba sorprendido, era la voz del subinspector Elías. Se preguntaba qué era lo que quería de él.

Como era de esperar, los perros al ver a Mateo y a Buck empezaron a mover sus rabos. Mateo los acarició y tranquilizó, les quitó los bozales y les puso las correas que había llevado.

Durante el camino de regreso a su casa tuvo que reñir en varias ocasiones a Buck. La alegría que tenía de ir acompañado de sus amigos no hacía más que excitar a los perros de John, y Mateo caminaba arrastrado por los continuos tirones. En la puerta de su casa había un coche aparcado, dentro estaba la persona que había permitido que liberaran a los perros. Aun así, aquello no eliminaba la repulsión que Mateo sentía por él.

—Hola, Mateo, veo que los chuchos le han acompañado sin problemas —dijo el subinspector.

—Buenas tardes, subinspector, gracias por permitir que me los dieran.

Sonriendo, el subinspector le contestó:

—No creo que tengan nada que aportar a la investigación.

Mateo no respondió aquella ocurrencia, miraba cómo Buck corría por toda la finca perseguido por Casandra y Bichón. El anfitrión mostraba a sus invitados sus posesiones.

—¿Tendrá frío si nos sentamos en el porche? —dijo Mateo.

—No, sin problema.

—Usted dirá, me imagino que su visita tendrá algún objetivo —dijo Mateo que no salía de su asombro por aquel visitante inesperado.

—En primer lugar, quería decirle que siento mucho lo que ha pasado con su vecino. Creo que tenían ustedes muy buena relación y él y su mujer le apreciaban mucho a usted.

Unas palabras de cortesía que no significaron nada para Mateo que contestó con un tono seco y cortante.

—Son dos personas por las que siento un gran respeto y cariño. Ahora solo espero que ustedes resuelvan rápidamente este caso y encuentren al auténtico responsable.

—Veo que, aunque las pruebas digan lo contrario, está usted convencido de que John el irlandés es inocente. Eso es ser un amigo fiel.

—A lo mejor usted no lo entiende, pero mis amigos y mi familia son algo fundamental para mí.

Las palabras de Mateo sonaron a reproche. El subinspector permaneció callado durante un momento, Mateo le observó y vio como miraba a los perros que se habían tumbado sobre la hierba, después de haber dado varias carreras alocadas alrededor de la finca.

—Mateo, No entiendo cuál es la razón de que yo no le caiga bien —dijo el subinspector mostrando una leve sonrisa.

Aquel comentario no le gustó a Mateo que le contestó con un tono irritado.

—Hasta el momento no me ha dicho cuál es el objetivo de su visita. No creo que haya sido para decirme cuánto lo siente.

—Esa era una de las cosas, la hice por respeto y porque admiro a las personas que son tan leales con sus amigos.

Mateo no entendía nada de lo que estaba pasando y se preguntaba ¿a dónde quería llegar aquel individuo?

—Me gustaría decirle que tuviera usted cuidado y fuera precavido. Ya ha visto que el peligro le acecha y ha llegado muy cerca de usted —dijo el subinspector.

—¿Pero si ahora ya tienen detenido al principal sospechoso, ya nada me puede pasar! —le respondió Mateo.

—Solo le puedo decir que la investigación no está cerrada, quedan muchos puntos por aclarar y muchas cosas pueden cambiar.

Aquellas palabras descolocaron totalmente a Mateo. ¿Le estaba insinuando algo el subinspector? Decidió ir directamente al grano.

—¿Me está usted diciendo que hay otras posibilidades? ¿Qué puede que no sea John el culpable?

—Solo quiero aconsejarle. Tenga mucho cuidado y no se meta más en este asunto. Se está convirtiendo en algo muy peligroso, hágame caso.

—Estará usted de acuerdo en que las cosas que han pasado no han ocurrido porque yo las estuviera buscando —dijo Mateo.

El subinspector le miró fijamente a los ojos.

—Deje que todo siga su curso. Si hay algo que no le gusta, no intervenga en ello. Seguro que habrá cosas que no le van a agradar. Y, sobre todo, tenga cuidado.

¿A qué se estaba refiriendo el subinspector Elías? Mateo percibió que por mucho que le preguntara, no iba a contarle más de lo que ya le había dicho. Se levantó y apoyándose en la barandilla del porche miró a los perros que estaban tumbados en la hierba, tenía que pensar de qué manera les daría de comer para que no hubiera conflicto entre ellos. Al darse la vuelta, el subinspector, que estaba de pie a su lado, le habló mirándole fijamente a los ojos.

—Creo que eso es todo lo que tenía que decirle. Siga mis recomendaciones y, si no habla sobre esta conversación que hemos tenido, pues mucho mejor

Mateo le acompañó hasta la puerta. Por un momento estuvo a punto de darle las gracias, pero al final decidió no hacerlo. Al fin y al cabo no tenía claro si lo que le había dicho el subinspector era un consejo o le estaba dando una advertencia.

Entró en casa intrigado pero decidió que no era el momento de pensar en ello. Se sentía agotado y su mente le podía provocar alguna confusión con lo que acababa de oír. Decidió que lo mejor era irse a dormir, cuando se estaba preparando una infusión sonó el teléfono. Al ver quien llamaba, tuvo que contestar.

—Hola, Esther, no esperaba que me llamaras.

—Solo lo hago para decirte que si quieres puedes ir a ver a John mañana por la tarde —dijo Esther con un tono distante.

Mateo se quedó callado. No le encajaba que Esther le llamara para decirle aquello y solo se le ocurrió darle las gracias.

—No me las tienes que dar. Solo lo hago por interés de la investigación.

Mateo tardó un rato en responder, enseguida se dio cuenta del verdadero objetivo de la llamada de Esther.

—Ahora lo entiendo, no es porque yo te lo haya pedido, ¿quieres algo de mí!

—Exacto, hemos intentado tomarle declaración a tu querido amigo. Le hemos puesto un abogado de oficio y él ha permanecido callado todo el tiempo. Solo habló al final para decirnos que sus palabras no servirían para nada, que por mucho que hablara nosotros seguiríamos pensando lo mismo.

Una típica reacción de John, pensó Mateo. Pero con aquella actitud conseguiría parecer más culpable. Tenía que ir a verle y hacerle entrar en razón.

—Perfecto, estaré mañana por la tarde, sobre las cinco.

—Bien, eso era todo. Hasta mañana, Mateo.

Esther podía ser como Jekyll y Mister Hyde. Entendía que su profesión tenía una alta exigencia en cuanto a poner límites entre lo personal y lo profesional, pero él no se sentía capaz de tener dos personalidades tan diferentes en su vida.

Al colgar el teléfono se puso a escuchar lo que Ray Charles decía en *The midnight hour*: «La hora de la medianoche me ha encontrado. Así solitario, infeliz como puedo ser». Cuanto más pensaba en lo que había ocurrido, todo le parecía muy confuso. Al día siguiente tenía que ver a dos personas sin falta: al

propio John y a Ramón Baldespin. Estaba seguro de que este último tenía información que le podría ayudar a aclarar algunas cosas.

Un refugio en el océano

A media mañana le recogió Teófilo en su casa. Durante el viaje a Ferrol solo hablaron del tiempo, el otoño estaba siendo más frío de lo habitual aunque con escasas lluvias. Todo el mundo agradecía la gran cantidad de días soleados con los que aquella temporada les estaba obsequiando. Teófilo le dio el pésame por la muerte de Juan. Fue muy respetuoso y no hizo comentarios sobre la detención de John, ni preguntas acerca de los sucesos del día anterior. Mateo le pidió que antes de ir a La Graña, donde había quedado con Ramón, le llevara al alto de Brión. El día invitaba a contemplar los barcos que navegaban por las aguas de la ría de Ferrol.

De manera instintiva, lo primero que hicieron cuando se bajaron del coche fue subirse los cuellos de sus cazadoras. Allí arriba soplaba un nordeste que helaba la cara. Estaban en un lugar privilegiado desde donde podían observar cómo el océano, con paciencia de miles de años, había excavado en las entrañas de la tierra buscando un tranquilo refugio donde reposar de las batallas diarias. Otras batallas, las que el hombre entabla a diario contra sí mismo, fueron el motivo de la construcción de los dos castillos que custodiaban la entrada de la ría. En lados opuestos, como la empuñadura de una espada, los castillos de San Felipe y La Palma se erigían como los defensores que durante años habían impedido que el enemigo conquistara aquellas tierras.

El mar y el cielo eran de un color azul intenso y sobre ellos se habían pintado brochazos del color de la nieve. Nubes que navegaban por las alturas y trenzas de espuma blanca que, a su paso, iban dejando los navíos que surcaban las aguas de la ría. El suave rumor del aire mezclado con el murmullo lejano del mar se convertían en una suave melodía que acariciaba y envolvía las figuras humanas, el tiempo se relajaba y el silencio conquistaba todo lo que se podía ver.

Mateo cerró los ojos, respiró profundamente y recordó la canción de Elton John, *You love gotta someone*: «Puedes ganar la pelea, puedes agarrar un pedazo del cielo. Puedes romper las reglas, pero lo primero que tienes que hacer es amar a alguien».

—¡Mateo, abre los ojos! —la voz de Teófilo le hizo volver al mundo real.

—¿Qué es lo que pasa?

—Mira hacia abajo, a la derecha.

Los ojos de Mateo se quedaron clavados en los cuatro mástiles que se elevaban sobre la cubierta de un navío que majestuosamente se desplazaba por el centro de la ría. Se movía a la misma velocidad con la que el aire hinchaba sus velas desplegadas. La superficie del mar se pobló de pequeñas embarcaciones que habían ido a recibirle. Navegaban lenta y ociosamente como paseantes que solo salen a contemplar, haciendo sonar sus sirenas en señal de bienvenida.

—¿Has ido alguna vez en un barco de vela? —le preguntó Teófilo.

Mateo tuvo que pensar la respuesta. Se acordaba de que alguna vez lo había hecho en pequeños veleros deportivos.

Durante un buen rato ambos se quedaron callados, contemplando cómo el buque iba dejando una huella blanca a su paso, navegando en busca de un refugio donde pudiera reposar.

—Creo que será mejor que nos vayamos. Empiezo a estar helado —dijo Mateo.

Teófilo le dejó en la puerta del restaurante donde tenía la cita con Ramón y quedaron en que por la tarde hablarían para saber cuándo iría a recogerle.

Baldespin ya estaba sentado en la mesa. Era imposible no verlo, su oronda figura resaltaba en el minúsculo restaurante. Mateo no entendía cómo aquellas desvencijadas sillas de paja eran capaces de soportar aquel peso. Se saludaron sin que Ramón hiciera intención de levantarse de su sitio.

Una gran servilleta colgaba desde el cuello de Ramón hasta sus piernas. Sobre la mesa, un enfriador con dos botellas de vino Godello²⁹ y una fuente de almejas abiertas crudas, muchas de las cuales ya habían sido sacrificadas entre las mandíbulas de Ramón. Mateo pensó que iba a tener que pagar un buen precio por aquella comida, aunque no le importaba ya que estaba seguro de que su amigo le daría información interesante.

²⁹ Variedad de uva que produce excelentes vinos blancos. La zona donde es más abundante es en la DO Valdeorras (comarca situada en el noreste de la provincia de Ourense).

—Creo que últimamente has estado envuelto en aventuras muy peligrosas —dijo Ramón con cierta sorna.

Mateo sabía que su interlocutor tenía una extensa red de contactos con la que intercambiaba información y que utilizaba para mantener su nivel de vida.

—Seguro que estás al tanto de todo. De eso quería hablar contigo. Necesito que me cuentes todo lo que sepas y en especial lo que conozcas sobre el

pasado de James Britt y John el irlandés.

Ramón levanto la mano para llamar al camarero.

—Para compartir he pedido unas almejas crudas y una centolla para cada uno, empiezan a estar en una buena época. Luego yo tomaré un chuletón de ternera gallega.

Iba a ser una comida larga, a Mateo con los entrantes le parecía suficiente, pero no quería pasarse el tiempo mirando cómo su invitado engullía todo lo que había pedido.

—A mí póngame un rape a la plancha con una ensalada de rúcula.

Le entusiasmaba el contraste de aquella combinación de sabores naturales a los que solo añadiría un chorro de aceite de oliva virgen.

Con los ojos fijos en su plato y mientras observaba cómo el bivalvo se retorció al sentir el contacto del limón, Baldespin le dijo:

—Prefiero que primero tú me cuentes lo ocurrido.

Mientras Mateo le iba relatando con el máximo detalle los acontecimientos de los días anteriores, observaba como su acompañante había dado cuenta de una buena cantidad de almejas y ahora diseccionaba con manos de cirujano el delicado bicho de aspecto prehistórico. Hay personas a las que el movimiento de su quijada delata su placer por la comida y Ramón Baldespin era una de ellas. Sus mandíbulas trituraban todo lo que caía entre ellas. Se movían de arriba abajo levantando sus erizadas y tupidas cejas. De vez en cuando cerraba los ojos y hacía gestos afirmativos con su cabeza.

Mateo no olvidó ningún detalle, sabía que eso era lo que estaba buscando su interlocutor. Al terminar se quedó mirándolo a la espera de que empezara a hablar.

—¿Sabías que John el irlandés y James Britt estuvieron embarcados juntos?
—le preguntó Ramón.

Mateo hizo un esfuerzo para quedarse callado, prefería que Ramón siguiera hablando.

—Me lo conto el capitán Turner —dijo Ramón.

—¿El día que estuvimos los tres juntos? Me imaginé que te diría más cosas cuando yo no estuviese delante.

—Aquel día el capitán no lo sabía. Cuando se enteró de la detención de John hizo algunas averiguaciones. Ayer cuando supe que vendrías a verme te llame y me lo contó. El día que estuvimos contigo me dijo que John siempre estaba metido en jaleos: borracheras, peleas en burdeles, alguna detención por altercado público. James era todo lo contrario, nunca tuvo problemas y parece

ser que cuando estuvieron en el mismo barco, más de una vez sacó al irlandés de algún lío.

No era la primera vez que a Mateo le informaban del pasado violento de John, pero seguía sin poder imaginar aquella doble personalidad. Pensó que tenía que haber ocurrido algo para que se produjera aquel cambio. Sin embargo, lo que más le sorprendía de aquella conversación era la relación de John con James Britt.

—No parece la misma persona que yo conozco. Algo debió de ocurrir para que dejara aquella vida —dijo Mateo.

—Hasta hace cuatro años seguía embarcándose durante los inviernos, aunque desde el año que estuvo con James Britt nunca volvió a tener ningún problema.

—¿Y volvió a navegar con él?

—No volvieron a coincidir. Parece ser que John siempre buscó barcos en dónde no pudieran encontrarse.

Mateo se quedó mirando a Ramón con cara de interrogación. Tenía que haber algo más. Ramón dejó de comer, se limpió la boca con la servilleta y bebió con calma lo que quedaba en su copa.

—En uno de aquellos altercados murió un hombre y John fue detenido. James Britt estuvo presente, pero en aquella ocasión no le apoyó. Hay rumores que dicen que entre los dos hubo un lío de faldas. James Britt era un don Juan y alguna mujer debió interponerse entre ellos.

Mateo estaba inmóvil y en silencio, dejó que Ramón continuara hablando.

—La policía, que ya había tenido problemas con John en altercados anteriores, intentó por todos los medios acusar al irlandés de asesinato. Al final le tuvieron que dejar en libertad, se demostró que había sido en defensa propia pero la realidad es que John mató a un hombre.

Lo que estaba oyendo no hacía más que agravar la situación de John. Una antigua rencilla podía ser el móvil para cometer un asesinato. Pese a ello, Mateo seguía pensando en su inocencia y se resistía a aceptar otra opción.

—Pero si no fue por un lío de faldas, ¿qué otra cosa pudo haber ocurrido?

—El capitán me dijo que, pese estar metido en líos, John era un tipo legal. Le perdía su carácter, algo que me imagino que tú conocerás. De James Britt no lo tenía tan claro. Sospechaba que se traía algún negocio ilegal entre manos, siempre estaba alardeando de que dejaría de trabajar muy pronto y se compraría un castillo en Escocia.

Aquello parecía interesante, aunque solo eran rumores y suposiciones.

—¿Qué sabes de piedras preciosas? —preguntó Mateo.

Ramón se quedó mirando a Mateo con sus ojos entrecerrados, se puso la mano delante de la boca amortiguando los ruidos producidos por su lengua que buscaba restos de comida entre los dientes.

—Hay mucho dinero en el tráfico de diamantes. Es un negocio muy lucrativo, pero muy peligroso. Es mejor no involucrarse en ese tipo de asuntos —dijo Ramón mostrando su semblante más serio.

No parecía que aquel tema le gustara. Mateo percibió en aquella afirmación una advertencia de alguien que le apreciaba. También sabía que, pese a los dudosos principios morales de su amigo, nunca se metería en negocios ilegales.

—Seguro que sabes algo más —dijo Mateo.

—Lo que te voy a decir es información sobre la que no quiero volver a hablar. Sería mejor que lo olvidaras y que la policía se encargue de ello. Ya ha habido dos asesinatos y hay que andar con mucho cuidado.

De nuevo alguien que le daba el mismo consejo. Estaba impaciente por oír lo que tuviera que contarle Ramón.

—Parte de la ruta del tráfico de piedras preciosas se hace en barco, una vez desembarcadas se transportan por tierra hasta los lugares donde se tallan y desde allí se realiza la distribución final. Puede que por aquí se encuentre uno de esos puntos de desembarco, suele haber poca gente involucrada, seguro que más de una, pero con ganancias muy sustanciosas.

Mateo pensó que aquello implicaba a gente con mucho dinero y muy pocos escrúpulos, aunque esto último ya lo sabía.

—Entonces, los dos asesinatos tendrían que ver con ello —afirmó Mateo.

Un suspiro acompañó el movimiento de las cejas de Ramón.

—La muerte de tu amigo Juan es un ejemplo de que estamos hablando de gente muy peligrosa.

—¿Y la de James Britt?

—¿Alguna vez te has preguntado qué llevaba en su mochila azul? —le preguntó Ramón en un tono que parecía que ya supiera la respuesta.

Aquel puzle al que le había dado muchas vueltas empezaba a encajar en la mente de Mateo, solo faltaba poner nombre a cada una de las piezas.

—¿Tú crees que John puede estar implicado?

—Está claro que ahora mismo es el principal sospechoso, y el único. Eso no quiere decir que fuera él —respondió Ramón.

Mateo miró fijamente a su interlocutor. Por lo que le conocía nunca especulaba ni le gustaba dar su opinión, pero en aquel momento estaba siendo muy claro.

—No has comido casi nada —le dijo Ramón mientras con el tenedor pinchaba los trozos de rape del plato de Mateo.

Mateo pensó en la increíble voracidad de aquel hombre. Del hueso del chuletón solo quedaba alguna miserable raspa a la que no había podido hincarle el diente.

—No tengo nada más que contarte, pero recuerda lo que te he dicho. Aléjate de este asunto. Hazme caso —le dijo Ramón con el tono que los buenos amigos suelen utilizar para dar consejos.

Aquella frase significaba que no tenía más información. Seguro que la policía estaba al tanto de todo lo que Ramón le acababa de contar. Mateo recordó su conversación con el subinspector, un individuo como aquel sabía mucho más de lo que aparentaba.

—Creo que voy a tomar un requesón con miel —dijo Ramón.

Antes de que trajeran el postre, Mateo quiso hacerle una última pregunta. Al fin y al cabo, eran amigos desde hacía muchos años y tenían la suficiente confianza.

—Ramón, dime una cosa con toda sinceridad. Si supieras quién está detrás de todo esto, ¿me lo dirías?

Antes de contestar, Baldespin le miró y torció su labio con una leve sonrisa.

—Estás hurgando en terreno peligroso. Si tuviera la mínima sospecha de quién puede estar detrás de todo esto, seguramente, no estaría aquí.

Aquella respuesta era el final de la conversación. Mateo solo pidió café mientras Ramón lo acompañó de un chupito de orujo blanco. Siguieron hablando de sus recuerdos de la Universidad. Ramón se reía mientras los restos del postre, cremoso y contundente, dejaban un rastro blanco en sus labios.

Después de pagar la cuenta y llamar a un taxi regresaron a Ferrol. Los continuos movimientos de Ramón hacían rechinar los engranajes del vehículo. Mateo sintió temor por terminar, en cualquier momento, estrujado por aquella montaña humana que le acompañaba.

Al llegar a la altura del portal de Ramón se despidieron.

—Muchas gracias por la comida Mateo, y acuérdate de lo que te he dicho, aléjate de este asunto.

—Gracias a ti, Ramón, y cuídate mucho.

Aunque por motivos diferentes, aquella última frase de Mateo también era un consejo.

Le quedaba tiempo antes de ir a la comisaría y Mateo decidió dar un paseo por las calles de Ferrol. Necesitaba estar solo y olvidarse de aquel asunto durante un rato. Levantó levemente la cabeza y con la vista en el cielo, se dirigió a la calle Magdalena y disfrutó del entorno que le rodeaba: los balcones y las galerías de madera con las que se vestían las viviendas de aquellas calles que en algunos lugares aún seguían manteniendo su empedrado original. Observó algunos de los edificios más emblemáticos del Modernismo Ferrolano. Edificios construidos en el primer cuarto del siglo XX por Rodolfo Ucha, uno de los máximos representantes de aquella corriente de renovación artística en Galicia. Bajó por la calle de la Iglesia hasta la Plaza de Galicia y allí se recreó ante algunos de los grandes exponentes de la arquitectura y el urbanismo ferrolano: La fachada que daba entrada al arsenal Militar, la entrada al Cantón de Molins y el edificio del Teatro Jofre. Este último, construido inicialmente con una fachada fría y desnuda fue mejorado a principios del siglo XX por Rodolfo Ucha que renovó su aspecto exterior, dotándole de un rostro teatral acorde con su actividad interior.

Cruzó los jardines del Cantón de Molins y se dirigió a la Plaza del Callao, miró su reloj y comprobó que aún le quedaba media hora hasta la cita en comisaría y decidió entrar en uno de los clásicos cafés de la ciudad. Un lugar que seguía manteniendo el sabor de la tradición gracias a las sucesivas generaciones de la familia que lo regentaba. Se sentó en una de las mesas que, como el resto del local, transmitían la tranquilidad de muchos años de reposo y donde la pasión por el café y el chocolate había perdurado desde el siglo pasado. Mientras miraba a través de los cristales a las personas que caminaban por la plaza, pensó en cómo iba a comenzar la conversación con John, qué le iba a decir, qué le iba a preguntar. Sobre una servilleta comenzó a escribir lo que se le iba ocurriendo. Saboreo el café, no sabía qué producía más satisfacción si el aroma que desprendía o la sensación que dejaba en el paladar.

Cuando faltaban cinco minutos se dirigió a la comisaría, antes de entrar respiró profundamente, le inquietaba el estado en que podía encontrarse John. Lo que sí tenía claro era una de las preguntas que le quería hacer. Estaba nervioso y se dirigió, sin mirar a su alrededor, al lugar donde le parecía que debía preguntar por Esther. Mientras la avisaban, miró alguno de los retratos y carteles que colgaban en las paredes sin ser capaz de prestar atención a lo que

ponía. Cuando la vio llegar se quedó sorprendido, nunca la había visto con la pistola colgando de su cintura. Vestía con aquella combinación habitual en ella: pantalones vaqueros y camisa blanca. Esther le saludó con un apretón de manos muy profesional, era la primera vez que lo hacía así. Mateo estaba desconcertado, se movía con torpeza, como si acabara de aprender a andar. Cruzaron un largo pasillo con luces blancas y frías. Las paredes y los despachos que iba dejando a su paso se veían cuidados pero envejecidos por el paso del tiempo. Esther abrió una puerta y le invitó a entrar a una sala en la que en el centro había una mesa con cuatro sillas a su alrededor. Le dijo que esperara y desapareció dejando a Mateo en aquel lugar inhóspito. En pocos segundos la inspeccionó, paredes solitarias, vacías. Ni un adorno, ni una ventana, pulcras, sin nada que llamara la atención. Un lugar frío, ni siquiera se podría decir que fuera una habitación desnuda. A su espalda oyó cómo se abría la puerta, se giró al mismo tiempo que se levantaba. Allí estaba John acompañado de un policía, entró en la habitación, se saludaron y se sentaron uno enfrente del otro. John con las piernas cruzadas y observando sus manos. Era la primera vez que le veía sin boina. Una pequeña cabeza poblada de un pelo alborotado que parecía plata envejecida y donde las arrugas de su cara se habían convertido en contundentes facciones. Los ojos verdes resaltaban sobre aquellos surcos que recorrían su rostro. Cuando John levantó la vista, Mateo creyó ver que su mirada se relajaba.

—Hola, John, ¿cómo te encuentras?

—Jodido, no me dejan fumar y tampoco puedo ver la luz del día.

Mateo sonrió ante aquella respuesta.

—Me preocupan los perros. Ni siquiera me dejaron ponerles comida para varios días. Me dijeron que ellos se encargarían, pero no me fío de esta gente.

Mateo le dijo que no se preocupara, que los perros estaban en su casa y que él se encargaría de ellos. John sonrió, era una de las pocas veces que Mateo se lo había visto hacer.

—Eres una buena persona, Mateo.

—¿Sabes que te encuentras en una situación muy complicada? Te pueden acusar de dos asesinatos.

—Me pueden acusar de lo que quieran, pero yo no he hecho nada —respondió John con la tranquilidad que le caracterizaba.

—John, la policía ha encontrado pruebas en tu casa. Conocen tu pasado y la relación que tuviste con James Britt, eso complica mucho más las cosas —dijo

Mateo, cuya voz mostraba una preocupación que contrastaba con la actitud de John.

—Ese era un mal bicho y tuvo lo que se merecía.

Aquel comentario solo podía poner las cosas más difíciles. Mateo le miró fijamente a los ojos y le dijo:

—Quiero que me contestes a una pregunta: ¿has tenido algo que ver con los dos asesinatos y con lo que rodea a este asunto?

Al responderle, la mirada profunda de John resaltaba en su rostro relajado.

—Ya te lo he dicho antes, no he tenido nada que ver con los asesinatos ni con nada relacionado con ello.

Mateo no sabía si en aquel momento John estaba enfadado por su pregunta, algo difícil de adivinar ya que su mirada nunca delataba sus sentimientos. Se quedó observándole un rato, no tenía ninguna duda sobre la sinceridad de aquella respuesta.

—Me han dicho que no has querido hacer ninguna declaración. Eso no es bueno para ti. Creo que ahora lo que hay que hacer es buscar un buen abogado y eso costará dinero.

—El dinero no es un problema. Tengo suficiente para pagar a más de un abogado, he estado muchos años embarcado y he gastado muy poco. El problema está en encontrar quién está detrás de todo esto. Creo que hay mala gente con muchos contactos. Mientras tanto yo seré el culpable y por eso no he querido hablar con la policía.

—¿A qué gente te refieres? ¿Sabes algo sobre el tráfico de diamantes? —le preguntó Mateo que cada vez estaba más inquieto por la actitud de John.

La respuesta de John fue tranquila, pausada. A Mateo le sorprendía la serenidad con la que hablaba.

—En los barcos siempre había rumores sobre los negocios ilegales. Yo nunca he querido participar, hay muy mala gente. El negocio de los diamantes es uno de los más rentables, es muy difícil de detectar y genera muchas ganancias. Todos hacíamos la vista gorda, en realidad nos daba igual. Alguna vez James Britt me insinuó si quería participar en alguno de sus chanchullos, pero nunca me ha gustado meterme en negocios y mucho menos ilegales.

—El problema es que lo que me cuentas solo son suposiciones y las únicas pruebas que hay son las que te involucran a ti.

—Solo hay una prueba y cualquiera pudo ponerla en mi casa —respondió John, que por primera vez parecía elevar el tono de voz.

—¿Qué quieres que haga?, ¿te busco un abogado?

John se rasco la cabeza, alborotando aún más su pelo.

—Cuida a los perros y cuídate tú. Eres una buena persona y no me gustaría que te pasase nada —le respondió.

Otra vez la misma recomendación. Mateo tenía claro que había que encontrar a los auténticos culpables. De momento lo único que podía hacer era buscar un buen letrado y hablar con Esther. Le tenía que contar lo que había hablado con Ramón y con John. Sabía que a ella no le gustaría, pero estaba decidido a hacerlo.

—John, quiero que mañana te venga a ver un abogado. Tienes que hablar con él, contarle todo lo que sabes y, a partir de ahí, seguir los consejos que te dé. Me tienes que dar tu palabra de que me harás caso —le dijo Mateo con un tono muy serio.

Los segundos que el Irlandés tardó en contestar le parecieron interminables. Por fin vio que dejaba de tocarse el pelo y levantaba su mirada. Mateo estaba tenso esperando su contestación.

—De acuerdo, hablaré con el abogado, pero tú a cambio tienes que dejar de entrometerte en este asunto.

Mateo fue consciente de su mentira cuando le dijo que se mantendría alejado, estaba seguro de que aquello iba a ser imposible.

El policía que entró a buscar a John venía acompañado de Esther. Ella cerró la puerta y después de que John y el policía salieran se quedó con Mateo en el interior de la sala.

—¿Has conseguido que se decida a hablar?

—Creo que sí. —le respondió Mateo.

Esther continuó hablando.

—Perfecto, es lo mejor que puede hacer. Traeremos a un abogado de oficio.

La frase de Esther sonó como el fin de la conversación, abrió la puerta y fue en ese momento cuando Mateo, sin levantarse de su asiento, volvió a hablar.

—Lo podrá hacer cuando venga a verle el abogado que le voy a buscar.

Sin hacer ruido, pero con mucha contundencia, Esther cerró de nuevo la puerta. Todos sus movimientos y su mirada reflejaban la tensión que intentaba controlar.

—¡Tú estás loco! Sigues entrometiéndote en este asunto. No entiendo por qué te has obsesionado, no haces ni el más mínimo caso a lo que te decimos. ¡Si esa es tu decisión no voy a intentar convencerte de lo contrario! Creo que será mejor que durante una temporada dejemos de vernos.

Aquella última frase fue como un resorte que espoleó a Mateo. Por primera vez Esther había mezclado asuntos profesionales con personales y, además, en un lugar que no era el más adecuado. En ese momento se dio cuenta de que su relación con ella no tenía ningún futuro.

—Estoy de acuerdo contigo excepto en lo de entrometerme, solo estoy ayudando a un amigo al que considero inocente. Del resto, siento que haya terminado de esta manera.

Se levantó y cruzó la puerta evitando que Esther volviera a hablar, se despidió sin volver la vista atrás y de la misma manera que había entrado, se dirigió a la salida.

El frío del exterior golpeo su rostro congestionado, estaba irritado por la reacción de Esther. Aunque ella había pretendido congelar su relación, para él era algo definitivo. Se había sentido muy a gusto en su compañía, incluso hubo momentos en los que la había echado de menos, pero siempre había tenido claro que la relación con ella sería todo o nada. En cualquier caso, ahora tenía un claro objetivo y era al que iba a dedicar su tiempo, ayudar a John hasta las últimas consecuencias. Lo primero era buscar un abogado. Entró en una cafetería, pidió una botella de agua y telefoneó a un conocido, abogado mercantilista, que le aconsejó un bufete de abogados criminalistas. Llamó inmediatamente y salió a la calle para hacerlo con mayor intimidad, desde allí les resumió todo el caso en cinco minutos y les comentó la urgencia que tenía, le dijeron que le recibirían de inmediato. Se fue andando hasta el despacho y a los dos abogados que le recibieron les contó lo ocurrido con el máximo detalle. Les informó de lo que él había averiguado por su cuenta. Los abogados estuvieron tomando nota minuciosamente y, al acabar, le hicieron preguntas que Mateo fue respondiendo una a una. Cuando les preguntó cuáles serían los siguientes pasos, ellos le detallaron del procedimiento y lo que podría ocurrir. La policía tenía setenta y dos horas, el máximo tiempo de detención, para solicitar su ingreso en prisión. Pasado este plazo, tendrían que dejarlo en libertad. Por lo que habían escuchado, todo indicaba que se produciría la solicitud de ingreso. No tenían dudas de que el juez daría la orden y entonces, lo más seguro, es que fuera trasladado a la prisión de A Coruña. A partir de ahí estaría en prisión preventiva hasta que saliera el juicio, en un plazo máximo de dos años. Mateo no se podía imaginar a John ingresado dos años en prisión, y así se lo dijo a los abogados. Ellos le dijeron que al día siguiente irían a ver a John para hablar con él e intentar que no ingresara en prisión. En el caso de no lograrlo, presentarían ante el juez la

solicitud de revisión pidiendo su libertad. Con la información que disponían pensaban que no habría problema ya que las pruebas no eran concluyentes, y todo lo demás eran solamente indicios. Cabía la posibilidad de que tuvieran que contratar los servicios de un investigador privado lo cual incrementaría la minuta, Mateo les comentó que eso no sería problema y que él se haría cargo del adelanto de fondos. Le preguntaron si podía haber algo más que perjudicara a John. Mateo repasó lo que les acababa de contar y no se le ocurrió nada más. Uno de los abogados le comentó que podría ser que la policía guardase algo que pudiera perjudicar al acusado.

Pese a aquellas últimas palabras, Mateo se sentía más tranquilo al salir del despacho de los abogados, pensaba en que había tomado la mejor decisión y que pronto vería a John en libertad. Bajó paseando por la calle María hasta la Plaza de Armas y, cuando iba a telefonar a Teófilo para que fuera a buscarle, oyó una voz familiar que le llamaba. Era David, había ido a Ferrol con Caroline para hacer unas compras. Al decirle Mateo que estaba a punto de llamar a Teófilo, David se lo impidió.

—Ni se te ocurra. Te vienes con nosotros. En media hora Caroline habrá terminado. Por el camino podemos parar y picar algo.

Era la forma de ser de David, pensó Mateo. La última vez que habían estado juntos las cosas no habían terminado bien, pero sabía que a los cinco minutos su amigo se olvidaba de todo lo ocurrido. Lo de picar algo no le apetecía mucho, estaba saturado, sin embargo no le quedaba más remedio que aceptar el ofrecimiento de David. Dieron un pequeño paseo por la calle Dolores hasta la Plaza de Amboage, bajaron a la calle Real y desde allí fueron hasta el Cantón de Molins. Durante el camino recordaron los comercios que había en años anteriores, casi todos habían desaparecido, otros se habían ido a los centros comerciales y lo que más habían proliferado eran los establecimientos de hostelería.

David le propuso entrar en una cafetería. Cuando estaban sentados, y antes de que llegara el camarero pedir nada, David le preguntó qué hacía en Ferrol. En ese momento, Mateo decidió que iba a ser muy claro con todo el mundo y le contó a David lo ocurrido ese día, pero sin desvelarle su fuente de información. Cuando empezó a hablar de su reunión con John, la mirada de David se torció, estaba claro que aquella relación le crispaba.

—¿Me imagino Mateo que no tendrás duda de que es el culpable? todas las pruebas apuntan directamente a él —dijo David con la tensión reflejada en su cara.

Mateo, sin alterarse, siguió con su relato y cuando estaba contándole la reunión con los abogados, David le interrumpió elevando el tono de su voz.

—¡Mateo, no has respondido a mi pregunta y me estás contando toda una película sobre tráfico de diamantes y sujetos peligrosos que andan por ahí! Todo son suposiciones. ¿Me estás diciendo que crees que el irlandés es inocente?

—Sí. Creo que él no tiene nada que ver con este asunto y le voy a ayudar en todo lo que pueda —le respondió Mateo de forma tajante—. O con los abogados que puedan demostrar su inocencia o encontrando a los verdaderos culpables.

El cuerpo de David se puso rígido, los ojos se volvieron violentos y parecía que de un momento a otro iba a estallar. Se levantó y con chulería dejó encima de la mesa un billete de diez euros.

—¡Paga con esto y que se queden con la vuelta!

Mateo intentó tranquilizarle.

—David, por favor, no te pongas así. ¿A ti qué más te da?

—¡O estás loco o eres gilipollas! —dijo David gritando y se marchó.

Mateo, solo en la mesa, se convirtió en el centro de todas las miradas. Durante un rato se quedó bloqueado, sin saber qué hacer. El móvil siempre era un buen recurso para disimular. Llamó a Teófilo y le dijo que no hacía falta que le fuera a buscar, que le llevarían unos amigos, no tenía ganas de dar explicaciones. Luego llamó a un taxi para que le llevara hasta Valdoviño.

Durante el viaje de regreso resonaban en su cabeza los consejos que todo el mundo le daba y que se convertían en palabras poco tranquilizadoras. Al bajar del taxi se sintió intimidado por la oscuridad y el silencio. El sosiego que le rodeaba le inquietaba aún más. Abrió apresuradamente la puerta de la finca para sentirse arropado por el Buck y sus compañeros que le esperaban impacientes. Entro en casa, encendió las luces y fue directamente a avivar el fuego en la chimenea. En su cabeza las suposiciones se estaban convirtiendo en certezas. Solo le faltaba ponerles cara a los personajes de aquella historia.

El sonido del crepitar de la leña se mezcló con la voz de Chrissie Hynde y los Pretenders. *Back on the chain Gang*: «Los poderes que existen, que nos fuerzan a vivir como vivimos, me dejan de rodillas, cuando veo lo que ellos te han hecho».

CAPÍTULO VI

Noches en silencio

Fue una noche agitada en la que el intento de conciliar el sueño se convirtió en una pesadilla para Mateo. No dejaba de pensar que su relación con dos personas a las que apreciaba se había resquebrajado. En el caso de David estaba seguro de que iba a ser algo puntual, aunque últimamente se estaba repitiendo con mucha asiduidad. Con Esther no tenía las cosas tan claras, en realidad nunca las había tenido pero, en parte, empezaba a sentirse culpable de lo que había ocurrido. Una pregunta cada vez más insistente llenaba de angustia su mente. ¿Se estaba equivocando con la inocencia de John el irlandés? Todo el mundo le decía que tuviera cuidado y se alejara de aquel asunto, salvo él, nadie defendía a John. Se levantó a medianoche y descalzo cruzó el pasillo. Acercó la cara a una ventana y, con la nariz pegada al cristal, miró al exterior, solo se veía oscuridad y un silencio absoluto. Por primera vez aquella visión le empezó a inquietar, un escalofrío recorrió su cuerpo y no provenía de sus pies desnudos. De los perros no había ni rastro, pensó que estarían en la leñera. Fue hasta la chimenea y removió los rescoldos. De vez en cuando se quedaba quieto, escuchando. No quería encender las luces, le harían mostrarse al mundo como una luciérnaga. Empezó a respirar con dificultad, su cuerpo seguía frío aunque un pequeño sudor recorría su frente. En la cocina se calentó un vaso de leche y se lo tomó acompañado de un barbitúrico. Regresó a la cama, se encerró entre las mantas y allí pasó el resto de la noche con los ojos cerrados, pero sin ser capaz de dormir, alerta, escuchando los sonidos que surgían del silencio y de la oscuridad de la noche. De vez en cuando oía pequeños murmullos y algún ruido lejano, conversaciones de las criaturas que vivían entre las tinieblas. Hacía mucho tiempo, quizás desde su infancia, que no tenía aquella sensación de intranquilidad, de temor hacia algo inexistente e invisible. Se preguntó si ahora sus héroes estarían dispuestos a ayudarlo y aquella pregunta de nuevo le llevó a pensar en John el irlandés, el único héroe de sus sueños que era real. Era incapaz de imaginárselo como un malvado.

La tensa lentitud con la que paso la noche le dejo agotado. Solo cuando aparecieron los primeros rayos de luz y se empezaron a escuchar los sonidos de la mañana, fue capaz de tranquilizarse y la angustia se fue disipando. Dejó

de pensar y de soñar, empezó a respirar con suavidad. Se fue relajando y entonces sus ojos y su mente se cerraron.

Echó la mano a la mesilla, pero no encontró nada, con los ojos entreabiertos intentaba adivinar dónde estaba el teléfono, aquel zum era mucho más molesto que el sonido tradicional. Mateo seguía dentro de la cama, cubierto y protegido, la nariz era su único contacto con el mundo exterior, un periscopio que le informaba de que se estaba mucho mejor dentro de su refugio. De nuevo el zum que no dejaba de sonar le avisaba desde algún lugar de la casa. No le quedó más remedio que levantarse, no tenía ni idea de la hora que era y se dio cuenta de que tenía que subir unos grados la calefacción. Como un sabueso se puso a rastrear para descubrir dónde se encontraba el responsable de aquel sonido tan desagradable. Llegó hasta la cocina y allí lo encontró, en la pantalla mostraba que eran las diez y media y la palabra «abogados».

—Hola, buenos días. —dijo Mateo.

—Buenos días, Mateo, soy Lorenzo. Espero no molestarte. Te llamó para informarte de que, a primera hora de la mañana, hemos ido a comisaría pero a John le habían trasladado a la prisión de Coruña.

Mateo estaba helado, tanto por el frío que hacía cómo por lo que consideraba que era una traición de Esther.

—Nosotros nos vamos ahora a Coruña, te llamaremos después de hablar con él —termino el abogado.

Solo fue capaz de decir «de acuerdo». Al colgar, y después de unos segundos, decidió que lo mejor era darse una ducha. No podía hacer nada y decidió esperar antes de tomar una decisión. Debajo del chorro de agua caliente sintió cómo su cuerpo despertaba, a su cabeza regresaba el orden y la tranquilidad. Mientras se secaba empezó a sonar la trompeta de Chet Baker, *Every time we say goodbye*. La música conseguía que todo fuera más lento, como le gustaba a Mateo que discurriera el tiempo.

Después de desayunar subió unos grados la calefacción y preparó una gran luminaria en la chimenea. Se puso ropa y calzado de abrigo, abrió la puerta del porche donde esperaban Buck, Casandra y Bichón que se llevaron una desilusión cuando se dieron cuenta que aún no era el momento de sacarlos a pasear. La hierba aún mantenía el brillo del frío de la noche y sobre las hojas de los camelios se deshacían los restos de la helada nocturna. Revisó cómo estaban los comederos de los perros y se puso a rastrillar las hojas perezosas que habían abandonado su hogar en el último momento.

Después de pasar una hora distraído y haciendo ejercicio decidió llamar a Esther. Recordó los momentos agradables que había pasado en su compañía. Le gustaba estar con ella, la echaba de menos, pero estaba inseguro, sabía que aquella relación no tenía futuro y estaba convencido de que ella pensaba lo mismo.

Encima del jersey de lana se puso un forro polar y se sentó en el porche. Sobre la hierba, Buck corría intentando que los perros de John siguieran su ritmo de juegos.

—Hola, Mateo, esperaba tú llamada.

La voz de Esther sonaba tranquila, sin reproche.

—Me pediste una cosa y luego no cumpliste tu palabra —fue lo único que dijo Mateo.

—No, Mateo, yo no me comprometí contigo. Solo te pedí que consiguieras hacer hablar a John —dijo Esther, que seguía hablando con suavidad.

Mateo hizo una pausa e intentó que su tono fuera complaciente.

—Tienes razón, pero me pudiste avisar de que ibas a trasladar a John a la prisión de Coruña.

—Mateo, vuelves a saltar la línea roja —ahora el tono de voz de Esther sonaba mucho más serio—. Yo no te voy a informar de una investigación, sea cual sea la relación que tengas con el caso y conmigo.

Mateo se quedó callado, sabía que ella tenía razón y que él solo estaba dando rodeos, sin centrarse en lo único que le interesaba hablar con ella. Decidió ir directamente al grano.

—La última vez que hablamos estuviste bastante desagradable y tampoco fue el lugar más adecuado para hacerlo.

Esther estuvo un rato sin decir nada.

—No me quedó más remedio. Tú estabas mezclando temas profesionales y personales y eso solo nos puede traer problemas. Por cierto ¿para qué me has llamado?

Esta vez, Mateo no tenía pensado darle la razón.

—Insisto en que la forma de hacerlo fue muy desagradable. Me lo podías haber dicho en otro lugar y de otra manera. —insistió Mateo.

—Puede que tengas algo de razón, pero me enfadé mucho cuando vi que seguías obsesionado con la inocencia del irlandés. Para la policía todo está muy claro y no nos gusta que te sigas entrometiendo.

Aquellas palabras no le encajaban, no toda la policía lo tenía claro, al menos esa era la sensación que había tenido después de la conversación con el

subinspector Elías.

—Me da la impresión de que tú también te estás saltando la línea roja, mi defensa de John no debería afectar a nuestra relación personal.

—¡Dios, es imposible! —dijo Esther desesperada—. Mateo, voy a dejarte, tengo muchas cosas que hacer. Ya hablaremos.

Tras colgar, Mateo se quedó contemplando el descanso de los perros sobre la hierba. La situación estaba aún peor que antes de la conversación con Esther. Entre ellos dos había un muro que en ocasiones parecía infranqueable. Quizás la decisión de Esther sobre su relación era lo mejor y había que dejar que las cosas siguieran su curso natural y no forzarlas.

Buck se acercó y sentado sobre las patas de atrás lo miró impaciente. Mateo decidió que lo mejor era olvidarse de lo que acababa de ocurrir. Al coger las correas de los perros estos corrieron desesperados hacia la puerta como si hubieran estado encerrados toda su vida. Cuando llegaron a los prados cercanos Mateo comenzó a lanzar palos para que fueran en su búsqueda. A la media hora estaba agotado, jugar con los tres perros no resultaba tan relajante como hacerlo solo con Buck.

Durante los siguientes días intentó mantener su mente en estado de reposo, la fatiga corporal que le producía la actividad física le generaba satisfacción y le relajaba. Movié la leña de un lugar a otro, cuidó de su jardín, corrió por la playa con Casandra, Bichón y Buck, pasaba la aspiradora a diario y en la cocina se dedicó a hacer todo tipo de experimentos. Hablaba, a diario, con Carlos y Samuel, Carlos ya estaba totalmente recuperado. Ellos no sabían nada sobre la muerte de Juan, y Mateo prefería que fuera así. Cuando le preguntaban si había alguna novedad en cuanto al brillante, Mateo siempre les respondía que él se mantenía alejado de aquel asunto.

Solo por las noches volvía la intranquilidad, así se acostumbró a tomar medidas que le hicieran sentirse seguro: ponía sillas tras las puertas que había que cruzar hasta llegar a su habitación, allí se encerraba atrancando la puerta con una mecedora. Con la ayuda de la medicación solía dormir, aunque en algún momento de la noche se despertaba y escuchaba atentamente los sonidos y los silencios de la noche. Lo que más temor le producía eran los miedos invisibles con los que se sentía amenazado.

El mismo día de su última conversación con Esther, le llamaron los abogados después de entrevistarse con John en Coruña. Le dieron esperanzas ya que en su opinión las pruebas que se habían presentado no eran suficientes y el argumento del arma no era concluyente, era normal que tuviera sus

huellas, pero en su casa la había podido poner cualquiera que quisiera que las sospechas se centraran en John. Al día siguiente presentarían ante el juez la petición de libertad provisional y en caso de denegación, cosa que les parecía improbable, elevarían la petición a la Audiencia.

No supo nada de David hasta que, al cabo de unos días, llamó a Caroline, lo hizo una mañana muy temprano cuando sabía que su amigo habría salido a tomar café. Ella, como siempre, estuvo muy cariñosa y preocupada por lo que le pudiera pasar a él. De David le contó que cada día estaba más enfurecido, que bebía con frecuencia y se pasaba la mayor parte de las horas fuera de casa. Mateo le mostró su preocupación por si aquella actitud pudiera generar algún tipo de violencia hacia ella pero Caroline le tranquilizó diciéndole que jamás lo consentiría. Mateo se disculpó por si toda aquella reacción se debía a su defensa de John el irlandés, Caroline le dijo que no tenía que hacerlo, que en realidad con quien estaba cabreado David era consigo mismo. No había sido capaz de asimilar los problemas que había tenido con el juego y que como consecuencia ella le hubiera quitado el control sobre los negocios. Le propuso quedar para tomar un café pero Mateo se disculpó diciéndole que tenía muchas cosas que hacer, la realidad era que le apetecía estar unos días aislado. Cuando Caroline colgó el teléfono Mateo pensó que la relación de ella con David tenía los días contados, le dio la sensación de que Caroline estaba preparando la ruptura definitiva.

Hablar por teléfono era su único contacto con el mundo exterior, ni siquiera repasaba las noticias diariamente. Con sus hijas hablaba casi a diario, al principio ellas se interesaron por el desarrollo del caso y él siempre les respondía que estaba en manos de la policía y que no sabía nada. Conocían la situación de John el irlandés, pero en ningún momento les contó que había intervenido en su defensa, así que en las últimas conversaciones ya no sacaron el tema y se centraron en la organización de las Navidades. Mateo estaba elaborando unos menús para los días de las fiestas, él se encargaría de la compra y de la cocina. Clara llegaría unos días antes que su hermana y le ayudaría a poner el árbol, colocar los adornos navideños y el pequeño belén con todas las figuras que Mateo había hecho a mano cuando sus hijas eran pequeñas.

Habían pasado varios días desde el ingreso de John en la prisión de Coruña y Mateo estaba tranquilo y convencido de que le dejarían salir. Todos los días, antes de comer, llamaba a los abogados. Sabía que no podía hacer nada más y que debía tener paciencia pero le inquietaba desconocer el curso de la

investigación de la policía. Si lo único a lo que se dedicaban era a buscar más pruebas que incriminaran a John, o si habían abierto nuevas líneas de investigación. A los abogados les había planteado la posibilidad de contratar algún servicio que investigara el caso en busca de pistas de los verdaderos culpables, pero ellos consideraron que de momento el objetivo en el que se debían centrar era en sacar a John de la cárcel, y que luego ya tomarían una decisión.

Una tarde después de ponerles la comida a los perros sonó el teléfono.

—Hola, Mateo, te iba a llamar ya que tengo buenas noticias. El juez ha tenido en cuenta nuestro recurso y pondrá en libertad a John.

La noticia del abogado tranquilizó a Mateo que respiró profundamente y sonrió.

—Bien, por fin se ha demostrado que John es inocente.

—Mateo, no te confundas, solo le han dejado en libertad ante la falta de pruebas concluyentes. Eso no quiere decir que sea inocente y que la policía haya retirado la acusación. John saldrá de la cárcel, pero se tendrá que presentar en la comisaría de Ferrol todos los días, se fijará una fecha para el juicio y la investigación de la policía seguirá adelante.

Aquello no era lo que esperaba Mateo. Era una buena noticia que John saliera de la cárcel, ¿pero cuánto tiempo duraría aquella situación? John seguiría siendo el único sospechoso a ojos de la policía y no se abrirían otras líneas de investigación. Ahora sí que estaba convencido de la necesidad de contratar a un investigador privado.

—Bueno, lo importante es que ahora salga de la cárcel. ¿Cuándo le pondrán en libertad? —preguntó Mateo.

—Mañana por la mañana, nosotros le iremos a buscar y le llevaremos a Valdoviño. Creo que podremos estar ahí a partir de las doce.

—Perfecto, yo os estaré esperando en casa de John.

—Muy bien, pues mañana nos vemos y seguimos hablando.

Después de colgar, Mateo miró por la ventana a Buck. Los dos iban a echar de menos a los perros de John.

Aquella misma tarde recibió dos mensajes que no se esperaba. Primero un whatsapp de Esther en el que le decía: «Lo has conseguido. Cuídate». No tenía muy claro qué quería decir aquello, solo había conseguido que John saliera de la cárcel, pero seguía siendo el principal sospechoso. La palabra «cuídate» la interpretó como una muestra de cariño aunque en realidad no sabía a qué se

refería concretamente. El segundo mensaje fue una llamada de Ramón Baldespin cuando se disponía a cenar.

—Hola, Mateo, me acabo de enterar de que sueltan al irlandés.

—Ramón, tú siempre tan bien informado, seguro que lo has sabido antes que yo.

—Ya sabes que me gusta estar al tanto de todo lo que ocurre y, si con eso puedo ayudar a mis amigos, mucho mejor.

Mateo intuía que aquella llamada era por algo más. Dudó si preguntárselo directamente o esperar a que fuera Ramón quien empezara a hablar pero tenía la suficiente confianza como ir directamente al grano.

—Ramón, sé que me llamas para contarme algo más.

Un pequeño silencio antes de que su amigo continuara hablando.

—En realidad no tengo que contarte nada nuevo. Ya lo hemos hablado todo la última vez que nos vimos. Solo quiero darte un consejo, ten mucho cuidado. Este es un asunto muy peligroso. No sé si John es culpable, pero seguro que hay alguien más. Ya te dije que se mueve mucho dinero en este negocio y hay gente sin escrúpulos.

—Ramón, si sabes algo, aunque no tengas pruebas, deberías decírselo a la policía.

De nuevo silencio hasta que Baldespin volvió a hablar.

—Yo creo que la policía tiene mucha información y yo no me voy a convertir en otra diana como tu amigo Juan. Esto solo te lo digo a ti y no quiero que nadie más sepa lo que pienso. Es una conversación entre tú y yo.

Todo el mundo le daba el consejo de que se cuidara y de que se alejara de aquello, pero las palabras de Ramón convirtieron su inquietud en un miedo real, y parecía que a su amigo también le ocurría lo mismo.

Le dio las gracias, terminó de cenar y después salió a acariciar a los perros. En la oscuridad escuchó el suave murmullo que producía el aire al pasar entre los árboles. Los perros, sentados sobre las patas de atrás, estaban atentos, con la mirada fija, escuchando cualquier sonido que los pusiera en alerta. La brisa se convirtió en un sonido familiar, Mateo se sentía envuelto por un abrazo invisible, cerró los ojos y escuchó. Era el susurro de los ameneiros, parecían asustados y le aconsejaban que tuviera cuidado, mucho cuidado. Entró en casa, cerró la puerta y la atrancó con una silla. Quería que la noche y el silencio pasaran en un instante.

Ciclogénesis

Era muy temprano cuando Mateo se levantó, se preparó el desayuno al oscuro ritmo de la voz de Melody Gardot: «Tus labios pueden ser dulces, tanto que no puedo competir, pero tu corazón es tan negro como la noche». *Your heart is a black as night*. Cuando terminó y abrió las ventanas de su habitación notó algo extraño, una rara sensación que penetraba a través de su piel. Sin quitarse el pijama salió al porche, saludó a los perros y miró a su alrededor. No sabía con exactitud lo que le hacía sentirse así: una nube extraña, un color que desentonaba, un olor diferente, una brisa alterada. Desde su regreso a Valdoviño había desarrollado la capacidad de intuir que tiempo iba a hacer y hasta de predecir el estado del mar, si se aproximaba la lluvia o por el contrario luciría el sol, si haría viento, si el mar estaría en calma o habría marejada. En realidad no era nada insólito, toda su vida había oído a los viejos del lugar pronosticar la climatología, las marejadas y el ritmo del viento. Lo hacían con mucha antelación, incluso meses. Una capacidad invisible del ser humano que se había integrado en su naturaleza. La sensación de aquel día estaba acompañada por un hecho real, el continuo rugido que llegaba desde la playa, el mar se oía enfurecido, se había olvidado de su ritmo. Sería mejor darse prisa para poder ir a contemplar cómo el océano se preparaba para dar la bienvenida al temporal.

Entró en casa y revisó los barómetros. Pocas veces recordaba haber visto la presión tan baja. Parecía claro que el tiempo iba a estar revuelto, consultó las previsiones en el teléfono móvil. Se anunciaba la entrada, a media tarde, de un temporal de lluvia y viento acompañado de una fuerte marejada con vientos de más de 150 km por hora y olas de hasta seis metros. Todos los inviernos aquel fenómeno meteorológico se repetía en más de una ocasión, un temporal, una tormenta que se veía como algo natural. En los últimos años le habían puesto un nuevo nombre: ciclogénesis o ciclogénesis explosiva, parecía que fuese algo devastador que nunca hubiera ocurrido.

Se duchó con rapidez y fue andando a la cooperativa que tenía cerca de casa. A las nueve y media ya había hecho la compra y, al regresar, recogió a los perros y fue directamente a casa de John. Pasó rápidamente por la arboleda de ameneiros y sintió que estaban tensos, le daba la sensación de que

sus raíces se revolvían buscando más sujeción en las profundidades de la tierra.

Cuando llegaron a casa de John, los perros, mostraron su alegría aunque se les veía nerviosos, no dejaban de dar vueltas buscando a su dueño. Al entrar en la casa percibió el rastro frío y húmedo de la soledad. Era un lugar pulcro, envejecido y tratado con afecto. Pese a la frialdad que Mateo sentía en su cuerpo, aquel sitio le traía recuerdos que desprendían calidez y mucho sosiego. En la cocina, una antigua mesa de madera con cuatro sillas, una artesa de pan y el color amarillento con que la vejez había impregnado el frigorífico. Cargó de madera la chimenea de la sala y la cocina de leña, John nunca había consentido tener otra fuente de energía. Encendió el fuego y se sentó a contemplar cómo las primeras llamas iban caldeando el ambiente. El crepitar de la madera se mezclaba con el único sonido de la casa, un solitario tic tac del reloj de madera que colgaba en la pared. Mateo recorrió con la vista aquellas paredes, no había recuerdos, nada que reflejara quién vivía allí. Lo único que identificaba a John era el sillón que estaba al lado de la chimenea, la botella de whisky sobre la mesa y el característico olor dulce del tabaco de liar. Estaba convencido de que aquel lugar no era el refugio de un contrabandista y mucho menos de un asesino, pero sí de alguien que había huido del mundo. Cerró las puertas de la casa y se fue a caminar con los perros.

Antes de llegar a la playa, su cara se impregnó de pequeñas gotas invisibles, el olor a salitre invadía su nariz. Cruzando las dunas, subió por el paseo de madera hasta llegar al lugar desde el que, en verano, los socorristas vigilaban que el mar y los seres humanos no combatieran entre sí. Muchas veces había visto cómo el océano se movía con ritmo, con sonidos cadenciosos y colores que reflejaban el estado del cielo. Lo que estaba viendo no tenía nada que ver con aquello, era como si de algún lugar oculto hubiera emergido una bestia, una enorme bestia blanca y atronadora. A lo lejos, en el extremo izquierdo de la playa, sobre la Punta Frouxeira, avanzaba una capa negra y tenebrosa, el cielo y el mar se habían puesto de acuerdo para mostrar su rostro más feroz. Mateo, como los ameneiros, sintió que aquel día sería necesario anclarse a la tierra. Era suficiente lo que había visto y decidió regresar antes de que se desencadenaran aquellas fuerzas amenazadoras.

En el camino de vuelta se paró a contemplar la isla de los piratas. A su alrededor, la vida había desaparecido, en la oscura superficie del lago el agua

se balanceaba inquieta, sus habitantes estaban silenciosos, seguramente acurrucados buscando protección en sus guaridas.

Se sintió reconfortado con el calor que ya había dentro de la casa de John, rebuscó por la cocina, pero no encontró nada con lo que prepararse algo caliente. Se sentó frente a la chimenea, miró a su alrededor, el reloj de la pared era lo único que aquel día seguía con su ritmo pausado, marcaba las once y media, todavía no le habían llamado los abogados y pensó que lo mejor era ponerse en contacto con ellos para saber a qué hora llegarían. Cuando iba a marcar, sonó el teléfono. Miró la pantalla, no se esperaba aquella llamada.

—Hola, Caroline.

—Mateo, ¿sabes algo de David?

La voz de Caroline tenía un tono de agitación extraño en ella.

—Hace días que no hablo con él. ¿Qué ha ocurrido? —respondió Mateo.

—Desde que salió ayer de casa no ha vuelto, no sé nada de él y siempre regresa por la noche.

Mateo se alarmó por el nerviosismo que transmitía Caroline pero era difícil pensar que a David le ocurriera algo, siempre era él quien dominaba la situación.

—Pero ¿ha ocurrido algo más?, últimamente tenía un comportamiento extraño.

El silencio de Caroline le confirmó que algo había pasado.

—Cuando se enteró de que iban a soltar a John se puso furioso, alguien le dijo que tú le estabas ayudando. Que buscaste unos abogados. Ya sabes cómo se ha puesto últimamente, pero esta estaba más enfurecido que nunca, ni te imaginas todas las barbaridades que dijo sobre ti.

Mateo permaneció en silencio mientras Caroline continuaba hablando.

—Estoy preocupada. Le he llamado al móvil un montón de veces, no sé si llamar a la policía. ¿Dónde estás tú ahora?

—Estoy en casa de John, iba a llamar a su abogado para saber la hora a la que vendrán.

—Mateo parece que es cierto que estás un poco obsesionado con ese hombre, ya no solo piensas que es inocente, te has involucrado al máximo en ayudarlo. —dijo Caroline, ahora con un tono desconsolado.

A Mateo le gustaba hablarle con sinceridad a Caroline y lo mejor era decirle todo lo que pensaba.

—No solo creo que no ha tenido nada que ver, y por eso le estoy ayudando, creo que además de demostrar su inocencia hay que encontrar a los verdaderos

culpables. Les he propuesto a los abogados contratar a un detective para investigar el caso.

—¡Tú estás mal de la cabeza, con todo lo que ha pasado! No te das cuenta de que puede ser muy peligroso. Deja que la policía lo resuelva. Además, ¿no entiendo por qué te has empeñado en defender a ese viejo loco!

Las últimas palabras de Caroline le molestaron, tanto por lo que había dicho como por el tono utilizado. No quería discutir con ella, pero tenía que dejar claro lo que pensaba sobre John.

—No es ningún viejo loco y creo que es inocente, además, no hay ninguna prueba que le involucre. Tiene mala fama, pero el ser algo huraño no le convierte en un asesino.

—Me da la impresión de tú eres el que está más loco. Mateo, no quiero que te pase nada, déjalo por favor.

Mateo decidió que lo mejor era no continuar hablando de aquello, Caroline pensaba lo mismo que todos los que le rodeaban.

—Hay un subinspector de policía que tiene bastante relación con David. Lo mejor sería hablar con él, le puedo llamar, pero si se te ocurre algún sitio donde pueda estar David, después de que venga John, te puedo acompañar.

—Prefiero hablar yo con el subinspector, envíame por favor su teléfono y yo le llamo. Lo mejor será que me quede en casa, no sabría adónde ir y además con el día que hace prefiero no salir.

Al colgar el teléfono Mateo se quedó desconcertado, no sabía qué hacer. Además de enviarle a Caroline el número de teléfono del subinspector Elías, le puso a este un whatsapp diciéndole que ella le llamaría y preguntándole si sabía algo de David. Cuando estaba terminando de enviar los mensajes, oyó que los perros ladraban, el tono delataba que alguien conocido se estaba acercando.

Salió de la casa y lo primero que vio fue a los chuchos abalanzándose sobre John, la fiesta que le estaban brindando incluía volteretas, saltos hacia atrás y ladridos mezclados con pequeños gimoteos. John los acariciaba mientras intentaba tranquilizarlos, pero aquello no daba resultado, fue entonces cuando una orden enérgica salió de sus labios e inmediatamente los tres perros se sentaron sobre las patas de atrás. Mateo se quedó asombrado, no por los perros de John, ya se lo había visto hacer en otras ocasiones, sino porque Buck también había obedecido fielmente, algo que él no conseguía con tanta facilidad.

Miró a John, su aspecto volvía a ser el de siempre, con su boina y la inseparable colilla entre los labios. El irlandés se acercó a él y le ofreció su mano, Mateo sintió cómo la suya crujía en el medio de aquellos enormes dedos ásperos y llenos de surcos. También saludó a los dos abogados que le acompañaban que los hubiera confundido con unos guardaespaldas si no fuera por los maletines que llevaban.

Entraron los cuatro en la casa, John se fue directamente a remover los troncos de la chimenea. Desde que había llegado, lo único que salió de sus labios fue para hablar con los perros. Mateo se sentó frente a John después de haber ofrecido unas sillas a los abogados, que prefirieron quedarse de pie.

—Tendremos que esperar a que salga la fecha del juicio. Mientras tanto, ya le hemos dicho a John que debe cumplir las visitas a la comisaría que el juez le ha impuesto, y no meterse en líos—dijo uno de los letrados.

Mateo miró a John que seguía callado. Parecía como si aquello no fuera con él.

—Sobre la posibilidad que les comenté de contratar a un investigador, ¿lo han pensado? —preguntó Mateo.

Los abogados se miraron entre sí. Lorenzo con el que había contactado Mateo, contestó:

—Creemos que de momento lo mejor es no hacerlo. Seguimos pensando que no hay pruebas para este caso y no será necesario contar con los servicios de un detective. Nosotros debemos centrarnos en demostrar la inocencia de John y ahora mismo no debemos despistarnos en la búsqueda de los culpables.

Mateo no estaba de acuerdo, creía que una de las formas de demostrar que John era inocente era encontrando a los verdaderos asesinos pero decidió dejar aquella cuestión para otro momento.

—John, siga las instrucciones que le hemos comentado y no habrá ningún problema.

John siguió callado, sentado enfrente de la chimenea, solo un movimiento de su cabeza les confirmó que había entendido lo que le acababan de decir.

—Mateo, nosotros nos vamos a ir. Como John no tiene ningún medio por el que podamos contactar, le llamaremos a usted.

—No hay ningún problema. Los acompaño a la puerta.

Ya fuera de la casa, los tres se pusieron a hablar en un tono menos formal que el que habían mantenido cuando estaban en el interior.

—¿Ven ustedes el caso tan claro? —les preguntó Mateo.

—En principio pensamos que no debería haber ningún problema, salvo que aparezca nueva información que ahora desconocemos. Algo que tampoco nos debería sorprender dado el carácter de su amigo. Su forma de ser no nos ayuda a nosotros ni le ayudará a él en el juicio. Es como si todo le diera igual.

—¿Pero ustedes piensan que es inocente?

—Es una pregunta que nosotros no podemos responder. Nuestro trabajo es demostrar que no es culpable, lo que nosotros pensemos no tiene nada que ver. El único que está convencido de su inocencia es usted pero por lo que hemos podido averiguar, nadie pondría la mano en el fuego por él.

Mateo no siguió insistiendo, se despidieron y confirmaron que él sería el contacto con ellos. Al entrar en la casa, vio a John en la misma postura que le había dejado, su mirada era la de siempre, como si nada hubiera ocurrido.

—Te he traído algo de comida que te he dejado en la nevera.

Cuando John le respondió que ya lo había visto, se quedó sorprendido. El único momento en el que lo podía haber hecho era cuando él había estado fuera con los abogados, se preguntó si también habría oído la conversación que había tenido con ellos.

Mateo volvió a sentarse y lo miró fijamente.

—John, ¿sabes que tu situación sigue siendo difícil? La policía continúa pensando que eres culpable y seguirá buscando cualquier indicio, incluso en tu pasado.

—Creo que de mi pasado ya lo deben de saber todo. ¿Qué te han contado a ti de mi pasado?

Mateo vio en la cara de John una expresión de desconsuelo, lo que contrastaba con la rudeza de su mirada.

—Me contaron tus problemas con la policía, tus peleas, tu relación con James Britt y que habías matado a un hombre.

John apoyó su cabeza en el respaldo del asiento con la mirada perdida en el fuego.

—De mi pasado hay cosas que no me gusta recordar. Cometí muchos errores y haber matado a un hombre, aunque fuese en defensa propia, fue para mí el final de una etapa de mi vida. Sobre James Britt, ya te lo dije, era un mal tipo y tampoco me gusta hablar sobre él.

Mateo se quedó pensativo. Había algo en la vida de John que le recordaba su propio pasado, en ambos casos hubo un momento en el que sus vidas se rompieron.

John, aunque tenía a Mateo enfrente, no le miraba. Seguía observando el fuego.

—Me alegro de que ya lo sepas todo sobre mi pasado, así yo no tendré que contártelo —dijo John.

—A los abogados no les gustaría que apareciesen nuevas cosas que pudieran complicar tu defensa.

—No aparecerá nada nuevo, a menos que alguien se dedique a contar mentiras.

Mateo se quedó callado después de oír aquellas palabras. ¿Se refería John a alguien en concreto?

—John, ¿crees que hay alguien que quiere involucrarte en este asunto?

John no respondió a aquella pregunta. El silencio puso nervioso a Mateo que siguió insistiendo.

—Tienes que contar todo lo que sepas y si hay algo más en tu pasado, debes decirlo —le dijo Mateo en un tono muy firme.

Ambos se quedaron en silencio hasta que John torció el cuello y se quedó mirando fijamente a Mateo.

—Lo he contado todo pero creo que tú entiendes que hay cosas del pasado sobre las que no nos gusta hablar.

Mateo comprendió que la mirada del irlandés y sus últimas palabras eran el final de la conversación. En parte lo entendía, pero si John seguía escondiendo cosas de su pasado él ya no podía hacer nada, solo continuar ayudándole.

Miró su reloj, eran las tres, el momento de marcharse. Al levantarse, John le ofreció quedarse a comer.

—Me tengo que ir. Creo que hoy lo mejor que podemos hacer es encerrarnos en casa.

John le acompañó hasta la puerta y allí estrecho su mano. Mateo vio algo diferente en su mirada, quizás eran las huellas de haber estado fuera de su mundo.

—Mateo, gracias por cuidar a los perros. —fue lo único que le dijo John.

Sobre el paseo el cielo estaba cubierto por una capa de color negro y oscura, una advertencia de lo que iba a ocurrir. Un manto tenebroso estaba cerrando el día, sobre las copas de los ameneiros se oía un silbido desapacible. Echó de menos sus susurros, como si en aquel momento estuvieran pendientes de otras amenazas. Mateo sintió un escalofrío, quería estar encerrado y protegido el resto del día. La llegada de la noche le

inquietaba. Al entrar en casa cerró con llave todas las puertas, no iba a volver a salir y tampoco esperaba la visita de nadie.

Mientras se preparaba la comida sonrió con tristeza, estaba consiguiendo que los recuerdos no le dominaran. Se acordó de la conversación con Caroline, no había recibido ninguna llamada. Comprobó el teléfono y vio que tenía un whatsapp. Era un mensaje del subinspector Elías: «No se preocupe, David está bien. Ya he hablado con su mujer». No sintió nada especial, sabía que a David no le iba a ocurrir nada. Solo le extrañó que Caroline no le hubiera llamado. Quizás era un día en el que nadie quería hablar.

Revisó si dentro de casa tenía leña suficiente, encendió la televisión y escuchó las noticias que informaban sobre el temporal que ya había hecho acto de presencia en el mar. La flota amarrada, los consejos de que la gente no se acercara a la costa y a los acantilados y la prevención sobre la visita a las playas. Vio en la televisión los destrozos ocasionados y pensó en los faraónicos paseos marítimos que se habían construido y que ese año, de nuevo, serían derribados por el mar que con su furia pretendía ocupar lo que el hombre le había conquistado.

Dejó que Buck se quedara dentro de casa, tampoco le gustaba aquel tiempo y él se sentiría acompañado y protegido. Después de comer, sentado frente a la chimenea, revisó los correos que tenía pendientes de leer, pero se dio cuenta de que era inútil hacerlo. Su cabeza estaba en otro lado y además se sentía cansado, cerró los ojos en compañía de la voz de David Bowie, *Changes*. «Aún no sé lo que estaba esperando. Y mi tiempo estaba corriendo salvajemente. Un millón de callejones sin salida. Todo el tiempo pensé que lo tenía hecho».

La lluvia que golpeaba las ventanas hizo que se despertara sobresaltado, miles de gotas furiosas se estrellaban en los cristales. Estaba envuelto en una penumbra donde solo resaltaba la luz de la chimenea. Buck, echado sobre sus pies, le miraba con los ojos entornados. A Mateo no le apetecía moverse de su sitio, pero de nuevo quiso comprobar que todas las puertas y ventanas estaban perfectamente cerradas. Encendió la luz de una lámpara de pie y, al mirar al exterior, vio cómo las trombas de agua caían enfurecidas, el viento que atacaba por todos los flancos hacía que los árboles se agitaran en una danza frenética. Aún no había llegado la noche, pero la inquietud y el temor ya se habían apoderado de él. Tenía que ocupar su tiempo y decidió que lo mejor era realizar algunas llamadas telefónicas. Habló con sus hijas más de una hora y luego lo hizo con Carlos y Samuel. Estaba sentado y de vez en cuando se

levantaba para mirar a través de las ventanas. Cuando la noche se fue apoderando con su oscuridad, encendió las luces exteriores de la casa. En medio del rugido del viento, se podía distinguir el furioso diluvio que quería derribar todo lo que se encontrara a su paso. La lluvia golpeaba con violencia, al mirar a través de las ventanas sus ojos se entrecerraban como si temiera que los cristales fueran a estallar. La chimenea era una caldera a la que no paraba de alimentar, las llamas subían a través del tiro como si fueran guardianes ante la amenaza exterior. Decidió que lo mejor que podía hacer era cenar algo ligero, tomarse una pastilla y encerrarse en la guarida de su habitación hasta el día siguiente.

Se tomó una sopa caliente y luego, armado de valor, asomó la cabeza por la puerta que daba al porche para contemplar el espectáculo. Sentado a su lado, sobre las patas de atrás, Buck miraba la tenebrosa noche, sus ojos parecían buscar la protección de Minerva y Galatea³⁰. Los árboles se agitaban como monstruos enfurecidos, sus ramas se movían encolerizadas. Se escuchaban gargantas siniestras e incansables que no dejaban de emitir bramidos que reventaban los tímpanos, la tormenta parecía que intentaba arrancar de la tierra a todos sus moradores y la lluvia golpeaba por todos los puntos cardinales. Mateo notó su rostro empapado, entró en casa y cerró de nuevo con llave, puso el pasador y comprobó que las puertas y ventanas eran un muro infranqueable.

³⁰ Entre los siglos XVI al XIX en los mascarones de proa de los grandes buques que surcaban los mares se solían poner figuras decorativas, generalmente talladas en madera, cuyo objetivo era proteger al barco y sus tripulantes. Atenea o Minerva era una diosa o guerrera armada y con casco, Aretusa o Galatea era una ninfa o nereida.

Se secó la cara y se preparó una infusión. De nuevo, delante de la chimenea y acariciando a Buck, que no le abandonaba en ningún momento, sintió las caricias de la madera ardiendo. Ella Fitzgerald y Louis Armstrong cantaban *Under a blanket of blue*. «Bajo un manto de color azul. Solo tú y yo bajo las estrellas. Envueltos en los brazos del dulce romance. La noche es nuestra». Los efectos del barbitúrico le llevaron a un intranquilo letargo, tenía que irse a la cama, pero sus ojos se cerraban intentando huir de la realidad. De repente Buck, que descansaba con la barbilla apoyada en el suelo, empezó a mover sus orejas en busca de algún sonido lejano, se puso de pie y fue corriendo hasta la puerta. Mateo le miró y vio cómo movía el rabo. No entendía lo que estaba ocurriendo, aquella señal de entusiasmo le desconcertaba. Mateo se levantó y fue hasta su lado, intentó tranquilizarle, sin embargo el perro no paraba de dar

vueltas dando muestras de alegría. Mateo contuvo la respiración, intentando escuchar cualquier sonido que le diera alguna pista de lo que estaba ocurriendo, miró a través de la ventana, la oscuridad seguía enloquecida. Decidió abrir la puerta, Buck salió disparado y se quedó clavado en el medio del porche. Seguía moviendo el rabo mientras miraba fijamente una figura que se encontraba dentro de la finca, en medio de la senda que llegaba hasta las escaleras del porche. De pie, permanecía inmóvil pese al azote de la lluvia torrencial y la furia del viento. La angustia golpeó el pecho de Mateo, presentía quién estaba allí pero la oscuridad y la capucha que le cubría la cabeza le convertían en una imagen borrosa.

Iba a gritar cuando vio cómo su amigo levantaba el brazo derecho y le apuntaba con un arma, no le dio tiempo a abrir la boca, oyó un estruendo y a la vez sintió cómo su hombro se rompía. Sintió un fuerte dolor y algo caliente que bajaba por el brazo. Todo ocurría a mucha velocidad, Buck salió corriendo y se abalanzó sobre el encapuchado. Sonó un segundo disparo, se oyeron gemidos mientras el cuerpo del perro se desplomaba encima del desconocido. Mateo vio cómo las dos figuras caían al suelo. El encapuchado se deshizo con rapidez del cuerpo de Buck y al levantarse se le cayó la capucha. En ese momento Mateo descubrió quién era la pieza que faltaba en aquel rompecabezas y que tantas angustias le había provocado.

—David, ¿qué haces?, ¿estás loco?

David, ya sin capucha, le apuntó de nuevo con la pistola. Sonó otro disparo pero esta vez la bala se perdió en medio de la lluvia. El instinto de Mateo hizo que girara hacia atrás y entrara en la casa, con la mano izquierda cerró la puerta y puso el pasador. Tenía las llaves en el bolsillo opuesto y era incapaz de cogerlas, el dolor de su hombro le había paralizado el brazo derecho. No sabía qué hacer, aquello era una locura y tenía que ser capaz de parar y pensar. Cogió su móvil y se dirigió a la cocina pensando que la oscuridad podía ser su aliada, al llegar desconectó todas las luces. Su respiración y el dolor eran intensos, intentó no hacer ruido para escuchar lo que estaba ocurriendo fuera. Solo era capaz de oír la furia de la lluvia y del viento. Quiso apoyar su brazo dolorido sobre el vientre, no había visto cómo lo tenía, pero el fuerte dolor y su camisa empapada le daban pistas suficientes. Iba a ser difícil que él pudiera salir solo de allí, tenía que pedir ayuda. Intentó llamar a Esther usando su mano izquierda, pero sus dedos temblorosos se lo ponían difícil. Oyó cómo David forcejeaba con la puerta, sabía que no podría tirarla abajo aunque con la pistola podría romper el pasador o entrar por la ventana del porche

rompiendo los cristales. Tenía que salir de casa y solo se le ocurría una escapatoria. No le iba a dar tiempo a llamar por teléfono y huir, así que decidió ponerle un whatsapp a Esther. Cuando empezó a escribir oyó la rotura de unos cristales. No tenía tiempo, envió el mensaje con un «help», hizo un movimiento desesperado con su brazo derecho y sacó las llaves del bolsillo para abrir la puerta de la cocina. Sentía cómo su hombro se desgarraba, cualquier movimiento hacía que el dolor fuese más intenso. Consiguió salir fuera y echar la puerta, con rapidez se refugió detrás del cierre frondoso de tuyas y desde allí, protegido por los árboles, fue corriendo hasta la parte de atrás de la finca. Llevaba el brazo derecho en cabestrillo sujeto con la mano izquierda, tenía miedo de tropezar con alguna raíz del suelo, pero la angustia le hizo correr aquellos cincuenta metros sin ningún contratiempo. El roce de las ramas le llenó la cara de rasguños, el escozor que le producía se lo aliviaba el agua de la lluvia que en aquellos momentos se había convertido en su aliada. Llegó al muro que separaba su casa de la de sus vecinos Laura y Juan, allí estaría protegido por las hortensias. Se sentó en el suelo, tenía que calmarse y pensar en el siguiente paso. El frío que le provocaba el cuerpo mojado contrastaba con la frente sudorosa que le había dejado la huida. Se quedó quieto, inmóvil, escuchando cómo el viento y la lluvia, que en aquel momento eran sus protectores, seguían enfurecidos. Mateo sabía que en condiciones normales podría saltar el muro, se levantó despacio e intentó hacer la fuerza necesaria con su brazo izquierdo, solo consiguió rozar su cara con el cemento y caer hacia atrás en el suelo. Su lado derecho estaba paralizado por lo que decidió permanecer allí, oculto. La tierra húmeda empapaba su espalda, el agua chorreaba por su cara y, por primera vez en su vida, se sintió seguro en la oscuridad. Su única opción era permanecer allí en silencio e intentar que el teléfono fuera su salvación. Se lo colocó sobre el vientre y, con la cabeza algo erguida, intentó buscar el número de Esther pero le costaba mantener aquella postura. A pesar de la protección de las hortensias, la lluvia no le dejaba abrir los ojos y el agua que entraba por su boca le impedía respirar con normalidad. Apoyó la cabeza en la tierra, cerró los ojos y pensó en lo que estaba ocurriendo, la figura de David como broche de aquella historia encajaba a la perfección. Solo podía imaginar que la locura y la desesperación le habían convertido en un asesino. ¿Estaría él solo o tendría algún cómplice?, aquella pregunta empezó a retumbar en su cabeza y pensar en su respuesta le hacía sentirse más angustiado. En aquel momento tenía que mantener la calma y seguir intentando llamar a Esther. Levantó de

nuevo la cabeza y en ese momento empezó a sonar algo familiar que en aquellas circunstancias le parecía un estruendo, la voz de David Bowie interpretando *China girl* le hizo coger el teléfono con desesperación, ni siquiera se fijó en quien estaba llamando, solo quería que dejará de sonar, golpeo el teléfono contra el suelo, se lo puso debajo del cuerpo, la música seguía retumbando a su alrededor y él no era capaz de pararla. Se lo acercó a la mano derecha que tenía apoyada sobre el cuerpo y consiguió cortar el volumen y guardárselo en el bolsillo. Empezó a respirar con dificultad, ansiedad se estaba apoderando de él, pensaba si sería Esther quien le había llamado, pero inmediatamente su preocupación se centró en si aquel sonido podía haberle delatado. Tenía que moverse de aquel sitio, se giró sobre su cuerpo y con mucha dificultad logró ponerse de rodillas, estaba totalmente cubierto de barro y mojado, tenía ganas de gritar, pero sabía que no podía hacerlo, tenía que decidir hacia dónde ir. En ese momento vio un destello que se movía entre las hortensias, se quedó inmóvil y contuvo la respiración. El haz de luz se movía de forma siniestra, como una víbora que estuviera reptando en busca de su víctima. Sintió que le agarraban del pelo y tiraban de él, intentó con las manos sujetarse al suelo y solo consiguió hundir sus dedos en el barro. Decidió dejarse arrastrar sin oponer resistencia intentando amortiguar el dolor que sentía en la cabeza y en el brazo. Durante unos segundos tuvo los ojos cerrados, sin saber hacia dónde iba, hasta que por fin sintió que le liberaban y dejaban de tirar de él. Abrió los ojos y vio el rostro de un desconocido. David, en cuclillas delante de él, con la luz de la linterna permitía que le viera la cara. Tenía una mirada negra y perdida, llena de temor que revelaba una locura sin límites. Mateo nunca había visto aquella expresión, aquel no era su amigo y percibió que no iba a tener escapatoria. No era capaz de articular palabra y dejó que fuera David el que hablara.

—Tenías que complicarlo todo. Meter tus narices para ayudar a un don nadie. Siempre te has creído el más listo. Siempre por encima de los demás, y a tus amigos de verdad que nos jodan.

Mateo escuchó la voz de su amigo, estaba llena de odio. Aquellas palabras guardaban reproches de toda una vida.

—Y ahora ahí, calladito, sin nada que decir. El bueno de Mateo, el que todo lo hace bien. Por el que se preocupa todo el mundo. Háblame, dime algo, estoy esperando ansioso cuales van a ser tus últimas palabras. .

Mateo no era capaz de hablar, su cuerpo estaba roto, ni siquiera le molestaba la lluvia que seguía cayendo de forma impetuosa. Las gotas se

clavaban en la piel de su cara y sentía cómo piedras de agua atravesaban su ropa. Solo quería saber una cosa, cómo había llegado su amigo hasta aquella situación. Al hacerle la pregunta una sonrisa triste y amarga transformó el rostro de David.

—Siempre me he dedicado a buscarme la vida, he trabajado mucho y desde una empresa cutre he levantado un gran negocio. ¿Y sabes qué he recibido a cambio?, que mi mujercita, tu Caroline, no dejase de echarme en cara que el negocio era suyo y que yo solo era un empleado.

Aquella descripción de Caroline sorprendió a Mateo, pero no era el momento de ponerse a discutir. Permitió que David siguiera hablando.

—Veo que sigues sin decir nada. ¿Te extraña cómo es Caroline?, la que tanto habla de ti, la que solo ve tus virtudes. Toda mi vida he tenido que estar aguantándolo, no iba a romper con ella y dejarle un negocio que yo había levantado desde una miserable tienda de flores.

Mateo no quería seguir oyendo aquellos lamentos y decidió hablar.

—No creo que lo que me acabas de contar sea lo que te ha llevado a convertirte en un asesino.

—De nuevo el listo de Mateo, veamos, tú que lo sabes todo, ¿tú qué crees que es lo que me ha llevado a ser un asesino? —dijo David con una amarga sonrisa en su cara.

Mateo había conseguido tranquilizarse, tenía que buscar una manera de salvarse y cuanto más tiempo estuvieran hablando mejor para él.

—Prefiero que seas tú quien me lo cuente —decidió responderle.

—Es una historia larga, aunque creo que tenemos tiempo. No te preocupes, nadie vendrá a ayudarte.

No solo el comentario dejó a Mateo intrigado, fue la seguridad con la que habló David lo que más le llamó la atención.

—Sabes que siempre me ha gustado vivir muy bien y, pese a que el negocio lo permitía, Caroline siempre tenía algo que decir: Que la empresa era de sus padres y yo la estaba dilapidando, que ella quería dejárselo a nuestro hijo. No paraba de controlarme y reprocharme todo lo que hacía. Eso sí, nunca alababa mi trabajo, nunca me dijo que gracias a mí habíamos levantado una gran empresa. Seguramente creía que lo compensaba permitiéndome tener mis aventuras.

Mateo estaba sorprendido por lo que estaba diciendo David, pero sus pensamientos poco tenían que ver con las palabras de su amigo, en aquel momento su único objetivo era escapar de aquella situación.

David continuó hablando.

—Decidí entonces que tenía que buscarme unos ingresos extra y el juego era una buena alternativa. A partir de ahí todo fue sencillo hasta que llegó la mala racha. Empecé a perder mucho dinero y tuve que pedírselo a los prestamistas. El resto de la historia y la razón por la que nos vinimos a vivir aquí ya lo conoces. Caroline se creyó, la muy lista, que habíamos arreglado nuestras deudas, pero nunca tuvo ni idea de lo que realmente debía y sigo debiendo. Para pagarlo y seguir manteniendo mi ritmo de vida me ofrecieron un trabajo sencillo, solo tenía que recoger aquí una bolsa y llevarla a Holanda. Algo fácil y que entrañaba poco riesgo.

Mateo miró a su amigo que seguía de rodillas. La lluvia caía como un torrente sobre la cabeza de David, su mirada se había relajado y se le veía cansado.

—Sigues sin decirme cuál fue la razón de haberte convertido en un asesino —le dijo Mateo.

David se puso de pie y miró su arma.

—Siempre hay gente avariciosa que quiere más de lo pactado. Lo de tu amigo fue mala suerte, vio lo que no tenía que haber visto. Pero en parte tú fuiste culpable de su muerte, todo estaba preparado para que John fuese el responsable. Creo que ahora será mejor que cierres los ojos.

Aquella última frase retumbó en Mateo, su instinto de supervivencia se puso en alerta, tenía que hacer algo, ganar tiempo.

—¿Cómo está Buck?, déjame ir a verle.

—No te preocupes por él, acabará como tú.

David levantó el arma y le apuntó, a Mateo el corazón le latía como un pez fuera del agua. Cerró los ojos y apretó las manos, todo su cuerpo estaba a punto de estallar. El tiempo parecía que se había parado, entre el viento huracanado oyó cómo David gritaba «mierda», tras una pausa sonaron dos disparos.

Oyó un fuerte golpe, algo que se había derrumbado sobre la tierra. No se atrevía a abrir los ojos, tenía miedo a aparecer en un lugar desconocido lleno de caras que le mirarían con el interés de la llegada de un nuevo inquilino. La presión de las manos cerradas le subía hasta los hombros, y desde allí se extendía por el resto del cuerpo. Notó cómo le golpeaban la cara, primero un lado y luego en el otro. Él seguía inmóvil, sin hacer nada, su cuerpo estaba tenso y de repente sintió cómo le zarandeaban cogiéndole por su hombro izquierdo.

—Mateo, abre los ojos, soy Esther.

Los fue abriendo lentamente mientras la tensión de su cuerpo se fue relajando por sus brazos hasta llegar a la punta de los dedos. La vio arrodillada, mirándole fijamente a la cara. Giró la cabeza a la izquierda y a su lado, tumbado en el suelo, vio el cuerpo de David. Volvió sus ojos hacia Esther mostrándole agradecimiento por haberle salvado la vida.

Levantó la espalda y la cabeza apoyándose con dificultad sobre su brazo izquierdo. Esther le miraba en silencio, su rostro estaba muy serio. En una mano llevaba una pistola y en la otra tenía la linterna de David. Estaba empapada y el agua chorreaba por su melena, le recordaba el día de la tormenta en la Frouxeira.

En la cara de Mateo, entre los gestos de dolor, se dibujó una sonrisa.

—¡Menos mal que has visto mi whatsapp! Ayúdame a levantarme, quiero ir a ver a Buck —le dio Mateo mientras intentaba ponerse de pie,

Ella seguía callada, estaba inmóvil y le miraba fijamente como una estatua con ojos reales.

—¿Vas a seguir ahí en silencio?, dime algo y ayúdame —insistió Mateo.

Sus palabras no surtieron efecto, parecía como si ella estuviese en otro lugar. Mateo no entendía lo que estaba ocurriendo. Su cuerpo estaba vacío, solo sentía dolor físico. Decidió levantarse sin la ayuda de Esther, se giró sobre su lado izquierdo y con gran esfuerzo fue capaz de ponerse de pie. Se acercó al cuerpo de David mientras una ráfaga de recuerdos pasó por su cabeza, le miró fijamente y se dio cuenta de que ya no le interesaban las razones por las que se había convertido en un asesino. En realidad la única razón estaba dentro de uno mismo. Las personas, aunque tengan las mismas raíces y crezcan en la misma tierra, se desarrollan de forma individual. Tanto su exterior como su interior son únicos y diferentes.

Mateo miró a Esther que seguía arrodillada sobre el suelo y le acercó la mano para ayudarle a ponerse en pie.

—¿Es la primera vez que matas a alguien? —le preguntó Mateo.

Ella seguía callada y decidió que lo mejor era no insistir. Se puso a andar en dirección a la puerta de la cocina, quería encender las luces e ir a ver a Buck. Iba andando despacio, arrastrando su cuerpo en una oscuridad sobre la que seguía cayendo una lluvia obstinada. Sacó el móvil de su pantalón, esta vez calmado y sin prisa se paró a mirarlo. Estaba bloqueado y tecleó con su dedo pulgar la clave de acceso. Le llamó la atención que la llamada perdida fuese de Caroline, pero lo que realmente le dejó sorprendido fue que el

whatsapp a Esther ni siquiera lo había enviado. Se dio la vuelta y la vio allí, de pie. El reflejo de la linterna en sus ojos mostraba una mirada triste, una mirada que se clavaba en los ojos de Mateo. Se acercó lentamente hacia él, como si no quisiera llegar. Habló con un tono pausado y severo.

—Mateo, será mejor que no sigas andando.

Él estaba desconcertado, la miraba y no dejaba de pensar en su comportamiento. Por su cabeza pasaban ideas descabelladas.

—Dime qué ocurre, Esther.

Ella ya estaba a su altura, él se fijó que en sus manos llevaba puestos unos guantes negros. Se miraron con tristeza, Mateo sintió que se había caído en un foso lleno de tinieblas, aquello no podía ser posible.

—¿Ya te has dado cuenta?, —dijo Esther—. Nunca quise que llegásemos a este punto. Siempre intenté alejarte, que no te entrometieras, pero tu terquedad nos ha traído hasta aquí. Pese a las torpezas de tu amigo David, lo teníamos todo arreglado, John sería el culpable.

A Mateo no le interesaba nada de lo que estaba oyendo, ni siquiera quería saber cómo ella se había involucrado en aquella historia. Esther continuó hablando.

—No me voy a disculpar ni tampoco a darte explicaciones de cuál es la razón por la que estoy metida en esto. Ahora ya es tarde, la sentencia ya la han dictado otros. Eras tú o yo y, ahí nunca tuve duda. Esperaba no tener que hacerlo, pero David siempre ha estado complicando las cosas. Él debía matarte pero no sabía que luego sería yo la encargada de hacer lo mismo con él. Así quedaría como el único responsable de todo. Pero tampoco fue capaz de hacerlo, en el último momento el arma se le encasquilló y tuve que cambiar los planes. El final será el mismo solo que ahora seré yo quien tenga que matarte.

Mateo no dijo nada, estaba demasiado cansado y sabía que no podía oponer resistencia. No se estaba rindiendo, pero sentía un sosiego que hacía mucho tiempo no percibía. No se lo iba a poner fácil y decidió seguir su camino.

—Será mejor que no sigas andando —le dijo Esther.

Qué frase tan estúpida, pensó Mateo. Se paró ante la puerta de la cocina, pero no entró a encender las luces, la oscuridad ya no le daba miedo. Tenía a Esther cerca de él, no le iba a hacer caso ni iba a comportarse como un reo ante el paredón y decidió continuar su camino.

—¡Mateo!

Fue el inicio de una frase inacabada, la voz se paró de repente y se oyó un golpe seco. Mateo, que seguía andando, se paró y giró la cabeza. Esther estaba tendida en el suelo y a su lado, agarrando un palo grueso entre sus manos, se encontraba John el irlandés. Entre los dos solo la pequeña luz de la linterna que estaba tirada en el suelo. Mateo se acercó a John que tenía los ojos clavados en el cuerpo de Esther. Se agachó, recogió las dos armas que había al lado de ella y se las metió en los bolsillos de su chaqueta.

—John, ¿qué haces aquí? ¿Cómo sabías lo que estaba ocurriendo? —le preguntó Mateo.

John tardó en contestar. Seguía mirando a Esther, metió su pie debajo de su cuerpo para comprobar que no respondía, la había dejado inconsciente. Levantó los ojos en dirección a Mateo. Esta vez de su boca no colgaba una colilla.

—El susurro de los ameneiros —respondió.

Mateo no dijo nada, entró en la cocina, encendió las luces y miró su teléfono móvil. Tenía que ir a ver a Buck y llamar a la policía.

Diciembre

Cuando Mateo salió de la cocina, vio a John arrastrando el cuerpo de Esther hasta la entrada de la casa. Mateo le dijo que era mejor dejarla donde estaba hasta la llegada de la policía, y le pidió que se quedara vigilándola mientras él iba a ver como estaba Buck. El irlandés lo había llevado hasta el porche donde lo había dejado tumbado. A Mateo le costó llegar hasta allí, iba caminando pero la sensación que tenía era de ir arrastrando su cuerpo, se sentó en el suelo al lado de su perro, la herida parecía no tener importancia, pero le impedía mover un lado del cuerpo. Mientras le hablaba y le acariciaba, dio un repaso a su propio aspecto. Mojado, embarrado, sucio, con manchas de sangre, con el brazo derecho inmovilizado. Sus huesos y músculos habían sido invadidos por el frío y la humedad. Pese a salir con vida de lo ocurrido, se sentía derrotado.

La policía llegó a los pocos minutos. Poco a poco fueron apareciendo coches patrulla y ambulancias haciendo sonar las sirenas y desplegando las luces brillantes. En unos momentos, y pese a que el temporal seguía incansable, aquel despliegue se apoderó de la noche. El primero en aparecer, que parecía al mando del efectivo, fue el subinspector Elías. Entró acompañado de varios agentes y un equipo de sanitarios. Los médicos se acercaron a Mateo que a pesar de la insistencia de que no se moviera, acompañó al subinspector hasta el lugar donde estaban John y los dos cuerpos tumbados en el suelo. También apareció el veterinario, al que también había llamado y que le confirmó que la herida que tenía Buck no era grave. La bala había entrado y salido sin dañar nada importante pero se lo tenía que llevar a la clínica para coserle la herida e inmovilizarle la pata delantera derecha. Les dijo que tendría que mantener reposo durante unos días y que él lo cuidaría en la clínica.

Tanto dentro como fuera de la casa, los policías se movían como rastreadores, llevando información al subinspector que no dejaba de dar órdenes y hablar por teléfono. Cuando por fin Mateo se quedó quieto, después de que se hubieran llevado a Buck, los médicos que le atendieron dijeron que había que llevarlo al hospital ya que tendrían que intervenirle. La hemorragia ya había parado y su situación era parecida a la del perro, la bala no se había

quedado alojada en su cuerpo, pero había producido bastantes destrozos en los músculos y los tejidos de su hombro. Antes de que se lo llevaran, la policía le tomó una rápida declaración. Mateo se sorprendió, parecía como si lo que les estuviera contando no le produjera sorpresa al subinspector. Le preguntaron si quería llamar a algún familiar, pero Mateo decidió avisar a sus hijas al día siguiente cuando todo estuviera más tranquilo.

—¿Necesita algo? —le dijo el subinspector Elías—. Yo necesitaría que me hiciese un favor.

A Mateo le extrañó aquella pregunta y, sobre todo, el tono servicial utilizado por el subinspector en el comentario final. Antes de que pudiera contestar, el policía continuó hablando.

—¿Podría hablar con John y decirle que colabore con nosotros? Mis agentes le están interrogando y de momento no está poniendo ningún problema, pero no sé cómo se comportará cuando usted se vaya.

—Espero que ahora ya lo tenga todo claro y no siga pensando cosas raras sobre John —le respondió Mateo.

—Siempre he tenido las cosas bastantes claras, cuando vaya a verle al hospital hablaremos con tranquilidad. Es posible que se lleve alguna sorpresa.

Mateo le observaba mientras pensaba en aquellas últimas palabras, parecía que el subinspector quisiera hacerse el interesante. No tenía ningún interés en mantener una conversación con él. Cuando le miraba, veía un cuerpo empapado por la lluvia, su pelo, por donde resbalaba el agua, se había descolocado y tenía dos mechones que le caían por ambos lados de la cara. No solo era su físico, era lo que representaba aquel individuo lo que le seguía pareciendo repugnante.

—Déjeme hacerle una última pregunta: ¿qué fue lo que trajo a John hasta aquí? Si él no hubiera aparecido, el final de esta historia sería otro. Parece que el apoyo que él recibió de usted se lo ha devuelto con creces.

Aquello era algo más que una pregunta, estaba claro que el subinspector no quería dejar ningún cabo suelto.

Mateo, sentado en una de las sillas del porche, miró a la oscuridad y tardo unos segundos en contestar. Intentaba escuchar algún susurro lejano.

—Efectivamente, John me ha salvado la vida y sobre la razón que le trajo hasta aquí lo único que le puedo decir es que usted nunca lo entendería. Lo mejor que puede hacer es pensar que estaba paseando.

El subinspector sonrió.

—Es lo mismo que ha contestado John a los agentes que lo han interrogado. No voy a seguir insistiendo en este punto, creo que no tiene mayor importancia y, además, me queda mucho trabajo por hacer hasta cerrar este caso.

Hizo una pausa y, antes de despedirse, miró fijamente a los ojos de Mateo.

—No creo que la noche invite a pasear.

Mateo, antes de dirigirse a la ambulancia, fue hasta la cocina: allí estaba John contestando a las últimas preguntas que le hacía la policía. Cuando le vio entrar, su mirada pareció relajarse.

—Estás hecho una mierda —le dijo John mientras le recorría con la vista de arriba abajo.

El tono de aquellas palabras hizo que Mateo las sintiera como una muestra de afecto. Le contó lo que había pasado con Buck y que él se tenía que ir al hospital y no sabía cuántos días tendría que estar ingresado. Le dio las llaves de su casa y en ese momento John le preguntó.

—Y Buck, ¿hasta cuándo estará en la clínica?

—Creo que un par de días, estaré en contacto con el veterinario para ver cuándo puede traerlo, si yo no estoy le diré que te lo lleve a ti.

—Y tú ¿cuántos días estarás en el hospital?

—No tengo ni idea, espero que pocos. Me da la impresión de que el problema vendrá luego, ya que tendré que pasar una temporada con el brazo inmovilizado en rehabilitación.

En ese momento entró en la cocina el médico que le había atendido.

—Le estaba buscando. Nos tenemos que ir, ese brazo no puede esperar más. Mateo miró a los ojos del irlandés.

—Gracias, John. La policía te irá a ver en los próximos días. Contesta a sus preguntas.

John no dijo nada, se levantó y acompañó a Mateo hasta la ambulancia. A ambos les habían echado por los hombros una de esas mantas que parecen el envoltorio de una chocolatina y que convierten a las personas en víctimas de alguna tragedia. La lluvia que seguía cayendo sin cesar producía un extraño ruido al resbalar sobre aquella cortina metálica, el viento hacía difícil sujetarla sobre los hombros y la de John enseguida salió volando sin que este hiciera nada por recuperarla. Mateo solo fue capaz de mantenerla en su sitio con la ayuda del sanitario que le acompañaba.

En el momento en que la ambulancia arrancó, Mateo se tumbó sobre la camilla y empezó a sentir cómo su cuerpo se hundía, estaba agotado y con ganas de descansar durante mucho tiempo. Pensó en sus hijas, sabía que no era

el momento de llamarlas, pero creía que debía avisar a alguien cercano y contarle lo que estaba ocurriendo. Se dio cuenta de que no sabía la hora que era. Después de mirar el móvil no le pareció demasiado tarde para llamar a Carlos y Samuel. Tuvo que hacer muchos esfuerzos para convencerlos de que estaba bien y que, por fin, todo había terminado. Cuando les comentó que Esther podría ser la cabecilla, sus amigos se quedaron en silencio hasta que al cabo de un rato habló Carlos.

—¿La inspectora? ¡Y nosotros que la veíamos como nuestra protectora!

—Samuel, no dices nada, ¿estás bien? —le preguntó Mateo.

Oyó su voz a lo lejos.

—Estoy impresionado. ¿Me oyes bien? Estoy con el ordenador, acabo de sacar un billete de avión. Mañana a primera hora estaré ahí.

Mateo no dijo nada, en el fondo era aquello lo que estaba deseando.

Los sanitarios le obligaron a colgar y durante el camino hacia el hospital se acordó de Caroline, tenía una llamada perdida de ella. Estaría sola cuando le dieran la noticia de lo ocurrido. Quería llamarla pero el subinspector había sido muy tajante, la policía se encargaría de ello. No sabía cómo iba a reaccionar, pero estaba seguro de que ella no conocía lo que había hecho su marido. Al llegar al hospital todo ocurrió muy rápido, le llevaron por varios pasillos, solo veía las luces del techo y de vez en cuando oía algunas palabras de ánimo. Al entrar en el quirófano estaba helado, las miradas le decían que estuviese tranquilo. Una mascarilla, un leve pinchazo y sintió cómo el mundo se desvanecía. El estado de inconsciencia te lleva al vacío, a un lugar en el que no sientes y del que no recuerdas nada, al despertar solo hay confusión de todo lo que te rodea y de ti mismo.

Cuando despertó de la anestesia, lo primero que vio fue la cara de Caroline. Le pareció que estaba soñando cuando sus ojos se encontraron con la claridad de la piel que cubría su rostro. Mateo no fue capaz de hablar, solo contestaba a algunas preguntas con monosílabos. Caroline había ido aquella noche al hospital en cuanto le dieron la noticia, no se movió de su lado y solo hablaron de lo ocurrido al día siguiente cuando Mateo ya había recobrado la plena consciencia. Ella no le hizo muchas preguntas y cuando hablaba no era capaz de mirarle a la cara. Mateo se sentía incómodo, le daba la sensación de que Caroline estaba muy avergonzada por el comportamiento de David. Uno de los días que le acompañaba, ella se puso de pie al borde la cama y le cogió de la mano.

—Mateo, ¿sabes por lo que estoy más avergonzada?

A él no le dio tiempo a responder. Caroline continuó hablando.

—No por lo que hizo David. Eso fue responsabilidad suya y yo nunca tuve nada que ver. Lo que más me ha afectado es lo que te ha ocurrido a ti, y me he sentido culpable por no haber descubierto a tiempo lo que realmente era capaz de hacer mi marido.

Mateo le apretó la mano y le respondió con energía.

—No quiero que te sientas así por mí. Me gustaría que fueras capaz de cerrar esta etapa de tu vida y empezar de nuevo, te lo digo por experiencia.

Mateo la miró, intuyó una pequeña y triste sonrisa en su rostro.

—He hablado con mi hijo y voy a seguir con el negocio familiar. También me encargaré de la parte comercial, eso me obligará a viajar mucho más y permanecer fuera de aquí durante algún tiempo.

Mateo comprendió que aquello sería al principio y que luego Caroline se marcharía definitivamente de Valdovino. Había muchas razones para pensar así y él sabía que ocurriría tarde o temprano. Ella tenía que recuperar el brillo perdido de su sonrisa.

La miró y le dio un beso en la mano. Se acordó de Esther, con ella llegó a sentirse unido casi con los cinco sentidos, pero todo había desaparecido de repente. Sin embargo, con Caroline le parecía que su relación había sido un espejismo, una imaginación, ahora solo quería mantener su amistad y que su relación no se viera afectada por el rastro amargo que había dejado lo ocurrido.

Cuando las hijas de Mateo tuvieron noticia de lo que había pasado, decidieron que Clara adelantara sus vacaciones de Navidad para poder estar con su padre. Sara también viajó para estar unos días coincidiendo con la estancia de Samuel. Ellas no pararon de reprocharle su comportamiento en aquellos sucesos. Él no dejó de defenderse, pero cuando apareció en el hospital el subinspector Elías y estuvo hablando con Mateo, ellas fueron conscientes de que, en realidad, lo que su padre había hecho no había tenido mucha influencia en la historia.

El subinspector apareció al día siguiente de la operación, a Mateo le habían confirmado que los daños no eran graves pero que durante una temporada tendría el brazo inmovilizado en cabestrillo, y debería empezar con ejercicios de rehabilitación cuando las heridas ya estuvieran cicatrizadas. Previamente, a la visita del subinspector, fueron a visitarle varios miembros de la policía que insistieron en hacerle preguntas sobre el día de los acontecimientos, así como relativas a la vida de David y Esther y su relación con ellos. En ninguna de

aquellas conversaciones la policía le había dado respuesta a las preguntas que él les hacía sobre el caso.

El subinspector había llamado para anunciar su visita y Mateo, acompañado de sus hijas y de Samuel lo estaba esperando. Quería aprovechar su presencia para sacarle toda la información que pudiera, o por lo menos toda la que el subinspector le quisiera contar. Cuando Mateo hizo las presentaciones, Samuel dijo que se iría a la cafetería y no tuvo ningún reparo en decir que cuanto menos supiera de aquel caso, mucho mejor. Mateo les dijo a sus hijas que se quedaran, quería que ellas estuviesen informadas de todo. El subinspector se sentó en la única silla que había libre, Sara estaba en la butaca destinada a los enfermos y Clara se quedó sentada sobre los pies de la cama.

—Subinspector, tendrá muchas cosas que contarnos —dijo Mateo.

El subinspector le miró con los labios torcidos, eran parte de una sonrisa que le hacía sentirse importante.

—Ahora lo puedo contar casi todo. El caso está prácticamente cerrado, después de más de un año de investigación hemos desmantelado toda la organización.

Mateo se quedó asombrado, cómo podía ser que después de tanto tiempo hubiese sido posible que se cometieran dos asesinatos. Quiso hacer algunas preguntas, pero el subinspector continuaba hablando, parecía que había adivinado lo que Mateo pensaba en aquel momento.

—Será mejor que se lo cuente todo desde el principio. Como le decía, hace más de un año la policía española en colaboración con la Interpol inició una investigación sobre el tráfico de diamantes. Una de las líneas de investigación se centró en las rutas por las que se sospechaba que los diamantes eran introducidos en Europa. Ferrol fue uno de los puntos sobre los que se centraron las sospechas. Imagínese a quién se nombró aquí como responsable de la investigación.

El subinspector hizo una pausa intentando introducir una nota de suspense. Las caras de Sara y Clara reflejaban que lo había conseguido aunque no en el caso de Mateo.

—Siga hablando, llevo mucho tiempo dándole vueltas a la cabeza sobre lo que ha ocurrido y ahora no quiero participar en un juego de adivinanzas —dijo Mateo.

—Tiene usted razón, creo que en su caso tiene derecho a saberlo todo. Como le decía, aquí se asignó un responsable de la investigación y ese trabajo recayó sobre la inspectora Esther. Nadie más debería conocer su

trabajo, en la policía de Ferrol solo dos personas estuvieron al tanto de la investigación.

—Me imagino que usted no era esa segunda persona —dijo Mateo.

—Efectivamente, solo el jefe superior y la inspectora tenían conocimiento. Yo fui informado cuando apareció el cadáver de James Britt. Desde el primer momento, la inspectora relacionó aquel asesinato con el tráfico de diamantes. Aunque en principio no había pruebas concluyentes, podía parecer lógico que el puerto de Ferrol fuera una de las entradas de la mercancía. Es un lugar que está alejado del destino final y por eso mismo no levantaría sospechas.

Las caras de las hijas de Mateo mostraban el interés y el asombro que les estaba causando el relato del subinspector Elías.

—Cuando les llegó la noticia de que yo había encontrado un diamante, ¿me imagino que se confirmaron las teorías sobre las que estaban trabajando? —preguntó Mateo.

—Ese descubrimiento ratificó todos los planteamientos, pero con anterioridad la inspectora se encargó de dirigir la investigación hacia un mismo punto. Ahora soy consciente de ello, y yo mismo en aquel momento apoyé casi todas sus teorías.

Aquel «casi» y la forma en lo que lo dijo le recordó a Mateo la conversación que había tenido con el subinspector en el porche de su casa. Aquellas palabras le habían desconcertado en su día y ahora parecía entender cuál era la razón.

—Creo que usted nunca estuvo convencido de que John el irlandés fuera el culpable —dijo Mateo con la convicción de conocer la respuesta.

—No me encajaba. No veía a John metido en un asunto de tráfico de diamantes y, cuando apareció la prueba en su casa, fue lo que me convenció, parecía demasiado fácil y tampoco creía que el irlandés fuera tan torpe. El problema era que lo que yo pensaba solo estaba basado en la intuición y no tenía forma de demostrar nada —dijo el subinspector, que hablaba saltando con su mirada de los ojos de Mateo a los de sus hijas.

—¿Se lo dijo alguna vez a alguien? —preguntó Mateo.

—Preferí no decírselo a nadie hasta que mi teoría estuviera respaldada por pruebas sólidas.

Clara, que como su hermana había permanecido en silencio y con todos los sentidos centrados en lo que estaba oyendo, intervino.

—¿Y usted nunca sospechó de su jefa?

—Ni se me pasó por la cabeza. Mi teoría era que James Britt era el encargado de traer los diamantes y aquí alguien los recogía para hacer el resto del transporte por tierra. Tampoco era algo extraño pensar así, además era otra de las causas por las que no creía en la culpabilidad de John. Si él estuviera involucrado se necesitaría alguien más para hacer el transporte final y no tenía mucho sentido que intervinieran tantas personas.

—Pero entonces ¿cuál era la labor de la inspectora? —preguntó Clara.

—Estamos hablando de una organización criminal que tiene ramificaciones en muchos negocios. Uno de ellos el juego ilegal. Así fue como reclutaron a David, sus enormes deudas le convirtieron en un peón más de todo el engranaje. Pero los que le reclutaron no se fiaban de él al cien por cien y necesitaban a alguien que pudiera controlar lo que aquí ocurría y ese era el papel de la inspectora.

Las hijas de Mateo, aunque ya conocían por su padre el problema de ludopatía de David, se mostraban asombradas con lo que estaban escuchando.

Mateo le pidió a Clara que elevará algo más el respaldo de la cama y mientras su hija lo hacía él le preguntó al subinspector desde cuando se había involucrado Esther.

—Desde el primer momento —dijo el subinspector—. Necesitaban a alguien que pudiera controlar a David a cambio de una buena cantidad de dinero. No habrían necesitado a nadie más si David hubiera sido de su plena confianza.

A Mateo nada de lo que estaba escuchando le producía ninguna sorpresa, pensaba que el dinero siempre había sido una de las principales razones por las que la naturaleza del ser humano sacaba a relucir una de sus caras más desagradables.

—¿La inspectora lo ha confesado todo? —volvió a preguntar Mateo.

—Ha estado muy colaboradora. Se ha visto sin escapatoria y ha decidido contar todo lo que sabe. Es por lo que estos días no he podido venir a verle antes. Sus declaraciones han sido muy valiosas para sacar a la luz a muchos miembros de la organización repartidos por Europa y algún país africano.

—Pero ella ha matado a David e intentó matar a mi padre —dijo Sara a la que las últimas palabras del subinspector la activaron como un resorte.

—Según ella, disparó a David para salvar a su padre.

El rostro de Sara reflejaba la indignación que aquello le estaba produciendo, se quedó mirando a su padre. Mateo había repasado cientos de veces lo que había ocurrido. Recordaba perfectamente cuando ella le dijo que

a David se le había encasquillado el arma. ¿Cómo habría quedado la historia si David le hubiera matado a él? La respuesta se la había dado la propia Esther. En ambos casos el resultado sería el mismo, ellos dos estarían muertos y ella pondría a David como culpable de todos los asesinatos.

—En ningún momento les he dicho que la colaboración vaya a suponer un trato de favor, pero culparla de asesinato no va a ser sencillo —dijo el subinspector.

Sara estaba mirando por la ventana, su voz mostró el visible enfado que tenía.

—Si eso es todo, creo que lo mejor será que me vaya a la cafetería a acompañar a Samuel —les dijo sin mirar a nadie a la cara.

Se despidió y al salir por la puerta el subinspector se dirigió a Clara.

—Siento que se haya enfadado.

—Es normal que lo estemos, nos gustaría ver a esa persona condenada por lo que ha hecho —contestó Clara que parecía más serena.

—Estamos trabajando en ello, no lo dude.

Mateo sabía que el subinspector decía la verdad, pero también sospechaba que podía haber algún trato con Esther para que contara todo lo que sabía.

—¿Ha habido muchas detenciones fuera de España? —preguntó Mateo.

—Han sido detenidas veinte personas, esta organización ha sido prácticamente desarticulada y, como ya le he dicho, no solo se dedicaban al tráfico de diamantes.

Después de las últimas palabras del subinspector, hubo unos minutos de silencio. A Mateo le quedaba una pregunta pendiente.

—Usted tenía muy buena relación con David. ¿Nunca sospechó de él?

La pausa que hizo el subinspector antes de contestar fue suficiente respuesta para Mateo, daba igual lo que le dijera.

—Llegué a sospechar de mucha gente, pero la iba descartando rápidamente. No era solo una cuestión de tráfico de diamantes, estábamos hablando de un asesino.

Aquella conversación le había resultado interesante a Mateo aunque tampoco había descubierto nada nuevo que le llamara la atención. Todas las sorpresas ya se habían desvelado la noche de la ciclogénesis. Solo le quedaba decir una cosa.

—Al final el que fue el principal sospechoso de la policía fue el que me salvo la vida, sino fuera por John el irlandés yo no estaría aquí y la policía no se hubiera enterado de la verdad.

—Lo que me está diciendo suena a reproche.

—Lo es, creo que en esta ocasión no han estado ustedes muy acertados.

Después de un rato de silencio en el que Mateo y su hija se quedaron mirando al subinspector, este se levantó de la silla.

—Creo que será mejor que los deje. No tengo nada más que contarles y si no hay más preguntas. Por cierto, ¿hasta cuándo estará en el hospital?

—Yo creo que en unos días me podré ir a casa.

El subinspector se le acercó para estrecharle la mano. Mateo se quedó un rato dudando, pero pensó que no podía rechazarlo, le acercó la suya y le pidió que si hubiera nueva información que le llamara. En realidad sabía que aquello no iba a ocurrir, parecía que todas las piezas del puzle ya estaban perfectamente encajadas.

Mateo pasó tres días más en el hospital, siempre tenía alguna visita que le acompañaba, se había divertido mucho en compañía de Teófilo. Todas las mañanas iba a verle y le contaba los chascarrillos que circulaban sobre lo que había pasado. Además del excelente profesional que era, Mateo admiraba a las personas que tenían un sentido tan positivo ante la vida, estaba seguro de que las personas como Teófilo siempre eran capaces de encontrar agua en el desierto.

Fue Teófilo el que les fue a buscar, a él y a su hija, el día que le dieron el alta. Antes de llevarle a casa, sin decirle nada, fue hasta la Frouxeira. Mateo, sentado a su lado en el taxi, se lo agradeció con una sonrisa. Salió del coche y apoyado en la barandilla del paseo marítimo, cerró los ojos. Mientras oía el rítmico ronroneo de las olas cuando llegaban a la orilla, respiraba el aire fresco impregnado de salitre. Pese a todo lo que había pasado se sentía feliz, recordaba como en el hospital, con los ojos cerrados, era capaz de percibir las mismas sensaciones.

El cielo estaba limpio y una suave brisa del sur templaba el aire frío que anunciaba la próxima llegada del invierno. Hacía tres días que la lluvia no los visitaba, el color verde de la hierba brillaba con la humedad de la noche. El universo estaba en reposo, los sonidos del mar se ahogaban en la orilla, el susurro de los ameneiros era apacible, los aullidos del ser humano se oían lejanos, como si estuvieran viajando hacia otros mundos. Mateo estaba sentado en el porche de su casa y observaba cómo las gotas del rocío se deslizaban por las hojas de los camelios. Por primera vez, en aquel lugar, sentado a su lado, estaba John el irlandés. Tumbados a sus pies los perros disfrutaban de aquella tranquilidad. Buck, entre las piernas del irlandés,

llevaba un vendaje que recordaba lo que había ocurrido la noche de la ciclogénesis. John bebía pequeños sorbos de whisky mientras liaba un cigarro, él y Mateo hablaban poco. Algo del tiempo, de sus huertos, el resto era una silenciosa conversación.

Dentro de la casa sonaba la suave voz de Karen Souza, *Creep*: «Cuando estuviste aquí antes, no pude mirarte a los ojos. Eres como un ángel, tu piel me hace llorar».

Mateo recordaba los días que había estado ingresado en el hospital, en los que no dejó de pensar en lo ocurrido. La pérdida de dos personas, la muerte de una ellas, que habían sido una parte importante de su vida le produjo mucha angustia y dolor, pero con el paso de los días, el verlos como sus verdugos actuó como un narcótico que le dejó insensible. Había perdido a dos amigos y ambos habían querido matarle, no sentía ninguna lástima por ellos. La lástima es un sentimiento reservado para los que tienen mala suerte, para los que se han equivocado o para los que han sido maltratados. Los que toman sus decisiones de manera consciente y las convierten en parte de su vida no le producían ninguna compasión. Pensaba en los mecanismos de autodefensa que el ser humano generaba, todos aquellos acontecimientos debían haberle dejado una profunda huella de dolor, debían haber incrementado sus angustias, sin embargo, los contemplaba con frialdad y lejanía. En realidad, a su alrededor había muchas razones que hacían que aquella pérdida fuera más llevadera.

Miró a John, estaba en silencio. Siempre parecía que estaba mirando a lo lejos, como ausente, solo parecía volver a este mundo cuando acariciaba a los perros.

Clara llegó sudorosa, venía de hacer su carrera diaria por la playa.

—Hola, John, ¿cómo estás?

John la saludó con una sonrisa levantando levemente la boina con su mano derecha.

Mateo había observado que las pocas veces que John había estado en presencia de sus hijas siempre se comportaba con ademanes de otros tiempos. Pese a la rudeza que pudiera aparentar con sus silencios, sus movimientos eran suaves y hasta se podría decir que delicados. Posiblemente fuese así con más personas, pero Mateo solo lo percibía cuando estaba ante la presencia de sus hijas.

—Me voy a duchar y enseguida estoy con vosotros.

Desde dentro de la casa se oyó la voz de Clara.

—Papá, ¿qué es esta cacerola tan grande que hay en la cocina?

—Es un guiso de carne que nos ha traído John. De carne con alcachofas. Clara se presentó ante ellos dos mostrando su sorpresa.

—John, no sabía que fueses cocinero. Tiene muy buena pinta. Hacía mucho tiempo que no tomaba alcachofas naturales.

John sonrió en silencio.

—Hace unos guisos muy buenos —dijo Mateo.

—Solo me gusta comer productos frescos. Son los únicos naturales, los congelados y los envasados no me gustan. Ahora es la época de las alcachofas —dijo John.

—Espero que te quedes a comer con nosotros, ¡hay comida para un batallón! —le dijo Clara.

—Ya se lo he dicho yo, pero aún no ha contestado. Espero que a ti te haga más caso —dijo Mateo mientras se levantaba de su asiento. Entró en casa y con su brazo izquierdo, el cual parecía que había despertado después de muchos años de letargo, echó unos troncos en la chimenea. Le dijo a su hija que mientras ella se duchaba irían a dar un paseo por el camino de los perros.

John tenía un control absoluto sobre aquellos animales. Como sabía que Buck aún no podía correr, les dio una orden y fueron caminando a su lado sin que ninguno de ellos intentara hacer lo que su naturaleza les pedía. Era mediodía, estaban rodeados por un cielo transparente, de un color azul intenso, la naturaleza estaba limpia y mostraba un color verde brillante. Solo las pinceladas del hombre rompían el entorno que les envolvía. Colores discordantes que estaban fuera de aquella partitura, impuestos por un ser humano que continuamente desafinaba en aquella orquesta.

Llegaron hasta el lugar donde había aparecido el cuerpo de Juan. Mateo se acordó de la primera vez que Laura le llamó cuando estaba en el hospital. Él le contó la historia de lo ocurrido y ella había reaccionado con la tranquilidad que siempre había mostrado. En algún momento de aquella conversación ella y Mateo se habían emocionado, ninguno de los dos era capaz de entender lo que David le había hecho a Juan. Aunque Laura se había mostrado compasiva, Mateo opinaba que en casos como aquel no cabía ni el perdón ni la compasión.

John pareció adivinar lo que Mateo estaba pensando y habló por primera vez desde que habían salido a pasear.

—Será mejor que regresemos. Seguro que tu hija nos está esperando.

Mateo le miró sonriendo, aquella frase confirmaba que John se quedaría a comer.

Cuando llegaron a casa, Clara había puesto la mesa para los tres y estaba calentando a fuego muy lento el guiso que John había llevado. Había abierto una botella de un tinto Mencía y lo había servido en dos copas. Su padre se quedó mirándola, sonriendo.

—Me da la impresión de que no has contado conmigo.

—Ya sabes que tú no debes tomar alcohol.

—Estoy mucho mejor, mis ataques de ansiedad están controlados y con la indicación del médico ya he empezado a abandonar la medicación.

Ella sonrió.

—Bien, te pondré una copa. Pero solo una. Sigues tomando muchos medicamentos, incluidos los antibióticos y los calmantes.

Se sentaron en la mesa redonda de forma que los tres podían contemplar el fuego. Clara levantó la copa y les invito a un brindis que hicieron en silencio y con una gran sonrisa en la cara.

Mateo sintió en su boca como el sabor suave y contundente de las alcachofas se mezclaba con la ternura de la carne, aquella combinación se fundía llegando a los lugares más recónditos de su paladar. Percibía sensaciones que se habían impregnado en los alimentos: paciencia, sosiego y mucho reposo. Se imaginaba cómo el fuego de leña había hecho susurrar aquel guiso, casi en silencio, con la única compañía de John el irlandés.

Durante la comida, Clara no dejó de preguntarle a John por sus viajes cuando estaba embarcado. Hablaron de los países que había visitado y el interés que ella mostraba hizo que John estuviera mucho más hablador de lo habitual. Mateo los contemplaba en silencio y disfrutaba de su compañía, con la familia y con los amigos se sentía arropado y protegido. Al acabar de comer John se ofreció a preparar un café de pota, pero no fue posible dado que el que tenían era de cápsulas. Mateo y el irlandés se sentaron en dos sillones enfrente de la chimenea y Clara se tumbó sobre el sofá con la manta con la que su padre la envolvió. Antes de quedarse dormido empezó a sonar Eurythmics, *Sweet Dreams*: «Los sueños dulces están hechos de esto, ¿quién soy yo para no estar de acuerdo? Viajo por el mundo y los siete mares, todo el mundo está buscando algo». Pese a que la música estaba a un volumen muy bajo, Mateo seguía el ritmo con los dedos de su mano, miraba cómo las llamas se mecían en la chimenea hasta que los tres se quedaron dormidos.

Al abrir los ojos, Mateo vio como las llamas subían por el tiro de la chimenea, pensó que debía de haber sido John quien hubiera echado más leña al fuego. No estaba en su sitio, su hija seguía tumbada en el sofá durmiendo.

Sonaba la voz de Madeleine Peyroux, *Fun out of life*: «Cuando queremos amor, amamos. Cuando queremos un beso, nos besamos». Se acercó a la ventana del porche y desde allí vio a John sentado acariciando a los perros. Salió y se sentó a su lado. El frío se apaciguaba con los rayos del sol que se resistía a desaparecer. Contempló como el sol se posaba sobre las ramas del carballo(1) y se volvía perezoso, no quería realizar su monótono viaje y oponía su resistencia hasta que llegaba la hora de ocultarse sobre la línea del mar. Allí desaparecía con rapidez para continuar su recorrido diario, un recorrido que nunca tenía fin y tampoco comenzaba en ningún lugar.

John apagó su cigarro y dio el último sorbo a su whisky. Se puso de pie y activó el resorte que hizo que sus perros hicieran lo mismo, Buck se dio cuenta de que aquello no iba con él y siguió tumbado mirándolo con ojos oscuros y tranquilos. John le pidió que le despidiera de su hija y Mateo le acompañó hasta la puerta. Allí se dijeron adiós con las mismas palabras que usaban todos los días, «hasta mañana». Mateo se quedó observando cómo se alejaba escoltado por sus dos compañeros, lo miró durante un rato y se dio cuenta de que nunca más volvería a estar intrigado por su pasado.

Regresó al porche y volvió a sentarse. El mar no se oía y Mateo se imaginaba las olas meciéndose, silenciosas como las nubes cuando recorren el cielo. Pequeñas espumas blancas acariciando un océano que aquel día debería estar cubierto por un azul intenso y brillante. Todo estaba en calma, el aire parecía que se mantenía en el mismo lugar y el susurro de los ameneiros era parte de aquella suave melodía. Mateo pensaba que los últimos años habían pasado muy deprisa, a través de un laberinto que le había llevado a un nuevo punto de partida. El pasado lo recordaba con enorme felicidad y solo tenía una herida profunda que siempre le iba a acompañar, la producida por el final de su vida anterior. En el tránsito se habían quedado dos amigos, aquellos que recordaría con amargura y que no habían querido acompañarle en su nueva etapa. Sobre el futuro no quería pensar. Solo quería disfrutar el presente, ahora estaba en el lugar que nunca le había abandonado, el que siempre estaría a su lado, su querida Frouxeira. Empezó a sonar *Héroes* de David Bowie: «Yo, yo desearía que pudieras nadar como los delfines, como nadan los delfines. Aunque nada, nada nos mantendrá juntos. Podemos derrotarlos, para siempre. Podemos ser héroes por un día».

Sonreía recordando cuando era pequeño, cuando el silencio y la oscuridad le hacían refugiarse debajo de las mantas. Ahora sabía que los personajes que

acudían en su rescate eran reales, como John el irlandés, y que nunca más le volvería a tener miedo a las tinieblas.